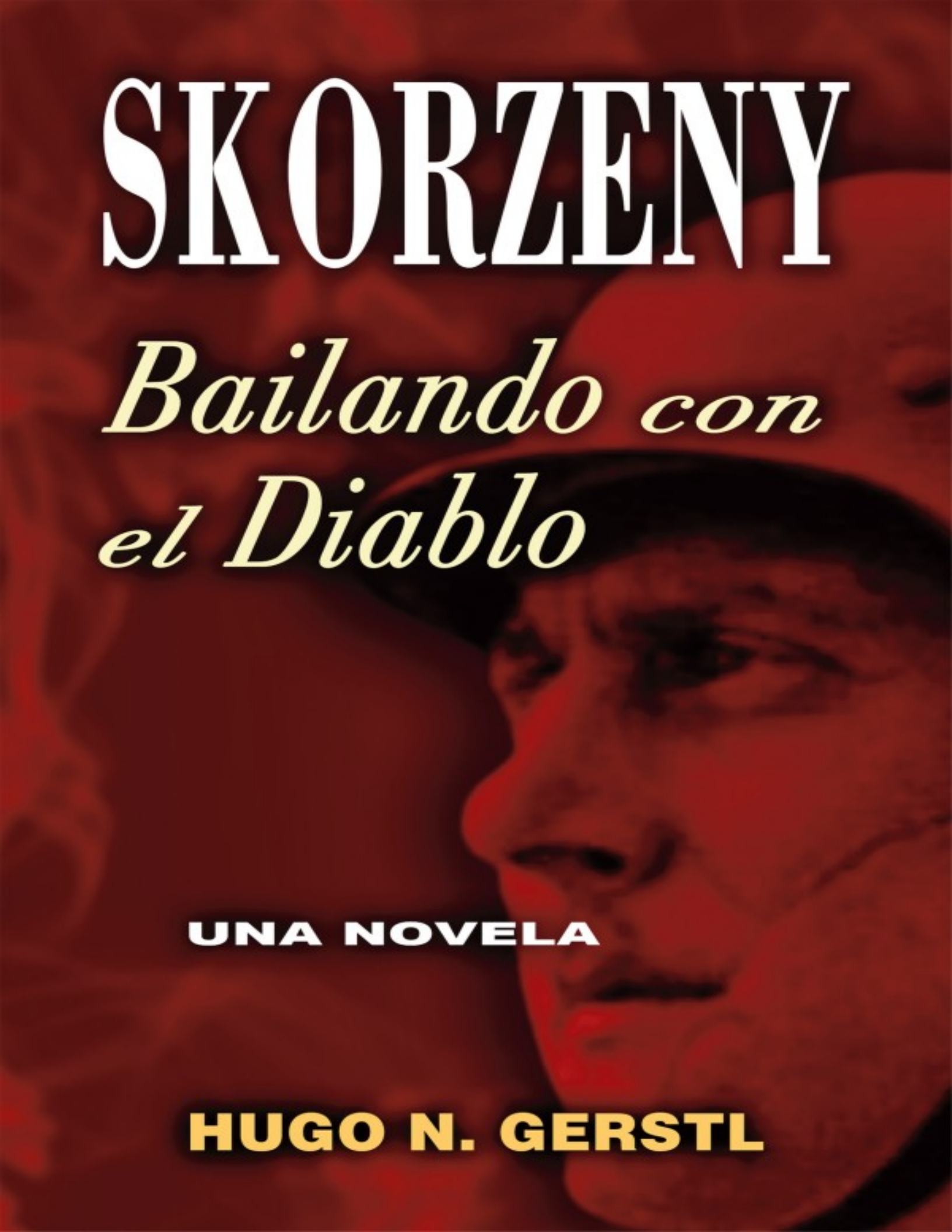
SKORZENY

Bailando con el Diablo



UNA NOVELA

HUGO N. GERSTL

Esta es una edición traducida de la siguiente obra, producida con Kindle Translate, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Obra original: Skorzeny: Dancing with the Devil
Autor: Hugo N. Gerstl
Fecha de publicación original: Enero, 2019

La obra original ha sido traducida en su totalidad. Todos los materiales complementarios, como los preámbulos, los avisos de derechos de autor, las reseñas y los agradecimientos, se han traducido tal cual y pueden hacer referencia a detalles específicos de la edición original en inglés.

Copyright © 2019 Hugo N. Gerstl
www.HugoGerstl.com

ISBN 978-1-950134-13-7 Edición Kindle en inglés
Pangæa Publishing Group
www.PangaeaPublishing.com

Todos los derechos reservados en virtud de los Convenios Internacionales y Panamericanos sobre Derechos de Autor. Queda prohibida la reproducción o transmisión total o parcial de esta obra por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, incluidos la fotocopia, la grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin autorización escrita del editor. Para información sobre derechos internacionales y norteamericanos, contacte con Pangæa Publishing Group.

Este libro es una obra de ficción. Salvo ciertos elementos basados en hechos reales, todos los personajes son creación del autor. Como en toda novela, gran parte de lo que ocurre en este libro nació de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas vivas o fallecidas, o con hechos supuestamente ocurridos, es pura coincidencia.

Edición: Pnina Ophir
Corrección de pruebas: Dory Morik
Asesor especial: David Shomron

Imágenes de portada:
Creative Commons "Otto Skorzeny,"
Bundesarchiv, Bild 101III-Alber-183-25,
© Alber, Kurt, bajo licencia CC-BY-SA 3.0 DE

Fondo abstracto de humo rojo luminoso © Uldis Bindris / Dreamstime

Diseño de portada y composición tipográfica por
DesignPeaks@gmail.com



Para más información, contacte con:



Pangæa Publishing Group
25579 Carmel Knolls Drive
Carmel, CA 93923

Teléfono: 831-6490669
Correo electrónico: info@pangaeapublishing.com

Índice

Prólogo – Abril de 1962

Primera parte
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Segunda parte
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Epílogo

Para

Mark y Bev Fienberg y
Kathy Turkell, Peter Evans y Greg Cohen
que nunca pensaron que acabarían en una dedicatoria

Para Colleen Miller

*

Y, como siempre
PARA MI LORRAINE

Prólogo – Abril de 1962

El hombre con la gran cicatriz irregular en el lado izquierdo del rostro llevaba diez minutos sentado en su mesa favorita del *Restaurante-Bar Horcher* cuando una mujer de aspecto patricio, notablemente más joven, se reunió con él. Se levantó y le apartó la silla mientras ella tomaba asiento, y saludó con un gesto familiar al maître. Momentos después, otro camarero les trajo unos cócteles.

Llevaban un rato sentados a la mesa, conversando distendidamente, cuando el barman se les acercó acompañado de una mujer llamativamente hermosa de veintitantos años y del acompañante de esta, un hombre bien vestido de unos cuarenta. Los dos recién llegados eran algo más jóvenes que la primera pareja.

—Herr und Frau Skorzeny —dijo el barman—. Permítanme presentarles a dos compatriotas suyos que están en Madrid de visita. Parece que han sufrido un incidente de lo más desafortunado. Los atracaron a punta de pistola hace unos minutos. Alguien les dijo que este lugar era un refugio para alemanes.

—Lo siento mucho —dijo con simpatía el primer hombre, bastante alto y de aspecto apuesto a pesar de la cicatriz—. Quizá quieran acompañarnos a tomar una copa para calmar los nervios. ¡Camarero! —llamó—. Bebidas para nuestros nuevos amigos.

—Gracias —dijo el otro hombre, tras pedir para él y su acompañante—. Soy Hans-Dieter Dielmann. Esta es mi prometida, Anke.

—Otto Skorzeny —dijo el hombre más alto, estrechándole la mano —. Mi esposa, Ilse. ¿No es usted originario de Alemania?

—*Wien* —respondió Dielmann—. Pero ¿cómo lo ha adivinado?

—Reconozco la cadencia. Nací en Viena. Ese acento no se pierde nunca.

—¡*Grüss Gott*! —Los cuatro alzaron las copas y brindaron.

Durante la siguiente media hora, las dos parejas mantuvieron una animada conversación. Resultaba evidente que cada uno encontraba sumamente atractivo al acompañante del otro. Siguieron las copas,

luego un coqueteo algo descarado, y pronto la esposa de Skorzeny invitó a la joven pareja, que lo había perdido todo —dinero, pasaportes y equipaje—, a pasar la noche en su suntuosa villa. Había algo irresistible en los recién llegados. Una promesa de tensión sexual flotaba en el ambiente.

Una vez los cuatro dentro de la casa, en el momento crucial en que el coqueteo juguetón parecía a punto de dar paso a algo más, Skorzeny, el encantador anfitrión, sacó una pistola y apuntó a la joven pareja.

—Sé quiénes son y sé por qué están aquí. Son del Mossad y han venido a matarme.

La joven pareja no se inmutó. El hombre dijo:

—Tiene razón a medias. Somos del Mossad, pero si hubiéramos venido a matarlo, llevaría semanas muerto.

—O tal vez —dijo Skorzeny— prefiera simplemente matarlos.

Anke intervino:

—Si nos mata, los que vengan después no se molestarán en tomar una copa con usted. Ni siquiera les verá la cara antes de que le vuelen los sesos. Queremos que nos ayude.

Tras un largo minuto que pareció una hora, Skorzeny no bajó la pistola, pero preguntó:

—¿Qué tipo de ayuda?

—Israel necesita información. Le pagaremos generosamente.

—El dinero no me interesa. Tengo de sobra, gracias.

—Entonces díganos qué quiere.

—Necesito que Wiesenthal elimine mi nombre de su lista.

—De acuerdo —dijo él—, así se hará. Nos encargaremos.

Skorzeny bajó por fin el arma, y los dos hombres se estrecharon la mano.

Primera parte

Capítulo 1

A lo largo de mi vida, me han llamado de todo: desde el hombre más peligroso de Europa hasta el soldado favorito de Hitler; desde héroe audaz hasta archivillano; y desde el oportunista por excelencia hasta la mano derecha del diablo. He guardado cientos de artículos de periódicos y revistas de todo el mundo, la mayoría enviados por amigos, que me atribuyen las acciones y planes más fantásticos, viles y desconcertantes. Tanta gente, amigos y enemigos por igual, ha iniciado o difundido rumores y difamaciones, y otros tantos han exagerado mis supuestos «heroísmos» hasta que la línea entre la verdad y la suposición se ha desdibujado irremediablemente. ¿De qué serviría negar las acusaciones en mi contra? La gente creerá lo que quiera creer, como siempre ha hecho.

Sin embargo, no soy el único afectado. Pienso en los camaradas junto a los que luché, en los valientes soldados que comandé y que murieron en el torbellino de la guerra, ya fuera en el campo de honor o perdidos para siempre en las estepas, en los bosques o en los campos de prisioneros de la Rusia soviética. Digan lo que digan ahora, creo que quienes combatieron en ambos bandos durante los acontecimientos cataclísmicos de mi época nunca lucharon de forma desleal en lo personal, aunque participaran en una guerra sucia como jamás había conocido la humanidad.

A pesar de todo lo que ha sucedido en mi vida, creo firmemente que existe el honor militar y que seguirá existiendo mientras haya soldados, o hasta que una mitad de nuestro planeta haya destruido a la otra. ¿Será posible aprender alguna vez del pasado?

Este libro no pretende ser una negación ni una justificación de lo que dije, presencié e hice. Tampoco puedo, ni pretendo, arrogarme ningún tipo de superioridad moral, ni en lo personal ni en lo profesional. Es, sencillamente, la historia contada por un testigo de la historia reciente, alguien que ha tenido tiempo de reflexionar sobre acontecimientos y personas, sobre circunstancias y planes; un testigo que ante todo era un alemán patriota nacido en Viena, la capital imperial de Austria-Hungría, en 1908.

~//~

Me han dicho que de los cinco sentidos, el más poderoso y el último en desaparecer es el olfato. De hecho, aún puedo recordar los olores de mi infancia y mi juventud: los *Würstl* en el *Prater,* el gran parque de atracciones de Viena, o en las ferias callejeras frente al Ayuntamiento, chisporroteando, grasientos, con ese sabor salado y dulce a la vez. Algodón de azúcar. *Kaffee mit schlagober*, café fuerte y aromático con generosas porciones de nata montada que, aún hoy, me traen a la memoria las tardes en que mi padre me llevaba al Hotel Sacher. El aroma a levadura de la *Sacher torte*, el pastel más dulcemente perfumado del mundo. El aroma a vainilla y huevo de los *Salzburger Nockerl* o los *Palatschinken*, crepes finas y esponjosas rellenas de mermelada de albaricoque o ciruela y espolvoreadas con azúcar glas.

El olor rico y reconfortante de los viejos sillones de cuero tratados con jabón de guarnicionería durante generaciones. El olor acre y penetrante a muerte y cordita en los campos de batalla. El aliento de las jóvenes a las que robé un beso en algún rincón oscuro. Y el aroma más embriagador de la Tierra: el olor íntimo de una mujer justo antes o después de hacer el amor.

~//~

A los dieciocho años, decidí seguir los pasos de mi padre y de mi hermano mayor Alfred y dedicarme a la ingeniería. Ingresé en la escuela de ingeniería del Colegio Técnico de Viena en 1926, donde resultó que era uno de los más jóvenes de la clase. La mayoría de los estudiantes, veteranos de guerra que querían terminar sus estudios, eran mucho mayores. Aunque aquellos antiguos soldados curtidos en batalla, que habían conocido de sobra la miseria y la muerte, merecían todo mi respeto, yo anhelaba cosas que aún no había experimentado: la satisfacción física de dos tipos.

Para entonces ya había alcanzado mi estatura definitiva de un metro noventa y tres y había fortalecido mi cuerpo con un régimen de deportes competitivos y una dieta espartana. Me sentí halagado cuando varias fraternidades se interesaron por mí. La más atractiva,

la *Sociedad de Duelo Marcomannia*, mantenía la tradición de los duelos estudiantiles. Estas hermandades eran famosas en Alemania y Austria desde la Revolución de 1848. El *akademisches fechten,* la esgrima en la sala de duelo con espadas largas de doble filo, era toda una forma de vida.

Poco después de unirme a *Marcomannia*, asistí a mi primer *mensur*, que tuvo lugar una noche en el sótano de nuestra casa de fraternidad. La sala era bastante grande, de doce por catorce metros. Miembros de ambas fraternidades rivales, nuestra *Marcomannia* y la *Teutonia*, cuya sede estaba a tres manzanas, se apiñaban en torno a una gran colchoneta colocada en el centro de la sala. Un olor abrumador impregnaba el ambiente: una mezcla de sudor masculino, cuerpos sin lavar, nerviosismo, determinación y no poco miedo.

Desde esquinas opuestas, dos hombres se acercaron al árbitro, que aguardaba en silencio en el centro de la sala. Ambos llevaban protecciones acolchadas similares cubiertas por cota de malla para proteger el cuerpo, el brazo y la mano de esgrima, y la garganta; unas gafas de malla de acero les cubrían los ojos. Oí al árbitro hablar con claridad, palabras que sin duda había pronunciado cientos de veces.

—Caballeros, el *Mensur* no es un duelo en el sentido tradicional, ni un deporte. Nadie «gana», nadie «pierde». Los combatientes mantienen su posición a una distancia fija durante todo el duelo. Cada uno de ustedes pelea a un brazo de distancia. El objetivo no es moverse, sino permanecer inmóvil mientras intentan golpear las zonas desprotegidas de la cara y la cabeza del adversario. No pueden encogerse ni esquivar. Tienen un doble objetivo: infligir una herida al adversario; y si reciben un golpe, soportar el *Schmiss* —la herida— con el espíritu heroico de un guerrero alemán.

Dos caballeros mayores se acercaron al centro de la colchoneta.

—Estos médicos, los doctores Schneider y Weissbrodt, estarán presentes para asegurar que no sufran ningún daño *grave*. A quien sufra el *Schmiss* se le suturará debidamente. Tanto ellos como yo podemos detener el combate en cualquier momento.

—¿Estás seguro de que puedes aguantar esto, Otto? —preguntó Clement DesRoches, uno de mis hermanos de fraternidad—. Las primeras veces que vi un *mensur* me revolvieron el estómago. He visto cicatrices espantosas.

Noté que el propio Clement tenía una cicatriz irregular en el lado izquierdo de la cara, que le bajaba desde justo debajo de la oreja hasta la parte inferior de la mejilla.

—Algunos de esos «médicos» son unos charlatanes, pero la mayoría son de fiar. A veces los animan a coser mal las heridas, para que las cicatrices parezcan aún más espantosas de lo que son.

En ese momento, oí gritos de ánimo cuando el árbitro hizo sonar el silbato y los dos combatientes empezaron a acometerse. Había poca delicadeza y prácticamente ninguna gracia; los jóvenes parecían completamente decididos a matarse entre sí. Mientras observaba, deduje que había tres movimientos: la finta o ataque falso, el tajo con la espada, y la estocada. De vez en cuando, cada uno emitía un gruñido sordo para distraer al otro.

Tras lo que parecieron solo un par de instantes, aunque pudieron ser más, oí una voz potente gritar «*¡Ergebnis! ¡Punto!*», seguida de un alarido. La sala estalló en una cacofonía de gritos.

—*¡Alto!* —gritó el juez y dio tres pitidos secos.

—*¡Schmiss! ¡Schmiss! ¡Schmiss! ¡Schmiss!* —resonó por toda la sala; los gritos venían de nuestro lado, donde la hermandad *Marcomannia* celebraba extasiada su gran victoria.

—*¡Betrügen! ¡Betrügen! ¡Betrügen!* (*¡Trampa! ¡Trampa!*) —rugió *Teutonia* en respuesta, aunque noté que gritaban más con resignación que con pasión.

El vencido yacía boca arriba sobre la colchoneta, conteniendo los gritos mientras sus hermanos vertían vino tinto en la herida abierta, que ya mostraba sangre y carne viva y despedía un hedor dulzón y nauseabundo. Sentí que la sangre se me iba de la cabeza al estómago y volvía, y supe con certeza que me desmayaría si alguien no me socorría pronto. Gracias a Dios, Clement, que estaba cerca, me presionó un trapo frío y húmedo contra la nuca y me acercó un frasco de amoníaco a la nariz.

Me sostuvo y me llevó al otro extremo de la sala. Mientras caminábamos, me pregunté cómo —o si— sobreviviría a mi primer *mensur.*

~//~

En la *Marcomannia* llevábamos gorras blancas, bandas negras, y el pecho adornado con blanco y dorado. Cada año, el primer domingo de septiembre, los grupos estudiantiles se unían a las masas en la Plaza de los Héroes para manifestarse oficialmente a favor de la unión con Alemania bajo la bandera negra, blanca y roja. Fue la única manifestación política en la que participé regularmente entre 1924 y 1934. Por otro lado, practicaba muchos deportes: fútbol, atletismo, esquí, kayak en nuestro hermoso Danubio y vela en nuestros lagos alpinos.

Siempre seré un *Echte Wienerer*, un verdadero vienés, de corazón. Hasta el día de hoy, no hay nada más genuinamente vienés que el *kaffeehaus.* El 5 de septiembre de 1926, mis tres amigos más cercanos —Heinz Rogge, Baldur Schnacke y Clement DesRoches— y yo salimos de la manifestación de la Unión Alemana a las cuatro de la tarde. Estábamos todos de humor festivo porque el día anterior la Sociedad de Naciones había votado por unanimidad invitar a Alemania a incorporarse.

Para cuando llegamos a la *Innere Stadt*, lloviznaba y la que fuera capital imperial de Austria lucía un manto gris y húmedo. El relajante *fush-fush* de los limpiaparabrisas se mezclaba con las calles empedradas mojadas y la gloriosa aguja de la Catedral de San Esteban. Los magníficos edificios, monumentos y parques de Viena, que bordeaban la *Ringstrasse*, nunca dejaban de encantarme.

Aunque Austria sufría los rigores del punitivo Tratado de Versalles, aquí no era tan grave como en Alemania; pero como los austriacos éramos alemanes de corazón, no podíamos evitar lamentarnos por el declive de nuestro vecino del noroeste. ¿Pero Viena? Mejor un banco astillado en un parque de Viena que una mansión en cualquier otra ciudad del mundo.

Tras aparcar el coche de Heinz en una calle lateral junto al Ring, los

cuatro caminamos tres manzanas hasta el Café *Weissenhof*, nuestra cafetería favorita. Al entrar en el local en forma de L, recorrí con la mirada la sala principal de techos altos, revestida de paneles de roble y teca, con sus lámparas de araña y cómodos reservados. El péndulo del gran reloj en una pared cercana oscilaba suave, hipnóticamente, de un lado a otro.

—Igual que la última vez, va diez minutos atrasado —dijo Clement DesRoches, consultando su reloj de pulsera—. Son las 4:45. El *Tageblatt* llegará en veinte minutos. Mientras tanto, leeré el *Times* de Londres a ver qué dicen sobre la votación de la Sociedad de Naciones.

Se levantó, caminó por el pasillo hasta un estante cerca de la puerta principal y sacó un ejemplar recién planchado del periódico inglés, sujeto con una varilla ranurada dentro de un marco de ratán.

Cuando Clement regresó, Josef, un camarero moreno de mediana edad que nos había atendido muchas veces y que siempre parecía necesitar un afeitado, se acercó a nuestro reservado.

—¿Lo de siempre, mis respetados casi-Herr Doktor-Ingenieros? —preguntó solícito, pues conocía las preferencias de cada uno por el café vienés con nata montada.

—Gracias, sí —respondí.

Al cabo de unos momentos, Josef regresó con cuatro tazas de café y ocho vasos de agua en una bandeja grande, que colocó frente a nosotros.

Baldur comentó:

—Una de las razones por las que amo tanto Viena es que todos los camareros de todas las cafeterías de la ciudad parecen cortados por el mismo patrón: te adulan, pero siempre son muy formales. Invariablemente llevan chaquetas blancas, camisas muy almidonadas y corbatas de seda. Siempre te tratan de «Herr Doktor» o «Herr Professor», sea cual sea tu posición.

—Y aún mejor —dijo Heinz—: por el precio de una taza de café, puedes leer periódicos en una docena de idiomas de todo el mundo durante horas y horas, y nadie te pedirá que consumas nada más.

Como habíamos frecuentado varias cafeterías de la *innere stadt*,

habíamos aprendido a distinguir la clientela de cada una: el *Cafe Freyung*, donde los estudiantes de medicina discutían de todo, desde la disección de un cadáver hasta las últimas obras de Freud sobre psicoterapia; el *Vindobona*, donde los filatelistas intercambiaban sellos de todo el mundo; el *Herrenhof*, donde habíamos presenciado partidas de ajedrez interminables; el *Schubert*, donde todos los músicos de la ciudad intercambiaban cotilleos; y el *Pucher*, donde se cerraban todos los tratos.

Tras media hora de conversación cordial, solté lo que me rondaba por la cabeza desde hacía días.

—Chicos... —empecé.

—No tienes que decirlo, Otto —respondió Clement—. Tu primer *mensur* es el jueves que viene y estás muerto de miedo.

—Bueno, eh... más o menos.

—No «más o menos», amigo mío —dijo Baldur—. Todos hemos pasado por eso: la diarrea, las arcadas, la anticipación de un dolor horrible.

—Oye, Otto, no te avergüences. Solo estás demostrando que eres tan humano como el resto de nosotros —dijo Heinz Rogge.

—No tienes por qué hacerlo —dijo DesRoches con amabilidad—. Son muchos más de los que crees los que se retiran. No hay deshonra en ello.

—Clement, tienes la cicatriz más fea que he visto —dije—. En serio, ¿cómo de malo fue?

—Hacer el amor con una mujer es mucho más divertido —dijo, provocando carcajadas y algún que otro comentario subido de tono.

—DesRoches, reconócelo. Nunca conseguiste ni un beso con lengua cuando no tenías esa cicatriz, pero desde que te ven como el gran guerrero valiente con la marca varonil del *mensur*, has visto más culos que una taza de váter.

No supe qué responder. Había estado con una o dos chicas antes de mi iniciación en la *Marcomannia*. Subrayo lo de «chicas», porque desde entonces he descubierto que hay una enorme diferencia entre una mujer experimentada que ha aprendido a disfrutar de la conexión más íntima entre un hombre y una mujer, y una virgen

inocente que, por muy hermosa que sea, está demasiado asustada y cohibida para ser otra cosa que un desastre en la cama. Me han contado que los mahometanos imaginan el paraíso como un lugar donde cada hombre recibe 76 vírgenes. Si es así, creo que paso de la visión mahometana de semejante lugar.

—¿Cuánto duele en el momento? —insistí.

—Cuando me pasó, jamás había sentido un dolor tan intenso en mi vida. Pero no dejaba de repetirme: «Esto también pasará, esto también pasará». Eso evitó que me desmayara en redondo. Dos o tres días después, apenas podía soportar mirarme al espejo al ver lo grotesco de mi aspecto, pero el dolor pareció desvanecerse muy rápido. Cuando bajó la hinchazón... bueno, lo que ves es lo que hay.

—No es bonito —dije.

—Quizá no si eres inglés o estadounidense —respondió Schnacke —, pero cada cultura ve la belleza de forma distinta. Los africanos *schvartze* se meten palos cada vez más largos en la boca para estirarse los labios hasta sacarlos medio metro de la cara. Los *Indianer* rojos de América se pintan la cara o se la tallan como tótems. Pregunta a cualquiera en la casa de la *Marcomannia*. Cuando una dulce *mädchen* o incluso una *frau* casada ve a un hombre con una cicatriz, les vuelve locas.

Continuamos nuestras conversaciones durante varias noches más. No diré que me hacía ilusión la desfiguración que, según me habían dicho, seguiría a mis primeros combates de *mensur*, pero estaba decidido: si mis camaradas podían sobrevivir a semejante bautismo, yo también.

~//~

En total, participé en 14 de esos duelos. Echando la vista atrás, no me avergüenzo en lo más mínimo de mis cicatrices de duelo que, como mostraron tantas fotografías posteriores, eran inusualmente largas, profundas y terriblemente irregulares. En mi opinión, la sala de duelo me enseñó coraje, sangre fría y fuerza de voluntad. Aunque todavía puedo sentir el fuego abrasador de la primera vez que el filo de la espada me rasgó la piel desde el cráneo hasta la

garganta en un tajo abierto de sangre y vísceras, Clement DesRoches, que murió demasiado joven en una manifestación inútil contra el gobierno de Dollfuss, tenía razón: la angustia momentánea del trauma quedó rápidamente borrada por lo que vino después.

Capítulo 2

Cualquier hombre que piense que todas las mujeres son iguales —«de noche todos los gatos son pardos»— simplemente no sabe nada de mujeres. La capacidad de seducir, tentar, deslumbrar y llevar a un hombre a la violencia asesina o reducirlo a la mendicidad no se limita en absoluto a las jóvenes, las hermosas, las voluptuosas o esas sirenas del cine que acaparan fortunas y legiones de pretendientes en las pantallas de todo el mundo.

Como cualquier hombre, o ya puestos como cualquier mujer, a lo largo de mi vida he visto a hombres altos, fuertes e increíblemente apuestos aferrados a arpías desaliñadas, gordas y a menudo de aspecto repulsivo, como si fueran el Santo Grial. He visto a un número igual de mujeres capaces de exigir el rescate de un rey caer a los pies o en los brazos de calvos barrigones, asiduos de antros de mala muerte, que engañan casi todas las noches a estas bellezas, o pasan las noches en que no retozan con conquistas ocasionales emborrachándose hasta perder el sentido en los bares más sórdidos y repugnantes.

Digan lo que digan, el amor de toda una vida, o la lujuria de toda una vida, llámese como se quiera, sobrevive a un matrimonio feliz, incluso hasta bien entrada la vejez, y queda grabado para siempre en la memoria.

Poco después de cumplir veinte años, en septiembre de 1928, comencé mi tercer año en la escuela de ingeniería. Como mis hermanos de la *Marcomannia* habían predicho, la gran cicatriz costrosa en el lado izquierdo de mi cara era un imán para las mujeres. Desde mi iniciación en la *mensur* había tenido algunos encuentros casuales, pero nada tan memorable como para trastornar mi vida.

Rolf Hollander, un muchacho de mi misma edad, se incorporó a mi clase de tercer año. Aunque no le atraían los duelos ni la vida de fraternidad, era un tipo decente y lo bastante brillante como para que pronto formáramos parte del mismo pequeño grupo de estudio. Vivía en Viena, como la mayoría de los estudiantes de ingeniería.

Con frecuencia, los miembros del grupo visitábamos las casas de los demás o salíamos juntos los fines de semana a estudiar, beber o discutir asuntos que ocupaban la mente de la mayoría de los jóvenes y, supongo, de la mayoría de las jóvenes también.

Rolf vivía en el distrito de Alsergrund, el noveno *Bezirk*, a unos pocos kilómetros al noroeste de la casa de mis padres. Para entonces, mi hermano Alfred se había casado y trabajaba en una gran firma de arquitectura. Mi nuevo amigo tenía un hermano menor y dos hermanas menores. Su padre, Friedrich, era un *Rechtsanwalt* de buena reputación, un abogado cuyo despacho estaba en la primera planta de la residencia familiar, pero que, debido a su popularidad, viajaba con frecuencia a lo largo y ancho de Austria. En cualquier momento podía estar en Innsbruck, Klagenfurt, Lienz, Salzburgo, ciudades de Alemania o el recién independizado estado de Hungría.

Aunque la madre de Rolf, Lisbeth, una mujer menuda, delgada y de cabello oscuro, no carecía de atractivo, difícilmente se la consideraría un objeto de deseo sexual. Vestía a la moda de la época: una madre de treinta y ocho años razonablemente guapa y bien conservada, con cuatro hijos casi adultos. No ejercía ninguna atracción particular sobre mí, ni tampoco ella parecía sentirse atraída por mí, salvo como se mira al amigo de un hijo.

A medida que avanzaba el curso, los Hollander me invitaron a pasar alguna que otra festividad en Semmering o, durante el frío del invierno, en Velden-am-Wörthersee, en el distrito de los lagos de Carintia, la parte más cálida de Austria. Mis padres, a su vez, nos invitaron a Rolf y a mí a visitarlos en el Salzkammergut, donde tenían un pequeño apartamento en Hallstatt, que aún hoy considero el lugar más hermoso de la faz de la tierra.

Para el verano de 1929, las condiciones económicas habían empeorado considerablemente y se temía un colapso financiero mundial. Aun así, la vida seguía y los vieneses parecían vivir el momento. Hombres y mujeres acudían a bañarse a las populares piscinas públicas de Krapfenwaldbad, Gänsehäufel y Kongressbad, donde me fascinaban los trajes de baño de una sola pieza

escandalosamente atrevidos que las jóvenes lucían esa temporada, trajes de baño que apenas una década antes habrían supuesto arrestos por indecencia. Pero aquel verano el estilo «flapper» de «Dixie Dugan» importado de Estados Unidos, y el atuendo aún más atrevido de la notoriamente libertina Francia, habían llegado a Austria.

Durante las vacaciones escolares de julio, los Hollander me contaron sus planes de verano. El *paterfamilias*, Friedrich, impartiría un curso de formación continua en Salzburgo, seguido de una semana de negociaciones en Múnich. El hermano menor de Rolf, que empezaría la universidad en septiembre, pensaba asistir a un programa de orientación de una semana en Linz. Sus dos hermanas se habían apuntado a un campamento juvenil de verano en Velden-am-Wörthersee, en el sur.

Rolf me dijo que iría a Venecia a visitar a una joven que había conocido en Klagenfurt.

—Y no, Otto, *no* estás invitado —comentó con una sonrisa apenas disimulada—. Voy a comprobar si es verdad lo que dicen de las mujeres latinas del otro lado de la frontera. Pero eso deja un pequeño problema.

—¿Cuál? —pregunté.

—Con todos fuera, mamá estará sola en casa durante diez días, haciendo las maletas y preparándose para que la familia coja el tren a *Karlovy Vary* en nuestro viaje anual al balneario cuando todos vuelvan a *Wien*. Me da pena pensar que se quede sola en casa, teniendo que arreglárselas por su cuenta, aunque tenemos vecinos que la ayudarán en caso de emergencia.

—¿Y no puede ir con tu padre?

—Papá tiene tanto que hacer todo el día que estaría aún más sola y aburrida en una ciudad desconocida donde no conoce a nadie. Me preguntaba si te importaría llamarla por teléfono una o dos veces durante la semana, quizá incluso pasarte a verla, solo para asegurarte de que todo va bien. Al fin y al cabo, eres casi como un tercer hijo y estoy seguro de que te lo agradecería.

—No parece tan difícil —respondí con ligereza—. El verano no es

temporada de duelos, así que mi agenda no está precisamente llena. ¿Cuándo te vas?

—Papá se va el viernes. Los demás nos vamos durante el fin de semana. Volveremos el lunes de la semana que viene. ¿Seguro que no es molestia?

—Por supuesto que lo es —dije con altivez, llevándome la mano al pecho y esforzándome por poner cara de aflicción—. Pero de algún modo me las arreglaré para cumplir con mi deber hacia Dios, la patria y mis amigos.

~//~

El martes de la semana siguiente, llamé y hablé brevemente con Frau Hollander.

—Solo llamo para asegurarme de que todo va bien —dije.

—Qué buen hijo eres —respondió ella—. Hay momentos en que la casa se siente muy vacía, pero en general disfruto de la paz y la tranquilidad de tener cinco personas menos a mi alrededor todo el día. De hecho, es como si me hubiera tomado unas pequeñas vacaciones.

—Bueno, no voy a interrumpir tus vacaciones —dije—. Con saber que estás bien me quedo tranquilo.

Al día siguiente, miércoles, no tenía absolutamente nada planeado. A primera hora de la tarde, se me ocurrió sorprender a Frau Hollander con una breve visita. Como era costumbre en Viena, me detuve en un quiosco y compré un pequeño ramo de flores de verano para llevarle de regalo.

Cuando llegué a la residencia de los Hollander, llamé al timbre del portal. No hubo respuesta, pero Rolf me había dado el código de acceso hacía meses y también su llave del piso de arriba, así que decidí subir a comprobar que todo estuviera en orden, dejar las flores con una nota y marcharme antes de que la señora de la casa regresara.

Al entrar en la vivienda, reinaba un silencio mucho mayor que en cualquiera de mis visitas anteriores. De repente, oí lo que parecía un suave gemido procedente del dormitorio de los padres de Rolf. Me

quedé paralizado unos instantes. Los gemidos se hicieron más fuertes y rápidos.

Un torbellino de pensamientos confusos y contradictorios me cruzó por la cabeza. ¿Estaría la madre de uno de mis mejores amigos teniendo una aventura clandestina? O peor aún, ¿habría sufrido una enfermedad repentina o el ataque de un intruso?

—¿Frau Hollander? —llamé sin alzar demasiado la voz. Lo último que quería era avergonzarla o asustarla, pero sí quería que supiera que tenía ayuda a mano si la necesitaba. Los gemidos cesaron en seco—. ¿Frau Hollander? ¿Frau Lisbeth? —volví a llamar.

—*Wer ist das*? ¿Quién está ahí? —llegó una voz trémula desde el dormitorio.

—Otto —respondí—. ¿Está bien? ¿Necesita ayuda?

—¿Otto Skorzeny?

—Sí.

—Estoy bien —respondió su voz desde el dormitorio—. Esta mañana fui a nadar. Al volver a casa me sentí agotada, así que estaba echando una siesta. Debía de estar soñando. Salgo enseguida. Ya sabes dónde está todo. ¿Podrías prepararnos un café o un té?

—Por supuesto. Tómese su tiempo.

Me sentí aliviado al comprobar que ninguna de mis sospechas ni temores tenía fundamento. Puse agua a hervir para el té y busqué en el armario unas galletas María, que sabía que eran las favoritas de la familia Hollander para la merienda.

—¿Otto? —llamó la madre de mi amigo desde el fondo de la casa —. Te agradecería mucho que me ayudaras a llevar unos libros al salón. Llevo semanas intentando que Friedrich y Rolf los muevan. Ya que estás aquí... Podemos tomar el té en cuanto los saque.

—Eso no debería llevar mucho tiempo —respondí, apagando el fuego.

Había pasado muchas veces por delante del dormitorio de los padres de Rolf, pero la puerta siempre había estado cerrada. Al acercarme, vi que estaba abierta. De dentro salía un aroma fuerte, penetrante, aunque no desagradable.

—Aquí dentro —llamó desde el dormitorio.

Entré sin saber qué esperar.

Sentí una conmoción como jamás había experimentado.

Frau Lisbeth Hollander llevaba un traje de baño que hacía parecer los de la piscina tan recatados como el hábito de una monja. No tenía curvas voluptuosas, pero la parte de arriba dejaba muy poco a la imaginación. Mientras se bajaba lenta y provocativamente la parte superior del bañador, me descubrí conteniendo el aliento ante la belleza de sus pequeños pechos perfectamente formados, cónicos, con los pezones erectos. Me quedé atónito.

Frau Lisbeth Hollander, esposa de *Rechtanwalt*, madre de cuatro hijos, lejos ya de la primera juventud, me lanzó una mirada como ninguna que hubiera visto antes ni después. Daba igual si era la *hausfrau* o la sirena consumada. Podría haber sido cualquiera de esas cosas, o todas, o ninguna, y no habría importado lo más mínimo.

Me acerqué a la cama con rigidez, casi en trance, como arrastrado por hilos invisibles.

—¿Te gustaría ver el resto de mí?

Todo lo que pude hacer fue asentir en silencio.

—Tócame, entonces —dijo—. Donde quieras.

Alargué la mano con vacilación. Lisbeth me agarró las muñecas con firmeza.

—Ah, qué manos tan hermosas y fuertes —suspiró—. Ya las siento sobre mí.

Me guio la mano derecha hasta su pecho izquierdo. Sería pequeña, pero nunca había tocado nada tan suave, tan dúctil, tan sensual. Momentos después, acuné ambos pechos en mis manos. Qué diferente era de las otras chicas con las que había estado, todas ellas más dotadas. Sentí una ternura abrumadora mezclada con puro deseo animal.

Mientras la acariciaba, alternando caricias suaves con otras más intensas, ella emitió el mismo gemido que había oído al entrar en el apartamento. El aroma que había percibido al entrar en la habitación era ahora mucho más intenso.

—Dijiste que estabas dormida y soñando —me atreví a decir—. Oí...

—Sé lo que oíste —murmuró—. No estaba dormida ni soñando. Te oí entrar y pensé...

—¿Qué pensaste?

—Lo excitante que era hacer lo que estaba haciendo sabiendo que un joven apuesto estaba tan cerca. Y lo mucho que necesitaba esto...

Su cuerpo se tensó y luego se estremeció. Sin mediar palabra, se quitó el resto del bañador hasta quedar completamente desnuda, su diminuta figura tan hermosa y perfecta como las estatuas de la Venus de Milo que había visto en el *Kunsthistoriches Museum*. Cerró los ojos. Era como si yo ni siquiera estuviera allí. Comenzó a acariciarse el sexo, lenta y suavemente al principio, luego más rápido. Mientras jadeaba, yo me limitaba a mirar, paralizado ante lo que estaba presenciando.

Alargué la mano y comencé a acariciar y frotar donde la suya había estado un momento antes. Sus espasmos se intensificaron, sus movimientos se volvieron rígidos e involuntarios. Temí que fuera a romperse de tanto sacudirse, pero ella seguía gimiendo y jadeando. Un fluido caliente y resbaladizo brotó de repente en mi mano. Momentos después, gritó. Su cuerpo se estremeció y se desplomó. Tenía el rostro y los pechos enrojecidos, y respiraba con jadeos entrecortados.

—¡Oh... Dios... mío! —gimió al fin entre jadeos—. ¡Oh... Dios... mío!

Ambos permanecimos en silencio un rato. Lisbeth respiraba lenta y suavemente, como sumida en un sueño apacible. Contemplé su cuerpo mientras me sentía más grande y más duro que nunca. Pero con ella dormida, poco podía hacer salvo tocarme.

Cerré los ojos durante lo que me parecieron apenas unos segundos antes de sentir sus labios cálidos y húmedos rodeando mi miembro. Me lamía con suavidad, provocándome, me mordisqueaba con delicadeza y luego succionaba con firmeza contenida. No pude contenerme... no quería contenerme... y cuando me corrí fue como

si una tormenta hubiera desgarrado mi cuerpo, tal fue la intensidad de aquella liberación.

Después, ambos dormitamos un rato. Cuando despertamos, casi al mismo tiempo, las sombras se alargaban en las ventanas de su dormitorio. El olor almizclado de nuestro encuentro amoroso era intenso e impregnaba la habitación mientras nos mirábamos a los ojos con profundidad y deseo, sabiendo perfectamente lo que vendría y lo que estábamos a punto de hacer.

Justo cuando alargué la mano hacia ella, dijo:

—Espera, querido.

—¿No lo deseas? —pregunté con cierto mohín.

—Tanto como tú, como descubriste hace un rato —se puso unas bragas de encaje negro y empezó a secarse con palmaditas—. Pero lo que *no* quiero es quedarme embarazada.

—¿Schwanger?

—Así es, cariño. Lo último que necesito es otro bebé. Cuando llegas a mi edad —no me mires así— con cuatro basta y sobra. Por no hablar de que a Friedrich no le haría ninguna gracia.

—¿Entonces *se acabó* por esta noche?

—No he dicho eso en absoluto. Hay una farmacia a pocas manzanas de aquí. Seguro que aún no ha cerrado. Mientras vas a hacer tu recadito, me daré una ducha para estar limpita, perfumada y lista para más amor cuando vuelvas.

Enseguida me puse en marcha. En media hora había vuelto al edificio, listo para toda una noche de placeres prometidos. Acababa de llegar a la puerta del apartamento y había sacado la llave cuando Lisbeth abrió de golpe.

—¡Otto! —dijo encantada, con una voz claramente más alta de lo necesario—. ¡Qué agradable sorpresa! Parece que *dos* de mis «chicos» han venido a visitar a su vieja mamá. Rolf, me alegro tanto de que hayas decidido volver pronto. Otto llamó justo después de que llegaras. Le propuse que viniera y así podríamos pasar todos una velada maravillosa mientras nos deleitas con tus historias del Sur.

Reponiéndome rápidamente de la sorpresa, dije:

—Esto merece una celebración. Propongo que vayamos a un *Wursthaus* cercano, ya que con mi presupuesto de estudiante no puedo permitirme mucho más.

—No hace falta —dijo Lisbeth. Noté que llevaba un vestido discreto y holgado—. Puedo preparar algo rápido aquí. ¿Qué noticias traes de Italia?

—Venecia es sin duda una de las ciudades más hermosas del mundo —comenzó Rolf, completamente ajeno a lo que había ocurrido en el apartamento apenas una hora antes.

—¿Y...? —lo animé a continuar.

—Y... nada —dijo—. Cuando llegué, María *y sus dos amigas* me esperaban en la estación. No era en absoluto lo que me esperaba. ¿Me echaste de menos, mamá?

—Por supuesto, cariño. Por fin conseguí mover los libros que llevo meses pidiéndoos a ti y a papá que llevéis al salón. Cuando terminé, me eché una siesta larga y placentera y me di un baño caliente —me miró de reojo—. Ah, los rigores de ser una matrona solitaria —suspiró—. Otto me entretuvo llamándome un par de veces para asegurarse de que estaba bien.

—Gracias por eso, Otto —respondió Rolf—. Eres un amigo leal y de fiar.

—No fue lo más duro que he hecho nunca —dije—. Al fin y al cabo, ¿para qué están los amigos?

Pasada otra hora aproximadamente, me excusé para marcharme.

—Ajá, ¿acaso te espera alguna encantadora fräulein? —aventuró Lisbeth.

Les dediqué una sonrisa lobuna.

—No me hagáis preguntas y no os contaré mentiras. Me alegro de que hayas vuelto sano y salvo, Rolf. Supongo que no volveré a verte hasta que la familia regrese del balneario.

—Supongo que no —dijo Lisbeth—, pero no puedo dejarte ir sin un dulce.

Desapareció hacia el fondo del apartamento y volvió con una pequeña caja de pastelería que me entregó en la puerta.

—No la abras hasta que salgas —dijo—. Lo último que necesito es

encontrar migas en el suelo.

Me marché con una mezcla de expectativas frustradas, vívidos recuerdos sensuales de lo ocurrido esa tarde y alivio de que Rolf no hubiera aparecido media hora antes. El paquete de condones en el bolsillo del pantalón me recordaba cuánto más podría haber pasado, pero en esta vida uno no siempre consigue lo que quiere justo cuando lo quiere.

Cuando volví a mi habitación, me apeteció comer algo dulce antes de acostarme. Lisbeth había tenido el detalle de darme una caja de pastelería. Sin duda sabía que un joven no podría resistirse a un bocado ligero y hojaldrado al final del día.

Pero cuando abrí la caja, no era ni mucho menos lo que esperaba. Un sujetador negro, unas bragas aún húmedas impregnadas del aroma de Lisbeth. Y una nota escrita a mano: «11 mañana en Schickelgasse 24/3, 7° *Bezirk*. Ven preparado para venir. L-.».

~//~

Bloques de tres y cuatro plantas bordeaban la estrecha Schickelgasse a ambos lados. El número 24 era discreto, indistinguible del resto de los edificios. La calle estaba relativamente vacía a esa hora de la mañana, pues era día laborable. Un terrier pasó trotando, levantó la pata y dejó unas gotas en una boca de incendios, olfateó un cubo de basura cercano y desapareció calle arriba. Vestido como iba con ropa de trabajo corriente, salvo por mi estatura y la llamativa cicatriz en la mejilla izquierda, formaba parte del paisaje callejero tanto como el perro y los edificios.

Percibí su presencia antes de verla entrar en la calle y caminar con paso decidido hacia el 24. Esa mañana llevaba una falda por debajo de la rodilla, blusa blanca y chaqueta azul oscuro. Llevaba el pelo recogido en un moño. Parecía una mujer de negocios o una turista, algo nada extraño en Neubau, a cinco minutos a pie del centro.

—¿Cómo encontraste este lugar? —pregunté.

—Compramos el apartamento hace tiempo —respondió ella—. Friedrich necesitaba un lugar donde sus clientes pudieran pasar la noche. Después lo alquilamos. Los inquilinos están de vacaciones y

les dijimos que vendríamos a echar un vistazo antes de ir a Checoslovaquia.

—¿Dónde está Rolf esta mañana?

—Se fue al Prater con unos amigos. Friedrich llamó temprano y me dijo que las negociaciones van bien. Su plan sigue siendo el mismo: volver el domingo o el lunes. *Alles in ordnung.* Todo perfectamente normal. Le dije que vendría aquí hoy poco después de las once. Y eso —sonrió con picardía— es exactamente lo que pienso hacer.

Me estremecí de anticipación por lo que ambos sabíamos que iba a pasar, a pesar del cálido día de finales de verano.

—¿Quieres que paremos en una *konditorei*? —pregunté.

—¿No comiste suficientes pasteles anoche?

—Apenas pegué ojo después de abrir la caja.

—¿Por el aroma?

—Ajá.

—Espero que no te hayan quitado *todo* el sueño —dijo, deslizando el brazo por el mío—. Ni todas las fuerzas.

—Lisbeth, no pude dejar de pensar en ti en toda la noche.

—¿No en otras chicas? —sonrió burlona.

—¿Cómo iba a poder... después de ti?

—Qué cosas tan escandalosas dices de una mujer mayor.

—Podrías llevarme *cincuenta* años y me daría igual.

—Mmmmm —dijo, temblando ligeramente—. Me pregunto si pensarás lo mismo dentro de un año, por no hablar de cincuenta. Quizá deberíamos echar un vistazo al Apartamento 3 para asegurarnos de que está limpio y ordenado.

Las palabras sobraban, y no volvimos a hablar hasta que subimos las escaleras y entramos en el apartamento. Apenas habíamos cerrado la puerta cuando nos fundimos en un abrazo apretado, besándonos con avidez, nuestras lenguas buscándose. Lisbeth restregó la pelvis contra mí y sus suaves gemidos retomaron donde los había dejado el día anterior. Mi mano se coló dentro de su blusa. No llevaba sujetador ni le hacía falta. Tenía los pezones tensos y duros, pidiendo a gritos que los acariciaran. No tardé en complacerlos.

La levanté sin esfuerzo. Dejó de gemir lo justo para señalarme el dormitorio más cercano, donde encontramos una gran cama de matrimonio. Apenas la había depositado sobre la cama cuando le quité la chaqueta, le desabroché la blusa y empecé a chuparle y mordisquearle los pechos. Ella bajó la mano y tiró de mi cinturón, apremiándome con sus gestos a que yo también me desnudara.

Le bajé las bragas, deslizándolas por sus hermosas piernas mientras ella arqueaba la espalda. Hundí la cabeza entre sus muslos. Su cuerpo se estremeció cuando mi lengua la tocó. Los gemidos se convirtieron en jadeos a medida que los espasmos se sucedían cada vez más rápido. De pronto contuvo el aliento como si se ahogara. Al instante siguiente soltó un grito, su cuerpo liberó un torrente de fluido viscoso y se desplomó en éxtasis, jadeando como si no fuera a parar nunca.

Para entonces mi pasión había alcanzado el punto máximo y no podía esperar más.

—El condón —jadeó ella—. No quiero...

Rasgué el envoltorio y apenas logré ponérmelo a tiempo antes de hundirme en su interior estrecho y húmedo. Debía de haber pasado años entrenando aquellos músculos para volver loco de deseo a cualquier hombre. De algún modo conseguía mantener los brazos a los lados mientras me apretaba desde dentro de su hermoso cuerpo. Se alzaba al encuentro de cada embestida y retrocedía cuando yo me retiraba, intensificando el impacto de lo que hacíamos. No debieron de pasar más que unos segundos cuando sentí que escalaba la última cuesta antes de...

Mientras entraba y salía de ella cada vez más rápido, Lisbeth me agarró de pronto el miembro con la mano y apretó con fuerza. La sorpresa me detuvo en seco, justo antes de correrme.

—Más despacio, cariño —susurró—. Será mejor para los dos.

Se dedicó a provocarme y tentarme con las manos y los labios hasta que estuve más que listo. Volví a entrar en ella y esta vez no había forma de que pudiera pararme. Cuando nos corrimos juntos, la explosión nos sacudió a los dos. Lo que ocurrió en ese momento superó cualquier cosa que hubiera experimentado en mi vida. Fue

entonces cuando comprendí de verdad que era la mujer, y no el hombre, quien tenía mayor poder para controlar el acto amoroso.

—Lisbeth... —balbuceé entre la bruma.

—Sshhh, cariño, duerme un rato.

Antes de separarnos a última hora de la tarde y tomar cada uno su camino, habíamos hecho el amor dos veces más, cada vez mejor que la anterior. Estaba lleno de emociones encontradas: culpa, deseo saciado, traición... pero la que se imponía a todas las demás era la certeza de que nunca podría dejarla marchar.

~//~

Durante los años siguientes, Lisbeth y yo disfrutamos el uno del otro en momentos y lugares elegidos con sumo cuidado. Por suerte, que yo sepa nadie descubrió jamás lo nuestro. Siguió siendo la amante más excitante que había tenido en mi vida. La recuerdo con cariño y gratitud, aún hoy. Todavía hay momentos en que me pregunto: «¿Y si...?». Pero esa pregunta nunca tuvo respuesta.

Capítulo 3

—¿Herr Skorzeny?

—Señor Schreiber —respondí—. Es un privilegio que me conceda esta entrevista.

—Los Hollander hablaron muy bien de usted. Respeto el criterio de Friedrich. Le aseguro que Frau Hollander es mucho más inteligente que la mayoría de las mujeres de Viena. De hecho, aunque ahora no lo parezca, Lisbeth Rausch fue una de las grandes bellezas de Viena en su día. Veo en su currículum que su padre Anton también era ingeniero, igual que su hermano Alfred.

—Correcto, señor.

—¿Ha oído hablar de *Schreiber Gerüst?*

—Se dedica a los andamios a lo grande, señor Schreiber.

—Me halaga, Herr Skorzeny. Nuestra empresa ha logrado mantenerse a flote, pese a la crisis económica que azotó Austria tras el crack bursátil estadounidense —suspiró—. Aunque Dios sabe por cuánto tiempo. ¿Quién habría pensado que, trece años después del fin de la Gran Guerra, el orgulloso vestigio de lo que fue el mayor Imperio de Europa se vería reducido a mendigar préstamos de cualquiera con la suficiente confianza o codicia para dignarse a mirarnos?

—Dicen que las cosas están peor en Alemania. La gente lleva una carretilla llena de dinero a la panadería solo para comprar una barra de pan. Si me permite el atrevimiento, señor Schreiber, ¿cómo es que se plantea contratarme? Cuando me licencié hace dos meses, me dijeron: «Otto, estamos en 1931. Están despidiendo ingenieros a diestro y siniestro. ¿Qué te hace pensar que alguien querría contratar a un recién licenciado como tú? Tendrías más suerte buscando trabajo de camarero». Usted es el primero que me ha concedido una entrevista.

—Bueno, una cosa es segura, Herr Skorzeny. No es por su hermosa cara —respondió con una risita el hombre mayor, casi treinta centímetros más bajo que yo, con una pequeña barriga y un peluquín evidente—. Una *schmiss* bastante pronunciada, ¿verdad?

—Así es.

—¿Sería ingenuo por mi parte suponer que está a favor de la reunificación con Alemania?

—Nunca lo he ocultado, señor Schreiber. Muchos de nuestros compatriotas que no miran hacia Moscú comparten mi parecer. Ambos países comparten el mismo pueblo germánico.

Mi posible empleador me indicó que me sentara en una de las dos cómodas sillas de cuero frente a él. Pulsó un botón de su escritorio. Poco después, apareció un empleado con una bandeja que contenía dos tazas y platillos de porcelana, una cafetera y un surtido de cruasanes.

—¿Qué opina del Partido Nacionalsocialista? —preguntó sin rodeos.

—No estoy seguro de que mis compatriotas quieran una revolución tan radical como la que propugnan los nazis, pero su visión de un pueblo germano-austríaco unido me atrae. Si eso significa que acabo de arruinar mi candidatura para trabajar en *Schreber Gerüst*, me retiro ahora mismo.

—No, puede quedarse sentado, joven. Aunque yo mismo soy apolítico, nunca le he negado a nadie el derecho a dar su opinión ni a defender sus convicciones con valentía. ¿Sabe que tenemos muchos socialistas-marxistas y comunistas en plantilla?

—No me sorprende. Es habitual en el sector de la construcción. No soy tan cerrado como para creer que solo existe mi manera de ver las cosas. Procuro llevarme bien con todo el mundo.

—No pagamos salarios altos.

—Cualquier salario es mejor que ninguno, señor Schreiber. Ya va siendo hora de que deje de depender de los Hollander, de mis padres o de limosnas. Solo pido una oportunidad para demostrar lo que valgo.

—Ah, eso lo dicen muchos jóvenes, Herr Skorzeny. Mire, le voy a decir una cosa. Hoffritz, el gran contratista general, tiene una licitación importante que se abre en una semana. Somos uno de sus principales subcontratistas. Si la ganan, hablamos de un año de trabajo, quizá más. Nuestro jefe de obra principal, Greiff, necesitará al menos tres directores de proyecto. Con suerte, esta podría ser la

oportunidad que busca…

~//~

—¡Estoy tan orgullosa de ti, cariño! Hace un año, estabas pateando calles, llamando a todas las puertas. ¡Y ahora eres socio minoritario!

—Lisbeth, ni el ascenso podría superar lo que acabamos de hacer —dije, mordisqueándole suavemente los pechos.

Nuestra relación había llegado al punto en que disfrutaba de su inteligencia y su aguda visión del mundo *casi* tanto como de lo otro. Georg Schreiber tenía razón al decir que era una de las mujeres más brillantes de Viena. De hecho, aunque nunca hacía alarde de ello, era una de las personas más inteligentes que había conocido.

Ella continuó:

—Otto, sé que eres miembro activo del Partido Nazi Austriaco. No te lo reprocho, pero sabes lo inestable que está Austria hoy.

Vaya si lo sabía. El *Schutzbund* marxista de la izquierda y el *Heimwehr* de la derecha llevaban tiempo enfrentándose en las calles, cada cual pavoneándose con sus ridículos uniformes, mientras el NSDAP se limitaba a observar y a fortalecerse día a día. El gobierno cristiano-demócrata se desmoronaba.

—No me cuentas nada que no sepa, Lisbeth.

—Anoche Friedrich me confió que los socialcristianos perdieron a sus aliados pangermánicos en el parlamento. Hoy, mientras tú y yo estábamos entretenidos en otros menesteres, es muy posible que los socialdemócratas hayan pedido la disolución del Consejo Nacional. Friedrich cree que, si eso ocurre, el Dr. Renner dimitirá como canciller. Se rumorea que el presidente Miklas le ofrecerá el cargo a Dollfuss.

—¿Millimetternich? —dije, empleando el mote que le habían puesto varios bromistas en los periódicos. El irrisoriamente bajo Dollfuss, que apenas medía metro y medio, había sido el hazmerreír de los cafés vieneses toda su vida. Uno podía pedir un café «Dollfuss», es decir, la taza más pequeña. En contraste con su menuda estatura, su asistente personal y secretario, Eduard Hedvicek, era un hombre enorme, de dos metros de altura—. Pero Dollfuss solo lleva un año

en el gobierno federal.

—Eso no importa realmente —dijo mi amante—. ¿Quién querría el cargo de canciller?

Sin embargo, eso fue precisamente lo que sucedió. Cuando le ofrecieron el puesto, Dollfuss primero lo rechazó y luego aceptó. Juró el cargo el 20 de mayo de 1932 como jefe de un gobierno de coalición entre el Partido Social Cristiano, el *Landbund*, un partido agrario de derechas, y el ala parlamentaria del ultranacionalista *Heimwehr*. Con la economía hundiéndose a pasos agigantados, Dollfuss no tuvo más remedio que acudir a la Sociedad de Naciones en busca de un rescate financiero.

Las condiciones del préstamo de 45 millones de dólares de la Sociedad de Naciones eran duras: Austria debía comprometerse a no formar una unión aduanera con Alemania durante veinte años. Como para entonces yo era un miembro acérrimo del NSDAP, me indignaba lo que consideraba una traición a nuestra herencia alemana.

Asistí impotente a cómo todo iba de mal en peor. En marzo de 1933, Karl Renner, el presidente socialdemócrata del Consejo Nacional, dimitió. Dos vicepresidentes de otros partidos hicieron lo mismo. Sin presidente, el parlamento no podía clausurar su sesión. Dollfuss pidió al presidente Miklas que suspendiera el Parlamento indefinidamente. Cuando el Consejo Nacional quiso volver a reunirse, días después de la dimisión de los tres presidentes, la policía de Dollfuss bloqueó la entrada al edificio del parlamento. De un plumazo, y con la ayuda de las fuerzas del orden, el canciller acabó de hecho con la democracia en Austria. Desde ese momento, gobernó como dictador mediante decretos de emergencia con poder absoluto.

~//~

La reunión tuvo lugar la noche del 20 de mayo de 1933, justo un año después de que Engelbert Dollfuss hubiera sustituido a Karl Renner como canciller de Austria. Nos reunimos doce personas en una cabaña en Donaustadt, al sureste de Viena. Además de mí, había otros tres miembros del Partido Nacionalsocialista, cuatro

representantes de los comunistas y cuatro antiguos diputados socialdemócratas. Los tres grupos representaban a los «excluidos». Los agentes de la *Heimwehr* de derechas, que apoyaba al gobierno de Dollfuss, habían quedado fuera de la reunión.

Aunque comunistas y NSDAP éramos enemigos acérrimos tanto en lo político como en lo filosófico, llevábamos varias semanas en contacto directo. La ficción política de la democracia en Austria, tal como la conocíamos, parecía tocar a su fin.

La reunión empezó con tensión cuando Radicki, uno de los comunistas, dijo:

—Todo esto empezó cuando Hitler llegó a la cancillería en Alemania a principios de año. Dollfuss nota el aliento de Alemania en el cogote y necesita encontrar la manera de frenarla.

—No del todo —respondí, procurando mantener un tono civilizado —. Nuestras encuestas indican que los nacionalsocialistas austriacos podríamos obtener una minoría significativa en futuras elecciones si estas fueran limpias. El setenta y cinco por ciento del Tirol votaría al NSDAP.

—Pero nuestros seguidores controlan el este... —intervino un segundo simpatizante comunista.

—No niego ni por un momento que la influencia de Moscú en Austria haya crecido de forma espectacular —respondí—. Que estemos de acuerdo o no es irrelevante. Por mucho que nos despreciemos en público, nos *necesitamos* mutuamente para mantener vivos el equilibrio y la democracia. Aunque ni el NSDAP ni los comunistas consigamos nunca votos suficientes para hacernos con el control del Parlamento, cuando uno u otro formemos parte de una coalición, al menos nos llevamos algo en lugar de quedarnos con las manos vacías.

—Herr Skorzeny tiene razón —intervino un socialdemócrata—. Pero ¿qué pasa si el enano consigue lo que se propone? Tiene a la *Heimwehr* y a su guardia policial.

—Nosotros tenemos la *Schutzbund*...

—Sí —dijo otro miembro del NSDAP—. Eso significa que la *Heimwehr* y Dollfuss pueden acabar con los comunistas y fracturar

aún más el delicado equilibrio que hemos intentado conseguir.

Un hombre alto, de aspecto cadavérico y barba canosa, a quien reconocí como antiguo diputado socialdemócrata de alto rango en la Asamblea, dio una calada a la pipa y reflexionó:

—Ojo por ojo y el mundo acabará ciego. Amigos míos, apostaría a que el canciller Dollfuss pretende proscribir a nazis y comunistas de un plumazo. Así podrá elegir a dedo qué partido estará en el poder por mayoría simple.

Un hombre más joven, pelirrojo, dijo con amargura:

—¿Qué más da? Ya ha clausurado la Asamblea Nacional e impedido a los diputados entrar en la Cámara.

—Quizás —sugerí— venga al caso aquello de «O nos unimos o nos cuelgan». ¿Y si nos adelantáramos a Dollfuss, apartáramos nuestras diferencias el tiempo necesario para restablecer la democracia tal como la conocemos y anunciáramos de inmediato la formación de un frente unido?

—Una idea interesante —respondió el de la barba canosa—. Pero ¿bajo qué bandera?

—Démosle vueltas —dijo el primer orador comunista—. Propongo que volvamos a vernos aquí en dos semanas, tras consultar con los dirigentes de nuestros respectivos movimientos, y elaboremos una estrategia.

—Y yo digo —replicó acaloradamente el pelirrojo, que calculé tendría mi edad, 25 años— que será demasiado tarde. Ya lo verán: ¡asistiremos al principio del fin de Austria tal como la conocemos!

—Vamos, Hjalmar —dijo en tono conciliador el hombre sentado a su lado—, ¿cuánto puede cambiar en unas semanas?

—¡Todo! —exclamó el pelirrojo, y salió dando un portazo.

~//~

Hjalmar resultó ser trágicamente profético. El 26 de mayo de 1933, Dollfuss ilegalizó el NSDAP. El 19 de junio de 1933, prohibió a los comunistas. Fueron sus primeros grandes errores.

Acto seguido, como si hubiera tomado nota de lo tratado en nuestra reunión clandestina meses antes, nuestro canciller instauró

una dictadura con su nuevo partido, el *Vaterländische Front*, que contaba con el apoyo de la *Heimwehr*. Para reforzar su posición en el exterior y evitar que Austria se uniera a la Alemania nazi, Dollfuss se reunió con el dictador italiano, Benito Mussolini, en Riccione, en el norte de Italia, en agosto de 1933. El *Duce* garantizó la independencia austriaca a cambio de abolir todos los partidos políticos y reformar la constitución austriaca en clave fascista. A instancias de Mussolini, Dollfuss se enfrentó a las organizaciones de izquierda y hostigó a marxistas y trabajadores.

~//~

Clement, Baldur y Reineke, tres miembros de mi antigua fraternidad de duelo, *Marcommania*, volvían conmigo hacia mi coche tras una agradable tarde en el Café *Weissenhof*.

A las siete de la tarde, estábamos dando cuenta de unos pasteles que acabábamos de comprar cuando oí silbidos, seguidos de una serie de explosiones atronadoras. Momentos después, cuatro camiones blindados irrumpieron rugiendo en la *Rathaus Square*.

—¿Qué demo...? —exclamó Baldur.

El rugido de otros tres camiones blindados, con las sirenas aullando, ahogó su voz al entrar en la *Rathaus Square* desde la dirección opuesta. Momentos después, los camiones abrieron fuego contra la multitud. Oí lo que juraría que eran bombas estallando y vi a un hombre correr hacia la plaza gritando:

—¡Han levantado barricadas en la *Ringstrasse*!

—¡La iglesia! ¡La iglesia! —gritó una mujer—. ¡Le han dado!

La situación apenas empezaba a calmarse cuando dos vehículos blindados más, escoltados por cinco coches patrulla, abrieron fuego sobre la plaza desde una tercera dirección, matando e hiriendo a numerosos civiles inocentes que no habían hecho más que acudir a observar la manifestación.

—¡Stephansdom! —grité a cuantos pudieran oírme—. ¡La policía jamás la atacará!

Mis camaradas y yo logramos organizar a un centenar de lugareños ilesos. Los que aún podían caminar apenas comenzaban a dirigirse

hacia la catedral cuando una cuarta oleada, cinco vehículos blindados más, sembró más muerte y destrucción en el Primer *Bezirk*.

—*¡Clement!* —gritó Baldur, corriendo hacia nuestro hermano de fraternidad.

Corrí junto a mi amigo, herido de muerte.

—¿Clement...?

Entonces vi el boquete que se abría desde el cuello hasta el estómago. Sus intestinos ya empezaban a derramarse. Clement DesRoches, incapaz de respirar, se ahogó en su propia sangre.

Aullé de agonía y frustración, pero el Blam-Blam de los disparos ahogó mi voz y caí al suelo cuando una multitud me pasó literalmente por encima. Apenas alcancé a oír el grito ahogado de un desconocido: «¡Me dieron! ¡Me dieron! ¡Oh, Cristo! ¡Mamá! ¡Mamá!», antes de que un camión alcanzado por los disparos lo aplastara.

Mientras sentía que empezaba a perder y recobrar la consciencia, los gritos fueron menguando hasta convertirse en gemidos desesperados a medida que más personas perecían en aquella absurda atrocidad que el periódico del gobierno presentó fielmente como una valiente acción policial para restaurar el orden cuando la anarquía amenazaba la capital. A los dos días, el gobierno afirmó que la destrucción había sido causada por alborotadores comunistas y nazis descontrolados, y que gracias a los valientes esfuerzos de los agentes del orden del *Vaterländische Front*, solo habían muerto doce personas.

En realidad, más de 400 personas murieron y 2000 resultaron heridas en los disturbios que estallaron en Viena, Linz y Graz en febrero de 1934. El canciller Dollfuss utilizó los disturbios como excusa para prohibir el Partido Socialdemócrata, eliminando así de la escena a la fuerza antinazi más poderosa de Austria. El escenario quedaba preparado para el principio del fin de una Austria independiente.

Capítulo 4

A finales de febrero de 1934, comprendí que mi larga relación con Lisbeth Hollander nunca pasaría de encuentros clandestinos, y que ella no tenía intención de abandonar al *Rechtsanwalt* Hollander. Nuestra amistad amorosa había evolucionado: ahora había más amistad que amor. Aunque Lisbeth seguía siendo una mujer increíblemente erótica, rondaba ya los cuarenta y cinco, y yo, con veintiséis años, continuaba soltero.

Seguía siendo amigo de Rolf, aunque nuestra relación se había enfriado, pues él se había alineado firmemente con la facción pro-Dollfuss mientras mis lealtades oscilaban entre los nazis y los simpatizantes comunistas.

Todo llegó a un punto crítico una tarde, después de que Lisbeth y yo disfrutáramos de uno de nuestros encuentros amorosos, cada vez más infrecuentes pero aún más deliciosamente extáticos.

Tras ducharnos juntos, contemplé con asombro inagotable su cuerpo increíblemente hermoso y sensual mientras se vestía. Me miró con ternura y dijo con naturalidad:

—Otto, querido muchacho, creo que ha llegado el momento de que encuentres una esposa adecuada.

—¡Yo nunca podría...! —empecé a protestar.

—Sssh —dijo, posando los dedos suavemente sobre mis labios—. Nunca dejaré de quererte. Eso lo sabes. Pero ha llegado el momento. De hecho, cuando yo tenía tu edad, ya había tenido dos hijos y esperaba un tercero. Deberías ir pensando en eso, cariño.

—Pero —dije con voz abatida—, ¿eso significa...?

—No tenemos que responder a esa pregunta ahora mismo. Pase lo que pase, siempre nos querremos.

~//~

Había conocido a la hija menor del señor Schreiber, Margareta, entonces una adolescente desgarbada de dieciséis años, en 1931, cuando empecé a trabajar para su padre. Como yo no solo era un hombre maduro de veintitrés años, sino que mantenía una relación

seria con una mujer exquisita dieciocho años mayor que yo, apenas reparé en «Gretl» en aquel momento.

Pero tras mi conversación con Lisbeth, volví a fijarme en Gretl Schreiber, que ahora tenía diecinueve años, y comprendí que un matrimonio ventajoso con la hija del dueño no perjudicaría mi carrera. Además, Margareta se había convertido en una joven atractiva. Empecé a cortejarla en serio. En abril de 1934, Gretl y su padre aceptaron mi propuesta de matrimonio. Nos casamos a finales del mes siguiente.

A principios de junio, Gretl y yo partimos hacia nuestra luna de miel italiana en una motocicleta con sidecar. Durante los tres meses siguientes visitamos Venecia, Rávena, Bolonia, Pisa, Florencia, Roma y la región de los Apeninos en Abruzzo. Ambos quedamos cautivados por el Gran Sasso, de dos mil novecientos metros de altura, el pico más alto de los Apeninos. Ascendimos el macizo en funicular, la única forma de llegar al prado alpino justo debajo de la cumbre, donde pasamos dos magníficas noches en el Hotel Imperatore. Poco podía imaginar entonces el papel decisivo que aquel refugio de montaña desempeñaría en mi vida años después.

Desde el Gran Sasso descendimos a *Firenze*, el corazón mismo de la Toscana. Como ingeniero, y tras haber adquirido cierta sofisticación cultural gracias a mi relación con los Hollander y otros de su círculo, sugerí a mi esposa que nos instaláramos en nuestro alojamiento de la Via Faenza e inmediatamente después visitáramos la *Accademia* para ver el incomparable *David* y los Uffizi, una de las principales galerías del mundo. Me decepcionó un poco que Gretl confesara no haber oído hablar nunca de ninguno de esos lugares. Le sugerí que quizá estuviera agotada tras el viaje de todo el día y prefiriera descansar hasta la cena. Por mi parte, dije que me acercaría al quiosco más cercano para ponerme al día con las noticias y volvería en media hora.

Cuando llegué al quiosco, descubrí que acababan de entregar *La Nazione* y el encargado vendía ejemplares tan rápido como podía despacharlos. Bastó un instante para comprender a qué venía tanta agitación al leer el titular en letras enormes y negrita expuesto sobre

el quiosco.

ASSASSINIO! DOLLFUSS COLPO MORTALE!

Nada más regresar a nuestra habitación, periódico en mano, le resumí a Gretl lo que decía. Aunque los detalles eran escasos, parecía que dos días antes, el 25 de julio de 1934, un grupo de conspiradores había irrumpido en el *Bundeshaus* con el propósito declarado de obligar al canciller Dollfuss a dimitir. El complot de los *putschistas* había salido horriblemente mal. Uno de mis camaradas del NSDAP, Otto Planetta, juró que solo había disparado una vez al suelo frente al canciller, pero los investigadores encontraron *dos* balas alojadas en la columna vertebral de Dollfuss. La autopsia del cuerpo del líder asesinado se realizó con una prisa sospechosa. Muchos pensaron que se trataba de un encubrimiento. Los *putschistas*, tras recibir garantías de que serían conducidos sanos y salvos a la frontera bávara, entregaron sus armas y fueron arrestados de inmediato.

Aunque mis sentimientos respecto al suceso eran contradictorios, lo que predominaba era el alivio de no haber estado cerca de Viena en el momento del asesinato. Mis simpatías eran conocidas, aunque no de forma generalizada. Como nada podía hacer al respecto, Gretl y yo permanecimos en Florencia tres días antes de continuar hacia Roma. Dos días después de llegar, escuché a Benito Mussolini hablar desde el balcón de la antigua embajada austriaca. Mis sentimientos hacia Italia habían sido favorables desde el momento en que Gretl y yo cruzamos la frontera austro-italiana. Para cuando llegué a Roma, mis prejuicios contra Italia habían desaparecido por completo.

Estos sentimientos se repetían una y otra vez en mis viajes por las distintas naciones de Europa. Llegué a la conclusión de que los europeos constituimos una gran familia y podríamos llevarnos bien con todos siempre que nos respetáramos mutuamente y protegiéramos lo que hace especial a cada uno de nosotros.

Apenas había regresado de Italia cuando me vi en medio de un alboroto político que se había apoderado de Estiria, Carintia y el Tirol tras el anuncio radiofónico de que el *putsch* había triunfado y de que al Dr. von Rintelen, embajador austriaco en Roma, se le había pedido

que formara un nuevo gobierno. Resultó ser un rumor falso. Von Rintelen, que había caído en la trampa, optó por suicidarse.

Aunque muchos de mis compañeros nacionalsocialistas escaparon a Alemania, en cuestión de dos meses miles de otros camaradas nuestros y la mayoría de los marxistas acabaron en campos de concentración en Wöllersdorf y Messendorf, cerca de Graz. Más de doscientos conspiradores fueron llevados ante un consejo de guerra de inmediato. De los sesenta condenados a muerte, el presidente Miklas conmutó las sentencias a cadena perpetua con trabajos forzados para todos salvo siete líderes nacionalsocialistas y dos miembros del *Schutzbund*, que fueron ahorcados. Cuando el sucesor de Dollfuss, el canciller Kurt Schuschnigg, declaró una amnistía dos años después, fueron liberados 15.583 prisioneros políticos.

~//~

Aunque mi país se precipitaba hacia la casi anarquía, no participé en el drama político que se desarrollaba ante mis ojos. Había asumido un papel de mucho mayor liderazgo en *Schreiber Gerüst*, lo cual resultó conveniente, pues incluso el señor Schreiber se percató de que, a medida que envejecía, yo me había vuelto indispensable para el éxito continuado de su empresa. Nunca supe si mi superior llegó a enterarse de que, aunque Gretl era una chica guapa que daba cuanto podía al matrimonio, no era ni de lejos Lisbeth. De vez en cuando seguía disfrutando de la compañía de Frau Hollander y de la plenitud que me proporcionaba.

~//~

Hoy en día, los «historiadores» condenan casi universalmente la llamada «violación de Austria» por parte del agresivo Reich alemán. Reproducen *ad nauseam* la lacrimosa despedida del canciller Kurt Schuschnigg, reforzando su afirmación de que no tuvo más remedio que entregar la Austria independiente a la bestia vecina. La historia popular sostiene que los austriacos, esa gente dulce y adorable que retozan con sus *dirndls* y *lederhosen* y saltan alegremente en danzas *schuplattler* golpeándose los zapatos alpinos, fueron aplastados,

desmoralizados y esclavizados por el Tercer Reich.

La historia real tenía muchos más matices y era mucho más compleja. Lo sé porque estuve allí como testigo presencial.

Kurt Schuschnigg reemplazó a Dollfuss cuatro días después del asesinato. Aunque su mandato estuvo marcado por políticas ligeramente más suaves que las de su predecesor, gobernó principalmente por decreto. Eso no significa que nuestro nuevo canciller lo tuviera fácil. Debía gestionar una economía casi en bancarrota y mantener la ley y el orden en un país al que el Tratado de Saint-Germain de 1919 prohibía tener un ejército de más de 30.000 hombres. Al mismo tiempo, tenía que lidiar con fuerzas paramilitares armadas en Austria cuya lealtad no era al Estado, sino a diversos partidos políticos rivales. También debía tener en cuenta la creciente fuerza de los nazis austriacos, que apoyaban las ambiciones de Adolf Hitler de absorber Austria en la Alemania nazi.

Sin embargo, la preocupación política primordial de Schuschnigg era preservar la independencia de Austria dentro de las fronteras impuestas por el Tratado de Saint-Germain, y en eso su gobierno acabó fracasando.

El 11 de julio de 1936, el canciller admitió oficialmente que «Austria es fundamentalmente un Estado alemán». Sin embargo, se oponía a la unión con Alemania, a la que describía como «un Estado alemán mejor». Mientras movilizaba a su policía para reprimir a quienes expresaban opiniones favorables a Alemania, también firmó un Acuerdo Austro-Alemán que permitía liberar a los insurgentes del Putsch de julio encarcelados e incluir a simpatizantes nazis en el gabinete austriaco.

En 1935, me uní a la Liga Alemana de Gimnasia, una asociación deportiva de sesenta mil miembros que deseaba la unificación con Alemania. Para 1936, nos habíamos organizado en pelotones cuasimilitares. Al mismo tiempo, Moscú dio instrucciones específicas a sus líderes marxistas para que se aliaran con los socialdemócratas proscritos y formaran un frente popular, algo que yo había sugerido en nuestra reunión clandestina dos años antes.

Mientras tanto, Gretl y yo nos separamos, gracias a Dios antes de

concebir ningún hijo, y nos divorciamos discretamente a mediados de 1937. Aunque Georg Schreiber sabía que nuestro matrimonio había naufragado varios meses antes, era un hombre decente, en absoluto vengativo. Al terminar mi matrimonio con Gretl, Herr Schreiber y yo disolvimos nuestra sociedad. Aunque me pagó una generosa liquidación por mi parte de *Schreiber Gerüst*, que me permitiría mantenerme a flote un par de años, me encontré desempleado cuando Austria entró en 1938 en un estado cada vez más desesperado.

~//~

Con tiempo libre y razonablemente bien situado económicamente, busqué y encontré un papel interesante, aunque menor, en la política municipal. Me volví mucho más activo en las actividades nacionalsocialistas a principios de 1938. Me ofrecí voluntario y asumí trabajos ingratos. El NSDAP me otorgó cierto poder nominal mientras seguía agotando mi tiempo y energías. En enero, fui ascendido a representante del distrito del 8.º *Bezirk*. Básicamente, eso significaba asistir a reuniones los miércoles o jueves por la noche y comer würstl y beber cerveza, cortesía del Partido.

Nuestra junta sabía que von Papen había organizado un encuentro entre el canciller Schuschnigg y Hitler en el nido del Führer en Berchtesgaden. Una fuente interna me dijo que «Hitler le abrió un ojete nuevo a Schuschnigg» en la reunión. Aunque no tenía ni idea de cuánta verdad había en eso, a los pocos días del regreso del canciller este nombró a Arthur Seyss-Inquart ministro del Interior, con control total de la policía. Conocía a Arthur como un abogado brillante y católico que, como la mayoría de los austriacos, era partidario de la unión con Alemania. También sabía que nunca perteneció al Partido Nacionalsocialista.

Al mismo tiempo que nombró a Seyss-Inquart, Schuschnigg hizo esfuerzos extraordinarios para llegar a un acuerdo con los izquierdistas. Ante la presión de Moscú, el Dr. Schuschnigg emprendió un camino que estoy seguro creía que salvaría y preservaría la independencia de Austria.

~//~

—**¡PLEBISCITO!** —gritaba la edición vespertina del *Krone*, el periódico más grande de Viena, mientras el sol se ponía el miércoles 9 de marzo de 1938. Allá donde caminara esa noche, veía y oía multitudes hablando, unas ansiosas, otras jubilosas, la mayoría desconcertadas por lo que había hecho nuestro canciller. Había anunciado que cuatro días después, el domingo 13 de marzo, habría un plebiscito, una pregunta directa a toda Austria: *¿Está usted a favor o en contra de una Austria libre, alemana, independiente, social, cristiana y unida? ¿Ja oder Nein?*

Como miembro leal del NSDAP, pero también como alguien que estaba aprendiendo rápidamente los entresijos de la política de mi patria, me sorprendí y recibí con cinismo lo que proponía Schuschnigg. Los problemas de su propuesta eran obvios. Primero, la votación iba a ser completamente abierta y pública: sin voto secreto. Como la última votación para la Asamblea Nacional había tenido lugar en 1929, no había listas de votantes precisas. Nos dijeron que no eran necesarias. El *Vaterländische Front*, la única organización que se ocupaba del plebiscito, se encargaría de todo.

Los que tenían empleo debían votar en su lugar de trabajo. Todo ciudadano mayor de 25 años podía votar: solo necesitaba mostrar el registro familiar, un recibo de alquiler, gas o luz, una libreta bancaria y una tarjeta de identidad emitida por el *Vaterländische Front* o el *Landbund*. Si el supervisor de votación te conocía, ni siquiera necesitabas documentos de identificación personal. ¡Las mesas electorales solo tenían papeletas de SÍ! ¡Los que deseaban votar NO tenían que traer una papeleta marcada con NO y pedirle al supervisor electoral oficial un sobre oficial para meterla!

—Eso es una locura —le dije a uno de mis amigos de la Junta—. Sería fácil que cincuenta transeúntes le dieran a Schuschnigg varios miles de votos si empezaran su recorrido por las distintas mesas electorales a primera hora de la mañana.

—Ya te digo —dijo mi compañero, Rudy Schuster—. Mientras tanto, la radio austriaca y la prensa del gobierno les recuerdan a todos sin rodeos que todo ciudadano que vote NO es culpable de alta traición:

un traidor al Estado.

La noche del 10 de marzo, ocupé mi puesto de vigía frente a la residencia del canciller. El Partido había colocado «oídos» como yo por todo el Primer Distrito. No era difícil enterarse de mucho, ya que los concejales, abogados y políticos, de quienes se *pensaba* que tenían información privilegiada, traficaban sobre todo con rumores sin fundamento, mientras que los humildes empleados, burócratas y conserjes, que realmente *sí* tenían información privilegiada, hablaban en voz baja y con monosílabos. Yo escuchaba con mucha más atención lo que estos funcionarios anónimos murmuraban entre sí.

—Schuschnigg ha dado orden de movilización. Las milicias del *Vaterländische Front* están listas para entrar en acción.

—Sí, pero vi a algunos hombres que conocía de las tropas del *Schutzbund*, los marxistas, con los uniformes de camuflaje gris claro del *Vaterländische Front*.

Mi turno terminó a las nueve, pero como vivía cerca y la mención de dos milicias opuestas me había puesto en alerta, a las ocho de la mañana siguiente ya estaba de vuelta en mi puesto. La escena que presencié parecía sacada directamente del teatro del absurdo. Las tropas desfilaron por las calles de Viena con los puños en alto en el saludo comunista, seguidas por columnas de camiones de los suburbios que portaban la bandera roja con la hoz y el martillo. Los trabajadores levantaban los puños, cantaban la *Internacional* y gritaban: «¡Votad SÍ por la libertad! ¡Abajo Hitler! ¡Viva Moscú!». Mientras tanto, aviones con las banderas austriacas rojo-blanco-rojo lanzaban toneladas de panfletos que exhortaban al público: «¡Votad SÍ!».

Esa tarde me enteré de que, alrededor de la una, el canciller Schuschnigg había anunciado que se cambiaría la redacción de la pregunta, pero que Göring lo había llamado por teléfono para exigir que el gobierno dimitiera. Mis camaradas de la Liga de Gimnasia me dijeron que las tropas alemanas estaban concentradas a lo largo de la frontera.

Al anochecer, el gobierno anunció la movilización de las milicias

obreras. Poco después, recibí una llamada de uno de los líderes de la Liga Alemana de Gimnasia para que reuniera mi pelotón de defensa. Mis compañeros de la Liga y yo nos unimos a una enorme multitud congregada frente a la oficina del canciller, donde todos intentábamos ansiosamente separar la verdad de los rumores.

De repente, a las ocho de la noche, Seyss-Inquart, desde un balcón contiguo a la Plaza de los Héroes, pidió a todos que mantuvieran la calma; que la policía y el servicio de seguridad nacionalsocialista garantizarían el mantenimiento de la paz y el orden. Al recorrer con la mirada la enorme plaza, me sorprendió ver que un gran número de personas, incluidos algunos policías, se habían puesto brazaletes con la esvástica. Parecía que todos se habían convertido en buenos nacionalsocialistas en cuanto supieron que el presidente Miklas había aceptado la dimisión de Schuschnigg.

Al principio, el presidente se negó a nombrar a Seyss-Inquart sucesor de Schuschnigg. Miklas era un hombre honorable, con principios firmes y catorce hijos. Lo que no sabía era que dos de ellos pertenecían a las SA clandestinas. El fin de Austria como estado independiente comenzó esa noche, cuando emprendimos un desfile con antorchas por las calles de Viena hasta la oficina del canciller. La gente lloraba, reía y se abrazaba cuando volvimos a la Plaza de los Héroes.

A las once de esa noche, escuché un rugido repentino del mar de humanidad reunido bajo el balcón de la cancillería cuando se izó la bandera con la esvástica. Gritos de «¡Heil Hitler!» bombardearon la plaza. Aun así, el presidente Miklas siguió buscando obstinadamente un sucesor para la cancillería. A medianoche, el presidente se vio obligado a nombrar a Seyss-Inquart. El nuevo canciller entregó de inmediato al presidente una lista de nuevos ministros.

Cuando Seyss-Inquart apareció por fin en el balcón y comenzó a hablar, no pude oír ni una palabra de lo que dijo. De repente, todo quedó en silencio y todos nos pusimos a cantar el himno nacional alemán:

Deutschland, Deutschland über alles, über alles in der Welt …

Alemania, Alemania por encima de todo,

Por encima de todo en el mundo,
Si siempre permanece unida
Fraternalmente en defensa y desafío,
Desde el Mosa hasta el Niemen,
Desde el Adigio hasta el Belt
¡Alemania, Alemania, por encima de todo,
Por encima de todo en el mundo!

Desde entonces he leído que se violaron los principios democráticos. Pero en Austria no había existido ni una sombra de democracia desde que el canciller asesinado Dollfuss disolvió el parlamento en marzo de 1933. Después de la trágica muerte de Dollfuss, el presidente Miklas nombró a Schuschnigg canciller sin consultar al pueblo austriaco.

~//~

Pasada la medianoche, no nos quedaba nada por hacer en la Plaza de los Héroes, así que mis amigos y yo nos dirigimos a una calle lateral detrás de la oficina del canciller. Aún nos preguntábamos si eran ciertos los rumores de que Hitler había ordenado a las tropas alemanas marchar hacia Austria.

En ese momento, una limusina negra salió de un portal a la calle. Mientras nos apartábamos para dejarla pasar, oí una voz cortante.

—¡Skorzeny! ¿Tienes coche?

Reconocí a Bruno Weiss, presidente de nuestra Liga Alemana de Gimnasia.

—Sí —respondí.

—Bien. Necesitamos un hombre con la cabeza fría y sentido común. ¿Viste la gran limusina que acaba de salir? Lleva al presidente Miklas a Reisner Strasse, que está ocupada por una unidad del batallón de la guardia. Acabamos de enterarnos de que un batallón de las SA también ha recibido órdenes de ir a Reisner Strasse. El presidente federal debe recibir protección del nuevo gobierno. Debemos evitar un enfrentamiento entre esas dos unidades a toda costa. ¿Entiendes?

—Completamente, Herr Weiss, pero no tengo autoridad...

Me interrumpió con un gesto de la mano.

—En nombre del nuevo canciller, te ordeno personalmente que vayas a Reisner Strasse e intervengas para evitar cualquier incidente. Llévate a algunos de tus compañeros. Informaré al canciller de que te he encomendado esta misión. Intentaré llegar a un acuerdo por teléfono, pero sería mejor si pudieras estar allí. Llama a la cancillería en cuanto llegues. ¡Ahora ve, Otto! Cada minuto cuenta.

Y así era. Afortunadamente, pude reclutar a una docena de camaradas en el acto. Algunos nos metimos en tres coches, otros saltaron a las motocicletas, y salimos rugiendo hacia la noche, abriéndonos paso entre la multitud, que se apartaba a nuestro paso. Llegamos frente al palacio justo cuando entraba el presidente. Nos quedamos pegados a él. Ordené que se cerrara la gran puerta de entrada.

El presidente estaba a punto de subir las escaleras cuando entramos al gran vestíbulo. Un joven teniente de la guardia apareció en el balcón del segundo piso y sacó su pistola. Los gritos de los soldados de la guardia y los del séquito del presidente se mezclaron en un estruendo. Frau Miklas apareció, completamente angustiada.

Entonces, de la nada, grité más fuerte que los demás:

—*¡Silencio!*

—¡Armas listas para disparar! —ordenó el teniente.

No teníamos ni armas ni brazaletes. No teníamos ni idea de si alguien nos escucharía siquiera. Veinte soldados de la guardia flanqueaban la galería del segundo piso. El presidente seguía en la escalera, mirando a su esposa sin decir palabra. Desde la calle llegaba un tumulto creciente. Los de las SA, que habían saltado de sus camiones, exigían que abriéramos la puerta. Recé para que aguantara.

—¡Silencio, caballeros! —grité de nuevo—. Herr Presidente, por favor escúcheme.

Se volvió y me miró con sorpresa.

—¿Quién es usted, señor, y qué quiere?

—Soy el ingeniero Skorzeny, Herr Presidente. ¿Puedo llamar al

canciller por teléfono?

—Por supuesto, pero dígame, ¿qué significa todo ese ruido de fuera?

Sabía lo que significaba el ruido, pero no podía decirlo. Las SA podrían estar preparándose para asaltar el palacio, lo que habría desembocado en un tiroteo sangriento. En cambio, dije:

—Discúlpeme un momento, señor presidente. Voy a ver ahora mismo.

Con la ayuda de mis amigos de la Liga de Gimnasia, por fin conseguimos calmar a todos. Mientras el presidente Miklas observaba, llamé a la oficina del canciller. El Dr. Seyss-Inquart se puso al teléfono de inmediato. Afortunadamente, Bruno Weiss había tomado las medidas necesarias. El nuevo canciller habló con el presidente durante unos minutos. Luego, Miklas me entregó el receptor.

—Enhorabuena, ingeniero Skorzeny —dijo Seyss-Inquart—. Su conducta ha sido ejemplar. Le pido ahora que asuma el mando del destacamento del batallón de la guardia. Asegúrese de que los guardias mantengan el orden dentro del palacio mientras las SA lo mantienen fuera. Por último, aguarde en el palacio a la espera de nuevas instrucciones.

—*Jawohl, Herr Chancellor* —dije, cuadrándome e incluso haciendo chocar los talones, lo cual, dadas las circunstancias, no parecía sacado de una opereta de Strauss—. ¡Es un privilegio y un honor, señor!

Durante tres días y tres noches cumplí mi misión, aparentemente a satisfacción de todos, sin incidentes. Al final, el canciller Seyss-Inquart me dio las gracias con un orgulloso apretón de manos y una palmada fraternal en el hombro. Aún era ingenuo. Creía haber entrado en la política activa no por casualidad, sino por la puerta grande.

~//~

Presencié la entrada triunfal de Hitler en Viena desde una posición privilegiada: el balcón del palacio. Estaba extasiado. Dábamos la

bienvenida a uno de los nuestros. Digan lo que digan hoy de Hitler, él había pasado hambre en Viena. Allí, ante nuestros ojos, ocupó su lugar entre los más grandes austriacos: Rudolf, Maximiliano, Carlos, Ferdinand y Josef, todos ellos emperadores alemanes. Cientos de miles de compatriotas míos se congregaron conmigo en la Ringstrasse aquella mañana. Fue magnífico, maravilloso: un mar de banderas y flores, aplausos interminables y música militar vibrante y animada. Entonces percibimos un movimiento y una oleada de curiosidad en la multitud cuando llegó la *SS-Leibstandarte Adolf Hitler*, la unidad de élite que custodiaba al Führer.

En ese momento deseaba, más que nada —exceptuando, por supuesto, a Lisbeth Hollander el día en que contemplé por primera vez su increíble cuerpo—, convertirme en miembro de aquella unidad de élite; estar junto al gran hombre y custodiar su vida.

Nunca he podido explicar de dónde sacaron mis compatriotas las decenas de miles de banderas que anticipaban la «violación de Austria», ni cómo las actitudes habían cambiado por completo de la noche a la mañana.

El 10 de marzo, el arzobispo cardenal Innitzer de Viena había respaldado el plebiscito de Schuschnigg declarando: «¡Como ciudadanos austriacos, luchamos por una Austria libre e independiente!». Poco más de una semana después, cambió de chaqueta y declaró: «Es nuestro deber como alemanes pronunciarnos a favor del Reich alemán».

A finales de marzo de 1938, el nuevo gobierno convocó otro plebiscito para el 10 de abril. Esta vez sería verdaderamente una votación libre y secreta. La pregunta era: «*¿Está usted a favor de la unión de Austria con el Reich*?».

El 3 de abril de 1938, el doctor Karl Renner —el político socialista que había dirigido Austria como su primer canciller cuando yo tenía solo diez años, que presidiría el Consejo Nacional hasta 1933 y que, curiosamente, volvería a encabezar Austria tras el colapso del Tercer Reich desde 1945 hasta su muerte en 1950— proclamó: «¡Como socialdemócrata y representante del derecho de autodeterminación de la nación, votaré *JA*!». Después del *Anschluss*, el doctor Renner

se instaló en Goggnitz, al pie del Semmering. Gracias a la pensión que se le concedió, sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial en paz y sin contratiempos. Cuando el Ejército Rojo invasor encontró al doctor Renner al final de la guerra, lo persuadió de que escribiera una carta al mariscal Stalin en Moscú en la que declaraba:

> «El Ejército Rojo me encontró cuando entró en mi ciudad natal, donde aguardé con confianza la ocupación junto a camaradas del partido. Por ello doy las gracias al Ejército Rojo y a usted, su glorioso comandante supremo».

A lo largo de mi vida descubrí que el patriotismo sólido e inquebrantable y la determinación del pueblo austriaco frente a las potencias de las naciones vecinas tenían aproximadamente la misma resistencia y fuerza que una gavilla de trigo mecida por el viento. Se dobla en la dirección que sopla el viento, mientras que el lema «Rojo-blanco-rojo hasta la muerte» (los colores de la bandera austriaca) tiene un significado bastante ambiguo según quién ostente el poder.

Un mes antes, cuando Schuschnigg anunció el plebiscito por una Austria independiente, creía que la votación para mantener la independencia austriaca de Alemania se aprobaría por amplia mayoría. El 10 de abril de 1938, cuando se realizó el recuento oficial del nuevo plebiscito, los resultados fueron:

> A favor de la unión de Austria con el Reich alemán: 4.284.295 votos
> En contra de la unión de Austria con el Reich: 9.852 votos
> Papeletas nulas: 559

Pero a fin de cuentas, no todo fue un camino de rosas entre los dos socios de la unión. He leído sobre los Estados Unidos después de la Guerra de Secesión, cuando los vencedores enviaron políticos «oportunistas» para gobernar los derrotados Estados Confederados. Lo mismo ocurrió en Austria. Aunque el Reich contaba con muchos administradores excelentes, por desgracia no fueron esos los que enviaron para gobernar lo que ahora se llamaba Östmark. Esto, a la postre, no hizo sino agravar la tragedia que se abatió sobre mi patria.

Capítulo 5

—Herr Skorzeny, ¡no sabía que era tan alto como yo y que su *Schmiss* era igual de feo!

Tal fue el saludo con que me recibió el recién nombrado Secretario de Estado de Seguridad Pública en el gabinete de Seyss-Inquart. Ernst Kaltenbrunner y yo conectamos de inmediato, y nuestra amistad perduraría hasta su muerte.

—Seamos o no gemelos, *Brigadeführer* —respondí, usando su rango de las SS, que sabía que prefería a su estatus como miembro del gabinete austriaco—, pero si lo que dice es que ninguno de los dos ganará un concurso de belleza, seguramente tiene razón.

Kaltenbrunner soltó una carcajada y me agarró del brazo en un abrazo a medias, fraternal.

—Aprecio lo que hizo para salvar la vida del presidente Miklas —continuó—. Tengo entendido que obtuvo su licencia de piloto hace unos meses. ¿Ha pensado alguna vez en presentarse a la Luftwaffe?

—Lo intenté hace un par de meses. ¿Puede creerlo? Dijeron que era demasiado alto y demasiado *viejo*.

—¿A los 31? No es más que un chaval, Skorzeny, cinco años más joven que yo.

—Puede que sea cierto, *Brigadeführer*, pero los austriacos como usted y yo sabemos que somos un poco más flexibles que nuestros hermanos alemanes con su *Alles in ordnung, alles in butter*, y todo eso.

—Otto —dijo Kaltenbrunner, dirigiéndose a mí por primera vez por mi nombre de pila—, le he estado observando más de cerca de lo que podría imaginar durante los últimos meses. Me precio de saber juzgar a las personas, y me gusta lo que he visto. Perdóneme, creo que he olvidado mis modales. Heinz —se dirigió a su ayudante—, ¿podría traernos un poco de *kaffee mit schlag* y algo de *Sachertorte*?

El asistente de Kaltenbrunner saludó, soltó un enérgico «*Jawohl, Herr General*!» y salió del despacho de mi nuevo amigo.

—¿Ha pensado alguna vez en unirse a las *Schutzstaffel*?

—¿Las SS? ¿Quién no? Pero ¿cómo lo haría?

—Podría hablar con algunas personas al respecto. Mientras tanto, la guerra aún no ha comenzado. Me gustaría presentarle a algunos amigos. Nunca se sabe lo que podrían hacer por su carrera. Ah, gracias, Heinz —dijo el General de Brigada cuando su asistente trajo café vienés y pasteles y dispuso el servicio de porcelana y plata para que Kaltenbrunner y yo disfrutáramos de lo que acabaron siendo dos horas de lo más cordiales y productivas.

En un momento dado, saqué con delicadeza el tema de la guerra que aún no había comenzado.

Kaltenbrunner esquivó la pregunta con despreocupación.

—¿Dije eso? Debo de haberme expresado mal, pero como todo el mundo sabe, a pesar de los esfuerzos del Führer por asegurar la paz mediante el Pacto de Múnich del pasado septiembre, fue necesario que el Reich asumiera un papel mayor en la protección de la minoría alemana de Checoslovaquia hace un par de meses. Ciertas naciones europeas están difundiendo mentiras difamatorias sobre los motivos de nuestra intervención, y... nunca se sabe lo que líderes irracionales y malintencionados como Stalin podrían hacer.

~//~

Viernes, 5 de mayo de 1939. Tras el vuelo de cuatro horas y media desde Viena, nuestro Junkers J-52 trimotor de 17 pasajeros aterrizó en el aeropuerto de Fuhlsbüttel, en Hamburgo. El *Brigadeführer* Kaltenbrunner había llamado con antelación para que nos recogieran nada más aterrizar y nos llevaran los 210 kilómetros hasta *Stadt des KdF-Wagens*, la ciudad más nueva de Alemania.

—¿No Stuttgart? —le había preguntado a Kaltenbrunner mientras planeaba el viaje.

—No —había respondido Kaltenbrunner—. El doctor Porsche se trasladó de Stuttgart a la nueva ciudad el año pasado. Su hijo Ferry sigue dirigiendo las Obras Porsche, pero al viejo le han encargado el desarrollo del KDF-Wagen.

—¿El *Volkswagen*?

—Ajá. El Führer quiere poner uno en manos de cada ciudadano alemán que pueda permitirse 990 Reichsmarks, 396 dólares

estadounidenses, pagaderos a razón de 5 marcos por semana. Por eso pidió un centro urbano completamente nuevo para fabricar esos coches lo más rápido y barato posible.

—¿Quién financia esta empresa?

—El gobierno, con la ayuda de Schacht.

—Pensaba que había caído en desgracia —dije.

—Puede que no esté en el círculo íntimo de Hitler, pero sigue siendo presidente del Reichsbank.

El avión de línea había despegado del aeródromo de Aspern en Donaustadt a las ocho de esa mañana. A las 4:30 de la tarde, nuestro conductor había dejado al General Kaltenbrunner en la ciudad y después me llevó a una residencia de clase media a mitad de camino de la colina que subía al castillo de Wolfsburg, el único edificio de la zona que parecía tener más de diez años.

Me recibió en la puerta un hombre bajo y elegante que aparentaba poco más de sesenta años. Extendió la mano, estrechó la mía con firmeza y dijo:

—¿Es usted Otto Skorzeny, verdad? ¿Ingeniero? ¡Su padre debe de estar tan orgulloso de usted como yo lo estoy de mi Ferry! Siempre es motivo de orgullo para un padre que un hijo quiera seguir sus pasos. Estoy encantado de conocerle... ¿puedo llamarle Otto?

—Por supuesto, Herr Doktor —respondí. Aunque mantuve la compostura exteriormente, me sentía abrumado de estar en presencia de la leyenda viva de la ingeniería austriaca, el *Doktor Ingenieur Honoris Causa* Ferdinand Porsche.

—Ah, sí, «Doktor» —reflexionó—. Por supuesto, sabe que nunca obtuve realmente ningún título universitario. Consideraron oportuno conferirme un doctorado *honorario* cuando cumplí 41 años. Pero venga, joven, no hace falta que se quede ahí fuera pasando frío como un pasmarote. Tengo guardado un vino bastante bueno, o *schnapps* si lo prefiere. Pero no quedaría bien que nos vieran a los dos «empinando el codo» al aire libre. Además, esta noche tenemos la suerte de contar con otros dos invitados: Ferry y el Dr. Hjalmar Schacht. ¿Ha oído hablar de él?

—El que pone el dinero en este proyecto.

—Es usted muy directo, Herr Skorzeny —respondió, sin mostrarse ofendido en lo más mínimo.

—Ambos somos hombres de acción, Dr. Porsche. Los rodeos no van con nosotros.

—Bien dicho, Herr Skorzeny. Pasemos a un lugar más cómodo.

Al entrar en una sala de estar informal, el Dr. Schacht, vestido con un discreto traje gris oscuro, se levantó, asintió con rigidez y volvió a sentarse en un sofá. Ferdinand Porsche *fils* se acercó y me estrechó la mano con el mismo apretón firme que su padre. Me cayó bien de inmediato mientras nos dirigíamos a dos sillones, dejando a los dos veteranos discutir asuntos «importantes», aunque aún podía oírlos.

—Entonces, Ferdinand —Schacht se dirigió al Porsche mayor—. ¿Cómo van las cosas en la nueva ciudad industrial?

—La *ciudad* ya está en pleno funcionamiento, como puede comprobar.

—¿Y la producción del Volkswagen? ¿Cuántos se han entregado a los clientes?

—Ninguno, Hjalmar.

—*¿Ninguno?* —El banquero arqueó las cejas—. *¿Warum nicht?*

—Órdenes de arriba. Hace veinte días nos ordenaron reconvertir la producción para fabricar el *Kübelwagen* y el *Schwimmwagen.*

—Interesante —respondió Schacht.

Al oír aquello, comenté a Ferry como quien no quiere la cosa:

—Así que quizá los rumores tengan fundamento.

—Ajá. Nuestras fábricas en Stuttgart también están reconvirtiendo la producción: ya no fabricamos vehículos civiles, sino anfibios y tanques.

—¿No es tu pasión?

—En absoluto. Los coches de carreras, sí. Me aficioné a ellos cuando tenía diez años, en Nochebuena de 1920. Mis padres me gastaron una broma: me regalaron un carruaje en miniatura tirado por una cabra. Al ver mi cara de decepción, papá arqueó las cejas y dijo: «¿No es lo bastante emocionante para ti, Ferry?». «Bueno...», respondí, «no es exactamente lo que esperaba. Tengo diez años, ¿sabes?».

—«Vamos, Ferd, enséñale el regalo de verdad», lo apremió mamá.

—«Oh, está bien», dijo papá con fingida exasperación. «Ayúdame a sacarlo de debajo de este montón de heno». Poco a poco fue apareciendo mi verdadero regalo: un coche en miniatura de gasolina con un motor de cuatro tiempos y dos cilindros diseñado especialmente por mi padre. Al año siguiente, papá me dejó conducir un coche de carreras de verdad, un Austro-Daimler Sascha, y a partir de entonces ya no hubo quien me parara.

—¿Adónde crees que nos llevarán los planes del Führer?

—¿Entre tú y yo? —dijo Ferry poniéndose en pie y haciéndome una seña para que lo siguiera a un rincón apartado—. Al olvido y la destrucción de Alemania —dijo en voz muy baja—. Francamente, creo que sus políticas antisemitas son una soberana estupidez. El socio y mecenas de papá, Adolf Rosenberger, era judío. Papá tuvo que fingir que Rosenberger era un «empleado» solo para sacarlo de Alemania sano y salvo. Y solo pudo hacerlo gracias al «buen amigo» de papá, Schacht.

—¿Y cómo fue eso?

Ferry me condujo hasta un aparador, se sirvió un vino *hock* ligero y, cuando asentí, me sirvió una copa a mí también. Bajando aún más la voz, dijo:

—Al principio, Schacht era tremendamente hostil con los judíos alemanes. Recuerdo haberlo oído hablar en 1933, un par de años después de que nos mudáramos a Stuttgart. Dijo: «Los judíos deben comprender que su influencia en Alemania ha desaparecido para siempre». Un año después, cuando pensó que beneficiaría las finanzas del Reich, negoció un acuerdo con la Organización Sionista Mundial por el que los judíos alemanes podían pagar 15.000 marcos del Reich para emigrar a Palestina. Desde entonces hasta finales del año pasado, 175.000 judíos, incluido el doctor Rosenberger, llegaron a Palestina gracias a ese acuerdo.

—Así que al final no era tan antisemita, después de todo.

—A Schacht no le importaba quedarse con el dinero de los judíos. Aunque decía que la influencia judía era una plaga para el Reich, no estaba de acuerdo con lo que él llamaba «actividades ilegales»

contra los judíos. Señaló que los judíos habían luchado con valentía en el ejército alemán y merecían un trato justo. ¿Y tú qué opinas de los judíos, Otto?

—Los he conocido buenos y malos. La verdad es que me da igual. Los que conocí en Viena desde luego no se parecían a las caricaturas del *Völkischer Beobachter*.

Nos acercamos más a los mayores para escuchar su conversación a hurtadillas.

—Una lástima que tu Ferry esté casado —dijo Schacht—. No es que Dorothea no sea una mujer maravillosa, pero la sobrina de mi amigo, Emmi...

—¡Basta! —espetó el Ferdinand mayor, aunque con jovialidad—. Cada vez que ves a un joven soltero y con buen partido, dices más o menos lo mismo. Otto —llamó—, ¿eres soltero, por casualidad?

—¡Oh, Dios! —gimió Ferry—. Ya estamos otra vez con Emilie.

—¿La conoces?

—Una vez, en Berlín. La verdad es que es una mujer muy atractiva, de veintitantos. Creo que estuvo prometida, pero lo dejó. El viejo tío Hjalmar se ha erigido en casamentero —se volvió hacia Schacht y comentó—: ¿No se te ha ocurrido pensar que Emmi tendría más posibilidades si encontrara un hombre por su cuenta?

—¡Calla, cachorro! —respondió el banquero, demostrando que quizá no era tan rígido y estirado después de todo—. Otto, ¿estás casado o no?

—No —respondí.

—No serás...?

Ante mi mirada fulminante, tartamudeó:

—Yo... yo no quería decir eso, por supuesto, pero ¿un joven de tu edad?

—Estuve casado, Herr Reichsbankpräsident. Cinco años, sin hijos.

—Bien. Quiero decir... bueno... ¿ha estado alguna vez en Berlín?

—Nunca, Herr Schacht.

—¿Le gustaría volver conmigo a Berlín?

~//~

Mi Viena había sido suave y seductora, con esa redondez que se asocia a una mujer hermosa. Berlín parecía una ciudad mucho más masculina, cuadrada, audaz y arrogante en su grandiosidad. Los soldados de la Wehrmacht se pavoneaban orgullosos por todas las calles principales: Unter den Linden, Friedrichstrasse, Kurfürstendamm y, por supuesto, la Puerta de Brandeburgo. Cuanto más veía de la Welthauptstadt Germania que Hitler había planeado, la Capital Mundial Germania, más se acentuaban en mi mente las diferencias entre ambas ciudades. Viena aspiraba a expresar su elegante historia y su estilo de vida apacible y gemütlichkeit, mientras que Berlín pretendía impresionar tanto a ciudadanos como a turistas con su poder, su fuerza y su austera perfección.

Hice este comentario durante mi primera semana en la capital del Reich, mientras Ernst Kaltenbrunner y yo atravesábamos una zona del Tiergarten, el parque central de Berlín de 210 hectáreas, de camino al cuartel general de las Waffen-SS.

—¿No es este un parque magnífico, y en pleno centro de la ciudad? —comentó.

—Sí, Brigadeführer. Muy impresionante, pero no del todo natural. Cada rosa de los jardines es perfecta en todo, como si los jardineros vinieran de noche a cortar cualquier flor marchita o moribunda. Lo mismo con los árboles. Lo mismo con el césped. Todo está en su sitio, impecable. Nada parece envejecer, nada parece marchitarse. Un jardín mantenido para los hijos de los dioses.

—¿Un poco cínico, Otto?

—No. Diría más bien realista. Fíjese en esa mujer que acabamos de pasar: alta, rubia, perfectamente peinada, sin un solo cabello fuera de lugar. Extraordinariamente hermosa: su rostro, su cuerpo...

—¿El ideal del norte de Europa? ¿Como las pinturas renacentistas de Cristo?

—Más o menos.

Nos detuvimos en un quiosco cercano donde mi amigo y superior compró un cucurucho de tres bolas —vainilla, chocolate y fresa— para cada uno.

—No sé cómo agradecerle que haya intercedido por mí ante las

Waffen-SS. Ahora quieren entrevistarme. Tengo entendido que hay cien aspirantes en la clase de cadetes y que solo diez serán admitidos en el cuerpo.

—Es una unidad de élite. Conseguir que entraras en la clase de cadetes no fue difícil. A partir de aquí, estás solo.

—¿Algo que deba saber sobre las Waffen-SS, aparte de lo que vi el año pasado cuando la *Leibstandarte Adolf Hitler* desfiló en Viena?

—Las SS se formaron originalmente como guardia personal de Hitler a finales de 1924, después de que las SA fueran prohibidas en la mayoría de las provincias alemanas. A principios de 1929, Hitler encomendó a Himmler la tarea de organizar las SS como combatientes político-militares. Lucharían junto al ejército, pero no serían parte del Ejército. El Ejército y las Waffen-SS eran conceptos separados. El Ejército era leal al Reich alemán; las Waffen-SS eran leales directa y únicamente al Der Führer. La que viste el año pasado, la *Leibstandarte Adolf Hitler*, fue la primera unidad armada, el regimiento de desfile.

—Recuerdo lo impresionado que quedé, *Brigadeführer*. Eso fue poco antes de conocerlo.

—Hoy hay dos regimientos adicionales, el Regimiento Deutschland y el Regimiento *Germania*. Si alguna vez nos vemos obligados a entrar en guerra, serán el cuerpo de primera línea, al menos políticamente.

~//~

Dos noches después, en lo que sería mi última velada en Berlín, me invitaron a una cena en casa de uno de los amigos industriales de Hjalmar Schacht, cuyo nombre olvidé antes de que pasara una semana. Como era costumbre en aquellos días, a los invitados solteros en tales veladas los emparejaban —un hombre, una mujer— y los sentaban uno frente al otro.

Para mi absoluto asombro, habría jurado que la exquisita joven sentada frente a mí era la misma que había visto dos días antes mientras paseaba con el *Brigadeführer* Kaltenbrunner por el Tiergarten. No se me ocurría cómo romper el hielo y me negaba a

recurrir al trillado y rematadamente estúpido: «¿No nos hemos visto antes?».

Antes de que siquiera abriera la boca para presentarme, la mujer sonrió con seguridad y dijo:

—Si estás pensando lo mismo que yo, la respuesta es «sí». Te vi a ti y a ese otro tipo grande, cuya Schmiss es casi tan fea como la tuya, en el Tiergarten anteayer.

—Yo...

—Emilie Linhart —dijo, tendiendo la mano con la franqueza de un hombre que se inclina sobre la mesa para saludar—. O, si lo prefieres, Emmi.

—¿Tú...?

—Pareces un maestro de la conversación lacónica —se rio con una risa encantadora y cristalina, muy distinta de lo que cabría esperar de esos alemanes rígidos y sin sentido del humor de los que tanto me habían hablado—. ¿Quieres que complete las frases por ti?

—¿Tengo opción?

—Depende del tiempo que tengas. Estoy segura de que mis amigos, que piensan que soy una pobre solterona a medio camino de la abuelidad que acabará en un convento si no encuentra un hombre pronto, son los que han conseguido que me inviten esta noche.

—¿Eres la sobrina del Doctor Schacht?

—No hay parentesco, en realidad. Hjalmar conoce a mis padres desde que yo tenía siete años. Pero me habló de ti. Según tengo entendido, lo conociste en los aposentos de Ferd Porsche en la «ciudad Volkswagen». Eres Otto Skorzeny, treinta y un años y actualmente soltero. Yo tengo veintiocho, por si la edad te importa. Y no, Herr Skorzeny, no soy virgen, por si debes saberlo. Tomaré una copa de vino blanco si me la ofreces.

Me levanté, caminé hacia un aparador y traje dos copas, una para esta mujer tan directa y otra para mí.

—¿No se me permite decir nada?

—Por supuesto. Dios no permita que monopolice la conversación.

Durante la cena, aquella joven me tuvo divertido y encantado, tan

diferente era de cualquiera que hubiera conocido antes. En fugaces momentos a lo largo de nuestras dos horas de animada conversación, me sorprendí preguntándome qué pensaría Lisbeth Hollander, mi antigua aunque ocasionalmente todavía activa amante, de Emilie Linhart.

En un momento dado después de la cena, cuando nos habíamos trasladado a un sofá en una antesala contigua, comenté: —Emmi, has dado la vuelta por completo a mi idea de cómo son las mujeres alemanas. Siempre había oído que era *küche, kinder, kirche*.

—Probablemente sea cierto —respondió—. Pero yo qué voy a saber. Soy *Wienere*, nacida y criada.

—¿En serio?

—Bueno, de Austria sin duda. El «tío» Hjalmar es un viejo estirado *Hochdeutsche*, nacido en la provincia de Schleswig-Holstein antes de que pasara a formar parte de Dinamarca. Rodó por toda Alemania antes de acabar aquí.

—Eso explica tu encanto *gemütlichkeit*.

—Te lo agradezco, galante Herr.

—Y yo *te* agradecería que pudiéramos volver a vernos.

—Bueno, Herr Skorzeny, no me parece la idea más repulsiva del mundo —sonrió, y en ese momento supe con certeza que aquella no sería, ni mucho menos, la última vez que vería a Emilie Linhart.

Capítulo 6

En el verano de 1939 aún creía que no habría guerra. El Acuerdo de Múnich me parecía el preludio de un pacto general entre las potencias europeas para revisar los tratados de posguerra. Me parecía imposible que los europeos, que compartían un nivel tan alto de cultura y civilización, no alcanzaran un entendimiento beneficioso para todos. El problema checo estaba resuelto, Polonia había recuperado la región de Teschen y tres millones y medio de alemanes de los Sudetes habían vuelto a ser ciudadanos del Reich. Mi padre, cuya familia procedía del lago Skorzenczin en Bohemia, se había emocionado profundamente con su regreso.

El mundo entero sabía que Danzig, capital de Prusia Occidental hasta que se la arrebataron al Reich un año después de terminar la Guerra, era indudablemente alemana, algo que el Tratado de Versalles no podía cambiar. Nuestro pueblo disperso y desgarrado no podía cargar eternamente con los errores cometidos por su gobierno entre 1914 y 1918.

En agosto pasaba las vacaciones con la familia de Ferry Porsche en Velden-am-Wörthersee. El 23 de agosto, Emmi y yo fuimos en coche durante una hora desde Velden hasta *Burg Hochosterwitz*, uno de los castillos medievales más impresionantes y románticos que había visto en mi vida, encaramado en lo alto de una roca de dolomita de 172 metros. Desde allí, contemplando el valle, se divisaba el campo a treinta kilómetros o más en todas direcciones. En los tres meses transcurridos desde aquella velada en Berlín nos habíamos hecho amantes, y pensamos que sería una grata diversión pasar la noche a solas en Sankt-Veit-an-der-Glan, el pueblo junto al castillo. Al caer la tarde, sin embargo, decidimos que podíamos esperar, ya que nuestras vacaciones con los Porsche solo durarían una semana.

Nada más volver a Velden, nos sorprendió ver al viejo Ferdinand Porsche en el aparcamiento, esperándonos muy agitado.

—¿Habéis oído la noticia?

—¿Qué noticia, Doktor?

—Alemania y Rusia han firmado un pacto de no agresión.

—¿Qué?

Me quedé atónito. Toda la familia estaba consternada cuando entramos en la casa. Nunca en mi vida había oído hablar de un cambio de alianzas tan repentino y de tal magnitud. Desde luego, no habría creído semejante noticia ni siquiera unos días antes. ¡Que Der Führer concluyera un pacto con Stalin, el archicomunista, parecía imposible!

Sin embargo, los periódicos de la tarde proclamaban a voces lo que debía de ser la verdad: el acuerdo establecía una garantía escrita de no beligerancia entre ambas partes y el compromiso de que ningún gobierno se aliaría con un enemigo de la otra ni le prestaría ayuda. Lo que ninguno de nosotros sabía aquella noche, y no descubriríamos hasta años después, era que el Pacto Molotov-Ribbentrop dividía en secreto partes de Polonia, lituano, Letonia, Estonia, Finlandia y Rumania en esferas de influencia alemana y soviética, anticipando «reordenamientos territoriales y políticos» de esas naciones.

Me esperaba una sorpresa mayor, aunque no del todo inesperada, cuando Emmi me dijo en el camino de vuelta a Viena que creía estar embarazada. La noticia no me desanimó. A los treinta y uno ya era hora, como Lisbeth me había recordado tiempo atrás, de casarme, esta vez de verdad.

A Emmi le agradó lo bien que me tomé la noticia.

—Esperaba que hicieras lo que he oído que hacen tantos hombres: negarlo todo y buscar la forma más rápida de deshacerte de una mujer caída.

—Emmi, ninguno de los dos es ya un jovencito. Tú no eres mi primer amor y estoy seguro de que yo no soy el tuyo. Como empezamos siendo amigos, no me cabe duda de que podríamos seguir con una relación más tradicional. ¿Qué me dices, muchacha?

Sonrió.

—Digo que busquemos un hotelito romántico en Semmering, hagamos el amor hasta caer rendidos y le demos a nuestro matrimonio un comienzo por todo lo alto.

Y así fue.

~//~

El jueves 31 de agosto, Mussolini convocó una conferencia internacional de emergencia para el 5 de septiembre con el fin de revisar las cláusulas del Tratado de Versalles, que, según él, eran la causa de la crisis actual. Al parecer, nadie le hizo caso.

Aquella noche, a altas horas, un pequeño grupo de agentes alemanes vestidos con uniformes polacos, dirigidos por el *SS-Sturmbannführer* Alfred Naujocks, tomó la emisora de radio alemana *Sender Gleiwitz* en la Alta Silesia y emitió un breve mensaje antialemán en polaco. El objetivo de los alemanes era hacer que el ataque y la emisión parecieran obra de saboteadores polacos antialemanes. Para hacer el ataque más convincente, los alemanes utilizaron cadáveres y los hicieron pasar por atacantes polacos. La Gestapo arrestó a Franciszek Honiok, un granjero católico silesiano alemán de 43 años, soltero, conocido por simpatizar con los polacos, lo vistió para que pareciera un saboteador, lo mató con una inyección letal y dejó el cuerpo en el lugar, de modo que pareciera que lo habían matado mientras atacaba la emisora. La Gestapo presentó el cadáver a la policía y a la prensa como prueba del ataque. Además de a Honiok, drogaron a varios prisioneros del campo de concentración de Dachau, los fusilaron en el lugar y les desfiguraron el rostro para impedir su identificación. [1]

1 En testimonio oral en los juicios de Núremberg, Erwin von Lahousen declaró que su división de la Abwehr fue una de las dos encargadas de proporcionar uniformes, equipos y tarjetas de identificación polacos, y que más tarde Wilhelm Canaris le contó que habían disfrazado a personas de campos de concentración con esos uniformes y les habían ordenado atacar las emisoras de radio, 20 *Nuremberg Trial Proceedings*, *Volume 2*; viernes 30 de noviembre de 1945.

A las 5:45 de la mañana del 1 de septiembre, la Wehrmacht entró en Polonia «para proteger al pueblo alemán que vivía en Polonia». Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania al mediodía del día siguiente, seguida de Francia a las 5:00 de la tarde «para defender

la independencia de Polonia».

Ningún alemán se alegró. Creo que Göring expresó lo que todos pensábamos cuando le dijo a von Ribbentrop:

—¡Que Dios nos ayude si alguna vez perdemos esta guerra!

~//~

Poco después de comenzar la guerra, la Luftwaffe me llamó a filas. Como antes me habían dicho que era demasiado viejo y demasiado alto para volar, sabía que si acudía a la llamada, acabaría de simple burócrata de oficina. No podía imaginar nada peor.

Tiempo atrás había solicitado ingresar en las Waffen-SS y había sido uno de los diez únicos aceptados entre cien solicitantes. Era hora de recurrir a mi amigo, el SS-*Brigadeführer* Kaltenbrunner, para que me trasladara de la Luftwaffe a las Waffen-SS. Tan poderoso aliado era Ernst que mi traslado se tramitó en menos de una semana. Me convertí en miembro de la legendaria *Leibstandarte Adolf Hitler*.

El verdadero padre de las Waffen-SS fue el general Paul Hausser, a quien llamábamos «Papá Hausser» en señal de afecto. Durante mi tiempo en las Waffen-SS, nadie de cuantos conocí en las distintas unidades suscribió la absurda «Teoría del Hombre Nórdico» de Himmler como superior a cualquier otro «*untermenschen* subhumano», por usar su término.

~//~

En febrero de 1940, me destinaron a la Segunda Compañía del batallón de reserva de la SS-Leibstandarte Adolf Hitler en Berlín-Lichterfelde. Aunque era aspirante a oficial de ingenieros, tuve que soportar seis semanas de entrenamiento intensivo con chavales de 18 años. Los demás reclutas de mi edad —médicos, abogados, farmacéuticos e ingenieros— tuvieron que apretar los dientes para no quedarse atrás en aquella «compañía del claro de luna», apodada así porque el comandante prefería hacer los ejercicios de noche.

En mayo, tras un entrenamiento especial con el Regimiento *Alemania* de las Waffen-SS, me vi recorriendo los caminos de

Holanda, Bélgica y Francia como miembro del regimiento de artillería *Das Reich*, a las órdenes de Papá Hausser. Aún hoy recuerdo a Hausser como el líder más justo y recto que conocí. Dos ejemplos me vienen a la memoria.

El 18 de mayo de 1940, nuestro regimiento atravesó un pequeño pueblo cerca de Hirson, en el noreste de Francia, a un tiro de piedra de la frontera belga. Sobre la acera yacían esparcidos fardos de tela, los tristes restos de una tienda destrozada por un proyectil. Un grupo de mis camaradas artilleros cogió uno de los fardos de tela amarilla, lo cortaron y se hicieron pañuelos. Al día siguiente, durante el pase de lista, se leyó una orden de la división aplicable a todas las unidades:

> —Se ha visto a soldados de la división con pañuelos que al parecer están confeccionados con materiales franceses. Se les recuerda que la apropiación de cualquier artículo de la calle, ya sea tela o cualquier otra cosa, se considera saqueo. Por lo tanto, se ordena a los oficiales de la división que consideren saqueador a cualquier soldado que lleve uno de esos pañuelos, lo arresten de inmediato y lo lleven ante un consejo de guerra.

En febrero de 1941, liberaron a numerosos prisioneros de guerra franceses para que regresaran a casa en virtud del acuerdo de armisticio. Uno de los soldados franceses llegó a casa de improviso, una noche tarde, y sorprendió a uno de nuestros camaradas con su esposa. La mujer alegó que la habían violado, con la esperanza de escapar a la ira de su marido. No se la puede culpar por ello. Sin embargo, arrestaron a nuestro compatriota, lo llevaron ante un consejo de guerra y lo condenaron a muerte. Varios oficiales y suboficiales pedimos clemencia a nuestro general, convencidos de que no se trataba de una violación, sino de una aventura que llevaba semanas. Pero nuestras súplicas fueron en vano. Tras escucharnos, Papá Hausser dijo:

> —Ningún miembro de las Waffen-SS, que es una fuerza de élite, puede verse siquiera bajo sospecha de haber cometido un acto que deshonraría a un verdadero soldado. La sentencia se

ejecutará.

Y así fue.

Durante el crudo invierno de 1940-41, mientras estábamos acantonados en la meseta de Langres, a medio camino entre París y Alsacia-Lorena, trabé amistad con un viticultor francés del lugar, Michel Dutarte. Nuestras conversaciones, aunque poco frecuentes, tocaban el fondo de las relaciones humanas al margen de la política.

—Michel —dije una noche, ante una espesa sopa de verduras, baguettes y, cómo no, algo de su exquisito borgoña—, ¿qué demonios hago yo aquí? No he visto odio declarado contra los alemanes, y lo único que he encontrado entre los franceses es calidez y encanto.

—Eso es porque nos las arreglamos para tener encerradas a nuestras viejas arpías —respondió con una risita—. Pero en serio, ¿no se han cubierto ya ambos bandos de suficiente gloria en el campo de batalla como para ponerse ahora a construir juntos una Europa unida?

—Aunque la guerra acaba de empezar, ojalá llegara ya la paz. Hace poco me casé con una mujer buena y hermosa, ya estamos esperando familia, y me gustaría estar en Viena cuando nazca el pequeño. ¿Crees que saldrá algo de la reunión de Montoire?

Ambos nos habíamos enterado apenas el día anterior de que Hitler y el mariscal Pétain se habían reunido en secreto en un vagón de tren a unos ciento treinta kilómetros al sur de París.

—Sinceramente, no soy optimista, Otto. Esto no es Verdún en 1916. El *Maréchal* tiene casi ochenta y cuatro años y tu Führer dispone de mucha más fuerza de la que tenía von Falkenhayn hace veintitrés años. Me temo que anunciará la colaboración con el Reich en un par de días, y eso lo convertirá en el gran traidor si algún día...

Ambos dejamos en el aire lo que vendría a continuación y pasamos a temas menos delicados.

~//~

A principios de 1941, las cosas no marchaban según lo previsto.

Nuestros aliados, los italianos, habían sido derrotados en África Oriental. Los ingleses habían lanzado una contraofensiva victoriosa contra el mariscal Graziani y ocupado Tobruk y Bengasi. El 26 de febrero intervino el Afrika Korps de Rommel, pero aquello supuso retirar tropas de combate que podríamos haber empleado en otros frentes.

Mientras tanto, en Europa, el Duce había invadido Grecia con su ejército mal entrenado, peor aprovisionado y pésimamente dirigido, sin informar a Hitler de antemano. Nuestros aliados fueron rechazados enseguida y luego arrollados nada menos que en Albania. Después, un *golpe de Estado* derrocó al príncipe regente Pablo, nuestro aliado en Yugoslavia. Días más tarde, el nuevo jefe del gobierno yugoslavo, el general Simovich, firmó un pacto de amistad con Stalin que garantizaba apoyo mutuo. Aunque no dije nada, me asaltó la inquietante sensación de que el eterno matrimonio entre la Unión Soviética y el Reich podría llegar pronto a un final desagradable.

~//~

En la primavera de 1941, nuestra división, reentrenada, rejuvenecida y rebautizada como División SS *Das Reich*, empezó a revisar el material rodante, que se encontraba en un estado lamentable. A principios de junio de 1941, tras varias semanas de intenso trabajo para poner en marcha nuestra maquinaria, recibimos órdenes de cargar toda la división en un largo tren. Tras atravesar Checoslovaquia, continuamos hacia el este, hasta Polonia. ¿Adónde íbamos y por qué?

Las conversaciones entre los oficiales subalternos —me habían ascendido a *Obersturmführer*, teniente primero, durante la campaña de los Balcanes— eran pura especulación, y dimos rienda suelta a la imaginación.

—Seguro que Rusia nos deja cruzar el Cáucaso para ocupar los campos petrolíferos persas —dijo el teniente Hochofer, un hombre de mi misma edad—. Si esta *maldita* guerra continúa, no podremos depender del petróleo de Ploiești eternamente. Tarde o temprano el

enemigo logrará penetrar en Rumania.

—No lo sé —respondió otro joven, Langer—. He oído que estamos a punto de firmar un pacto de amistad y asistencia con İnönü en Turquía. Eso nos permitiría atravesar el país de Atatürk, caer sobre Suez y Egipto, y atacar a los ingleses por la retaguardia mientras Rommel y los italianos pasan a la ofensiva.

Uno cree lo que desea. La idea de una campaña en Persia, Arabia o Egipto me resultaba especialmente tentadora. Llevaba en la mochila un ejemplar de *Los siete pilares de la sabiduría* del coronel T. E. Lawrence. Lawrence, un tipo bastante peculiar, había sido aventurero, arqueólogo, agente secreto y defensor de la independencia árabe frente a los turcos. ¿No podríamos lograr también nosotros, con los árabes y los turcos contra Inglaterra, lo que él había empezado?

Durante el viaje en tren, tuve tiempo de pensar. Seguí leyendo el fascinante relato de Lawrence de Arabia con creciente interés. Acababa de llegar al pasaje en que, en 1918, Lawrence se preparaba para volar un tren militar turco, cuando nuestro tren entró en la estación de Lvov. Desde allí continuamos de noche hacia la zona al sur de Brest-Litovsk, a menos de cincuenta y cinco kilómetros del Bug, el río que separaba el Gobierno General polaco, administrado por el Reich, del antiguo territorio polaco ocupado por los soviéticos.

A las 22:00 del solsticio de verano, el 21 de junio de 1941, nuestro comandante de compañía leyó una orden del Führer:

> —Soldados del Frente Oriental: Agobiado por graves preocupaciones, condenado a meses de silencio, ha llegado por fin la hora en que puedo hablaros abiertamente, mis soldados.
>
> —Hoy hay 160 divisiones rusas apostadas en nuestra frontera. Desde hace semanas se vienen produciendo violaciones de esta frontera, no solo contra nosotros, sino también contra nuestros aliados en el extremo norte y en Rumania. En este momento, soldados del Frente Oriental, se ha completado una concentración de fuerzas como jamás ha visto el mundo...
>
> —Cuando esta línea de frente, la más grande de la historia, inicie ahora su avance, no lo hará solo para poner fin de una vez por

> todas a esta gran guerra, ni para defender a los países hoy amenazados, sino para la salvación de toda nuestra civilización y cultura europeas. ¡Soldados alemanes! Os adentráis en una lucha dura y exigente, porque el destino de Europa, el futuro del Reich alemán y la existencia misma de nuestra nación descansan ahora únicamente en vuestras manos. ¡Que Dios Nuestro Señor nos ayude a todos en esta lucha!

Hitler estaba equivocado y había sido engañado. Los ejércitos que envió al ataque en Europa del Este no eran «los más grandes de la historia mundial». Los ejércitos soviéticos, superiores en número, poseían armamento que en algunas áreas superaba al nuestro. En 1941, teníamos tres millones de hombres en el frente, 3580 tanques y más de 1800 aviones. De inmediato nos vimos frente a 4 700 000 soldados, 15 000 tanques y, solo en Bielorrusia, 6000 aviones.

Al amanecer del 22 de junio de 1941, un domingo, lanzamos el ataque hacia el este, tal como había hecho el Gran Ejército de Napoleón contra el mismo enemigo el 22 de junio de 1812.

Con una sola orden y un trazo de pluma, el pacto Molotov-Ribbentrop quedó hecho añicos.

La Operación Barbarroja había comenzado.

Capítulo 7

De mi diario, 9 de septiembre de 1941

La batalla terminó ayer.

Oficialmente la llamaron «retirada planificada», pero para mí fue pura mierda. Al día siguiente, oímos en la radio, en las «noticias del frente», hablar de la «exitosa corrección del frente» en nuestras líneas defensivas de Yelnya y de las enormes pérdidas que habíamos infligido al enemigo. Pero ni una sola palabra sobre la retirada, ni sobre lo desesperado de la situación, ni sobre el embotamiento mental y emocional de los soldados alemanes. En resumen, otra «victoria». Pero los que estábamos en primera línea huíamos como conejos ante el zorro. Esta metamorfosis de la verdad, de «pura mierda» a «fue una victoria», nos dejó perplejos a quienes nos atrevíamos a pensar.

Nos habían dicho que los rusos eran subhumanos. Eso no se correspondía con los hechos. Desde el primer año, empleé a prisioneros rusos como mecánicos. Me parecieron inteligentes e ingeniosos; por ejemplo, descubrieron que un muelle de los tanques T-34 podía instalarse en nuestros coches Horch, cuyos muelles delanteros y traseros se habían roto en poco tiempo. ¿Por qué iba a tratar a esos rusos como subhumanos? Aunque era, y sigo siendo, antibolchevique, no era ni soy antirruso.

Si Hitler subestimó a los soldados rusos al principio, cometió un grave error. Teníamos una estrategia superior; nuestros generales eran muy superiores a la hora de afrontar los problemas de la guerra móvil y más innovadores que los rusos. Pero del soldado raso al comandante de compañía, los soldados rusos estaban a nuestra altura. Valientes, duros y con instinto para el camuflaje, opusieron una resistencia de una amargura asombrosa y marcharon *en masa*, con un fatalismo increíble, hacia una muerte segura.

En el infierno de Yelnya, nos habían hecho creer que luchábamos no solo por Alemania, sino por toda Europa. Pero la división estaba al límite de sus fuerzas. Como muchos otros, había pillado una disentería grave. Me negué a ir al hospital y planté mi tienda en las

afueras del campamento. Por suerte, la División Das Reich fue enviada a descansar al sector de Roslavi. Los hombres y los vehículos estaban agotados.

~//~

Entrada de diario – 16 de septiembre de 1941

Las pérdidas de la Wehrmacht ascendieron a 23.000 bajas del XX Cuerpo de Ejército entre el 8 de agosto y el 8 de septiembre. Las del Ejército Rojo entre el 30 de agosto y el 8 de septiembre se estiman en 31.853 bajas en total. … El recién formado 24.º Ejército Soviético perdió el 40% de su fuerza operativa. … Yelnya, una ciudad de 15.000 habitantes, quedó arrasada … A casi todos los hombres y mujeres en edad de trabajar los habían encuadrado en batallones de trabajo forzado y enviado a la retaguardia alemana. Solo unos pocos cientos de ancianos y niños pudieron quedarse en la ciudad. … El campo del saliente de Yelnya, territorio que había estado en manos de la Wehrmacht, estaba completamente devastado. Todas las poblaciones habían sido destruidas. … Los pocos civiles supervivientes vivían en sótanos.

Pero ¿cómo demonios habíamos *perdido*? Daba igual cómo intentara la Oficina de Guerra «dorar la píldora»: nadie en el frente dudaba de que la Ofensiva de Yelnya había sido el primer revés serio que sufría la Wehrmacht desde el comienzo de Barbarroja.

~//~

Entrada de diario – 20 de septiembre de 1941

Recibí la primera carta de Emmi en más de un mes. Estaba fechada el 19 de julio, así que la había enviado hacía más de dos meses. Dos fotos, ambas de Emmi y Waltraut. Cuesta creer que nuestra hija tenga ya más de un año. La última vez que la vi tenía dos meses. Vestida con un dirndl tradicional. Ya casi tiene edad para llevar uno. Con solo mirarla se me saltaron las lágrimas. ¿Llegará a conocer a su papá?

Emmi está preciosa. Me hace ser consciente de que llevo cuatro meses sin mujer. Demasiado tiempo. Me pregunto si Emmi podría

estar…? Pero no puedo torturarme con esos pensamientos. Aunque…? Si dejo que me dominen, me volveré loco. Incapaz de concentrarme. Eso significaría una muerte segura o, como mínimo, perder una extremidad, un ojo, lo que fuera. Tengo que obligarme a pensar en otra cosa. Me pregunto qué habrá sido de *Los siete pilares de la sabiduría* que estaba leyendo cuando salimos de Polonia hacia este maldito infierno.

~//~

Ese año el invierno llegó muy temprano. La primera nevada cayó la noche del 6 al 7 de octubre. Al ver aquella nieve, que daba al paisaje un aspecto monótono pero peligroso, me invadió un mal presagio, aunque mi optimismo no tardó en disiparlo. Al fin y al cabo, Moscú estaba a menos de ciento sesenta kilómetros por carretera.

La palabra «carretera» evoca un camino ancho de hormigón o asfalto, como las nuevas *autobahnen* de casa. No así en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Aquí no era más que un terraplén ancho de tierra. Al sur de nosotros, la doble batalla de Viazma-Briansk había terminado con la destrucción de nueve ejércitos soviéticos. Nuestros generales habían capturado 663.000 prisioneros. Nuestro objetivo era Borodinó, la primera línea defensiva de Moscú, a solo 120 kilómetros al oeste de la capital soviética.

Pero una sorpresa muy desagradable nos aguardaba a la División Das Reich al acercarnos al campo de Borodinó: por primera vez tuvimos que enfrentarnos a tropas siberianas. Eran soldados muy bien equipados, fuertes y decididos, con enormes abrigos y gorros de piel, botas forradas, rifles automáticos y todo tipo de armas pesadas. Era la 32.ª División de Infantería Ligera de Vladivostok, acompañada de dos brigadas de tanques T-34 y KV.

De todas las batallas difíciles en las que he participado, recuerdo esta como la más cruenta. Duró dos días. Papa Hausser, apostado cerca de mí, resultó gravemente herido y perdió un ojo. Pero nuestra artillería concentrada, bajo el mando del coronel Weidling, abrió una brecha por la que nuestros granaderos de asalto se abrieron paso. La primera línea defensiva de Moscú se resquebrajó. ¡El 19 de

octubre ocupamos Mozhaysk, a solo cien kilómetros de Moscú!

Estábamos convencidos de que tomaríamos Moscú a principios de noviembre. Pero entonces sobrevino la catástrofe: lluvias torrenciales cayeron sobre nuestra zona a partir de la noche del 19 y continuaron durante tres días. Nuestro ejército se hundió literalmente en el lodazal. Mi trabajo consistía en conseguir que los camiones de la «carretera» volvieran a moverse. Pero ¿cómo?

A lo largo de muchos kilómetros, miles de vehículos en tres filas se hundieron en el barro, algunos hasta el capó. Nos habíamos quedado sin combustible. Había que entregar por aire doscientas toneladas de suministros diarios a cada división. La paralización total del tráfico se extendía varios cientos de kilómetros hacia el oeste. Perdimos tres semanas preciosas y una cantidad enorme de material.

Con un esfuerzo tremendo, los ingenieros de la División Das Reich construyeron catorce kilómetros de camino de rondines con árboles talados por leñadores mientras proseguía el combate. Pese a los contraataques de las tropas siberianas y los tanques T-34, cruzamos el río Moscova aguas arriba de Roussak. Queríamos ser los primeros en llegar a la Plaza Roja.

¡Una bendición! ¡Heló la noche del 6 al 7 de noviembre! Poco a poco, nuestros suministros empezaron a fluir de nuevo: municiones, combustible, comida, incluso cigarrillos. Por fin pudimos evacuar a los heridos. Empezamos a prepararnos para la ofensiva final.

Pero el 19 de noviembre la temperatura cayó de golpe a cuarenta grados bajo cero. No teníamos aceite anticongelante para motores ni armas. Los motores eran casi imposibles de arrancar. Aun así, logramos tomar Istra el 28 de noviembre. Delante de nosotros, a la izquierda, estaba Khimki, el puerto de Moscú, ¡a solo ocho kilómetros de nuestro objetivo! Uno de nuestros batallones de motocicletas entró en Khimki sin disparar un solo tiro. Por desgracia, e inexplicablemente, la infantería motorizada se retiró.

El 2 de diciembre llegamos a Nikoláyev, a catorce kilómetros de Moscú. Desde allí pude ver las agujas del Kremlin con mis prismáticos. Nuestra batería abrió fuego contra los suburbios y los

tranvías. Pero apenas nos quedaban tractores para los obuses. La temperatura cayó a menos 45 grados. Seis días después, tras combatir día y noche contra divisiones siberianas recién llegadas, las fuerzas soviéticas rompieron nuestro flanco derecho. Las bajas de nuestra división superaron el 75%.

Ese día nos enteramos de que Alemania e Italia habían declarado la guerra a Estados Unidos tras Pearl Harbor. Nuestra moral se desplomó. Lo que más nos importaba era saber qué postura adoptaría nuestro aliado, Japón, frente a la Unión Soviética. Pero la presencia de las tropas siberianas, la mayoría procedentes de la frontera norte de Corea, cuyo número no había dejado de crecer durante un mes, no nos daba motivos para el optimismo.

~//~

¿Por qué no pudimos tomar Moscú? Hay tantas respuestas como excusas. Mi división fue una de las que tuvo que detenerse a las puertas del objetivo. Podríamos haber achacado el fracaso a la mala planificación, la mala ejecución, el mal liderazgo, a cualquiera de tantas cosas. Pero en mi opinión, a pesar del lodazal, el hielo, la falta de carreteras, a pesar de la traición de ciertos comandantes, a pesar del caos logístico y a pesar de la valentía de los soldados rusos, habríamos tomado Moscú a principios de diciembre de 1941 si las tropas siberianas no hubieran intervenido.

En diciembre, nuestro Grupo de Ejércitos no recibió ni una sola división de refuerzo o reemplazo. En el mismo período, Stalin lanzó contra nosotros treinta divisiones de infantería ligera, 33 brigadas, seis divisiones de tanques y tres divisiones de caballería. A partir del 17 de octubre, la División Das Reich se enfrentó a la 32.ª División de Infantería Ligera siberiana cerca de Borodinó. Más tarde, a principios de diciembre, nos enfrentamos a la 78.ª División. Nuestra fuerza aérea, ya escasa de aparatos, no logró destruir la red ferroviaria transiberiana, lo que permitió a las tropas siberianas salvar la capital soviética.

Para llegar a menos de veinte kilómetros de Moscú, nuestra división tuvo que luchar contra un enemigo que nos superaba en proporción

de 3 a 1 en soldados y de 5 a 1 en artillería en octubre. Cuando finalmente abandonamos en diciembre, la proporción era de 6 a 1 en hombres y de 10 a 1 en material, municiones y combustible.

~//~

—¿Fue tan malo, cariño?

—Por lo que pude ver de la batalla, desde luego *parecía* malo. Pero quedé fuera de combate después de Mozhaysk, cuando me alcanzó una salva perdida de un Órgano de Stalin. Tuve una suerte del demonio de salir solo con una herida en la cabeza. Y, por supuesto, estaba la *scheiss harei*, la interminable disentería.

—Eso no explica los seis meses de permiso en Viena —dijo Emmi. Y añadió—: Gracias a Dios que has vuelto de una pieza, Otto. Tantos...

—Fueron los cálculos biliares. Me dieron el primer ataque durante la retirada. Ni siquiera recuerdo que me subieran al tren hospital de vuelta a Smolensk. Después me contaron que la única forma de mantenerme en pie fue a base de inyecciones, morfina creo. Yo, un teniente primero grande, fuerte e indestructible, y estuvieron así de quitarme la vesícula cuando me trasladaron al Hospital de Karlsbad.

—¿Peor que la batalla?

—Dios, no le desearía ese dolor a nadie, ni siquiera al enemigo. Todavía me acuesto cada noche temiendo despertar con más cálculos. Waltraut ha crecido muchísimo. Aparenta el doble de su edad.

—Bueno, ni mamá ni papá somos enanos —dijo ella con ligereza.

Llevaba dos semanas en casa. Por agotado que estuviera cuando me dieron el alta y me reclasificaron como «GvH», apto para servicio de guarnición en territorio nacional, hacía unas noches que habíamos vuelto a hacer el amor. Por satisfactorio que fuera, la pasión quedaba templada por la ternura. Los dolores insoportables habían vuelto de forma totalmente inesperada, generalmente por la noche, y mis movimientos eran —algo impropio de mí— cautelosos y vacilantes.

—¿Está mejor tu padre?

—Ojalá pudiera decir que sí, Emmi, pero me temo que el final está

muy cerca. Y él también lo sabe. Cuando lo vi ayer, nos reconfortó a ambos. Me dijo que estaba convencido de que los ejércitos europeos derrotarían a los rusos. Cree de verdad que el mundo solo logrará una paz duradera cuando Occidente derrote a los bolcheviques.

—¿Y tú qué piensas?

—Se engaña. Tanta gente lo hace. Pero, por difícil que me resulte decirlo de mi padre, probablemente morirá antes de que su ilusión se haga añicos.

Emilie se llevó la mano a la boca.

—No querrás decir que...

—No me refiero a esta guerra, cariño. Es solo que no creo que esté en la naturaleza humana aceptar una paz universal duradera.

—Mi marido es todo un pesimista.

—No, ángel mío. Prefiero considerarme un realista.

~//~

En junio de 1942 me destinaron a la División Waffen-SS Leibstandarte Adolf Hitler como oficial de ingeniería. Los seis meses siguientes fueron de los más aburridos de mi vida. Hacia finales de año me presenté voluntario para reciclarme en el arma panzer y, tras superar varias pruebas, me trasladaron a la División Waffen-SS *Totenkopf* (Cabeza de Muerto), que iba a ser reequipada como división blindada totalmente motorizada.

Por desgracia, en el invierno de 1942-43 sufrí una recaída de disentería persistente. Reclasificado de nuevo como «GvH», me enviaron de vuelta a la unidad de reserva de Leibstandarte en Berlín. Entonces se produjeron dos acontecimientos, casi simultáneos, que hicieron reflexionar a todos los alemanes.

En enero de 1943, en Casablanca, Roosevelt y Winston Churchill decidieron que los aliados exigirían la rendición incondicional de las potencias del Eje, y en especial de Alemania. Y el 31 de enero de 1943, el general Paulus y su estado mayor entregaron Stalingrado al enemigo. Los últimos soldados del II Cuerpo de Ejército del general Strecker lucharon hasta el último cartucho. Muchos oficiales se quitaron la vida. Poco antes de las nueve de la mañana, la Oficina de

Guerra recibió el último mensaje de radio: «El II Cuerpo de Ejército y sus 10 divisiones han cumplido con su deber. Heil Hitler. General Strecker».

Sería el punto de inflexión de la guerra.

Capítulo 8

A principios de la primavera de 1943, tuve la clara sensación de que ya no empleábamos aquel estilo revolucionario de guerra que nos había llevado a las brillantes victorias de la *blitzkrieg* de 1939/40, sino que nos habíamos empantanado en una guerra convencional de desgaste. Cada vez estaba más convencido de que, si queríamos volver a aquellos días de gloria, debíamos recurrir a métodos audaces y al factor sorpresa de aquellos años. Teníamos que replantear la naturaleza misma de la guerra, descubrir y producir nuevas armas útiles para fines concretos y, sobre todo, idear formas distintas y más eficaces de combatir al enemigo.

Pero ¿cómo hacer llegar mis ideas a alguien con mando que al menos me escuchara? Yo era solo un Obersturmführer, un teniente primero. Si hubiera tenido ocasión de presentar mis ideas heterodoxas a uno de los oficiales que lucían las franjas rojas del estado mayor general, seguramente habría sonreído con el mismo desdén con que se trata a un niño.

Mi expediente personal estaba en el Cuartel General de Operaciones de las Waffen-SS, nuestro estado mayor general, comandado por el Obergruppenführer Hans Jüttner, un antiguo oficial de la Reichswehr a quien yo consideraba muy superior a Himmler. Me sinceré con él y le manifesté mi deseo de servir en una unidad de combate donde pudiera mostrar más iniciativa que en un cuartel de Berlín. Por sus preguntas, era evidente que se había tomado la molestia de estudiar mi historial militar.

Nuestra conversación se volvió bastante cordial. Poco a poco le fui exponiendo mis ideas heterodoxas sobre un tipo de táctica más audaz. El general se mostró muy de acuerdo, y de pronto tuve la sensación de que Jüttner tenía segundas intenciones. Unos días después me reveló que estaba buscando un oficial con experiencia en el frente y buenos conocimientos técnicos para organizar y comandar una «unidad de tareas especiales»: un batallón en Friedenthal, cerca de Berlín, y una escuela *Seehof* en La Haya, Hollander.

—Probablemente esto sea una forma de guerra nueva para usted, Skorzeny. En nuestra última conversación tuve la impresión de que es el hombre que necesitamos. Naturalmente, debe considerar la propuesta. Es libre de rechazarla, por supuesto.

—Ya lo he pensado. Acepto.

Me levanté para despedirme y dar las gracias al general.

Sonrió.

—Ha aceptado de inmediato. Muy bien. Sin embargo, creo que debería visitar Seehof y Friedenthal primero. Pueden surgir dificultades que le hagan cambiar de opinión. Cuando regrese y me cuente sus impresiones, solo entonces consideraré definitiva su aceptación.

~//~

Friedenthal, situado a treinta kilómetros al norte de Berlín, había sido un pabellón de caza de los Hohenzollern. A principios de 1943 se había levantado un campamento de barracones en torno a dos pabellones dentro de un gran parque. Los barracones albergaban una compañía más o menos completa y un puñado de hombres dispersos. La «Unidad de Tareas Especiales Friedenthal» estaba al mando de un oficial hollander de las Waffen-SS, cuyo estado mayor aún no existía. Se mostró bastante amable cuando llegué. Por lo visto, el general Jüttner ya le había informado de mi papel.

—Así que aquí está, Hauptsturmführer Skorzeny —dijo el comandante—. Bienvenido a esto, llámelo como quiera.

—Buenos días, comandante —dije estrechándole la mano—. Supongo que lo mejor será que me informe sobre nuestras tropas y sus expedientes. ¿Podría indicarme dónde está la oficina de registros?

El comandante, que era más un conserje que un oficial al mando, soltó una risa irónica.

—Capitán, veo que da por sentado que fui algo ambiguo sobre lo que hay aquí. La «oficina de registros», si es que puede llamarla así, es un cuarto de dos metros y medio por tres, más bien un armario grande, con quizá una docena de cajas de documentos sin orden

alguno. Un teléfono, *uno* para toda la operación. Ni teletipo ni emisora de radio para comunicarnos con el exterior.

Empezaba a entender por qué el general Jüttner me había aconsejado que no me precipitara. El comandante prosiguió:

—Por el lado bueno, contamos con unos trescientos hombres. El ochenta y cinco por ciento son alemanes; el resto, alemanes étnicos hollanders, flamencos o húngaros. Todos voluntarios, todos de las Waffen-SS.

Al recorrer aquella «base» y percibir el espíritu que parecía animar a todos los hombres que entrevisté, me convencí de que toda unidad tiene que empezar en algún sitio, y la materia prima de aquel grupo era realmente prometedora. Lo mismo podía decirse de *Seehof*. Hans Jüttner, el único oficial de las SS aparte de Himmler con autoridad para crear y organizar unidades de las Waffen-SS, había ordenado la formación del *Sonderverband z.b.V. Friedenthal* poco antes de proponerme la idea. Al principio, solo se permitía reclutar entre voluntarios de las Waffen-SS, pero unos meses después de mi llegada, el general me autorizó a «piratear a quien quisiera de cualquiera de las Fuerzas Armadas alemanas: el *Heer*, la *Luftwaffe*, la *Kriegsmarine*, el *Volkssturm*, siempre que fueran voluntarios y pudiera arreglarlo con sus comandantes».

Como todas las unidades formadas posteriormente por orden del general Jüttner, esta estaba lista para «empleo especial», lo que significaba que cualquier jefe de los servicios armados podía recurrir a ella para operaciones militares especiales. Éramos una unidad dentro de las fuerzas armadas y recibíamos órdenes del comandante de un ejército o grupo de ejércitos. Mi estado mayor, o bien el estado mayor general del ejército en cuestión con mi visto bueno, elaboraba los planes operacionales. A partir de julio de 1943, siempre recibí mis órdenes directamente del *Oberkommando der Wehrmacht*, el Mando Supremo de las Fuerzas Armadas, o del propio Hitler.

~//~

Cuando me hice cargo de la operación de Friedenthal en abril de

1943, comprobé que el programa de entrenamiento era del todo inadecuado. No pretendo decir esto con arrogancia ni condescendencia, pero vi claro que había que hacer cambios, y deprisa.

Para empezar, los preparativos de la Operación Franz ya estaban muy avanzados. Aunque yo era un novato en estrategia y tácticas de comandos, enseguida me quedó claro que necesitaba un batallón completo y material de primera si aquella idea tenía siquiera una remota posibilidad de éxito. El plan consistía en que la Abwehr, el servicio de inteligencia alemán, sobornara a las tribus disidentes qashqai en Irán para sabotear los suministros británicos y estadounidenses destinados a la Unión Soviética.

Se suponía que yo debía reorganizarlo todo por completo y cuanto antes. Más fácil decirlo que hacerlo. Tuve un increíble golpe de suerte cuando conocí a los dos primeros oficiales que querían unirse al *Friedenthal Sonderverband*. El Untersturmführer (subteniente) Werner Hunke se presentó como «especialista en China». En realidad, había nacido en aquel lejano país, pero se había marchado a los dos años y no hablaba una sola palabra de ningún idioma chino. De China no sabía más de lo que se puede aprender mirando un mapa. Como era de esperar, lo apodé «el Chino».

Pero fue el segundo de los oficiales quien se convirtió, literalmente, en mi «brazo derecho», y quien fue mi ayudante y uno de mis camaradas más cercanos desde el día en que solicitó entrar en las fuerzas especiales hasta el final de la guerra. Como yo, el Untersturmführer Karl Radl era austria. Jamás habría podido hacer lo que hice sin aquel hombre increíblemente brillante y de un humor contagioso. Hasta entonces, había estado completamente aturdido y desmoralizado por la obstinación inmovilista y las minucias burocráticas de los «escalones superiores».

Un ejemplo muy doloroso de esto ocurrió poco después de que asumiera el mando de la operación Friedenthal, y sentí tal afinidad con Karl Radl que mencioné el asunto en nuestra primera conversación.

—Que Dios me libre de tener que tratar con alguien como nuestro

jefe de inteligencia, el gran almirante Canaris —comencé—. Llegué convencido de que discutiríamos mis cualificaciones para el puesto y de que obtendría su respaldo para nuestras operaciones. En cambio, pasamos tres horas discutiendo el traslado de dos oficiales subalternos que querían unirse al grupo Friedenthal. Al final, él no sabía nada de mí, y yo me fui con una impresión pésima de aquel viejo imbécil. Dijo que lo pensaría y me comunicaría su decisión «en una fecha posterior».

—Eso es muy típico —respondió Radl, dándome a entender que, aunque yo sería su superior en el mando, me consideraba su igual—. He tenido bastante éxito con estos almirantes que llevan ahí toda la vida. El Brigadeführer Walther Schellenberg, subordinado de Canaris, me contó el secreto de cómo ascendió tan rápido:

«Cuanto más descabellada sea la idea que te presente alguien realmente importante, con más entusiasmo debes acogerla. Hay que iniciar de inmediato preparativos vistosos. Siempre debes asegurar que los planes avanzan cada día. Luego, poco a poco, gota a gota, vas dejando filtrar la idea de que ciertos factores externos podrían retrasar la gloriosa consumación de su brillante ocurrencia, hasta que el autor del proyecto acabe preguntándose a qué venía tanto entusiasmo y empiece discretamente a archivar el asunto... si es que no lo ha olvidado ya».

Aquella respuesta cimentó nuestra relación desde el principio. Una y otra vez, Karl demostraría su valía de mil maneras. Yo nunca habría podido igualar a mis adversarios burocráticos, cuyo único objetivo era preservar el statu quo y su lugar en él. Había descubierto que a los funcionarios les irritaba mi entusiasmo y les molestaba que mis incómodas peticiones les obligaran a pensar. Cuando seguía presionando más allá del punto en que podían ignorar mis demandas, conocían muchas trampas que tender a un cachorro descarado, engreído y sabelotodo, y disfrutaban vengándose cuando el joven advenedizo caía en ellas.

Pero Karl Radl era de otra pasta. Había aprobado el examen de abogacía y estaba destinado a ser juez cuando estalló la guerra. Para él, las regulaciones militares eran un juego de niños fascinante

comparado con la jurisprudencia centroeuropea que había estudiado. Con esa irreverencia tan típica de mis compatriotas austriacos, se entregaba al «hermoso sinsentido» de la burocracia. En lugar de discutir con los funcionarios, los acompañaba por el camino que conducía al absurdo total. Los burócratas expertos en el arte de la evasión acababan enredados en su propio papeleo, acosados por Radl con más y más formularios hasta que cedían, solo para librarse de aquel tiquismiquis entre los tiquismiquis.

Karl y yo empezamos a llamar a nuestros oponentes del Cuartel General «los generales» o «la Vieja Guardia demasiado vieja», mofándonos de la complacencia rígida y el monóculo reprobador del Comedor de Oficiales Superiores. Radl era un maestro en conseguir cartas firmadas por burócratas del estado mayor en nombre del General Fulano o el General Mengano, cartas que le servían de salvoconducto. Al final, los propios generales acababan siendo los chivos expiatorios cuando algo salía mal.

Con su buen humor burbujeante y su genio para salir de un dilema tras otro, mi ayudante nunca se quedaba sin recursos; pronto dominaba todo el terreno de la estrategia burocrática y avanzaba en muchos sectores de aquel frente vital. Antes de que Karl se uniera a mí, había consumido todo mi esfuerzo en aquella campaña de desgaste. Ahora, con Radl de mi lado y a mi lado, por fin pude dedicar más de la mitad de mi tiempo a pensar en la guerra olvidada contra los Aliados y a concentrarme en la estrategia y las tácticas de la guerra de comandos.

Por un lado, el Alto Mando exigía que creara fuerzas especiales para tareas sin precedentes. Por otro, me negaban los medios para llevarlas a cabo. El pretexto era que los suministros escaseaban en todas partes. Lo que me enfurecía era que el enorme apetito de las formaciones del ejército regular siempre se satisfacía con tantos bocados sabrosos como quisieran, mientras que Friedenthal recibía migajas y cabos de vela. Menos mal que estaba Radl. De algún modo, siempre se las arreglaba para conseguir lo justo para mantenernos operativos.

~//~

Tras estudiar la Operación Franz, cuestioné la cordura de aquel ejercicio, por no hablar de su supuesta «experiencia»; desde el principio me pareció condenado al fracaso. Por supuesto, como no era mi proyecto y ya estaba muy avanzado hacia lo que el estado mayor del OKW consideraba su culminación cuando me incorporé, sabía que su éxito o fracaso no me afectaría en absoluto.

El Proyecto Franz pretendía cortar la ruta de suministro de Oriente Medio a la Unión Soviética. Habían introducido clandestinamente a un oficial alemán en Teherán, donde negociaba en secreto con los iraníes en las narices de británicos y rusos. Habían lanzado en paracaídas a alemanes que hablaban farsi para sublevar a las tribus de montaña. Si el plan hubiera funcionado según lo previsto, una vez sobornados los líderes disidentes y provistos de las armas necesarias, el país estallaría como un polvorín... o eso esperaban.

El Proyecto Franz se retrasó desde el principio mientras los responsables de planificarlo y ejecutarlo saqueaban las tiendas de antigüedades de Berlín, llevándose pistolas con empuñaduras de plata y escopetas con incrustaciones como «regalos» para los líderes tribales. El fiasco terminó cuando los poderes fácticos, tanto militares como políticos, se negaron a prestarnos un solo avión de largo alcance para lanzar refuerzos en Irán. Por suerte para mi futuro, nunca me involucré directamente en aquella operación fallida. En cambio, dediqué el período siguiente a construir la unidad de comandos y a idear lo que consideraba una táctica infalible para la mayoría de las situaciones.

~//~

Implementé estrictas medidas de seguridad en Friedenthal. El parque estaba rodeado por un muro de 4,3 metros de altura. Pronto instalamos unidades de alarma. Pero la mejor protección eran nuestros perros adiestrados. Después desarrollé la estrategia de «No disparar». Tras estudiar muchas situaciones en las que el factor sorpresa había sido decisivo, decidí instruir a mis fuerzas especiales para que dispararan solo cuando fuera absolutamente necesario.

Mis hombres eran todos excelentes tiradores y teníamos todo tipo

de armas; pero, más importante aún, teníamos la disciplina para atacar sin disparar y lograr así una sorpresa total. Encontré un método eficaz y probado para evitar que mis soldados dispararan: yo entraba primero y no disparaba. Este comportamiento, que templaba los nervios de los hombres que venían detrás e infundía confianza, contribuyó decisivamente a dos de nuestros mayores éxitos. En ninguna de las dos acciones hubo un baño de sangre. Dirigí ambas operaciones y no disparé un solo tiro en ninguna. Los soldados que me seguían de cerca tenían órdenes de no disparar hasta que yo abriera fuego. Obedecieron y no dispararon, para gran asombro de quienes nos enfrentamos.

Psicológicamente, por supuesto, es más fácil disparar mientras se ataca. Por eso el entrenamiento de nuestras unidades especiales se centró en el ataque masivo y concentrado contra el enemigo. Habría sido un error por mi parte considerar a los de Italia, y más tarde a los de Hungría, como enemigos. Semejante actitud no habría sido coherente con el propósito de las misiones que me encomendaron. En realidad, no eran nuestros enemigos, sino solo oponentes circunstanciales que, por su parte, tenían órdenes de disparar.

Resulta desconcertante para el enemigo cuando, sorprendido por los acontecimientos, ve aparecer de repente y avanzar hacia él a un adversario que, según toda lógica, no debería estar allí. No da crédito a lo que ve. De este modo, el momento de sorpresa se prolonga, lo cual es esencial para el éxito.

Basta un solo disparo de los atacantes para despertar el instinto de supervivencia de los atacados, que automáticamente responderán al fuego. Nada es más contagioso que un disparo. He visto unidades de primera línea abrir fuego de noche con todo lo que tenían, simplemente porque un centinela disparó a una sombra.

¡No disparar! El momento más difícil es el encuentro con el enemigo. Esta táctica exige nervios de acero y una confianza mutua e inquebrantable en el éxito. El desarme del enemigo es el verdadero objetivo de toda acción bélica. He descubierto que también se puede desarmar al enemigo aprovechando el momento de sorpresa *sin disparar*.

Capítulo 9

Hasta el lunes 26 de julio de 1943, solo había visto a Hitler dos veces en mi vida. La primera, en los Juegos Olímpicos de Invierno de 1936 en Garmisch-Partenkirchen. La segunda, me encontraba con mis trabajadores en un andamio a gran altura sobre el Ring de Viena cuando él entró triunfante en la ciudad en 1938.

Ese lunes había almorzado con un amigo de Viena a quien conocí en el Hotel Eden de Berlín. Me sentía relajado vistiendo de civil. Charlamos de todo un poco mientras bebíamos café ersatz. Como tantas cosas en la Alemania de aquellos días, nuestros científicos habían inventado, descubierto o fabricado sustitutos para productos que cada vez escaseaban más. Incluso producían alimentos sintéticos.

Ersatz –literalmente «sustituto»– se convirtió en algo cotidiano que simplemente aceptábamos. Gracias al *ersatz*, creamos hogares modernos para los trabajadores, construimos las autopistas y produjimos fibras sintéticas. Durante la guerra, el *ersatz* nos permitió resistir todo lo que resistimos. En Alemania no solo fabricábamos combustible a partir de hulla, sino que también producíamos mantequilla, azúcar y miel *ersatz*. El Buna era un caucho excepcional. La industria de procesamiento de celulosa, que creció considerablemente, nos proporcionó plexiglás, seda artificial, bronce sintético y latón. No pretendo afirmar que la salchicha de hígado elaborada con subproductos de celulosa pudiera compararse con el auténtico paté de hígado de ganso, pero nos alegraba saciar el hambre con ella.

Sin embargo, me sentía inquieto. Dicen que personas que no tienen nada de clarividentes a veces reciben premoniciones certeras. Me disculpé y llamé a Friedenthal para averiguar si pasaba algo. Me pusieron enseguida con mi ayudante.

—Otto, ¿dónde demonios te habías metido? Llevamos dos horas buscándote por todo Berlín.

No me ofendió en absoluto que Radl me llamara por mi nombre de pila. Tal era nuestra relación que, ya desde entonces, podíamos

decirnos cualquier cosa, incluso cosas que un subordinado jamás se atrevería a decirle a su superior.

—¿Pasa algo, Karl?

—Ya lo creo. Te reclaman en el cuartel general de Hitler.

—¿¿Qué??

—Lo que oyes, capitán. Hay un avión especial esperándote en el aeropuerto de Tempelhof. Tiene que despegar a las cinco en punto. No tengo ni idea de qué va esto.

—Voy directo en taxi, Karl. Reúnete conmigo en el aeropuerto y tráeme un uniforme, ¿quieres? Voy de civil.

Cuando me encontré con mi ayudante, me entregó los boletines del frente y me dijo que había habido algún cambio en el Gobierno de Italia. No pudo contarme más. Entretanto, los motores del avión ya estaban en marcha. Mientras me cambiaba, le prometí a Radl a toda prisa que lo llamaría en cuanto pudiera. También le ordené que pusiera a los hombres en estado de alerta; podrían necesitarlos en cualquier momento.

Me acomodé en un mullido sillón del avión. Era el único pasajero. Aquello tenía que ser un error disparatado, una broma teutónica de alguien. Vi un mueble bar empotrado con licores, incluso coñac francés. Me serví una copa. Total, a vivir que son dos días. Yo, Otto Skorzeny, con un Junkers JU-52 para mí solo.

Karl Radl había tenido el detalle de meter un mapa en mi maletín. Seguir la ruta de vuelo resultaba fácil, pues aún era de día y el avión volaba a unos 2100 metros de altitud. Sobrevolamos Prusia Oriental, llanuras y arroyos, hasta la ciudad de Rastenburg. Ya en el crepúsculo, tomamos tierra en una pista. En cuanto pisé el suelo, un Mercedes se detuvo junto a mí y un chófer me abrió la puerta trasera.

La *Wolfsschanze*, el cuartel general de Hitler en el frente oriental, no era una trinchera de primera línea, sino todo un pueblo en medio de un bosque, oculto desde el aire por redes de camuflaje y árboles, protegido por baterías antiaéreas, búnkeres, kilómetros de alambre de espino y cientos de guardias.

Al llegar a la Guarida del Lobo propiamente dicha, un ayudante de

campo me condujo enseguida a una cómoda antesala, donde me presentaron a cinco oficiales, todos de mayor graduación que yo. Me contaron que también a ellos los habían convocado a la Wolfsschanze desde distintos puntos de Europa, sin explicación alguna.

Tras lo que pareció una larga espera, el ayudante de campo regresó.

—Caballeros, van a pasar a presencia del Führer.

Los seis nos colocamos en fila junto a la pared. Como yo era el de menor graduación, me situé el último. La habitación tenía iluminación indirecta, de modo que no había sombras. Ante nosotros había una mesa larga con mapas de situación del estado mayor y varios lápices de colores, una chimenea, un escritorio junto a un gran ventanal y, en la pared opuesta, un pequeño cuadro: *Veilchen* de Durero, enmarcado en plata.

Se abrió una puerta a mi izquierda. Hitler entró en la sala, pasó lentamente ante nosotros y nos saludó con un breve gesto de la mano alzada. El Führer, de quizá 1,73 metros de estatura, parecía más bajo que en los actos públicos. Vestía camisa blanca con corbata negra bajo la guerrera gris de campaña. Sus únicas condecoraciones eran la Cruz de Hierro de Primera Clase de la Gran Guerra y la insignia de plata concedida por haber sido herido en combate tres veces.

Su ayudante presentó al Oberstleutnant que estaba en el extremo derecho. Luego siguieron los demás. Cuando Hitler se detuvo ante mí, me estrechó la mano. No apartó la mirada de mí ni un instante. Me incliné brevemente y resumí mi carrera militar. Después retrocedió unos pasos, nos observó a todos de nuevo y preguntó:

—¿Quién de ustedes conoce Italia?

Se hizo el silencio. Fui el único en hablar.

—He viajado hasta Nápoles en dos viajes privados en motocicleta, mein Führer.

Silencio de nuevo. Entonces dirigió la segunda pregunta a todos nosotros.

—¿Qué opinan de Italia?

El Oberstleutnant respondió que Italia era nuestro aliado militar e ideológico. Los oficiales de la Luftwaffe mencionaron el Eje Roma-Berlín, y mi vecino inmediato habló del Pacto Antikomintern. Cuando Hitler se plantó frente a mí y me hizo un gesto con la cabeza, me limité a decir:

—Soy austriaco, mein Führer.

Hitler me miró fijamente, con detenimiento, esperando que añadiera algo más. Guardé silencio. Lo había dicho todo en tres palabras. El silencio se prolongó. Presentí que algo estaba a punto de ocurrir.

—Deseo hablar a solas con el Hauptsturmführer Skorzeny —dijo con voz serena—. Los demás oficiales pueden retirarse.

Se excusaron y abandonaron la sala. Serían las diez y media de la noche. Nos quedamos solos. Entonces Hitler me reveló la misión que pensaba encomendarme.

—Ayer traicionaron a Mussolini. Su rey lo ha hecho arrestar. El Duce no es solo mi aliado, también es mi amigo. No puedo abandonarlo. El nuevo gobierno italiano nos traicionará sin duda y entregará al Duce al enemigo. Lo venderán. ¡Debo impedir semejante felonía!

Los dos permanecíamos de pie. Caminó de un lado a otro de la amplia sala, absorto en sus pensamientos. Luego se detuvo frente a mí.

—Debemos averiguar dónde retienen al Duce y liberarlo. Esa es su misión, Skorzeny. Lo he elegido porque estoy convencido de que llevará a cabo esta operación con éxito. Debe arriesgarlo todo para ejecutar esta acción, que ahora es de vital importancia para el curso de la guerra. La misión ha de ser absolutamente secreta; de lo contrario, fracasará. Solo otras cinco personas conocen los detalles. No quiero que Italia se convierta en una trampa para nuestros soldados. Hay que eliminar a todos los falsos amigos. Le encomiendo personalmente que averigüe dónde tienen retenido a Mussolini y lo rescate cuanto antes. Usted elegirá a su propia gente. Pero debe actuar con rapidez. ¡La vida del Duce depende de ello!

—¡Jawohl, Mein Führer!

—Lo más importante es que ni el cuartel general militar alemán en

Italia ni nuestra embajada en Roma sabrán nada de tu misión. Volveremos a vernos. Mientras tanto, te deseo lo mejor.

Me estrechó la mano y se marchó.

Tenía hambre y estaba a punto de ir a comer algo a la casa de té cuando el ayudante de Hitler, Otto Günsche, me informó de que el general Student me esperaba en una sala contigua. Era un hombre corpulento y de aspecto jovial que había resultado gravemente herido en las afueras de Rotterdam en 1940. Me saludó calurosamente. Le expliqué la misión que acababa de encomendarme el Führer. Entonces, para mi sorpresa, el Reichsführer SS Himmler entró en la sala.

Himmler no me causó gran impresión. Tenía un apretón de manos flojo y sus ojos no paraban de moverse detrás de los quevedos.

—¡Debe saber que en esto hay mucho más que Mussolini! —exclamó—. La conspiración que llevan cuatro meses tramando no se limita a Italia. Madrid, Ankara y Lisboa también están implicadas.

Me costó seguir y memorizar todos los nombres que soltó.

Himmler se hacía muchas ilusiones. Ignoraba que la milicia fascista había sido incorporada recientemente al ejército y que el Partido Nacional Fascista iba a ser abolido.

—¿Sabe al menos quién será el futuro ministro de Asuntos Exteriores?

—Lo siento, Reichsführer, no lo sé.

—Guariglia, el antiguo embajador en Ankara. Eso también está claro.

Para mí no estaba nada claro. ¿Quién iba a arrestar al rey y al príncipe heredero? El Führer me había dado instrucciones muy explícitas en lo tocante al Duce. Himmler nos bombardeó con una avalancha de nombres: generales, almirantes, ministros. Aunque tenía buena memoria, saqué la libreta para anotar ciertos datos.

—*¿Ha perdido la cabeza?* —me gritó el Reichsführer—. ¡Todo lo que estoy diciendo aquí es estrictamente secreto!

Volvió a encogerse de hombros y señaló que Student había sido testigo de aquel comportamiento imperdonable. Como ya eran casi las once, pedí permiso para telefonear a Berlín y poner al corriente a

mi unidad. Fuera, en el pasillo, encendí un cigarrillo mientras esperaba la conferencia. Justo entonces, Himmler salió de la sala y volvió a gritar:

—¡Esto es increíble! ¿No tiene voluntad suficiente para dejar de fumar? ¡Siempre con esos malditos cigarrillos! ¡Ya veo que no es usted el hombre adecuado para este trabajo!

No dije nada. Se marchó furioso.

—No se lo tome muy en serio —comentó Günsche—. Es que no hay quien hable con el Reichsführer cuando está nervioso.

El ayudante de Hitler tuvo la amabilidad de ofrecerme una sala para trabajar. Apenas había empezado a poner orden cuando el general Student volvió a llamarme: actuaría como su oficial de operaciones en Roma y volaría con él a la capital italiana a la mañana siguiente.

Pasaba de medianoche cuando conseguí hablar por teléfono con el Untersturmführer Radl.

—Karl, me temo que esta noche no vamos a dormir mucho. Reúne a treinta soldados voluntarios y a los mejores oficiales que tengamos. Vístelos con uniformes de paracaidista y proporciónales la documentación necesaria. Saldrán del aeródromo de Staaken a las seis de la mañana. El destino es secreto, pero se lo comunicarán al piloto durante el vuelo. Habrá diez oficiales de inteligencia a bordo.

~//~

Después del desayuno, el general Student y yo partimos hacia Italia en un avión que pilotaba el Hauptmann Walter Gerlach, piloto personal del general. Tomamos una nueva ruta sobre los Alpes para evitar los aviones aliados: un desagradable recordatorio de la creciente superioridad aérea del enemigo. Durante el trayecto, sobrevolamos mi Viena natal. Como me hacía pasar por ayudante de campo de Student, llevaba un traje de aviación forrado de piel sobre el uniforme del ejército.

Cuando aterrizamos en Roma el 27 de julio, a la hora del almuerzo, hacía un calor sofocante. Sin embargo, tuve que aguantar con aquel atuendo incómodamente grueso hasta encontrar algo adecuado que

ponerme. No resultó tarea fácil. Para no llamar la atención, tuve que pedir prestados uniformes demasiado gruesos o demasiado finos para el clima, y siempre demasiado pequeños porque no había manera de encontrar nada que se ajustara a mi corpulencia. Condujimos 21 kilómetros hacia el sur hasta el cuartel general del Generalfeldmarschall Kesselring en Frascati. Como oficial de operaciones del general Student, lo acompañé a cenar con Kesselring esa noche.

En el transcurso de la velada, comprobé que Hitler tenía razón. El Generalfeldmarschall, uno de los comandantes más afables que conocí en mi vida, estaba convencido de que el nuevo gobierno monárquico continuaría la guerra a nuestro lado.

—Herr Hauptmann —dijo con seguridad—, considero que nuestros camaradas italianos son hombres de honor. Las fuerzas armadas italianas son y seguirán siendo nuestros leales aliados. Lucharán con nosotros hasta el final.

No respondí al mariscal de campo, pero no iba a aferrarse a sus ilusiones mucho más tiempo.

~//~

Radl y nuestros soldados llegaron el 29 de julio. Me llevé a Karl conmigo a Frascati. Solo entonces le expliqué de qué se trataba: averiguar dónde tenían prisionero al Duce y liberarlo cuanto antes.

El 3 de septiembre de 1943, en el transcurso de una conversación oficial, el primer ministro Badoglio le dijo a nuestro embajador Rahn:

—No entiendo por qué el Reich alemán desconfía tanto de mí. Pretenden insultarme, lo cual me duele profundamente. ¿No cree que un viejo general como yo sabe lo que significa dar la palabra de honor al Führer? Nunca, y puede estar seguro de ello, nunca faltaremos a nuestra palabra.

En ese mismo momento, su propio jefe de estado mayor, el general Castellano, presentaba la declaración de rendición de Italia al general Bedell-Smith.

Capítulo 10

Una carta que un carabinieri enamorado escribió a su prometida nos reveló que el Duce estaba cautivo en la isla de Ponza. Mussolini permaneció encerrado en una pequeña casa junto al mar durante una semana.

El 11 de agosto supimos que Mussolini había abandonado la isla penal en un buque de guerra con destino desconocido. El general Student me hizo llegar después un telegrama del OKW según el cual Mussolini estaba prisionero en el crucero *Italia*, en el puerto de La Spezia. Himmler envió un telegrama ordenándonos liberar a Mussolini cuanto antes. Intentar atacar un crucero militar con el grupo del que disponíamos no solo parecía temerario, sino una auténtica locura. En cualquier caso, pronto descubrimos que la información del OKW era falsa.

El 15 de agosto tuve noticia de un desplazamiento interesante al norte de Cerdeña. Fuentes fiables me informaron de que ciertos simpatizantes fascistas estaban prisioneros en Isola del Porco y de que se preparaba un campo de concentración en la vecina isla de Caprera. Mis indagaciones revelaron que la guarnición italiana de la isla de Santa Maddalena, frente a la punta noreste de Cerdeña, había sido reforzada de repente. El comandante Hunäus, enlace alemán con el capitán de puerto italiano de Santa Maddalena, confirmó la noticia. El general Student y yo nos reunimos y decidimos que nuestro único oficial que hablaba un italiano perfecto, el Untersturmführer Warger, debía hablar en persona con el oficial de enlace.

Ordené a Warger que recorriera los bares de Santa Maddalena fingiendo estar ligeramente ebrio. El único problema: Warger era el único abstemio entre los voluntarios de Friedenthal, así que me dediqué a enseñarle a beber. Al principio se mostró muy reacio al alcohol. Pero el deber es el deber, y al final Warger interpretó a la perfección su papel de marinero borracho.

El 18 de agosto, el teniente Warger y yo volamos desde Ciampino al aeródromo de Vieno Fiorita, en Cerdeña, a bordo de un Heinkel

111. Hunäus había enviado su coche a recogernos y recorrimos 80 kilómetros por las montañas hasta Palau, en el norte. El comandante alemán de allí me informó de que Mussolini había sido trasladado al hospital de Santa Maria, un pequeño pueblo en el camino que acabábamos de recorrer. De vuelta en Vieno Fiorita, pedí al piloto que sobrevolara Santa Maddalena para observar la isla y la costa desde 3.000 metros y tomar fotos. Estaba tumbado en el morro, junto al cañón del avión, y a punto de concluir mis observaciones cuando oí la voz del artillero por el micrófono.

—¡Atención! ¡Dos cazas ingleses detrás de nosotros!

Esperé el ataque con el dedo en el gatillo del cañón. En ese momento, el avión picó. El motor izquierdo se había parado. Caímos al agua con gran violencia. Perdí el conocimiento durante unos segundos. Después, el piloto, el copiloto y yo salimos por la escotilla de escape superior. Conseguí recuperar la cámara. Logramos rescatar a los otros dos miembros de la tripulación y nadamos hasta una pequeña isla rocosa, donde un crucero italiano nos recogió varias horas más tarde. Me había lesionado el brazo derecho y me había roto tres costillas. A las once de aquella noche llegamos a Córcega, entonces ocupada por unidades italianas.

Más tarde supe que los ingenieros habían analizado la gasolina italiana con la que el piloto había repostado en Vieno Fiorita. ¡El combustible contenía un treinta por ciento de agua!

Radl no supo que había sobrevivido al accidente hasta el 20 de agosto. Al día siguiente fui en coche a Frascati, donde nuestro enlace me informó de que Edda Ciano había regresado de Alemania y había escrito a su padre en Santa Maddalena. Apenas tres días después, el Untersturmführer Warger, que había permanecido en la isla, comunicó que había visto a Mussolini con sus propios ojos. Warger había apostado con un frutero a que Mussolini estaba muerto. Para ganar la apuesta, el frutero le mostró al Duce, aunque desde lejos, en la terraza de una villa.

Entonces nos llegó un informe de la Oficina de Guerra: «El Cuartel General del Führer ha recibido información de la Abwehr, el servicio de inteligencia alemán, según la cual Mussolini está prisionero en

una pequeña isla cerca de Elba. El Hauptsturmführer Skorzeny debe preparar de inmediato una operación de paracaidistas contra la isla e informar de la fecha más próxima en que pueda iniciarse. El OKW fijará la fecha de la acción».

Tras aquel desconcertante telegrama, solicité permiso para acompañar al general Student al Cuartel General del Führer el 29 de agosto, a fin de explicarle personalmente al Führer que el Duce estaba en Santa Maddalena y no en otro lugar.

Una vez más me encontré en la misma sala de Wolfsschanze donde, dos semanas antes, Hitler me había ordenado encontrar y liberar a su amigo. Todos los dirigentes del Reich —Hitler, Keitel, Jodl, von Ribbentrop, Himmler, el general Student, el Grossadmiral Dönitz y el Reichsmarschall Göring— estaban sentados alrededor de la mesa. El general Student me presentó.

Al principio tuve que vencer mi timidez, pero como dominaba el tema, expuse con lenguaje sencillo y claro cómo habíamos llegado a la conclusión de que Mussolini estaba prisionero en la Villa Weber, en Santa Maddalena. Cuando relaté la terrible aventura del abstemio Warger, Göring y Dönitz sonrieron. La mirada de Himmler siguió siendo gélida. Hitler se levantó y me estrechó la mano.

Mientras explicaba lo que pretendía hacer, Hitler, Göring y Jodl me interrumpían con preguntas. Estaba claro que había ganado.

—¡Bien! Te creo, Skorzeny. La operación en la pequeña isla cerca de Elba queda cancelada. Ahora, por favor, expón tu plan para la acción en Santa Maddalena.

La acción comenzaría por la mañana. El factor sorpresa era fundamental. Un día antes del ataque, una flotilla de lanchas torpederas fondearía en el puerto de Santa Maddalena. Un destacamento de Friedenthal y una compañía de soldados de las Waffen-SS bajo mi mando desembarcarían en formación cerrada, con nuestras lanchas torpederas cubriéndonos. Pareceríamos un grupo pacífico de alemanes con permiso de tierra. Era vital llegar a las inmediaciones de la villa sin que estallaran hostilidades. Después, actuaríamos según dictaran las circunstancias.

Hitler me apartó y dijo en voz baja:

—Una cosa más, Hauptsturmführer Skorzeny. Es posible que cuando lleves a cabo la operación, el nuevo gobierno italiano siga siendo, al menos oficialmente, nuestro aliado. Por tanto, si el ataque fracasa o si Mussolini no está en Santa Maddalena, podría verme obligado a desautorizar públicamente tu acción. En ese caso, habrás actuado por tu cuenta sin informar a tus superiores. Espero que comprendas que tendré que castigarte, muy a mi pesar, en caso de fracaso.

—Lo entiendo perfectamente, Mein Führer.

Tras algunas preguntas más, estaba a punto de despedirme cuando Hitler se me acercó, volvió a estrecharme la mano y me miró a los ojos.

—Lo conseguirás, Skorzeny —dijo—. Estoy convencido.

Pero no iba a ser en Santa Maddalena a finales de agosto, y la acción nunca llegó a iniciarse. Nos enteramos justo a tiempo —la noche anterior— de que el Duce había sido trasladado esa mañana en un hidroavión de la Cruz Roja.

~//~

Al día siguiente debía acompañar al general Student a Vigna del Valle, en el lago Bracciano, al norte de Roma. Cabía la posibilidad de dar con el rastro del hidroavión de la Cruz Roja que había partido de Santa Maddalena con el Duce el 27 de agosto. Numerosas pistas falsas nos llevaron a hospitales y a Perugia, pero nuestras investigaciones demostraron que Mussolini había viajado en un hidroavión que amerizó en Vigna del Valle, y desde allí lo habían trasladado en ambulancia.

¡Entonces llegó el golpe de suerte que habíamos estado esperando! Un mensaje de radio interceptado, enviado por un tal «general Cueli», nos proporcionó pruebas definitivas de que la pista desde el lago Bracciano hasta el Gran Sasso era la correcta. Cueli, inspector general de la policía militar, informaba a sus superiores: «Preparativos de seguridad en torno al Gran Sasso completados».

El Albergo Campo Imperatore, un hotel de montaña a 2.300 metros de altitud, parecía la prisión más segura del mundo. Al hotel solo se

podía acceder en teleférico. Lo que necesitábamos, y de inmediato, eran fotografías aéreas de la zona.

El general Student ordenó a su oficial de inteligencia realizar un vuelo de reconocimiento con una cámara automática instalada en cada ala. Pero el He-111 de reconocimiento estaba en Nancy y no llegaría a Roma antes del 8 de septiembre.

El piloto solo sabía que queríamos sobrevolar Rímini, Ancona y Pescara, y regresar por la misma ruta, que pasaba sobre el Abruzzo y el propio Gran Sasso, de 2912 metros de altura. Poco después del despegue, nuestro piloto, el capitán Langguth, nos comunicó que las cámaras automáticas no funcionaban y no había tiempo para repararlas. Radl y yo nos miramos asombrados. Langguth nos mostró con toda tranquilidad cómo usar una pesada cámara de mano cuya película había que avanzar con una manivela. No tenía la menor intención de tomar las fotos él mismo.

Así que, para bien o para mal, me tocó a mí tomar las fotografías aéreas. El avión volaba a 5000 metros de altitud a 370 kilómetros por hora. La temperatura exterior era de ocho grados bajo cero, y yo iba en mangas de camisa. Saqué medio cuerpo por la abertura de la escotilla de entrada de la torreta dorsal. Radl se sentó sobre mis piernas para evitar que me cayera. El copiloto tuvo que ayudar a Radl a meterme de nuevo en el avión. Al final del viaje me sentía completamente congelado, pero aquellas fotos no nos dieron ninguna idea de la pendiente de las llanuras montañosas que formaban la «pista de aterrizaje» que pudiera haber junto a la montaña.

Para colmo, la cámara automática de gran formato también estaba averiada. De lo contrario, el general Student se habría dado cuenta de que la pendiente en la que planeábamos aterrizar tenía aproximadamente la misma inclinación que una pista de esquí de dificultad media y estaba llena de rocas. Student jamás habría autorizado la operación en esas condiciones.

La noche del 8 de septiembre, Radl y yo esbozamos nuestro plan de acción. Al hotel de esquí solo se podía llegar en teleférico desde Assergi. Las estaciones del teleférico tenían comunicación telefónica

con el hotel y, naturalmente, estaban vigiladas desde arriba y desde abajo. Si atacábamos el funicular, perderíamos el factor sorpresa, que era vital.

Los paracaidistas que saltaran sobre la meseta lo habrían hecho ante los ojos de los italianos. Eso significaba que no podíamos completar la operación con éxito ni a pie ni con ayuda del teleférico. También temíamos que hubieran dado órdenes de matar al Duce en caso de intento de rescate.

Un lanzamiento en paracaídas tendría las mismas desventajas. Con el aire enrarecido y el viento a esa altitud, la velocidad de descenso habría sido excesiva y los paracaidistas habrían caído muy dispersos. Los helicópteros parecían la mejor solución, pero el centro de helicópteros de Erfurt no podía prescindir de ninguno. La única opción que quedaba era aterrizar en planeador. Cuando Karl Radl y yo lo planteamos al estado mayor del general Student, todos se mostraron escépticos. Sin embargo, Hitler me había encomendado la misión con la directiva de hacer lo que yo considerara mejor.

Esa noche, Karl y yo repasamos las tácticas durante una cena ligera.

—Podemos conseguir doce DFS-230 —comenzó Radl—. Cada planeador lleva nueve hombres y un piloto. Eso nos daría 108 soldados, al menos en teoría, si todo sale a la perfección. Pero dada la altitud y la inclinación descabellada de un área tan reducida, el estado mayor de Student cree que perderíamos el ochenta por ciento.

Fumé nerviosamente el cigarrillo. En cuanto quedaba reducido a la colilla, usaba lo que quedaba para encender el siguiente.

—Veinte de los nuestros contra diez veces más carabineros, probablemente armados con ametralladoras, armas automáticas y morteros. Seguro que al menos la mitad de los planeadores se estrellarán —dije sombríamente.

El Führer me había dado una orden y yo había dado mi palabra de cumplirla, pero a costa de arriesgar a ochenta hombres: maridos, padres, hijos, hermanos, muchos en los albores de sus vidas. ¿Podría vivir con sus muertes en mi conciencia? Ochenta por ciento

de pérdidas probables.

Anuncié al estado mayor del general Student:

—Caballeros, estoy dispuesto a ejecutar cualquier otro plan siempre que sea mejor que el nuestro.

Finalmente, el general Student autorizó la operación con la condición expresa de que el aterrizaje de los planeadores en el terreno frente al hotel fuera lo más suave posible.

~//~

La tarde del 11 de septiembre, reuní a toda mi gente y les dije:

—Queridos amigos: Durante seis semanas habéis esperado sin saber por qué. Ahora puedo deciros que mañana emprenderemos una operación ordenada personalmente por el Führer. La tarea no es fácil, y puede que suframos grandes pérdidas. Pero esta operación debe tener éxito cueste lo que cueste. Yo mismo dirigiré la acción, y haremos todo lo posible. El que quiera presentarse voluntario, que dé un paso al frente.

Todos dieron un paso al frente. Seleccioné a diecisiete hombres, lo cual no resultó nada fácil. Una docena más acompañaría al Batallón Mors bajo el mando del Untersturmführer Bramfeld. Su misión era ocupar el cruce de caminos de Aquila a Bazzano y de Pescomaggiore a Paganica. Este batallón estaba preparado para repeler un ataque en el valle por parte de tropas italianas procedentes de Aquila.

~//~

El sol salió el día 12 sobre el aeropuerto de Practica di Mare, justo al suroeste de Roma, en una mañana luminosa y sin viento. Pero las malas noticias se sucedían una tras otra. Radio Túnez informó de que buques de guerra italianos procedentes de La Spezia habían llegado a Túnez. Uno de ellos llevaba a Mussolini, «que ahora era prisionero en suelo de África». Yo sabía que era mentira, ya que los barcos no habían zarpado de La Spezia hasta el día anterior. El gran crucero de batalla *Roma* había sido hundido por una bomba teledirigida y el Duce no podía, en ese momento, estar en Túnez.

La segunda mala noticia era más grave: nuestros planeadores, que

ya deberían haber llegado de la Riviera, no aterrizarían hasta dentro de cuatro o cinco horas más. Y por si fuera poco, el general Soleti, que debía reunirse con Radl y Warger frente al Ministerio del Interior a las 7:30 de la mañana, aún no había aparecido y ya eran las 8:30. Afortunadamente apareció poco después.

Nuestros doce planeadores aterrizaron por fin justo cuando mi ayudante, el Untersturmführer Radl, estaba comiendo con el general.

~//~

Para: Hauptsturmführer Skorzeny
De: Untersturmführer Radl
Asunto: Memorándum para el registro, 12 de septiembre de 1943

Mi comandante. Saludos y respetos.

A continuación, mi informe sobre la reunión con el general Soleti esta mañana.

El general Soleti observó cómo nuestros doce DFS 230 aterrizaban frente a nosotros.

—Muy interesante, muy ingeniosos estos aviones sin motor, ¿no le parece?

—Sí, Herr General —respondí—. ¡El DFS 230 es una *excellentisima macchina*!

—¿Usted es paracaidista? Seguramente ha volado esta máquina a menudo, ¿verdad?

Yo no era paracaidista ni los planeadores eran mi especialidad. El general no sabía que iba a acompañarnos; de hecho, en el tercer planeador, con el Hauptsturmführer Skorzeny. Tenía que tranquilizarlo como fuera.

—Sí, muy a menudo, Herr General —mentí—. Resulta comodísimo, no solo porque al no haber ruido del motor se puede hablar sin problemas, sino también porque uno se siente como un hombre pájaro, *uccello*.

—¿Para qué sirven estas máquinas?

Miré el reloj. Había llegado el momento de la verdad.

—Sencillo, Herr General. Luego despegaremos en estos

planeadores, aterrizaremos en el macizo del Gran Sasso y liberaremos al Duce.

El general Soleti me miró incrédulo.

—Espero que esté bromeando. El Duce está retenido a casi 2.300 metros de altitud, en plena montaña. ¿Pretende aterrizar allí de verdad? Es imposible, amigo mío. Sería una operación idiota, una masacre, un suicidio en toda regla. ¿Y cree que yo, Soleti...?

Cuando Warger por fin logró convencerlo de que formaba parte de aquella «operación idiota», se indispuso de verdad y tuvimos que llamar al doctor Brunner con urgencia.

~//~

Comprendí el comportamiento del general Soleti. Había sido un destacado oficial de caballería que se había cubierto de gloria al mando de su regimiento. Nuestra operación le parecía absurda e imposible. Pero tras hablar con el general Student, no tuvo más remedio que aceptar acompañarnos, para bien o para mal, «a fin de evitar un baño de sangre». No le quedaba otra opción. Ni Radl ni Warger lo perdieron de vista.

Antes de despedirse, el general Student reunió a todos los pilotos, oficiales y jefes de grupo que participarían en la acción y nos dirigió unas palabras en las oficinas administrativas del aeropuerto.

—Caballeros —dijo—, muy pronto despegarán en una misión extraordinaria. Cada uno de ustedes ha sido seleccionado entre los mejores pilotos y oficiales, hombres acostumbrados a mirar al peligro de frente. Esta operación pasará a la historia como única en los anales militares, no solo por las enormes dificultades técnicas, sino por su considerable importancia política. Antes de que reciban las instrucciones finales del Hauptsturmführer Skorzeny, quiero desearles el mayor de los éxitos. Estoy seguro de que cada uno de ustedes cumplirá con su deber por la gloria de la Patria.

La expedición —doce planeadores con sus aviones de remolque— sería guiada hasta la zona de lanzamiento por el capitán Langguth, el piloto que nos había llevado a Karl Radl y a mí en aquel gélido vuelo de reconocimiento. Con un mapa a gran escala del Campo

Imperatore clavado en la pared, expliqué a cada piloto y a cada jefe de grupo su misión. Calculé que la gente de mi planeador, el número tres, y yo tendríamos poco más de cuatro minutos para llegar hasta el Duce antes de que las tropas italianas en tierra abrieran fuego contra nosotros. Si todo iba bien, recibiríamos cobertura de las tripulaciones de los planeadores uno y dos, mientras que Karl Radl y los soldados del planeador cuatro llegarían apenas un minuto después.

Pero siempre hay que contar con lo imprevisto. En nuestro caso, unos quince minutos antes de la partida, varios aviones ingleses bombardearon el pequeño aeródromo de Practica di Mare, desde el que debíamos despegar. Al salir del refugio comprobé que, milagrosamente, ninguno de nuestros planeadores había resultado alcanzado. Las bombas habían destruido parcialmente la pista y dejado cráteres en el asfalto. A las 13:00, siete horas más tarde de lo previsto, cuando las corrientes vespertinas causarían estragos en nuestros aparatos, los planeadores, remolcados por Henschel 126, pusieron rumbo al noreste hacia el macizo montañoso del Gran Sasso.

Capítulo 11

Desde el interior de un planeador DFS230 no se ve prácticamente nada del paisaje. Su estructura de acero tubular está cubierta únicamente con lona. A 3.650 metros de altitud, el planeador número tres salió de un denso banco de nubes y emergimos a la brillante luz del sol que entraba por las diminutas ventanas de plástico. Lo primero que noté fue que varios de mis hombres, que ya se habían comido sus raciones de emergencia, estaban muy enfermos. Miré al general Soleti. Iba sentado frente a mí, entre mis rodillas, y su rostro había adquirido el color gris verdoso de su uniforme.

El piloto del avión remolcador mantenía informado al piloto líder de nuestro planeador sobre nuestro avance. Este, a su vez, me transmitía la posición actual de nuestra formación. Así pude seguir nuestra trayectoria de vuelo con precisión. Sostenía un mapa detallado que Radl y yo habíamos dibujado a partir de las fotografías tomadas el 1 de Septiembre.

—¿Hauptsturmführer Skorzeny? —la voz del teniente Meier-Wehner sonaba tensa.

—Hable.

—El piloto remolcador acaba de informarme de que el avión líder y el planeador número uno ya no están a la vista.

—¡Mierda! —solté sin querer.

Pero vendrían más malas noticias.

—¿Cuántos planeadores se supone que tenemos detrás, Hauptsturmführer?

—Nueve.

—Nuestro piloto acaba de recibir noticias de Practica di Mare: dos aviones cayeron en cráteres de bomba en la pista y no llegaron a despegar.

Respiré hondo. Eso significaba que no había nadie para guiarnos hasta el punto de descenso ni nadie para cubrir los equipos de asalto de Radl y el mío. Tocaba improvisar. Le grité al teniente Meier-Wehner:

—Dígale al piloto remolcador que asumimos el mando.

Mientras él lo hacía, saqué mi cuchillo de paracaidista y empecé a cortar la cubierta de lona y los mamparos. Al rasgarse la lona, por fin nos sonrió la suerte. El aire fresco irrumpió en el recalentado fuselaje del planeador, abarrotado de hombres y armas, y trajo un alivio bendito contra el letargo y el mareo. A la vez, a través de los desgarros en la lona, pude ver las montañas de granito debajo. Así logré orientarme hasta cierto punto. Di instrucciones a Meier-Wehner, quien las transmitió a nuestro «maquinista».

Poco después, divisé la pequeña ciudad de Aquila y su aeródromo debajo de nosotros. Más adelante, vi la columna Mors en el camino sinuoso hacia la estación del valle del teleférico. Acababa de pasar Assergi y dejaba tras de sí una densa nube de polvo. Llegaban puntuales. Todo marchaba según el plan. Eran casi las 14:00, la hora X.

—¡Ajústense los cascos! —grité.

El hotel apareció debajo de nosotros. El teniente Meier-Wehner dio la orden:

—¡Suelten el cable de remolque!

El cable se soltó y planeamos en libertad, sin más sonido que el *silbido* del viento en las alas. Meier-Wehner se volvió hacia mí y luego hacia lo que veía abajo, señalando con el dedo en la dirección en que volaba el planeador.

Seguí su mirada. En ese momento comprendí lo que significaba tener a todos esos hombres con sus vidas en mis manos. Ni por asomo podía llamarse campo de aterrizaje al espacio triangular justo debajo de nosotros: una repisa inclinada, como un trampolín de esquí, salpicada de rocas salientes y cantos rodados.

El general Student había dejado bien claro que, a menos que pudiéramos hacer un aterrizaje suave, debíamos abortar el ataque y planear hacia el valle. No había tiempo para pensarlo dos veces. En un arrebato de desafío, le grité al teniente Meier-Wehner:

—¡En picado! ¡Aterrizaje forzoso! ¡Lo más cerca del hotel que pueda!

Meier-Wehner me miró un instante como si estuviera loco. Luego,

Dios lo bendiga, obedeció.

Nos precipitamos hacia las montañas. A pesar del freno de paracaídas que ondeaba en la cola del planeador, nuestra máquina aterrizó demasiado rápido. Rebotó varias veces. Nos sacudimos y cabeceamos sobre los cantos rodados como un pequeño bote en medio de una tormenta en alta mar. Un estruendo estremecedor, luego quietud y silencio.

Mi primer pensamiento fue: «Estoy vivo». El segundo: «Tenemos cuatro minutos, no más».

El planeador estaba casi destruido por completo. Habíamos aterrizado a veinte metros del hotel.

A partir de entonces todo sucedió muy deprisa. Agarré mi arma y corrí hacia el hotel lo más rápido que pude, seguido por mis siete camaradas de las Waffen-SS y Meier-Wehner. Un carabinieri italiano junto a la entrada del hotel miraba mudo, aparentemente estupefacto ante aquella aparición caída de un cielo silencioso que había aterrizado prácticamente a sus pies.

Me abrí paso por una puerta justo a mi derecha. Un operador de radio estaba sentado ante una consola, preparándose para transmitir. Le quité el taburete de una patada y cayó al suelo. Un culatazo de mi subfusil destrozó el equipo de radio. Más tarde supe que en ese preciso momento el operador intentaba enviar un informe al general Cueli avisando de que se aproximaban aviones para aterrizar.

La habitación no tenía otras puertas, así que mis hombres corrieron por la parte trasera del hotel buscando una entrada. Pero no había ninguna, solo la terraza al final del muro. Me encaramé a los hombros del sargento Himmel, luego trepé por otro muro y me planté en la parte delantera del hotel. ¡De repente vi el perfil de Mussolini en el marco de una ventana!

—¡Retroceda, Duce! —grité—. ¡Aléjese de la ventana!

Salí corriendo rodeando la terraza. Por fin, la entrada principal, flanqueada por dos centinelas. Los guardias parecían asombrados y permanecieron inmóviles, con la misma mirada hipnotizada que el carabinieri de la primera puerta. Aún no se habían recuperado

cuando mis hombres tiraron de una patada las ametralladoras de sus soportes y entraron a toda prisa. Tras mis tropas venía, nada menos, el general Soleti, que parecía haber vuelto a ser el de siempre en cuanto se vio a salvo fuera del planeador.

Una voz detrás de mí gritó en italiano:

—*Mani in alto!* ¡Manos arriba!

Me abrí paso a empujones entre los carabinieri apiñados frente a la entrada, contra la corriente de soldados que intentaban bloquearme el paso. Estaban demasiado cerca para disparar, aunque hubieran sabido qué se les venía encima.

Había visto al Duce en el segundo piso, a la derecha. Subí las escaleras corriendo, de tres en tres escalones. Recorrí el pasillo en lo alto de las escaleras, empujé una pequeña puerta a mitad del corredor y di con el Duce, rodeado de dos guardaespaldas italianos y un hombre de civil. Uno de mis hombres más fornidos, el Untersturmführer Schwerdt, los sacó él solo al pasillo a empellones. Otros dos de mis hombres, los sargentos Holzer y Benzer, que habían trepado por la fachada usando el pararrayos, entraron por las ventanas y rodearon a los demás.

¡Benito Mussolini estaba en nuestras manos y bajo nuestra protección! ¡Toda la operación había durado apenas cuatro minutos, sin que se disparara un solo tiro!

No tuve tiempo de decirle nada al Duce. El planeador de Radl había hecho un aterrizaje aceptable. Mi ayudante y sus hombres corrían hacia el hotel. Con las armas en la mano, se precipitaron hacia la entrada, donde los carabinieri empezaban a montar de nuevo sus ametralladoras.

—¡Karl, lo tenemos aquí! ¡Todo en orden! ¡Asegura abajo!

Otros tres planeadores aterrizaron de emergencia y los hombres salieron en tropel. El cuarto, que aterrizó a cierta distancia, quedó destrozado. Nuestros médicos y los soldados de Italia rescataron de inmediato a los diez hombres que iban dentro y los atendieron allí mismo. Ninguno de los ocupantes del planeador resultó herido de gravedad.

Oí unos cuantos disparos a lo lejos. Los centinelas de Italia habían

despertado. Me volví hacia el vestíbulo y grité en un italiano chapurreado: —*Voglio il Commandante! Deve venire subito!* ¡Quiero ver al comandante! ¡Que venga de inmediato!

Se oyeron unos gritos desconcertados y luego apareció un coronel de Italia.

—Le exijo que se rinda de inmediato, coronel —dije, pasando al francés—. Mussolini ya está en nuestras manos. Controlamos el edificio. Si quiere evitar un derramamiento de sangre innecesario, debe rendirse ahora.

—Necesito tiempo para pensarlo. Debo hablar con el general Soleti.

—Tiene sesenta segundos.

En ese momento, Karl Radl entró en la sala. Había logrado abrirse paso. Dejé a dos de nuestros soldados custodiando la puerta y entré en la habitación de Mussolini. Schwerdt seguía allí. El Duce se adelantó: un hombre corpulento que parecía más viejo de lo que mostraban sus retratos, con un traje azul que le quedaba grande. Llevaba barba de varios días y su calva mostraba una pelusilla gris. Pero sus ojos ardían de emoción.

Mis primeras palabras fueron: —Duce, he sido enviado por orden del Führer para liberarlo.

Me estrechó la mano y me abrazó. Mussolini siempre había sido, ante todo, un político de pies a cabeza. Siempre pensaba en su público, y ahora, por muy embargado que estuviera por la emoción, respondió sin duda para la posteridad, aunque con sinceridad: —Sabía que mi amigo Adolf Hitler no me abandonaría. ¡Abrazo a mi libertador!

~//~

Había transcurrido el minuto y el coronel regresó con una copa rebosante de vino tinto. —Por el valiente vencedor —dijo, haciendo una elegante reverencia.

—Gracias —respondí, alzando la copa de vino que me había ofrecido—. *Al votre salute.* A su salud, coronel.

Brindamos. El coronel volvió a llenarme la copa de inmediato. Se la pasé a mi sediento ayudante, que la vació de un trago. Cuando una

sábana blanca ondeó desde la ventana del segundo piso, los alemanes de abajo prorrumpieron en vítores.

En ese momento, el teniente von Berlepsch, un oficial prusiano arquetípico con aspecto de joven envejecido, siguiendo mis instrucciones al pie de la letra, rodeó el hotel con sus paracaidistas. A través de la ventana abierta le ordené que desarmara a las numerosas tropas que custodiaban al Duce, y añadí: —Con cuidado, pero lo más rápido posible.

—*Jawohl, Herr Hauptmann!* —Saludó marcialmente, se ajustó el monóculo con firmeza y se alejó con paso rígido. No cabía duda de que había entendido exactamente lo que se le pedía, y la precisión era su razón de ser.

A petición del general Soleti y de Mussolini, permití que los soldados de Italia conservaran sus armas cortas. El Duce me contó que el capitán de los carabinieri Faviola, que había sido gravemente herido en Tobruk, y los demás oficiales lo habían tratado bien.

En cuestión de minutos, hice otro descubrimiento gratificante. Cuando fui a presenciar el desarme de la guarnición de Italia, supe que el hombre que habíamos visto en la habitación del Duce, el que vestía de civil, no era otro que el general Cueli, responsable de mantener a Mussolini encerrado y aislado. Él, que sin saberlo me había puesto sobre la pista de Mussolini, también había elegido el día más inoportuno para visitar Gran Sasso. Me alegré de verlo. Como casi todos los de Italia que he conocido, el general era cortés y elegante.

—*Ah, bene. È la vita, mio amico* —ronroneó—. Así es la vida, amigo mío —me estrechó la mano—. *Al vittoriano.*

Más tarde supe que el general Cueli debía haber sacado a Mussolini de allí esa misma tarde para entregarlo a los aliados. Decidí que Soleti y Cueli debían ser llevados de vuelta a Roma.

Entretanto, hubo una breve escaramuza durante la ocupación de la estación del teleférico y los de Italia sufrieron bajas menores. Pero ambas estaciones habían caído intactas en nuestras manos. Sin duda habíamos tenido mucha suerte. No habíamos sufrido ni de lejos las pérdidas del ochenta por ciento que había pronosticado el estado

mayor del regimiento. Por entonces, el comandante Mors telefoneó para preguntar si podía subir. Por supuesto, accedí.

~//~

Pero ahora había un asunto más urgente: ¿cómo llevar al Duce a Roma? Habíamos previsto tres posibilidades. La primera consistía en tomar el aeródromo de Aquila di Abruzzi. Tres Heinkel 111 aterrizarían allí. Yo escoltaría a Mussolini hasta el aeródromo y lo acompañaría en uno de los aviones. Este aparato, a su vez, sería escoltado por los otros durante el vuelo. Por desgracia, resultó imposible restablecer el contacto con la estación de radio del cuerpo de paracaidistas.

La segunda opción: un avión Fieseler Storch aterrizaría cerca de Assergi, donde se encontraba la estación del valle. Por desgracia, el piloto de ese aparato, cuyo aterrizaje forzoso había presenciado con mis prismáticos, comunicó por radio que el tren de aterrizaje de su máquina había resultado dañado.

Ahora solo nos quedaba la tercera solución. El Hauptmann Gerlach, piloto personal del general Student, aterrizaría con otro Storch en el Campo Imperatore. Los carabinieri y nuestros paracaidistas trabajaron deprisa para despejar una estrecha pista de aterrizaje, pues Gerlach ya sobrevolaba en círculos esperando una bengala verde, la señal de que podía aterrizar. Aunque Gerlach era sin duda el mejor piloto que había conocido, quizá con la excepción de Hanna Reitsch, me quedé asombrado cuando posó el Storch en un aterrizaje perfecto, sin el menor margen para un solo error.

Pero ahora surgía lo casi imposible: ¡tenía que despegar de nuevo conmigo y el Duce a bordo! Había recibido una orden del propio Hitler. Si dejaba que Benito Mussolini volara solo con Gerlach y este se estrellaba con el Duce, no me quedaría más remedio que pegarme un tiro. Habría significado que no estaba dispuesto a arriesgarme en el peligroso despegue con Mussolini y Gerlach.

Puesto que me veía obligado a optar por nuestra tercera —y única — alternativa, informé al Duce de que despegaríamos en el Storch en media hora. Como Mussolini era piloto, sabía lo que implicaba un

despegue a esa altitud y sin una pista adecuada. Agradecí que no malgastara palabras sobre el despegue.

El Duce entregó su equipaje a Radl y salió del hotel al exterior. En ese momento, el Hauptmann Gerlach retrocedió espantado. Cargar su frágil avión con el peso que proponíamos —y tanto Mussolini como yo éramos bastante corpulentos— era una locura. Se negó en redondo a considerarlo. Llevé a Gerlach aparte y le hablé en voz muy baja. Rescatar a Mussolini había sido una orden directa de Hitler. Si cualquiera de los dos fracasaba, ¿qué nos quedaría?

Finalmente cedió y miró al cielo. —Como quiera. Si es todo o nada, más vale que nos pongamos en marcha.

Los equipos se pusieron a trabajar de nuevo a toda prisa. Incluso Mussolini echó una mano para apartar una o dos rocas. Los tres nos apretujamos en un avión construido para un máximo de dos personas. Mussolini iba detrás del piloto y yo detrás de Mussolini. Con el motor único en marcha, doce hombres se aferraron al Storch, clavando los talones como en un tira y afloja. Gerlach mantuvo una mano en alto hasta que el rugido del motor alcanzó su punto álgido. Entonces bajó la mano, los hombres soltaron y el avión salió catapultado sobre el pedregal.

El avión descendió deslizándose por la «pista» inclinada. Una gran zanja de drenaje atravesaba el segundo tercio de la pista. Gerlach intentó esquivarla, pero instintivamente supo que no podría. Intentó elevar el morro y despegar. El Storch saltó sobre el obstáculo, pero luego se inclinó hacia la izquierda y casi pareció volcarse. Me aferré a los largueros de acero a ambos lados, desplazando mi peso de un lado a otro para contrarrestar el balanceo cada vez que una rueda u otra golpeaba una roca. El Storch volvió a tocar tierra... los últimos metros. De repente se abrió una grieta ante nosotros. El pequeño avión la saltó y siguió adelante con la rueda de babor torcida. Luego salió disparado por el borde del barranco. Al mirar hacia atrás en el último instante, vi un hueco entre los alemanes apostados en el Gran Sasso. Radl se había desmayado.

Habíamos caído por el borde.

El avión derrapó hacia la izquierda y se precipitó hacia el valle.

Cerré los ojos y esperé el impacto. Pero, contra toda lógica, oí el motor del pequeño Storch todavía rugiendo, todavía peleando, mientras Gerlach obraba su milagro. Cuando abrí los ojos, vi a Gerlach tirando lentamente hacia atrás de la palanca. Con consumada habilidad, sacó suavemente al Storch del picado y lo niveló a unos cien metros sobre el fondo del valle. No pude evitar ponerle la mano en el hombro al Duce. Aunque estaba tan pálido como Gerlach y yo, se volvió y sonrió. Había sido plenamente consciente del peligro, pero no había malgastado ni una palabra en ello.

Solo ahora comenzó a hablar, y como volábamos bastante bajo por razones de seguridad, me describió la zona y evocó viejos recuerdos. Me llamó la atención que hablara un alemán excelente.

Pronto la Ciudad Eterna pasó a nuestra derecha. Gerlach aterrizó hábilmente sobre la rueda de cola y la rueda principal derecha, ya que la izquierda había resultado dañada. Al aterrizar, tres ayudantes de campo del general Student permanecían rígidos en posición de saludo mientras nosotros tres, deshechos, pisábamos suelo amigo.

Pero podría no ser amigo por mucho tiempo. Los combates rugían cerca y no había tiempo para ceremonias. Nos escoltaron rápidamente hasta el Heinkel 111 que aguardaba. En una hora despegamos hacia Viena.

Capítulo 12

Llegamos cerca de Viena en medio de una tormenta. Nuestra aventura aún no había terminado. Intentamos en vano establecer contacto por radio con Viena. La visibilidad era prácticamente nula. Yo iba sentado junto al piloto. Volvimos a comprobar el rumbo. Era de noche y nos quedaba poco combustible. Debíamos de estar cerca de Viena, así que descendimos con cautela. Ni pensar en un aterrizaje forzoso con el Duce a bordo. De repente vi una gran extensión de agua brillando a través de un claro entre las nubes. Estaba seguro de que era el lago Neusiedler. Al descender más, confirmé mi suposición. Le indiqué al piloto que volara hacia el norte. Aterrizamos en el aeropuerto de Aspern en total oscuridad. Allí me enteré por la torre de control de que no habíamos podido establecer contacto por radio porque era domingo y el centro de comunicaciones no tenía todo el personal ese día.

—Usted es vienés, si no me equivoco. ¿Su encantadora esposa no está con usted? Envíe un coche a buscarla. Por supuesto, se quedará con el Duce. Lo acompañará a Múnich mañana y de allí al Cuartel General del Führer.

Fuimos en coche al Hotel Imperial, donde habían reservado una suite para Mussolini. No tenía pijama, pero de todos modos los consideraba una pérdida de tiempo, lo que dio pie a una conversación distendida. Me alegró ver a un hombre totalmente distinto del que había conocido en Gran Sasso cuando abrí de una patada la puerta de su habitación en el Hotel Imperatore.

Cuando llegué a mi habitación empecé a sentir la fatiga acumulada en los últimos cinco días. Pero no iba a poder descansar. Sonó el teléfono. Era Himmler. Parecía muy amable. Después de felicitarme, dijo:

Acepté encantado la sugerencia del Reichsführer. Justo antes de medianoche, el general Quernet, que nos había escoltado al hotel desde el aeropuerto, me informó de que el jefe de estado mayor del Cuartel General del Cuerpo de Viena deseaba hablar conmigo. Poco después, el Oberst se presentó y declaró:

—Hauptsturmführer Skorzeny, vengo por orden del Führer, el Comandante Supremo de la Wehrmacht. ¡Es mi deber y mi privilegio entregarle la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro!

Se quitó su propia condecoración y me colocó la cinta alrededor del cuello mal afeitado, sobre la chaqueta de mi maltrecho uniforme de paracaidista. Lamenté que mi padre ya no estuviera vivo. Se habría alegrado más que yo. En medio de la confusión de felicitaciones, apretones de manos y más preguntas, sonó el teléfono. No estaba prestando atención cuando el general Quernet dijo:

—¡El propio Führer desea hablar con usted!

Tomé el auricular y escuché la voz de Hitler.

—Herr Skorzeny, no solo ha llevado a cabo con éxito una hazaña única en la historia militar, sino que también me ha devuelto a un amigo. Sabía que si alguien podía lograrlo, era usted. Lo he ascendido a Sturmbannführer de las Waffen-SS y le he concedido la Cruz de Caballero. Sé que ya la lleva puesta, porque di orden de que se la entregaran de inmediato...

Keitel y Göring se pusieron al teléfono y también me felicitaron. Les expliqué a todos que no habríamos podido liberar al Duce sin el valor y la imaginación de cuantos habían participado en la acción, en especial el Untersturmführer Radl, el teniente Meier-Wehner, el piloto del planeador número 3 y el Hauptmann Gerlach.

~//~

Al día siguiente acompañé a Mussolini de Viena a Múnich en un cómodo avión Junkers. El rejuvenecido y exuberante Duce me explicó sus grandiosos planes durante el vuelo. En el aeropuerto de Riem, cerca de Múnich, Mussolini abrazó con ternura a su esposa, Donna Rachele, y a sus dos hijos.

Permanecí en la casa de huéspedes del gobierno del Reich en Múnich hasta el 15 de septiembre. El Duce insistió en que me quedara allí y comiera con él y su familia. Durante ese tiempo, la visión del mundo de Mussolini me impresionó cada vez más. Aunque hablaba sin cesar de las bondades de formar una Unión Europea que abarcase todos los países del continente y de trabajar juntos para

gestionar las inmensas riquezas de África en beneficio de los pueblos africano y europeo, yo no albergaba semejantes ilusiones. Sabía que el nuevo estado republicano-fascista tendría enormes dificultades que superar. La principal era que los Aliados, pese al tremendo impulso propagandístico que el rescate de Gran Sasso había dado al Führer, estaban claramente en ascenso. Consideraban que el gobierno del Duce, con su capital a orillas del lago de Garda, era poco más que un títere sostenido por lo que ellos veían como el decadente estado del Reich.

Llegamos al Cuartel General del Führer en la tarde del día 15. Hitler esperaba al Duce en el aeropuerto y le dio una cálida bienvenida. Para mis adentros, pese a la promesa de amistad eterna entre los dos estados, sabía que la nueva república fascista no tenía más base que la amistad de aquellos dos hombres y quizá cincuenta mil seguidores italianos leales. Me parecía que Italia era más vulnerable al comunismo que nunca, pues esta vez los comunistas llegaban como aliados de las grandes democracias.

En octubre de 1943, mi amigo, el dictador de la república fascista del norte de Italia, se mostró sumamente generoso, especialmente conmigo, pero también con mis hombres. El gobierno de Mussolini me incorporó a la Orden de los Cien Mosqueteros. Solo cien soldados italianos eran admitidos como miembros, y nunca supe si se había creado una vacante expresamente para mí o si alguien había sido expulsado o había muerto para hacerlo posible. Ese mismo mes, el Duce entregó relojes de pulsera de oro a todos los paracaidistas y a mis dieciséis hombres de las Waffen-SS que habían aterrizado en planeador en el Campo Imperatore. Las esferas de todos los relojes llevaban grabada la famosa «M». Cada oficial recibió un cronómetro de oro. Pero en mi caso, Mussolini se superó a sí mismo. Me envió un reloj de pulsera *y* un cronómetro, además de un reloj de bolsillo de oro cuya «M» estaba formada por rubíes y que llevaba grabada la fecha del 9 de septiembre de 1943. Por último, como lo que los estadounidenses llaman «la guinda del pastel», el nuevo gobierno dispuso que me enviaran a Friedenthal un deportivo descapotable Lancia.

Cuando Benito Mussolini y yo nos despedimos en el Cuartel General del Führer el 16 de septiembre, me hizo prometer que lo visitaría pronto en Italia. Sin embargo, Radl, que había recibido la Cruz de Caballero y había sido ascendido a Hauptsturmführer a instancias mías, y yo no fuimos a Gargnano, en la orilla occidental del lago de Garda, la nueva sede del gobierno de Mussolini, hasta junio de 1944.

Encontré la capital del Duce custodiada por el Primer Cuerpo Panzer de las Waffen-SS, bajo el mando de mi antiguo jefe, el general Paul Hausser. Aunque me encantó reunirme con Papa Paul y con mi amigo el Duce, Radl y yo nos quedamos consternados al ver solo unos pocos soldados italianos de guardia fuera de la residencia de Mussolini, la Villa Feltinelli. Un batallón de las Waffen-SS se encargaba de la seguridad, como si el antiguo líder de millones de italianos no hubiera podido encontrar a miles de sus propios compatriotas para protegerlo y defenderlo. ¿Lo habíamos liberado del Gran Sasso solo para verlo de nuevo como prisionero? Resultaba evidente que Mussolini no era un hombre libre. Una profunda tristeza se apoderó de mí ante aquel inesperado y lamentable estado de cosas.

—Los traidores creen que pueden salvarse, pero se equivocan —declaró—. Creen que nuestros enemigos los recompensarán por su traición. Pero ya los tratan como a lacayos. Obligaron a Badoglio a dimitir tres veces. El rey abdicó en favor de su hijo. La Casa de Saboya está convencida de haber salvado la corona. Pero puedo decirte una cosa, Skorzeny: esa corona está perdida para siempre.

Fue aún peor cuando nos recibió en su pequeño despacho. Parecía un anciano marchito y derrotado. Volvió a acusar a la Casa de Saboya y lamentó que el duque de Aosta hubiera muerto en cautiverio en Nairobi en 1942.

El entusiasmo y la convicción que me había mostrado solo nueve meses antes habían desaparecido. Parecía convencerse únicamente a sí mismo. Para hacerle sentir que aún era digno de honor, le pregunté si me haría el gran favor de dedicar fotografías suyas a todos los participantes de la operación de Gran Sasso. Accedió encantado. En la foto que me entregó escribió: «A mi amigo Otto

Skorzeny, que salvó mi vida. Lucharemos por la misma causa: por una Europa unida y libre». Los estadounidenses me robaron esa foto en 1945, junto con otros recuerdos que me había dado mi amigo Benito Mussolini.

~//~

El 28 de abril de 1945, me encontraba en mi tren de mando en las cercanías de Salzburgo. Había instalado mi puesto de mando en dos vagones especiales que habían logrado salir de Berlín con mucha dificultad. Mi misión era organizar una «Fortaleza Alpina» junto con el mariscal de campo Schörner. Contaba con un excelente sistema de comunicaciones: télex, teléfonos y una docena de radios, lo que me permitía comunicarme con todos los frentes.

Poco después del mediodía, recibimos un informe de la radio Italia según el cual Benito Mussolini había sido capturado y fusilado por partisanos. Me pareció imposible. Si el Duce ya no estaba vivo, era porque se había quitado la vida él mismo. De eso estaba firmemente convencido. Sabía que mi amigo estaba custodiado en Gargnano por un batallón de las Waffen-SS. Era totalmente inconcebible que ni siquiera un gran número de combatientes de la resistencia lograra emboscar a un batallón de las Waffen-SS en sus cuarteles.

En aquel momento, no sabía nada de las negociaciones que se estaban llevando a cabo en Berna entre el general Wolff y Allen Dulles. Al Duce no le habían informado de esto. Pero Himmler sí lo sabía. Cuando finalmente pude reunirme con el mayor Beck, el jefe de mi Unidad de Comandos en Italia, me confirmó que el Duce había abandonado Gargnano el 18 de abril para ir a Milán. Alguien había retirado el batallón de las Waffen-SS encargado de su custodia y lo había enviado al frente.

—¿Qué idiota dio esa orden? —le pregunté al mayor Beck.

—No tengo ni idea —respondió—. Solo supimos que el batallón iba a ser reemplazado por una compañía de la Luftwaffe. Más tarde me enteré de que el Duce abandonó Milán en la noche del 25 al 26 de abril, después de hablar con el cardenal Schuster y uno de los líderes de la resistencia, el general Cadorna. El Duce no quería

entregarse.

—¿Así que se dirigía a Suiza o a Austria?

—No lo sé. Solo supe que se detuvo en la prefectura de Como a la espera de una fuerte columna de milicianos y luego presentó batalla en las montañas de Valtini. No había soldados de las Waffen-SS con él. Era demasiado tarde. No pudimos hacer nada…

Así fue como nuestras Waffen-SS mantuvieron prisionero a Mussolini durante un año y medio y al final ni siquiera lo defendieron. El mariscal de campo general Kesselring nunca habría permitido semejante jugada sucia, pero estaba en Bad Nauheim, ejerciendo como comandante en jefe de lo que quedaba del Frente Occidental.

El resto es de sobra conocido. Benito Mussolini fue abandonado por todos. El verdugo, Audisio-Valerio, comunista y antiguo miembro de los leales durante la Guerra Civil española, dijo: —Duce, he venido a rescatarlo.

Se dice que Mussolini preguntó: —¿No va armado, verdad?

Algunos han escrito que el Duce no murió con valentía. Pero más tarde supe por una fuente fidedigna que las últimas palabras del Duce fueron: —Apunten directamente al corazón.

Aún hoy me estremezco al recordar las horribles fotografías de la plaza de Loreto en Milán.

Capítulo 13

El Reich presentó el rescate del Gran Sasso como prueba de que la fortuna había sonreído a Alemania pese al sombrío telón de fondo de noticias cada vez más negativas. Que la hazaña hubiera sido llevada a cabo por un forastero desafiando todas las reglas de la guerra convencional irritó al Alto Mando. Peor aún, le dio al Der Führer la oportunidad de volver al primer plano y recuperar su prestigio. Revalidó la intuición de Hitler justo cuando el Alto Mando había esperado que el buen juicio, *su* juicio, pudiera retomar el control. En cambio, la apuesta más descabellada de todas había tenido un éxito escandaloso.

Cuando llegué a la Guarida del Lobo a mediados de septiembre de 1943, me recibieron como a un héroe conquistador. Las fotografías de ese día muestran a Hitler estrechándome la mano como si fuera un hermano mientras los generales aplauden obedientemente. El mariscal Göring calculó hábilmente su entrada en tren especial para entregarme la Medalla de Oro de la Fuerza Aérea. Como héroe del momento, me llovieron las invitaciones: almuerzo con el adjunto de Hitler, Martin Bormann, té con el ministro de Asuntos Exteriores Ribbentrop, cena con el doctor Goebbels. Cuando este último me contó anécdotas maliciosas sobre otros ministros del Gabinete, no me cupo duda de que, socialmente al menos, había llegado.

Pero la mayor prueba de lo lejos que había llegado ocurrió el 17 de septiembre, cuando el Líder me invitó a unirme al círculo más íntimo de aquellos a quienes abría su corazón al final de cada día, a medianoche. Hitler sorbía un líquido ambarino de un vaso posado sobre un platillo de plata. Un sirviente me susurró al oído:

—Si no le apetece el té a esta hora, siempre puedo traerle café.

Ninguna mención de bebidas alcohólicas, por supuesto.

La conversación, principalmente del Der Führer, se prolongó hasta casi las 3:00 de la madrugada. Más tarde me dijeron que esto era más o menos *de rigeur*. Durante la reunión a la que asistí, Hitler se explayó sobre mi «magnífico logro», pero a decir verdad, ya estaba harto de tales elogios y me vi convertido en uno de esos aduladores

acartonados que rodeaban al Líder, uno cuyos días de acción se limitarían a «supervisar» los actos de otros en lugar de participar en ellos. Después de que Hitler contara a los presentes cómo reconstruiría y embellecería su ciudad natal de Linz cuando se ganara la guerra, me pidió que volviera a menudo y participara en estas conversaciones íntimas. Sonreí y asentí, pero no dije nada; y nunca volví a ninguna de sus reuniones de medianoche.

Antes de irme de la Guarida del Lobo, Hitler me ordenó dar una conferencia sobre estrategia y tácticas de comandos a un grupo de generales con los labios apretados (y para mí, con el culo apretado). Aunque los generales estaban dispuestos a aceptarme en *sus* términos —aunque aceptaban mis fuerzas de comandos en Friedenthal como un mal necesario, aunque solo fuera para apaciguar a Hitler—, no veían, y no *querían* ver, la importancia de los comandos en la guerra moderna. Este tipo de lucha «sucia» estaba por debajo de su posición, por debajo de la dignidad de los Junkers, los guardianes militares históricos del estado prusiano.

Daba igual. Aunque distaba mucho de ser el favorito de los generales, mi momento de gloria bajo el favor de Hitler me dio el único premio que quería más que ningún otro: un batallón de comandos de tropas especiales para cada frente. Bajo la mirada de su Líder, el general Jodl estuvo totalmente de acuerdo.

—Pero ¿dónde reclutaría el mayor Skorzeny a estas tropas? —preguntó retóricamente el Führer.

Jodl se apresuró a responder.

—Puede alistar a cuatro mil de inmediato de la División Brandenburg. Allí hay material absolutamente magnífico, hombres de primera en todos los aspectos.

No necesité que me lo dijeran dos veces. Como mínimo, Adrian Freiherr von Fölkersam, quien junto con otros oficiales de la División Brandenburg había solicitado el traslado a Friedenthal unos meses antes, ya me había dado una muestra de la calidad de las tropas de Brandenburg.

Von Fölkersam, que entonces tenía 29 años, había nacido en Riga, Letonia, hijo mayor y heredero de una casa alemana del Báltico. Su

abuelo había combatido como almirante en la armada del zar durante la guerra ruso-japonesa. Hablaba francés, alemán e inglés con fluidez y había estudiado economía en las universidades de Berlín y Viena. Como mi brazo derecho, Radl, Adrian era un trabajador absolutamente incansable y, en sus pocos meses en Friedenthal, se había convertido en mi jefe de estado mayor, solo por debajo de Karl.

Como muchos otros dispuestos a asumir los riesgos más locos si podían usar la cabeza al hacerlo, Von Fölkersam se había unido a la unidad de Brandenburg cuando se creó en 1939 como un batallón ultrasecreto en el que podían inscribirse hablantes de idiomas extranjeros. En los primeros meses, los emplearon en misiones secretas y peligrosas. Luego, a medida que el batallón creció, primero como regimiento y luego como división, los generales en su gran «sabiduría» comenzaron a emplear a los voluntarios en tareas cotidianas de primera línea. Así fue como los mejores y más brillantes de Alemania, hombres que habían viajado al extranjero y hablaban idiomas occidentales, se desperdiciaron en batallas rutinarias en los Balcanes y en el frente oriental.

Cuanto más descubría sobre la División Brandenburg, más ganas tenía de aceptar a casi cualquiera de sus voluntarios transferidos. Para 1943, las quejas por usar la División Brandenburg como carne de cañón y las deserciones, como la de Von Fölkersam, habían amargado al Alto Mando. ¿Qué podían hacer con estos jóvenes de mente independiente, poco militares, versátiles y, lo más inquietante, inteligentes?

Su oportunidad de deshacerse de este «grano en el trasero» del orden establecido llegó cuando el general Jodl planteó su sugerencia al propio Líder Supremo. Sin duda, estaban tan encantados de endosarme a estos niños problemáticos como yo de hacerme con estos «inadaptados» lo antes posible.

Según toda lógica, Adrian Von Fölkersam y yo no deberíamos habernos llevado bien en absoluto. Él era un Junker de vieja estirpe, descendiente directo de la nobleza militar prusiana más tradicional, y yo era la peor pesadilla de los generales. Pero Adrian consideraba el

honor, el deber y el liderazgo por encima de todo, y yo respetaba mucho esos atributos, así como, por alguna razón completamente inexplicable, él parecía respetarme y apreciarme de verdad.

La noticia corrió de boca en boca. En menos de un mes desde que Hitler aprobó el plan, más de cuatro mil hombres de la División Brandenburg habían solicitado el traslado a Friedenthal. Tras entrevistar personalmente y con detenimiento a cada uno de estos voluntarios, acepté encantado a la gran mayoría.

—Caballeros —les dije en mis comentarios de bienvenida—, ¿cuántos de ustedes se alegran de estar aquí?

Todos hasta el último respondieron a gritos, con entusiasmo y afirmativamente.

—Muy bien. Se han inscrito sin siquiera saber en qué se metían. Espero, y pueden apostar a que si no lo consigo los echaré de aquí más rápido de lo que puedan pestañear, que todos y cada uno de ustedes me den la luna y más. Cada comando de mi unidad entrenará como nunca antes. Para cuando estén completamente listos para ser comandos, serán paracaidistas, nadadores, lingüistas y saboteadores. Ya han demostrado que tienen cerebro e iniciativa. Les garantizo que usarán hasta el último gramo de esa creatividad. Serán capaces de conducir y reparar cualquier cosa, desde una apisonadora hasta una locomotora o un tanque. Y no crean que soy uno de esos que mandan desde un despacho lujoso. Estaré en el campo con sus unidades todos los días que dure el entrenamiento, y aunque soy un viejo de treinta y cinco años, les iré dando por el culo a cada paso del camino, y si no pueden demostrarme que son más fuertes, más rápidos, más duros y más resistentes que yo, más les vale tener una maldita buena excusa. ¿Entendido?

—¡SÍ, SEÑOR! —El rugido fue genuino, unánime y sentido.

Durante los meses siguientes, los miembros más recientes de los comandos comprobaron que iba en serio. No dudé en unirme a los hombres, e incluso confraternizar con ellos, durante un riguroso programa de entrenamiento que a menudo se prolongaba hasta catorce horas diarias, seis días a la semana. Imaginen la cara de nuestros oficiales de entrenamiento, Obersturmführers, tenientes

primeros, cuando se vieron dando órdenes no solo a un Sturmbannführer, un mayor, sino *al* Comandante de toda la operación de Friedenthal. Pero pronto comprendieron que, para que existiera el *esprit de corps* esencial para el éxito de nuestras misiones, los líderes debían *guiar* a sus hombres hacia las fauces del dragón, no seguirlos. Disponía de muy poco tiempo para preparar a mis comandos para las misiones que les aguardaban, y llevé a todas mis fuerzas, oficiales y soldados rasos, al borde del agotamiento, pero jamás al punto del motín.

Friedenthal, el «valle de la paz», a veintinueve kilómetros al norte de Berlín, era un suburbio de Oranienburg. Además del entorno ajardinado de nuestro centro de entrenamiento de comandos, Oranienburg albergaba Sachsenhausen y las instalaciones de Auergesellschaft. El primero era un tristemente célebre campo de concentración utilizado para la detención de prisioneros políticos y, más tarde, de prisioneros de guerra soviéticos. Aunque no estaba catalogado como campo de exterminio, servía de centro administrativo donde se formaba a funcionarios de las SS para destinarlos a otros campos del Reich. Entre 1936 y el final de la guerra, Sachsenhausen albergó a más de 200.000 reclusos, de los cuales unos treinta mil perecieron.

El segundo, conocido tanto por la inteligencia soviética como por la estadounidense pero ultrasecreto para el resto del mundo, albergaba una planta de producción a escala industrial de óxido de uranio de alta pureza, un componente clave del programa alemán para fabricar armas nucleares.

Mientras nuestro programa de entrenamiento avanzaba a marchas forzadas, Karl, Adrian y yo nos enfrentamos a una segunda serie de problemas que nos planteó tanto un desafío como una oportunidad de emplear toda la creatividad e ingenio que mis dos ayudantes y yo pudiéramos reunir.

Las SS Armadas me habían dicho que solicitara todo el equipo que necesitara. Envié una lista exhaustiva, sabiendo perfectamente que, dado que el material se consumía a un ritmo voraz, sobre todo en el Frente Oriental, lo que yo necesitaba escaseaba muchísimo. Esperé

semanas sin obtener respuesta. Por fin, cuando llegó la carta del Cuartel General, la abrí con ansia y leí el siguiente mensaje lacónico:

—Mayor Skorzeny:

El Cuartel General se complace en informarle de que su solicitud ha sido tramitada. Todos sus requisitos han sido aprobados. No obstante, debemos advertirle también de que, dado que ahora ejerce los poderes y la autoridad de un comandante de división, no puede recurrir a las SS Armadas para obtener estos suministros. En su lugar, queda designado como independiente, con licencia para procurarse dichos requisitos de todas las fuentes a su disposición…

Cuando le mostré la carta a Karl Radl, se echó a reír ante la disparatada «lógica» de la mentalidad del cuartel general. Luego, dándole su propia vuelta de tuerca a la mente burocrática, dijo:

—Comandante, lea entre líneas: esto es una licencia para saquear todos los arsenales y depósitos de suministros de Europa. Podemos usar esta carta como llave maestra. Si las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas, ¡usémoslas sin contemplaciones!

Coincidí plenamente con mi ayudante, tanto en la letra como en el espíritu. Me puse a confiscar equipo usando mi *passepartout* suministrado por el Cuartel General de las SS. Tomaba armas y dejaba pagarés. «Tomé prestadas» reservas de todo tipo de material sin la menor intención de devolverlas. Radl se entregó con deleite al juego burocrático del que era consumado maestro, enviando resmas de solicitudes de suministros que yo ya había tomado o citando permisos inexistentes para requisar más.

Habíamos empezado robando equipo. A continuación, y lo digo sin el menor remordimiento, las Operaciones Especiales de Friedenthal pasaron a robar hombres. Mi aventura del Gran Sasso y sus consecuencias parecieron encender una llama que atrajo a los aventureros como polillas. Como mi mando incluía elementos de los tres Servicios, Karl, Adrian y yo nos vimos asediados por voluntarios, no solo de la Wehrmacht, sino también de la Kriegsmarine y la Luftwaffe. Los temerarios, los caballeros andantes y los inútiles salieron literalmente de debajo de las piedras buscando alistarse

bajo la nueva bandera, todos dispuestos a marchar al instante hacia la boca del cañón con tal de conseguir un traslado a Friedenthal.

Éramos como aquellos cuatreros del Oeste americano descritos en los libros de *Winnetou* de Karl May, tan populares en el período de entreguerras. Solo que, en lugar de ganado, robábamos hombres. Una vez en Friedenthal, los descontentos más duros de otras unidades se volvían dóciles como corderos en nuestras manos, no fuera a ser que les arrebataran su oportunidad única en la vida. La leyenda de las Fuerzas Especiales de Friedenthal no se vio mermada en absoluto por el hecho de que cada uno de nuestros reclutas más recientes, sobre todo si fracasaban en nuestra unidad, acabaría con toda probabilidad en el temido Frente Oriental.

Por supuesto, las unidades a las que les habían robado su mano de obra más creativa y agresiva se quejaron ante la Oficina de Guerra. Pero carecían de alguien que pudiera igualar a Karl Radl. Karl eludía continuamente la persecución de los perdedores envidiosos como siempre lo había hecho: era absolutamente escrupuloso a la hora de acatar de boquilla, con el mayor celo y adhesión, cada palabra, frase y párrafo de cada reglamento, por estúpido, arcano y contradictorio que fuera. Si la Oficina de Guerra exigía diez páginas justificando cada nuevo recluta de Friedenthal, Radl se aseguraba de que recibieran cien, por triplicado, y con al menos tres sellos imponentes de apariencia oficial «fabricados» por el «Cuartel General de las Waffen SS», que respondía directamente ante el mismísimo Führer. Aquellas unidades estaban maniatadas desde el principio por la maraña burocrática que los propios generales habían creado.

Si las Fuerzas Especiales de Friedenthal estaban ansiosas por demostrar que eran los mejores entre los mejores y los más imaginativos de todos los hombres valientes con los que había trabajado al incorporarse a las Fuerzas Especiales, estaban prácticamente fuera de sí de emoción cuando reuní a todo el campamento de Friedenthal en el campo de desfiles dos meses después de la misión del Gran Sasso. Mi discurso duró menos de dos minutos.

—Caballeros de las Fuerzas Especiales de Friedenthal. Esta reunión

será muy breve. Acabo de recibir dos llamadas telefónicas cifradas que se han combinado en una sola grabación. Ahora se la reproduciré para que no les quepa duda alguna de su origen.

Pulsé un botón y la inconfundible voz del mismísimo Líder Supremo resonó por los altavoces con tanta claridad como si hubiera estado en el estrado junto a mí.

—Mi querido Mayor Skorzeny y sus fuerzas especiales de Friedenthal, extraordinariamente talentosas e imprescindibles. Les envío mis saludos a cada uno de ustedes desde Wolfsschanze. Aunque cada misión que emprenden es crítica para el Esfuerzo de Guerra, las próximas son de importancia inmediata. Por la presente se les encomienda «rescatar» al Mariscal Pétain, jefe del gobierno de Vichy en Francia, y traérmelo para «consultas» en el momento en que yo dé la orden. Su segunda misión es traer al Mariscal Tito, el líder de las fuerzas «partisanas» en Yugoslavia, *vivo o muerto*. La forma en que lleven a cabo estas operaciones, salvo el momento, que yo determinaré, quedará enteramente en manos del Sturmbahnführer Skorzeny, a quien personalmente encomiendo la estrategia y las tácticas, de principio a fin. ¡Que Dios bendiga sus esfuerzos mientras marchan portando las esperanzas y los sueños de todo el pueblo alemán!

Capítulo 14

La orden para la *Operación Der Wolf bellit* (El lobo aúlla) llegó a finales de noviembre de 1943. El OKW me ordenó ir a Vichy vía París con el Batallón Friedenthal, y allí aguardar nuevas instrucciones.

Una vez en París, contacté al comandante militar que, como tantos otros oficiales de todas las ramas del Servicio, se alojaba en el Hotel Continental, en la Place de l'Opéra esquina con la Rue de Rivoli. Los mandos de mayor rango se alojaban en el Hotel Majestic, sede del comandante militar de Francia.

Tardé un tiempo en averiguar por qué la orden del Ministerio de la Guerra llegó en ese momento y de esa manera. El 9 de noviembre, el general De Gaulle había expulsado a su superior, el general Giraud, del Comité Nacional para la Liberación de Francia, que se reunía en Argel, y se había autoproclamado presidente del comité. Según informes de inteligencia relativamente fiables, se planeaba secuestrar al mariscal Pétain mediante un comando paracaidista anglo-gaullista.

Nuestras fuerzas en París estaban bajo el mando de un general. Yo era mayor. Cuando recibí la orden del OKW de ir a Vichy, el general resolvió el problema de quién debía estar al mando: encontró una posada en las afueras de la capital de Pétain, famosa por su cocina. Desapareció en las entrañas de aquella hostería y no volví a verlo en lo que duró la operación.

Con autoridad para hacer lo que fuera necesario, inspeccioné el terreno. Tenía a mi disposición seis compañías de policía de 150 hombres cada una, un batallón de mis fuerzas especiales y un batallón de las Waffen-SS Hohenstaufen, cada batallón con unos 700 soldados. Aposté estas tropas alrededor de la ciudad: en el aeródromo al norte, en Cusset al este y en Hauterive al sur. En total, contaba con unos 2.300 soldados capaces de sellar la ciudad en diez minutos. Lo haríamos formando un doble cordón que bloqueara todas las carreteras de entrada y salida, pero sin acercarnos tanto como para alertar a Pétain. Envié patrullas al bosque de Randan, en las afueras, pero no encontramos ni un solo paracaidista enemigo en

toda una semana.

No llegaron nuevos informes ni del Sicherheitsdienst ni del Abwehr. Mientras Adrian von Fölkersam y yo explorábamos la ciudad vestidos de civil, recibimos información completamente contradictoria. Me quedó claro que Vichy estaba inquieta. Llevábamos tres años ocupando Francia. La guerra estaba tornándose en nuestra contra en todos los frentes. Habían surgido movimientos de resistencia, casi siempre liderados por los comunistas, el mismo grupo cuyos líderes habían recomendado que la población local confraternizara con nuestros soldados en 1940.

Tras completar todos los preparativos en torno a Vichy, regresé a París en coche. Telefoneé de inmediato a Wolfsschanze, desde donde me ordenaron volver a Auvernia y esperar las palabras clave: «El lobo aúlla». Debía asegurarme de que el mariscal Pétain y el médico del anciano, el doctor Ménétrel, estuvieran a salvo cuando el lobo aullara.

El mariscal Pétain vivía en el cuarto piso del Hotel du Parc. Mi observación subrepticia de su guardia personal reveló que sus miembros tenían aspecto disciplinado y actuaban con competencia. Un enfrentamiento con esa fuerza podría complicarse. Mi mayor preocupación era a qué hora del día «aullaría» el lobo. Esperaba que no fuera de noche. Si dos o tres mil paracaidistas enemigos descendían sobre Vichy a las dos de la madrugada, y si el mariscal estaba bien informado de la acción y esperaba vestido con su uniforme o ropa de civil, el enemigo sin duda podría capturarlo.

Esperamos durante un mes unas instrucciones que nunca llegaron. Al final, el lobo no aulló. Justo a tiempo para el permiso de Navidad, recibimos nuestras órdenes de partida y abandonamos Vichy. Por invitación del mando de submarinos alemán, pasamos las fiestas en una casa de descanso y recuperación para tripulaciones de U-boot en el Arlberg. Sería mi último permiso de la guerra.

Me alegro mucho de que todas estas acciones planificadas no tuvieran que llevarse a cabo. En realidad, sentía un gran respeto por el viejo guerrero. A sus ochenta y seis años, aún se mantenía erguido con su uniforme azul. Al verlo, no pude evitar recordar al

mariscal de campo von Hindenburg quien, tras la Primera Guerra Mundial, también tuvo que cargar con el peso de la derrota en el campo de batalla. Philippe Pétain tenía ochenta y nueve años cuando lo condenaron a muerte después de la guerra. Murió a los noventa y cinco mientras era prisionero en la fortaleza insular de Yeu.

~//~

A principios de 1944 recibí órdenes del OKW de localizar el cuartel general del mariscal Tito, destruirlo y capturarlo. No tenía la más mínima idea de dónde se escondía Tito. Cuando llegué a Belgrado, nuestra «inteligencia» era confusa y contradictoria. Cinco informes diferentes situaban al mariscal en cinco zonas montañosas distintas. Lo que encontré en los Balcanes resultó más bizantino que cualquier cosa que hubiera visto en Francia. Se suponía que debíamos combatir tanto a los comunistas de Tito como a los monárquicos del general Mihailovich, mientras fuerzas heterogéneas de chetniks serbios y ustachis croatas cambiaban de bando y posición con regularidad. Las guarniciones italianas, aisladas desde la rendición de Badoglio, habían depuesto las armas, inmediatamente incautadas por sus diversos enemigos. Solo una cosa destacaba con nitidez: los partisanos de Tito habían crecido hasta sumar cien mil guerrilleros dedicados en exclusiva a la lucha, que controlaban zonas críticas y podían atacar en cualquier lugar y momento. Tito era la clave de todo el rompecabezas.

Yugoslavia, con su terreno montañoso y boscoso, era ideal para la guerra de guerrillas partisana. La información previa que recibí del Abwehr y del SD era de por sí confusa, por no hablar de contradictoria. De modo que, como había aprendido por experiencia, me desplacé hasta Zagreb y organicé mi propio servicio de inteligencia. Confié la recopilación de información a tres oficiales capaces, cada uno de los cuales trabajaba con independencia de los demás. Decidí no actuar hasta recibir tres informes coincidentes. Todo esto se hizo en secreto, por supuesto, pues el astuto enemigo era capaz de mantener a raya a media docena de nuestras

divisiones, casi 75.000 soldados.

Estacioné a mil de mis hombres, un batallón de instrucción de mi unidad de comandos, en Fruska Gora, una cadena montañosa al sur del valle del Danubio y paralela a este. Entrenábamos cerca del frente, entrando en combate a diario contra las fuerzas de Tito.

Como un convoy militar habría despertado las sospechas de los partisanos, conduje desde Belgrado hasta Zagreb en mi Mercedes civil, por tierras que no habían visto un coche alemán en meses. Sabía perfectamente que la mitad de los trabajadores en los campos estaban listos para soltar sus palas y empuñar rifles en cualquier momento. No me quedó más remedio que confiar en atravesar el campo sano y salvo antes de que llegara ese momento.

La primavera había llegado al campo. La zona por la que circulábamos, al sur de los principales picos alpinos y al oeste de los Cárpatos, resplandecía con el verdor y el aroma fresco de la época más hermosa del año, y aquel verde del renacer primaveral aún no había sido abrasado por el opresivo calor balcánico del verano. Sin embargo, no tuve tiempo de disfrutar del paisaje: iba atento a cualquier señal de presencia enemiga.

Tras cruzar el valle del Sava por malas carreteras, llegamos a Brcko y luego a Zagreb. El comandante de la guarnición alemana se sorprendió mucho al vernos de una pieza. Al parecer, todas las carreteras que habíamos usado estaban controladas por los partisanos. De hecho, nos habíamos cruzado con un grupo de partisanos barbudos, con los rifles bajo el brazo. Nosotros también llevábamos nuestras pistolas ametralladoras en el suelo del coche, invisibles desde fuera, con el seguro quitado.

Poco después regresé a Berlín, donde supe por mis tres agentes de inteligencia independientes que Tito y su estado mayor se encontraban en ese momento en Dvar, en Bosnia occidental. Envié a mi jefe de estado mayor, Adrian von Fölkersam, ante el general al mando del Décimo Cuerpo de Ejército, estacionado en la zona, para informarle de que llevaríamos a cabo la Operación Salto del Caballero contra Tito. Justo cuando estaba a punto de partir hacia la acción, apareció Adrian.

—Algo no va bien, comandante —dijo—. El general me recibió con mucha frialdad. No creo que podamos contar con su apoyo en esta acción.

Poco después recibimos un mensaje de radio de nuestro pequeño destacamento en Zagreb: «El Décimo Cuerpo prepara una operación contra el cuartel general de Tito el 2 de junio de 1944».

—¡Qué increíblemente estúpido! —exclamé al mostrar el mensaje a mi jefe de estado mayor—. De buena gana me habría puesto bajo su mando y le habría dejado la gloria si la operación hubiera tenido éxito, o habría asumido yo mismo la responsabilidad si hubiera fracasado. Pero si *yo* sé que el plan se llevará a cabo el 2 de junio, ¡puedes estar seguro de que Tito también lo sabe!

Inmediatamente informé al Décimo Cuerpo de lo que sabía y envié a otro de mis oficiales de estado mayor al cuartel general del Cuerpo en Banja Luka para intentar convencer al general de que cambiara el plan o, al menos, la fecha. En vano. El general, reacio a aceptarme como subordinado, me veía como un rival. La operación siguió adelante tal y como estaba prevista, y resultó ser el desastre anunciado.

En mi opinión, la tarea requería un bisturí. El general, en cambio, empleó un mazo: una invasión a gran escala del valle de Dvar con bombarderos, paracaidistas y planeadores, y los partisanos estaban más que preparados. Un batallón de tropas paracaidistas de las Waffen-SS quedó cercado. Enviaron refuerzos en planeador. Un batallón de la División Brandenburg tuvo que cubrir la retirada de nuestros soldados, atacados por todos los flancos.

El mazo erró el golpe, como yo sabía que ocurriría. Lo único que nuestras tropas encontraron en el cuartel general de Tito fueron dos soldados británicos, de los que probablemente quería deshacerse, y un uniforme flamante y vacío con estrellas de mariscal en las hombreras. El mariscal había huido a Vis, una isla del Adriático al sureste de Split.

Mientras tanto, aunque su líder se había marchado, los partisanos de Tito permanecieron en sus posiciones y devolvieron golpe por golpe. La infantería alemana tuvo que abrirse paso combatiendo por

las montañas para rescatar al orgulloso y cascarrabias general del Décimo Cuerpo.

Más tarde, después de la guerra, tuve la oportunidad de conocer a uno de los dos oficiales ingleses que Tito había abandonado allí. Congeniamos de inmediato. Mi antiguo enemigo y nuevo amigo, que llegaría a general de brigada, me contó que durante su estancia en el cuartel general de Tito comprendió que si Tito asumía el poder, el comunismo se impondría en Yugoslavia. —La situación me pareció grave —dijo—, y tan perjudicial para los intereses británicos en los Balcanes que llamé por teléfono a nuestro primer ministro. Le hice un informe muy detallado de lo que Tito tenía previsto para Yugoslavia. Churchill me dejó hablar y luego preguntó: «¿Qué piensas hacer después de la guerra?»

—Algo desconcertado, respondí que pensaba regresar a mi finca en Escocia.

—«Eso significa, si te he entendido bien, ¿que no quieres quedarte a vivir en Yugoslavia?»

—«No, señor, por supuesto que no», respondí.

—«Entonces, ¿por qué diablos te importa lo que le pase a Yugoslavia después de la guerra?»

Capítulo 15

Aunque Alemania estaba muy avanzada en el desarrollo de una bomba atómica, Hitler rechazó de plano esta arma por considerarla inhumana. Asimismo, como había sufrido un ataque con gas siendo cabo durante la Primera Guerra Mundial, siempre prohibió la guerra química, pese a que nuestros químicos habían descubierto un nuevo gas contra el que, como hoy sabemos, no existe defensa: el gas nervioso *tabún*.

Las armas de venganza V-1 y V-2 nos parecían más creíbles. La «bomba volante» V-1, oficialmente la Fi-103, era un tipo de aeronave cohete no tripulada. Volaba a 640 kilómetros por hora, tenía un alcance de 520 kilómetros y llevaba una carga explosiva de una tonelada en el morro. Durante el despegue, un giroscopio automático controlaba la trayectoria de vuelo de la V-1. Al alcanzar la distancia deseada, el motor se apagaba y la bomba caía a tierra. El viento podía desviar la carga de su trayectoria, y no había forma de evitarlo. Sin embargo, en 1944 sus ventajas eran que resultaba barata de fabricar y consumía muy poco combustible. Además, producía un efecto psicológico considerable en el enemigo.

Las pruebas preliminares se habían realizado en las instalaciones de Wernher von Braun en Peenemünde. El misil, que Volkswagen fabricaba en serie, se lanzaba desde una simple rampa, normalmente tres V-1 a la vez. Un día tuve la oportunidad de visitar Peenemünde y presenciar el lanzamiento de una V-1 junto a un coronel de la Luftwaffe, ingeniero como yo, especialista en estas bombas volantes. En el vuelo de regreso, discutimos si sería posible que un piloto volara una V-1. Esa misma noche, en junio de 1944, nos pusimos a trabajar con Focke-Wulf y el Ministerio del Aire del Reich para elaborar planes para aquel concepto «imposible». Lo primero era encontrar espacio suficiente en la V-1 para un piloto con asiento eyectable y paracaídas. En dos días habíamos dado con la solución: solo quedaba construir un prototipo.

Acudí al mariscal de campo Erhard Milch, secretario de Estado de Adquisiciones. Milch era un enigma: para empezar, era abiertamente

judío. Hitler lo sabía, aunque había decretado convenientemente que el mariscal de campo, cuyos talentos reconoció enseguida, fuera clasificado oficialmente como *Mischling*, de raza mixta, y por tanto apto para afiliarse al Partido. Además, llevaba en los escalones superiores de la jerarquía nazi desde mucho antes del inicio de la guerra. Por si fuera poco, era bajo y rechoncho, la antítesis misma del ario que el Reich quería presentar como ejemplo de virilidad alemana. Por último, pese a su alto rango en la Wehrmacht, carecía de experiencia militar alguna.

Cuando le expuse mi plan al mariscal de campo, me dio «vía libre, siempre que la comisión del Ministerio del Aire alemán no pusiera objeciones». El presidente de la comisión era un venerable almirante con perilla blanca de marinero que parecía llevar allí desde los tiempos del arca de Noé. Tras tres reuniones superamos el primer obstáculo, pero entonces la comisión planteó una objeción:

—¿De dónde pretende sacar los trabajadores, capataces e ingenieros para construir este prototipo? Ya andamos escasos de mano de obra, especialmente en la industria aeronáutica.

Respondí que había una fábrica de Heinkel cerca de Friedenthal que no funcionaba a plena capacidad y que el profesor Heinkel me había ofrecido personalmente tres ingenieros, cinco mecánicos y tres barracones vacíos.

—Bien —respondió Noé—. Pero solo podrá realizar su trabajo con V-1 ya construidas, y ahora mismo no tenemos ninguna.

—Eso no es lo que me dijo el profesor Porsche. Hay varios cientos de V-1 en su fábrica de VW esperando a que las recojan. Estoy seguro de que me cedería una docena encantado.

Poco después, disponía de dos pequeños talleres en Heinkel. Trasladé mesas y camas a uno de ellos. Todos trabajábamos a destajo, a veces más de catorce horas al día, para llevar la *Operación Reichenberg* a buen término cuanto antes.

Cuando volví a ver al mariscal de campo Milch, me preguntó:

—¿Está satisfecho, Skorzeny?

—Por supuesto —respondí—. Pese al retraso de dos o tres semanas.

—Tres semanas en un proyecto así no son nada. Si consigue presentar su V-1 tripulada en cuatro o cinco *meses*, lo felicitaré.

—Herr Feldmarschall, ¡espero poder mostrarle el prototipo en cuatro o cinco *semanas*!

—Está bromeando, ¿verdad?

Luego me miró y vio por mi expresión que iba en serio.

—Se engaña, mi querido amigo. Le deseo toda la suerte del mundo, pero ya hablaremos de esta máquina en cuatro o cinco meses.

Tras catorce días de trabajo ininterrumpido, volví a ponerme en contacto con un atónito mariscal de campo Milch para informarle de que ambos nos habíamos equivocado. Tenía tres V-1 listas para volar.

Me autorizó a realizar tres despegues y aterrizajes en el aeródromo de Gatow, en el suroeste de Berlín. Una vez elegidos dos pilotos de prueba, un Heinkel 111 remolcó las V-1 tripuladas hasta una altura de 2000 metros y las soltó. Ambas máquinas realizaron aterrizajes forzosos. Sin embargo, los dos pilotos salieron con heridas leves. El mariscal de campo Milch me comunicó que nombraría una comisión para investigar las causas de los malos aterrizajes, pero de momento me prohibió hacer más intentos. Me quedé sin palabras. ¿Habíamos trabajado con demasiada precipitación y descuido?

Un día, poco después, estaba sentado en mi escritorio de Friedenthal, algo abatido, cuando mi jefe de estado mayor, Adrian von Fölkersam, me llamó por el intercomunicador.

—Sturmbahnführer, Hanna Reitsch al teléfono, desde la Casa de la Luftwaffe.

¿Hanna Reitsch? ¡Me quedé atónito! ¿Quién no había oído hablar de la legendaria Hanna Reitsch? Antes de la guerra había acumulado récords mundiales en todos los campos de la aviación. En 1941 fue la primera mujer en pilotar un prototipo de caza propulsado por cohete, el Messerschmitt Me 163. Sobrevivió a un desastroso accidente con aquella aeronave, del que se recuperó únicamente gracias a su fuerza de voluntad. Por todo ello, Reitsch se convirtió en la primera y única mujer alemana en recibir la Cruz de Hierro de

Primera Clase.

—¿Señorita Reitsch?

Debí de sonar tan impresionado como me sentía al pronunciar aquel saludo.

—¿Sturmbahnführer Skorzeny? Ahora que hemos roto el hielo, y dado que creo que gente como nosotros no se anda con ceremonias, llámeme Hanna, por favor.

—De acuerdo, si para usted soy Otto.

—Otto, entonces. Me he enterado de que le han dado un buen varapalo con el accidente de sus prototipos V-1. Yo tuve la misma idea que usted, varios meses antes. La V-1 se puede pilotar como aeronave tripulada. Intenté promover la idea ante los superiores, pero me la tumbaron después del percance en Gatow. ¿Tiene alguna idea de cómo ocurrieron los accidentes?

—Sí, señorita... Hanna, y no necesito esperar a los resultados de la investigación para exponerle mis conclusiones.

—Le escucho.

—Ambos pilotos solo habían volado antes aviones de hélice. Nuestro prototipo, mucho más ligero que una V-1 estándar, alcanzaba una velocidad de 720 kilómetros por hora y una velocidad de aterrizaje de 185 kilómetros por hora. Esto hizo que ambos pilotos se sintieran inseguros a la hora de aterrizar, ya que un caza convencional aterriza a 135 kilómetros por hora.

—Entiendo perfectamente lo que dices. Otto, tengo una idea. Estás en Friedenthal, a menos de una hora en coche de donde me hospedo. ¿Por qué no quedamos en Gatow esta tarde para hablar?

~//~

—¡Estás de broma!

—Jamás he hablado más en serio. Recuerda que ya he pilotado aviones a reacción. Hace un par de meses aterricé el ME 262 sin ningún problema.

—De ninguna manera, Hanna. No olvides que hay una orden oficial que prohíbe ponerme un HE 111 a disposición en Gatow. No creo que haya diferencia alguna entre un hombre y una mujer en cuanto

a la capacidad de hacer prácticamente cualquier cosa, pero soy vienés.

—¿Y?

—Puede que parezcamos mimar y valorar a nuestras mujeres mucho más que los alemanes, pero no querría arriesgar tu vida, y además podrías meterte en problemas con las autoridades por algo que sería exclusivamente culpa mía.

Hanna Reitsch era diminuta. Yo medía 1,93 metros y ella, esbelta, apenas llegaba al 1,55, más de treinta centímetros menos que yo. Aunque se encogió de hombros, sus ojos azules centellearon cuando dijo: —¡Te tenía por un hombre dispuesto a arriesgarse! ¡Siempre se puede volar si uno quiere! Mis amigos y yo hemos visitado tu taller y examinado tus primeros V-1. Estoy segura de que no nos equivocamos. Son aviones excepcionales. Mañana seguiremos hablando de esto.

Giró sobre sus talones, sacudió su melena rubia con descaro y se marchó. Además de por sus hazañas heroicas, me pareció una mujer provocadoramente atractiva, cuatro años más joven que yo. Durante algo más que un breve instante, envidié a su amante, el mariscal de campo de la Luftwaffe Ritter von Greim, veinte años mayor que ella.

No era la primera vez en los últimos dos años que pensaba en otra mujer. Mi matrimonio con Emmi, aunque no corría peligro inminente, se había enfriado hasta convertirse menos en una unión por amor y más en una convivencia cordial, un «matrimonio continental». Ella seguía viviendo con nuestra hija Waltraut en Viena, mientras mi vida había tomado un rumbo completamente distinto, ligada como estaba a Friedenthal y más allá. Nos veíamos tres o cuatro veces al año, una semana cada vez. Sin duda era una mujer vibrante y sexualmente atractiva. Cuando estábamos juntos resultaba placentero, aunque no apasionante. No me cabía duda de que ella había tenido breves aventuras, igual que yo había tenido mis líos, pero como adultos cada vez más sofisticados, esto no nos perturbaba a ninguno de los dos, siempre que se mantuviera en la discreción y no se convirtiera en tema de conversaciones de salón. Además, mi trabajo se había vuelto más importante para mí que los

escarceos amorosos.

Esa noche me costó conciliar el sueño, no por pensamientos lascivos, sino porque un tercer accidente en el proyecto V-1 sería impensable. ¿Tenía derecho a exponer a Hanna Reitsch, esa maravillosa y valiente aviadora, a semejante peligro?

Al día siguiente, Hanna y sus dos acompañantes fueron tan convincentes que decidí engañar al comandante del aeródromo. Actué con total naturalidad y le dije que acababa de recibir autorización para continuar la Operación Reichenberg. Le pedí su opinión sobre diversas cuestiones y asigné a dos de mis oficiales para que no lo perdieran de vista en ningún momento, lo acompañaran al comedor y, lo más importante, se aseguraran de que no telefoneara al estado mayor del mariscal de campo Milch.

Cuando vi el V-1 pilotado por Hanna Reitsch separarse del HE 111, el corazón me latía con fuerza. Ella había asumido toda la responsabilidad por lo que pudiera suceder. Sabía que su velocidad de aterrizaje estaría muy por encima de la velocidad de nivelación de cualquier otra aeronave operativa. Sin embargo, por muy buena que fuera, me sorprendí rezando para que lo lograra. ¡Y lo logró!

Luego repitió el vuelo. Cuando aterrizó sana y salva por segunda vez, corrí a la pista y la felicité. —¡Es un avión maravilloso! —exclamó—. ¡Conseguiremos que funcione!

Después, los otros dos pilotos de prueba volaron el V-1 con éxito y aterrizaron sin incidentes. Cuando el mariscal de campo Milch se enteró de las misiones, nos autorizó a construir cinco prototipos más y a entrenar a treinta pilotos seleccionados. Cuando corrió la voz, varios cientos de pilotos de la Luftwaffe solicitaron incorporarse a Friedenthal. Aceptamos a sesenta. Preveía que no podríamos llevar a cabo misiones especialmente arriesgadas. Por desgracia, solo se entregó menos del 15 % del combustible que había solicitado, ya que la escasez se agravó tras el desembarco aliado en Normandía. Al final, aunque una docena de pilotos de V-1 permanecieron en mi unidad hasta el fin de la guerra, el programa de V-1 tripulado no llegó a ser un éxito.

~//~

El V-2 no era un avión, sino un cohete que alcanzaba una velocidad superior a los 5.300 kilómetros por hora y transportaba una tonelada de explosivos. Fue la primera nave en abandonar la atmósfera terrestre, y alcanzó una altitud de 80 kilómetros en su primer vuelo de prueba con éxito, en octubre de 1942. Su inventor, Wernher von Braun, de treinta años, la misma edad que Hanna Reitsch, fue posteriormente «exportado» a Estados Unidos y se convirtió en ciudadano estadounidense cuyo nombre es conocido en todo el mundo.

Von Braun trabajaba en el centro de investigación del ejército en Peenemünde, a las órdenes de Walter Dornberger. Hitler se interesó personalmente por las pruebas en Peenemünde, ascendió a Dornberger a general e hizo que nombraran profesor al ingeniero más joven. Conocí en persona al profesor von Braun durante la guerra y posteriormente mantuve correspondencia con él.

Peenemünde se encuentra en la isla de Usedom, cerca de la actual frontera entre Alemania y Polonia. Pocas semanas después de que Hitler conociera a von Braun, la isla fue bombardeada día y noche por los Aliados y quedó casi totalmente destruida. El concepto de von Braun del cohete multietapa derivaba del V-2. Para marzo de 1945, el V-2 había evolucionado hasta convertirse en un cohete capaz de bombardear Nueva York o Moscú. Podría haber entrado en producción en julio.

Pero llegaron los rusos. El general Dornberger y el profesor von Braun, que lograron salvar parte de su documentación, huyeron a Baviera y se rindieron a la 44.ª División estadounidense. Poco después firmaron un contrato para trabajar con el Ejército de EE. UU., y en septiembre los sacaron clandestinamente de Alemania y los trasladaron a Estados Unidos.

Al otro lado del Atlántico, los estadounidenses reunieron a 127 especialistas alemanes en cohetes. El profesor von Braun llegó a ser jefe de la Agencia de Misiles Balísticos del Ejército y subdirector de la Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio. Como tal, pasó a liderar el Proyecto Apolo, que el 21 de julio de 1969 llevó a los primeros hombres a la Luna.

Capítulo 16

En otoño de 1944, ya tenía claro que no era tanto cuestión de *si* sino de *cuándo*. Nuestros enemigos estaban en la frontera oriental. Ya no bombardeaban nuestras ciudades solo de noche, sino también de día. La base industrial del Reich estaba destrozada. Wolfsschanze apenas quedaba a una hora en coche de los cañones enemigos.

El panorama occidental era bastante sombrío. Italia, en su mayor parte, perdida. Francia ocupada por los Aliados. Inglaterra resurgiendo y oliendo la sangre alemana. En el frente ruso, la situación era catastrófica. En el Norte, Finlandia estaba perdida. Los estados bálticos se habían desmoronado. En el centro, Polonia estaba fracturada, prácticamente perdida. En el Sur, nos habían hecho retroceder más de mil seiscientos kilómetros hacia los Balcanes. Rumania, con sus campos petrolíferos, ya estaba perdida. Bulgaria caería a continuación. Los partisanos de Tito operaban ya en coordinación con el Ejército Soviético. Turquía había roto relaciones diplomáticas con el Reich.

El 9 de septiembre de 1944, recibí la siguiente convocatoria:

«Sturmbahnführer Skorzeny:
A petición especial del Der Führer, queda usted relevado de inmediato de todas sus demás obligaciones para asistir a una serie de reuniones sobre gran estrategia en Wolfsschanze. Es posible que el Der Führer le encomiende una misión importante en un frente fluido, incierto, pero de suma importancia. Preséntese puntualmente en el briefing del mediodía del 10 de septiembre. — Jodl».

Cuando llegué a la Guarida del Lobo, me escoltaron a una gran sala de conferencias situada en un barracón, a unos 55 metros del búnker del Der Führer, recién terminado. Hitler se veía obligado a vivir bajo 7,5 metros de hormigón armado. Un complejo sistema de ventilación proporcionaba aire fresco. Aun así, el ambiente era insalubre, pues el hormigón, que todavía no había fraguado del

todo, desprendía un calor húmedo.

En la sala de situación, un gran mapa con todos los frentes descansaba sobre una enorme mesa que recibía luz de las ventanas dispuestas a lo largo de una pared de 12 metros. Los efectivos y posiciones de las tropas se anotaban con lápices de colores. Dos taquígrafos ocupaban los extremos cortos de la mesa. Desde 1942, Hitler había ordenado que se registraran todas las sesiones informativas.

Cuando entré en la sala de briefing el 10 de septiembre de 1944, me presenté a los generales y oficiales del estado mayor presentes, pues solo conocía a unos pocos. Habían reemplazado a muchos oficiales tras el fallido atentado del 20 de julio contra Hitler. Todos permanecíamos de pie. Habían dispuesto un taburete para Hitler. Los lápices de colores, una lupa y las gafas del Der Führer reposaban sobre la mesa de mapas.

Tras un anuncio escueto, entró Hitler. Me quedé conmocionado al verlo de cerca. Apenas lo reconocí. Caminaba encorvado, arrastrando una pierna. La mano izquierda le temblaba tanto que a veces tenía que sujetarla con la derecha. Su voz sonaba velada y quebradiza. Saludó a algunos generales.

Por muy agotado que pareciera y sonara, la mente del Líder tenía fichada cada unidad del frente. Cada vez que se abría una brecha, recurría a las reservas o trasladaba fuerzas de un frente a otro. Me quedé atónito ante la diferencia entre lo que veía y oía en la reunión y lo que yo sabía de primera mano sobre la situación real.

Los generales solo hablaban de divisiones y cuerpos de ejército. Se me cayó el alma a los pies al oírlos parlotear con su lógica de Alicia en el País de las Maravillas. Yo había visto a las unidades cuando salían de la línea. Sabía con certeza que lo que llamaban divisiones de infantería en realidad las habían reducido a fuerza de batallón. «Divisiones» blindadas enteras contaban con apenas una docena de tanques, de los cuales solo la mitad estaba en condiciones. Pero aquí, en el cuartel general, nadie hablaba de esos detalles. Una división era una bandera clavada en un mapa de situación. Mientras hubiera banderas, todo iba bien. El Orden de Batalla estaba intacto.

Pero a decir verdad, muchos de los engranajes maestros no engranaban en absoluto. Incluso el llamado Alto Mando controlaba solo algunas áreas del frente de batalla. Algo llamado Estado Mayor de Operaciones del Ejército había usurpado otras. Los jefes de enlace de la Fuerza Aérea y la Marina apenas se coordinaban con el ejército de tierra. Ningún departamento sabía nunca qué podía estar haciendo otro, y si alguien preguntaba, lo más probable era que hubiera represalias.

Cuando Hitler se marchaba, tras dejar el mapa de situación cubierto de espirales y flechas furiosas, los generales se relajaban.

—No hay mucho que comentar, la verdad. Todo sigue más o menos igual.

Recuerdo un día en que Hitler tuvo uno de sus berrinches, que según me habían dicho eran cada vez más frecuentes. Se dirigió a su puesto en la Sala de Situación, barrió los lápices de colores al suelo y alzó la voz con brusquedad. Parecía ya incapaz de gritar de verdad.

—¡Hoy no se marcarán los mapas de situación! Keitel, Jodl, los dos intentan tomarme el pelo. ¿Qué demonios está pasando en Polonia? El llamado ejército clandestino ha convertido Varsovia en un campo de batalla. Ninguno del Alto Mando me ha dicho nada, *nada, ¿me oyen?* Esperaban que este desastre se resolviera antes de que yo me enterase, ¿verdad? Pues bien, ¡su jueguecito ha quedado al descubierto y me he enterado del fraude que pretenden colarme!

Deseé con toda mi alma estar lejos de aquel nido de ratas y de vuelta en Friedenthal.

Durante mis tres días en Wolfsschanze, no dejé de asombrarme, no solo por la extraordinaria memoria de Hitler, que sin duda conservaba pese a su condición tan deteriorada, sino por su sentido intuitivo para las situaciones militares y políticas. El general Jodl sabía presentar una situación militar, pero cuando Hitler hablaba a continuación, todo quedaba mucho más simple y claro.

El tercer día, tras el briefing nocturno, que comenzaba a las diez de la noche, Hitler me pidió que me quedara en la Sala de Situación cuando los demás se hubieran marchado. Además de a mí, Hitler

había convocado a Keitel, Jodl, Ribbentrop y Himmler para un briefing extraordinario. El Líder nos invitó a sentarnos en sillones. Nuestro ministro de Asuntos Exteriores, Ribbentrop, parecía muy incómodo. Estaba claro que iba a servir de chivo expiatorio en la reunión que se avecinaba.

Hitler empezó con sarcasmo:

—Por fin han superado la estupidez de nuestros generales. Nuestros diplomáticos han ido un paso más allá. No me hago ilusiones al respecto. El Almirante-Administrador del Reich no solo está negociando con los aliados occidentales, sino muy probablemente también con Stalin, sin informarnos, por supuesto.

—Nos ha costado un gran esfuerzo, pero el frente se ha estabilizado en la frontera Hungría. Si el ejército Hungría se pasa al enemigo, 400.000 soldados quedarán atrapados. Y nuestros combatientes en Italia también se verán en apuros si los soviéticos lanzan una ofensiva desde el sur de Hungría, a través de Yugoslavia, en dirección a Trieste.

Alzó la voz:

—¡Eso está fuera de discusión! El Administrador del Reich, el almirante Horthy, se considera un gran político. No se da cuenta de que está abriendo la puerta, no solo a nuestro desastre, sino al suyo.

Se volvió hacia Ribbentrop:

—Budapest parece tener muy poca memoria. Olvidan muy oportunamente que *usted* dictó cierto laudo arbitral en Viena el 29 de agosto de 1940 que devolvió a Hungría la mayor parte de Transilvania, que el Tratado de Trianon les había arrebatado en 1920: 45.000 kilómetros cuadrados y 2.380.000 personas que hoy están amenazadas por el comunismo.

—Mi Líder —respondió Ribbentrop—, la situación política en Budapest se enturbia cada vez más. Dos verdaderos amigos del Reich se han visto obligados a dimitir: el ministro presidente en funciones Raasch y el ministro de Economía von Imredy. Un nuevo gabinete encabezado por el general Geza Lakatos ha tomado el poder.

—¿Poder? —rugió el Der Führer—. ¡*Stalin* tomará el poder en Budapest si nos vemos obligados a abandonar Hungría! El Administrador del Reich pronunció palabras solemnes hace menos de cinco meses: «Lucharemos al lado del Ejército alemán hasta que hayamos superado victoriosamente esta tormenta». Ahora, le dice al general Guderian: «mi querido camarada, en política uno debe tener varios hierros en el fuego». Ningún aliado leal habla así, solo un hombre que pretende traicionarnos y romper sus solemnes promesas. No lo toleraré. ¡Nuestros soldados también están defendiendo suelo Hungría!

—Skorzeny —dijo, girándose hacia mí—. Sabe que confío en usted más que en casi nadie. Le he pedido que participe en las reuniones informativas porque conoce Hungría, y especialmente Budapest. No aceptaré un Badoglio en Hungría bajo ningún concepto. Si el almirante Horthy rompe su palabra, debe tomar el Burgberg, la Colina del Castillo, y apoderarse de todo lo que encuentre en el Palacio Real y los ministerios. Después, acordone la zona y ocupe el Burgberg militarmente. Comience los preparativos de inmediato, en coordinación con el Generaloberst Jodl. Hemos hablado de una operación con paracaidistas o aerotransportada, pero la decisión final es suya.

El Líder me entregó entonces un documento firmado, un cheque en blanco de Hitler:

> «El SS-Sturmbannführer Otto Skorzeny ejecuta una orden personal de máximo secreto y suma importancia. Ordeno a todas las instancias militares y estatales que presten a Skorzeny todo su apoyo y atiendan sus peticiones. f/Adolf Hitler.»

~//~

Antes de actuar precipitadamente, analicé la situación en su conjunto mientras trazaba mi plan. Hitler había dicho que Hungría era el último aliado; si Hungría caía, Alemania caería. No había vuelta de hoja. Hungría era ahora prácticamente la única fuente de petróleo, grano y bauxita del Reich para el programa de aviones a reacción. Pero la economía no era el único problema. El colapso de

Hungría dejaría aisladas a setenta divisiones del frente principal. Italia, Grecia y lo que quedaba de la Europa Ocupada serían invadidos en una semana. Los soviéticos se desbordarían por la llanura del Danubio hacia la vecina Austria. Una vez tomada Viena, no habría línea de repliegue. La siguiente parada de la apisonadora soviética sería Alemania. La guerra terminaría en pocas semanas a lo sumo.

Y sin embargo, a mi modo de ver, Hungría no parecía correr un peligro tan apremiante. Nuestros aliados luchaban con valor en los Cárpatos, respaldados por un millón de soldados alemanes. Juntos, defendíamos una cadena montañosa que había protegido el sur de Europa durante siglos. ¿Por qué iba a caer Hungría? Antes de abandonar Wolfsschanze, estudié el mapa del sur de Europa en la Sala de Situación. Dieciséis banderas, cada una representando un ejército ruso, marcaban el contorno de la frontera oriental de Hungría. Eso significaba 120 divisiones enemigas, 1.500.000 soldados, desplegados a lo largo de los Cárpatos. Si los diques que contenían a esas tropas cedían, los primeros en ser engullidos serían un millón de alemanes para quienes no habría Dunkerque posible.

La tarea que me exigía Der Führer era formidable y delicada a partes iguales. Empezaba a parecerse a una repetición de Gran Sasso, salvo que esta vez no se trataba de aterrizar en algún pico alpino remoto; mis fuerzas se adentrarían en el corazón de Budapest.

Me habían informado de que el almirante Horthy estaba preparado para lo peor. Desde Gran Sasso, había tomado todas las precauciones para evitar que lo secuestraran. Para llegar hasta el Regente Almirante, tendríamos que asaltar su castillo.

Cuanto más reflexionaba sobre cómo afrontar aquello, más me abrumaba la magnitud de lo que aguardaba a mis hombres de Friedenthal. El almirante Horthy gobernaba Hungría desde mi infancia. Era heredero de una tradición histórica, un vínculo con el emperador Francisco José, cuyo reinado había comenzado casi un siglo atrás. Aunque el Regente Almirante Horthy no ceñía la Corona de Hierro de Hungría, podía afirmar con toda credibilidad que él *era*

Hungría. ¿Cómo pretendía derrocar al hombre y dejar el Estado intacto?

Y además, ¿cómo iba a llegar hasta Horthy? El Regente vivía en lo alto de la Colina del Castillo, rodeado de ministros y guardias, cercado por tropas. Sería una tarea hercúlea incluso en las mejores circunstancias.

~//~

Con el nombre falso de Doctor Wolff, de Colonia, y vestido de civil, viajé en coche hasta Viena con Karl Radl. Uno de nuestros aliados más fieles, un húngaro de origen alemán, puso a nuestra disposición su casa, con sirvientes y cocinero. En toda mi vida, nunca viví tan bien como durante aquellas tres semanas en la capital húngara. Nuestro anfitrión, bien informado de cuanto sucedía en la corte, me proporcionó información de un valor incalculable.

Horthy, almirante sin flota y Regente sin rey ni reina, se había opuesto al regreso de los Habsburgo a Hungría en 1920. El 19 de febrero de 1942 nombró a su hijo mayor, Stefan, vicerregente con derecho de sucesión. Este hijo, un joven sensato y talentoso que había combatido con valor contra los soviéticos como piloto de caza, había caído en combate en el Frente Oriental seis meses después. El carácter del hijo menor del Regente Almirante Horthy, Niklas, era muy distinto.

Nicky, asiduo de los clubes nocturnos de Budapest, carecía de discreción, por decirlo suavemente. Cuando llegamos a Budapest, nuestros informantes ya sabían que Nicky se había comunicado no solo con Londres, sino también con Moscú y con agentes de Tito, todo ello con la bendición de su padre. Nuestro comandante de las SS y la policía en Budapest, Winkelmann, estaba al tanto de las peligrosas relaciones de Nicky. Fölkersam, que viajaba con nosotros, entendió mal el nombre «Nicky» y oyó «Mickey». Desde entonces, conocimos a Niklas Horthy como «Mickey Mouse».

La policía alemana sabía que Nicky tenía previsto reunirse con uno de los agentes de Tito en dos ocasiones: la primera el 10 de octubre y la segunda cinco días después, ambas en un edificio de oficinas en

el centro de Budapest. Winkelmann decidió pillar a Mickey Mouse «con las manos en la masa» y tendió la trampa correspondiente. Me pidió que proporcionara protección militar ante una posible intervención del ejército húngaro.

El hijo de Horthy, receloso, llegó al lugar de la cita en coche a las 10:00 de la mañana del 15 de octubre. Varios oficiales del ejército húngaro permanecían ocultos en un jeep cubierto con lona, aparcado detrás del coche de Nicky, frente a la entrada del edificio de oficinas.

Llegué en coche, fingí una avería y aparqué mi automóvil morro con morro con el de Nicky para impedirle huir. De repente, algo se movió en el jeep. Dos oficiales del ejército húngaro paseaban por el parque frente al edificio. Yo tenía a uno de mis oficiales y a dos suboficiales sentados en un banco del parque, leyendo periódicos. A las 10:10 de la mañana aparecieron dos agentes de policía de Winkelmann. Estaban a punto de entrar en el edificio cuando una ráfaga de subfusil partió del jeep y mató a uno de ellos. Los dos oficiales húngaros del parque también abrieron fuego. Me agaché tras mi coche hasta que mis soldados acudieron desde el parque en mi ayuda.

Nicky estaba bien custodiado. Un nutrido contingente del ejército húngaro ocupaba una casa cercana. Detonamos una carga explosiva que destruyó la puerta de la casa e impidió que la guardia de Nicky acudiera en su auxilio. Apenas habían transcurrido cinco minutos.

A la policía alemana le bastaba con bajar un tramo de escaleras para llegar a la sala donde se reunían los conspiradores. Para evitar que los transeúntes reconocieran a Nicky, atamos a «Mickey Mouse» y lo envolvimos en una alfombra corriente. La alfombra, junto con los tres cómplices de Nicky, fue cargada en un camión de policía que llegó al lugar en el momento preciso. Fölkersam estaba retirando a nuestras tropas para desaparecer cuanto antes. Siguiendo un presentimiento, fui tras el camión de policía. Tres compañías del ejército húngaro convergieron sobre el camión cuando nos acercábamos al Puente Elisabeth.

Fölkersam no había tenido tiempo de escapar. Tuve que tirarme un

farol para ganar unos minutos. Salí rápidamente del coche, me acerqué a un oficial y grité:

—¡Alto! ¿Adónde van? Déjenme hablar con su comandante.

Al descubrir que el comandante estaba momentáneamente en otra parte, intentando poner orden en el caos que reinaba en la plaza, le grité en alemán:

—Debemos evitar una guerra entre nuestros pueblos, que tendría consecuencias terribles.

Gané seis minutos, pero fue suficiente. Adrian tuvo tiempo de subir a toda nuestra gente al camión. Arranqué y me largué, dejando atrás a los húngaros desconcertados. Cuando llegué al aeropuerto, Nicky y sus amigos ya estaban a bordo de un avión militar alemán, que poco después los trasladó a Viena.

Niklas Horthy no gozaba de mucha popularidad, y su secuestro despertó escasa simpatía en Hungría. Pero la reacción del Regente Almirante Horthy no se hizo esperar. A las 14:00 horas, Horthy anunció por la radio nacional húngara: «Hungría ha solicitado a la Unión Soviética una paz por separado». A continuación, el Jefe del Estado Mayor del Ejército Húngaro emitió un comunicado: «Las negociaciones de alto el fuego están en curso».

Me dirigí de inmediato al cuartel general de nuestro cuerpo de ejército, donde me reuní con el general Wenck, que había llegado de Berlín varios días antes. Una vez allí, recibimos una llamada del agregado militar de nuestra embajada, alojado en un pequeño palacio en el Burgberg, para informarnos de que la Colina del Castillo estaba en estado de sitio y que le habían impedido el paso en todas las salidas. Poco después, cortaron las líneas telefónicas.

Eso lo decía todo. El general Wenck y yo acordamos que había llegado el momento de poner en marcha la Operación Panzerfaust, para la que ya habíamos hecho los preparativos.

~//~

Poco después, el general de policía de Varsovia trajo «Thor», un obús gigantesco de 650 milímetros cuyos proyectiles pesaban 2.058 kilogramos cada uno, capaz de perforar cualquier espesor de

hormigón conocido. Este monstruo solo se había utilizado dos veces: contra la fortaleza de Sebastopol y en Varsovia. El general de policía sugirió acabar con el Burgberg sin complicaciones usando el monstruo para destruir el palacio real. De ninguna manera iba yo a destruir un monumento histórico tan magnífico como el Burgberg. Así se lo dije, para su consternación.

Justo antes de la medianoche del 15 de octubre, un funcionario del Ministerio de Defensa húngaro se presentó en nuestro mando de cuerpo. Nos mostró una carta del ministro de Guerra que lo autorizaba a negociar con nuestras autoridades alemanas. Nuestra respuesta fue sencilla: no habría negociaciones hasta que se retirara la declaración de alto el fuego del almirante Horthy. Además, dado que nuestros diplomáticos eran prácticamente prisioneros en la Colina del Castillo, dimos al gobierno húngaro un ultimátum: si las minas y barricadas de la Carretera de Viena, que conducía a la embajada alemana, no se retiraban antes de las 6:00 de la mañana del día 16, nos veríamos obligados a concluir que Hungría consideraba a sus hermanos alemanes como el «enemigo» y actuaríamos en consecuencia.

Existía una camaradería fraternal natural entre Alemania y Hungría: llevábamos luchando contra el enemigo común desde junio de 1941, el mismo enemigo que había devastado Hungría veinte años antes. El partido Cruz Flechada de Szálasi había ganado un gran apoyo gracias a la amenaza comunista y contaba con muchos partidarios entre los oficiales más jóvenes del ejército húngaro. Por todo lo que había visto y oído, el ánimo en Hungría no era rendirse ante el este; era todo lo contrario.

Debo señalar aquí de paso que el almirante Horthy afirmaba haber estado «protegiendo» a la población judía de Hungría de ser deportada al área del Gobierno General de Polonia. Por ello, los judíos de Budapest sentían una honda preocupación ante la deposición de Horthy y el ascenso del partido Cruz Flechada. Pero ¿acaso no fue el líder del Comité de Rescate Judío Húngaro, Rezső Kasztner, quien había pactado con toda frialdad con Adolf Eichmann que, si perdonábamos a unos 1.650 de sus elegidos, poco le

importaba lo que sucediera con el resto de la población judía de Hungría? No digo esto para tomar partido por nadie. Para mí, los judíos no eran diferentes de cualquier otro ser humano. Simplemente señalo que, en el fondo, cada individuo tiene una tendencia natural a salvarse primero a sí mismo, y la preocupación por sus compatriotas queda en segundo plano.

Por mi parte, dado que nos superaban en número y armamento en proporción de tres a uno, creía que la única forma de mantener a Hungría en el bando alemán era lanzar un ataque sorpresa a las 6:00 de la mañana siguiente. Aun así, la posición de las fuerzas húngaras suponía un desafío formidable. La Colina del Castillo tenía casi tres kilómetros de largo y al menos 550 metros de ancho. Su guarnición, que dominaba el Danubio, había sido reforzada. El regente-almirante Horthy estaba custodiado por 3.000 soldados. Los cuarteles del regimiento húngaro, detrás de la Puerta de Viena, albergaban morteros y ametralladoras pesadas, todos dispuestos en posición de combate.

En el otro extremo de la colina se encontraban búnkeres armados, nidos de ametralladoras y tanques. Una barricada de piedra de tres metros de altura frente a la puerta de la ciudadela albergaba seis cañones antitanque y un regimiento fuertemente armado de unos 1.500 soldados.

En el Cuartel General del Führer habían planeado inicialmente una operación aerotransportada encabezada por un asalto de paracaidistas. Intentar semejante maniobra contra las fuerzas húngaras, fuertemente custodiadas y fortificadas, era, en mi opinión, una locura suicida. El único lugar de aterrizaje adecuado habría sido Vérmező, un parque largo y estrecho conocido como «Campo de Sangre», donde habían tenido lugar ejecuciones históricas en 1795. Si nuestras tropas hubieran aterrizado allí, el lugar habría vuelto a hacer honor a su nombre. Tendría que encontrar otra solución.

A las tres de la madrugada, reuní a todos mis oficiales en el Campo de Sangre y les di las instrucciones finales. La Colina del Castillo debía ser asaltada desde cuatro flancos simultáneamente. Cada grupo tenía sus propias tácticas para confundir a lo que, en ese

momento, eran para nosotros las fuerzas enemigas. Yo mismo atravesaría la Puerta de Viena en dirección al palacio. Tanques Panther y dos compañías de comandos protegerían mi retaguardia.

Mi entrada debía parecer un despliegue en tiempos de paz: los soldados de los camiones debían llevar las armas con el seguro puesto y mantenerlas ocultas bajo los laterales de los vehículos. Ordené que no se disparara ni un solo tiro desde nuestro bando, lo que incluía la prohibición estricta de responder a disparos aislados. A un minuto de las seis, di la señal para iniciar el asalto.

Pasamos junto a algunos soldados húngaros, que se quedaron asombrados cuando los saludé cordialmente. Sorprendentemente, nadie nos atacó en el camino y llegamos a la plaza de la fortaleza, frente al palacio. Una vez allí, todo pareció acelerarse al doble de velocidad. Ordené a mi conductor que se detuviera a la derecha e hice señas al tanque que me seguía para que embistiera directamente la barricada de hormigón de tres metros de altura, abriendo una gran brecha. Saltamos del coche y cruzamos corriendo la brecha hacia el patio de la fortaleza. Sonó la alarma. Un oficial apareció frente a nosotros, apuntó con su pistola y gritó algo. Mi jefe de Estado Mayor, Adrian Fölkersam, le arrebató el arma de la mano.

Los tanques húngaros y los nuestros quedaron frente a frente, amenazantes. Otro oficial del ejército húngaro hizo ademán de detenerme. Grité:

—¡Lléveme ante el comandante de la fortaleza inmediatamente! ¡No hay tiempo que perder!

Señaló una escalera de mármol cubierta por una magnífica alfombra roja. Subimos las escaleras a la carrera. Entramos en un pasillo y luego en una antesala. Habían empujado una mesa contra una ventana abierta. Sobre ella, un hombre disparaba al patio con una ametralladora. El Feldwebel Holzer simplemente agarró la ametralladora y la arrojó por la ventana. El tirador, tan sorprendido, cayó al suelo. A mi derecha había una puerta doble. Llamé y entré. Un general sentado ante un enorme escritorio se puso en pie.

—¿Es usted el comandante de la fortaleza?

—Sí, pero...

—Le exijo que rinda la fortaleza de inmediato. Seguro que oye los combates en el exterior. ¿Quiere ser responsable de un derramamiento de sangre entre aliados? Hemos rodeado todas sus posiciones. Cualquier resistencia es ya inútil y podría resultar muy costosa para usted y sus tropas.

En ese momento entró el Obersturmführer Hunke —«Chinaman»—, saludó e informó:

—Patio y entradas principales, estación de radio y ministerio de guerra ocupados. Solicito nuevas órdenes, Sturmbahnführer.

Saludó al general, que se volvió hacia mí.

—Enviaré oficiales de enlace con usted para que cese el fuego. ¿Debo considerarme prisionero?

—Si lo desea, Herr General. Pero tenga en cuenta que todos sus oficiales pueden conservar sus pistolas.

Se acordó que la orden de alto el fuego sería transmitida por varias patrullas de oficiales, cada una compuesta por un oficial húngaro y uno de los míos.

Dejé al general y me topé con un grupo de oficiales alterados y de aspecto hostil. Escogí a dos capitanes del ejército húngaro que me parecieron especialmente nerviosos, me los llevé como oficiales de enlace y, junto con Fölkersam y algunos de mis colegas de Friedenthal, partí en busca del administrador del Reich, el regente almirante Horthy.

Al final, tuve que aceptar que Horthy no estaba en el palacio. Había huido de su residencia a las 5:45 de aquella mañana y se alojaba en casa del Graf Karl von Pfeffer-Wildenbruch, buen amigo del Kaiser Guillermo II, el último emperador alemán y rey de Prusia, obligado a abdicar en 1918 y fallecido hacía poco más de tres años. Horthy no había dejado al general al mando orden alguna para la defensa del Burgberg.

A las 6:30 de la mañana, todo había terminado. Habíamos perdido dieciséis hombres: cuatro muertos y doce heridos. Las bajas del bando húngaro fueron igual de leves: tres muertos y quince heridos.

A las 9:30 de aquella mañana, reuní a todos los oficiales húngaros, unos cuatrocientos, y les dirigí unas palabras:

—En este lugar histórico, quisiera que recordaran ante todo que los alemanes no han luchado contra los húngaros en siglos, y que yo, como vienés, jamás podré olvidar nuestra liberación común de 1718. La situación actual es tan grave que los soldados europeos, cualquiera que sea su fe o sus opiniones políticas, deben permanecer unidos, especialmente húngaros y alemanes. A partir de mañana, quien lo desee podrá volver a comandar su regimiento, su batallón o su compañía. Nadie tiene derecho a obligar a un hombre a luchar contra su voluntad y sus convicciones. Debemos luchar voluntariamente. Por tanto, pido a quienes deseen continuar la lucha a nuestro lado que den un paso al frente.

Todos los oficiales húngaros dieron un paso al frente. Estreché la mano a cada uno de ellos.

~//~

El 16 de octubre, el partido Cruz Flechada de Szálasi tomó el poder. No hubo oposición.

Capítulo 17

El 20 de octubre de 1944, fui convocado a Wolfsschanze y me comunicaron que Hitler quería que le informara en persona sobre la Operación Panzerfaust. Al llegar, descubrí que se habían producido enormes cambios desde poco antes, cuando me habían encomendado mantener a Hungría de nuestro lado. Para empezar, resultaba evidente que Wolfsschanze estaba a punto de trasladarse. La Guarida del Lobo corría peligro de convertirse en un «cuartel general del frente» no solo de nombre, sino de hecho. Estaban trasladando el Alto Mando antes de que quedara al alcance de los cañones del Ejército de EE. UU. Nada más entrar en la oficina del ayudante, el general de división Jodl me comunicó que Der Führer quería hablar conmigo a solas. La cálida bienvenida del Líder me tranquilizó.

—A partir de ahora eres Obersturmbannführer de las Waffen-SS, teniente coronel Skorzeny, y te concedo personalmente la Cruz Alemana en Oro. No, no hace falta que me lo agradezcas. Apruebo de antemano todas las condecoraciones que propongas para tus soldados. Llévale tus propuestas a Günsche, mi ayudante. Y ahora, cuéntame cómo fue en Budapest.

Nos sentamos en una pequeña habitación de su búnker. El aire estaba viciado, pero él parecía más tranquilo que la última vez que lo había visto. Su mano izquierda no temblaba tanto. Me escuchó sin interrumpirme. Estaba a punto de despedirme cuando me retuvo. Entonces me contó con todo detalle el plan de lo que hoy se conoce como la ofensiva de las Ardenas, lo que los libros de historia aliados llaman la Batalla de las Ardenas.

—Skorzeny, el mundo cree que Alemania está acabada y que solo queda anunciar el día y la hora del funeral. Voy a demostrarles lo equivocados que están. El cadáver se levantará y se lanzará con furia contra Occidente. Entonces veremos.

Hitler me indicó que lo siguiera hasta un mapa de pared. Señaló cómo los ejércitos alemanes habían sido rechazados hasta las posiciones que ocupaban en 1940, antes de lanzar la guerra

relámpago que había destrozado Francia y expulsado a los británicos del Continente en tres semanas. Ahora bien, lo último que nadie podía prever era un segundo ataque en el mismo sector: asestar un mazazo que partiría en dos el frente aliado en las Ardenas.

Puso el dedo sobre el puerto belga de suministros de Amberes, el objetivo, al que había que llegar en una semana. El enemigo en el norte de Bélgica y los Países Bajos quedaría aislado y sería arrojado al mar. El resto de los ejércitos estadounidenses, al sur de Amberes, quedarían desperdigados a lo largo de casi ochocientos kilómetros, desde el mar del Norte hasta Suiza. Con el ala norte cercenada, preferirían negociar la paz a seguir luchando.

Tal era el panorama que Der Führer me presentó el 20 de octubre. Visto con perspectiva, puedo afirmar que aquel grandioso plan era, en realidad, imposible. El lugar, el momento, incluso el concepto mismo de una contraofensiva alemana, resultaba impensable para los llamados «expertos» de ambos bandos. Cualquier sugerencia de que la presa saltaría al cuello de sus cazadores era absurda. Lo que los Aliados no podían imaginar era que Hitler había abandonado la lógica militar y ahora lo dominaba la intuición política.

El Líder continuó:

—Pretendo explotar la inquietud de los Aliados ante los avances rusos, que están adentrando a los comunistas en el corazón de Europa Occidental. Creo que muchos líderes británicos y estadounidenses acogerán con agrado cualquier oportunidad de frenar al Oso Ruso, pero ahora mismo no pueden hacer nada frente a la admiración de los pueblos por sus «heroicos aliados soviéticos». Una sacudida violenta podría hacer entrar en razón a las masas. Si se enfrentan a un segundo Dunkerque, podrían estar dispuestos a rendirse. Si eso ocurre, podríamos firmar una tregua con Occidente y volcar todas nuestras fuerzas contra Rusia.

Debo decir que, mientras Hitler seguía desarrollando y exponiendo sus ideas, llegué a la conclusión de que nuestro gran Líder podría estar perdiendo el sentido de la realidad.

—Llevo esperando esta oportunidad desde que estadounidenses y británicos desembarcaron en Normandía. Las líneas de suministro

aliadas están al límite, su material se ha desgastado por los combates continuos, y sus ejércitos pecan de exceso de confianza al tiempo que están exhaustos.

—Por otro lado —dijo, mientras su brazo izquierdo empezaba a temblar de nuevo y sus ojos adquirían un brillo febril que sugería que quizá estuviera perdiendo la cordura—, esperamos miles de tanques, cañones y aviones a reacción nuevos de nuestras fábricas. Las carreteras desde la Patria hasta el frente son cortas. Nuevas divisiones quedarán libres para operar en Occidente en cuanto sellemos el frente del sureste.

Me mostré deliberadamente evasivo, pero no quería provocar el humor cada vez más sombrío de Hitler.

—Eso suena prometedor, mi Führer.

—Lo es, mi querido coronel Skorzeny. Con toda probabilidad te confiaré la misión más importante de tu carrera como soldado. En el transcurso de esta ofensiva, cuyos conceptos básicos acabo de explicarte, y que obviamente es de máximo secreto —probablemente no hace falta que te lo diga—, tú y tus comandos especiales ocuparéis uno de los puentes del Mosa entre Lüttich y Namur antes de que los vuelen.

—Debes formar una brigada blindada que imite al enemigo. Tu gente se infiltrará tras las líneas enemigas con uniformes ingleses o estadounidenses y conducirá vehículos enemigos. Se mezclarán con el enemigo y harán todo lo posible por desmoralizarlo y sembrar la confusión.

—Pero *mein* Führer —me atreví a decir—, todo hombre que participe en semejante operación será fusilado de inmediato si lo capturan.

—Cuando finalmente combatan, lo harán con uniformes alemanes —respondió Hitler—. Sé que los estadounidenses emplearon la misma táctica en Aquisgrán. Les daremos a esa gente una cucharada de su propia medicina. Sé que dispones de poco tiempo para organizar una operación de tal envergadura, pero también sé que darás lo mejor de ti. El Generaloberst Jodl responderá a tus preguntas sobre los detalles.

—Una cosa más: no quiero que cruces personalmente la línea del frente bajo ninguna circunstancia. Debes estar en el frente durante la ofensiva. Pero sería una catástrofe que resultaras herido o capturado ahora. Confío plenamente en ti, mi querido Skorzeny —dijo, agarrándome el antebrazo con la mano derecha—. Nos veremos pronto.

Y así fue como me encomendaron la Operación *Greif:* Grifo, el animal mítico, mitad águila y mitad león.

~//~

De haber contado con toda la cooperación y ayuda del mundo, podría haber preparado mis fuerzas en seis meses, quizá incluso cinco apurando al máximo. Pero pronto comprendí que tendría que luchar con uñas y dientes por cualquier apoyo. Casi ninguno de los jefes del Ejército ajenos al estado mayor personal de Hitler había sido informado de lo que se avecinaba. El único comandante que lo sabía todo, y cuyo respaldo resultaba más esencial, el mariscal de campo von Rundstedt, se oponía rotundamente a todo el plan.

Karl Rudolf Gerd von Rundstedt, de sesenta y nueve años, encarnaba la imagen perfecta del oficial militar de un siglo atrás. Nacido en el seno de una familia con larga tradición castrense, había ingresado en el Ejército Prusiano en 1892, dieciséis años antes de que yo naciera. Durante la Primera Guerra Mundial sirvió principalmente como oficial de estado mayor. En el período de entreguerras prosiguió su carrera militar, alcanzando el rango de *Generaloberst* antes de retirarse en 1938.

Lo habían llamado de nuevo al comienzo de la Segunda Guerra Mundial como comandante del Grupo de Ejércitos Sur en la invasión de Polonia. Comandó el Grupo de Ejércitos A durante la Batalla de Francia y fue ascendido a mariscal de campo en 1940. En la invasión de la Unión Soviética había comandado el Grupo de Ejércitos Sur, al frente del cual llevó a cabo el mayor cerco de la historia, la Batalla de Kiev, así como la mayor matanza del Holocausto hasta esa fecha, en Babi Yar. Fue relevado del mando en diciembre de 1941, pero lo llamaron de nuevo en 1942 y lo nombraron Comandante en Jefe en

Occidente.

En julio de 1944, von Rundstedt había sido destituido tras una acalorada discusión con Hitler, pero en septiembre lo llamaron de nuevo como Comandante en Jefe en el Oeste para dirigir el ataque de las Ardenas. Pero eso no significaba que estuviera ni mucho menos comprometido con el plan. En privado, lo calificó de «estúpido y absurdo». No confiaba en él en absoluto. ¿Por qué, entonces, aceptó liderarlo? Porque, como él mismo se lamentaría después: «Como comandante en jefe, descubrí que la presión de Hitler a mis espaldas era siempre mucho peor que la de los Aliados de frente. Solo tenía independencia suficiente para cambiar la guardia de mi puerta».

El orgullo de von Rundstedt sufrió otra afrenta cuando el Líder me convocó personalmente para darme instrucciones. Quedó claro que mi nueva brigada se formaría a pesar de él.

Debía formar una unidad especial para la misión que Hitler me había encomendado: la 150.ª Brigada Panzer.

Con la plena aprobación del Generaloberst Jodl, la 150.ª estaría compuesta por dos compañías de tanques, cada una equipada con 10 tanques Sherman; 3 compañías de reconocimiento blindado con 10 vehículos blindados estadounidenses; 2 compañías antitanque; 3 batallones de infantería motorizada con camiones estadounidenses, unidades de reconocimiento y una compañía de cobertura; 1 compañía de misión especial; 1 compañía antiaérea ligera; 1 compañía de transmisiones; y 1 cuartel general de regimiento para las secciones de mando de brigada y de cada batallón. Esto me daría una fuerza total de 3.300 hombres, todos voluntarios. En teoría, todos debían llevar uniformes estadounidenses sobre los alemanes.

El Alto Mando me había prometido veinte tanques Sherman para la Operación *Greif*. En total, recibí *dos*, y solo uno funcionaba. Como medida provisional, modificamos 12 de nuestros Panthers para que parecieran Shermans, con la esperanza de engañar a los jóvenes soldados enemigos desde lejos y con poca visibilidad. Encontramos dificultades similares con las 23 ametralladoras, 247 jeeps, 32 vehículos blindados de oruga y 193 camiones que había solicitado.

Tuvimos que improvisar todo.

Y entonces, el propio Alto Mando cometió uno de los peores errores de la guerra, dejándome completamente en la estacada con los 3.300 voluntarios de habla inglesa. El mariscal de campo Keitel firmó una circular para todas las unidades en Alemania:

«MUY SECRETO: Solo para Mandos de División y de Ejército.

»Todas las unidades del Frente Occidental deberán comunicar antes del 10 de octubre los nombres de aquellos oficiales, suboficiales y soldados rasos dispuestos a presentarse voluntarios para una misión especial en el teatro occidental. Los voluntarios deben gozar de buena salud, tener experiencia en combate cuerpo a cuerpo y dominar el inglés. Serán enviados a Friedenthal, donde quedarán bajo el mando del Teniente Coronel Skorzeny».

Estoy seguro de que los cuarteles generales de división copiaron esta orden y la enviaron a cada regimiento, batallón y compañía. El servicio de inteligencia estadounidense la tuvo en sus manos ocho días después de su difusión.

Casi me ahogo de rabia. Al principio, semejante estupidez parecía increíble y sospeché sabotaje. Hoy creo que fue una torpeza de tal magnitud que resultó peor que la traición. Me parecía ya que la Operación *Greif* estaba condenada al fracaso, y consideré necesario que Hitler supiera exactamente por qué.

Pero el destino me tenía reservada una mala jugada. El General der Waffen-SS Fegelein, el enlace de Himmler con Hitler, interceptó mi informe y declaró que bajo ninguna circunstancia debía informarse al Führer de este «incidente molesto». El Generaloberst Jodl, tan conmocionado como yo, me dijo que debía transmitirse. Himmler, que por entonces quería bombardear Nueva York con V-1, compartía la opinión de Fegelein, y así Hitler nunca recibió lo que yo consideraba un mensaje vital.

Pero las cosas iban a empeorar mucho más. Los expertos enviaron 600 voluntarios para las pruebas. Diez hablaban inglés con fluidez; 40 lo hablaban bastante bien; 150 podían hacerse entender; 200 chapurreaban el inglés; y 200 solo sabían decir sí o no. *Cincuenta de 3.300. Un desastre en ciernes.* Por tanto, era imposible formar una

«brigada de habla inglesa». El OKW lo reconoció y acordó que la brigada solo avanzaría con uniforme enemigo si el enemigo estaba en plena retirada. Esto, al menos, me permitió reservar a los soldados con mejor dominio del inglés para la compañía de comandos, cuya misión era infiltrarse tras las líneas enemigas, realizar labores de reconocimiento, cortar líneas telefónicas, dar órdenes falsas y sembrar la confusión. Solo debían usar sus armas en caso de extrema emergencia, y exclusivamente vistiendo el uniforme alemán. Mientras mis comandos respetaran estos principios, no violarían el derecho internacional. Pero si entraban en combate con el uniforme enemigo o incluso abrían fuego, se les consideraría culpables de crímenes de guerra y serían sentenciados en consecuencia.

Solicité al Alto Mando unidades adicionales para la Operación *Greif* que, junto con los dos batallones de mis unidades de comandos y el resto de los 600 voluntarios, sumaban una fuerza total de 2.000 hombres, aproximadamente el 60 % de lo prometido. Posteriormente designamos a ciento veinte voluntarios como hablantes. A todos los demás se les ordenó tajantemente que mantuvieran la boca cerrada. Si se veían obligados a participar en una conversación, debían murmurar o responder con monosílabos.

Ni los voluntarios ni los oficiales y soldados de mis propias unidades conocieron los objetivos de la Operación *Greif* hasta uno o dos días antes de entrar en acción. Es fácil imaginar los rumores descabellados que rodearon la misión de la unidad. Uno de los más escandalosos, y el que más rápido y más lejos se propagó, fue que íbamos a secuestrar al General Eisenhower.

Enviamos a los candidatos más brillantes a la escuela de intérpretes, pero cuando regresaron surgieron nuevos problemas. Nos dijeron que actuaríamos casi exclusivamente contra el sector estadounidense del frente, por lo que todos nuestros hombres debían hacerse pasar por estadounidenses. Enviamos a algunos voluntarios a los campos de prisioneros para que «se empaparan» del idioma. Por lo general, los prisioneros reales «se empapaban» primero de la situación, y al menos un impostor recibió una buena

paliza en una de estas «escuelas de refinamiento». Al final, tuve que aconsejar a la mayoría de los hombres que pasaran corriendo junto al enemigo con los dientes apretados, fingiendo estar aturdidos por el fuego de artillería.

Pero estaba claro que habría circunstancias en las que, callados o no, nuestros hombres disfrazados quedarían expuestos a un escrutinio minucioso. Tendríamos que enseñarles el «comportamiento G.I.», y eso no significaba el ladrido de un sargento de instrucción prusiano. Cada vez que me encontraba con un grupo, se cuadraban. «Relájense», les decía. Inmediatamente golpeaban las botas y adoptaban la posición de «descanso». Inútil.

Hora tras interminable hora intentaba inculcarles que *pasaran paseando*, con las manos en los bolsillos; que mascaran chicle, que sacaran un cigarrillo del «paquete» con un golpecito. Los adiestraba para ser «estadounidenses», para adquirir esas artes tan naturales en el enemigo: ojos que «no veían» y, por tanto, no saludaban a su oficial fuera de servicio. Los alemanes simplemente no podían asimilar el estilo de vida democrático que los verdaderos estadounidenses exhibían con tanta naturalidad.

Finalmente, clasifiqué a mis hombres —casi 3.500— y los instalé en un campo de entrenamiento especial cerca de Núremberg. Nombré jefes de sección a los mejores jóvenes y esperé a que llegara el equipo estadounidense. El General Jodl había prometido que habría suficiente para todos: «Solo pide lo que quieras». Para entonces, ya tenía experiencia en reducir mis necesidades al mínimo. Decidí sacrificar todos los extras, incluso las cocinas de campaña, en favor de la potencia de fuego. Ya habíamos lidiado con el horrible desastre de los tanques Sherman. Habíamos usado piezas de hojalata para alterar los contornos de los Panthers que finalmente empleamos.

Karl Radl, con su habitual humor sardónico, dijo: —Cuanto más lejos estés de ellos, mejor aspecto tienen. Con muchísima suerte, *podrían* pasar por Shermans a un kilómetro y medio de distancia, al anochecer.

Llegaron seis vehículos blindados estadounidenses. A base de protestar, conseguimos cuatro más, pero eran británicos. ¿Cómo

íbamos a explicar su presencia en un sector estadounidense? La discusión terminó de golpe cuando los cuatro se averiaron en las pruebas. Era evidente que los habían abandonado por inservibles. Camuflamos coches alemanes con pintura caqui y estrellas blancas en el capó, y confiamos en que todo saliera bien.

Luego vinieron los jeeps. Parecía que uno de cada dos oficiales que conocía había capturado un jeep para su uso personal, pero el día en que la orden de Jodl los requisó, todos los jeeps de Alemania se esfumaron. Vaya con la requisa. Nuestros buscadores, al mando del indomable Karl Radl, encontraron quince jeeps escondidos en graneros y almacenes. Pintamos algunos Ford alemanes, algunos coches checos y los vehículos franceses que pudimos encontrar con el mismo patrón de caqui y estrella blanca.

Llegaron las armas: la mitad de las que queríamos, pero más de las que esperábamos. Llegaron varios vagones llenos de proyectiles estadounidenses, pero la mayoría explotaron al día siguiente por culpa de la torpeza de los recién llegados al descargarlos. Al final, solo la compañía de comandos especiales pudo equiparse con armas estadounidenses.

La respuesta del Alto Mando fue de una estupidez singular y nada prometedora: —¿Por qué preocuparse? Habrá de sobra cuando los estadounidenses salgan corriendo.

El primer cargamento de uniformes tuvo que devolverse: eran británicos. Luego recibimos un surtido de abrigos estadounidenses. Como las tropas enemigas llevaban chaquetas de campaña, no nos servían de nada. Por fin aparecieron chaquetas de campaña, pero, para nuestra desgracia, cubiertas de triángulos de prisionero de guerra que hubo que arrancar como se pudo. —No importa —me dijo el OKW una vez más—. Podrás coger todo lo que quieras después de romper el frente.

Como no encontré ni un solo uniforme estadounidense de mi talla, tuve que conformarme con un jersey caqui.

~//~

Pero, pese a todos estos problemas, mis mayores preocupaciones

surgieron durante las reuniones del Alto Mando en la Cancillería de Berlín. Hitler había abandonado Wolfsschanze a los rusos. El lúgubre aullido de las sirenas antiaéreas se correspondía con la sensación de malestar y abatimiento que impregnaba las reuniones. En cada una de las tres reuniones, el número prometido de hombres y material para la ofensiva principal fue menguando.

Cuando Hitler me hizo partícipe de sus planes por primera vez, había hablado de seis mil cañones machacando la línea del frente aliada; de mil tanques abriendo camino hacia Amberes; de tres mil aviones a reacción que Göring estaba construyendo para disputar a los aliados el dominio del cielo. Ahora resultaba evidente que jamás podríamos acercarnos siquiera a esas cifras. Por culpa del bombardeo incesante, el nuevo armamento no salía de las líneas de producción a tiempo. No había forma de conseguir más hombres ni más material. Cada comandante, sobre todo en el Este, se aferraba a lo poco que tenía. Ni un solo hombre, ni una sola arma podían cederse. Así de simple.

La reunión final en la Cancillería del Reich fue macabra. La ofensiva, que debería haber comenzado el 1 de noviembre, luego el 1 de diciembre, se pospuso hasta el 16 de diciembre por falta de material y en previsión de mal tiempo. En vísperas del inicio de la Ofensiva de las Ardenas, descubrí atónito que, en lugar de los 3.000 aviones prometidos, teníamos 250.

Capítulo 18

Establecí mi puesto de mando en Schmidtheim el 15 de diciembre. Nadie durmió esa noche. Nuestra artillería entró en acción a las cinco de la mañana del sábado 16 de diciembre de 1944. Los grupos X, Y y Z estaban en posición, junto con el I Cuerpo Panzer de las Waffen-SS en el sector de Losheim-Graben. Mi operador de radio informó de combates intensos. Entonces llegó la catástrofe. El Obersturmbahnführer Hardiek, de mi mismo rango, comandante del Grupo Z, cayó muerto. Fölkersam asumió el mando del Grupo Z. Cuando conduje hasta Losheim esa tarde para evaluar la situación sobre el terreno, comprendí que nuestra ofensiva se había atascado. Las estrechas carreteras estaban colapsadas con todo tipo de vehículos y tuve que recorrer más de diez kilómetros a pie para llegar a Losheim.

Al día siguiente fue aún peor. Resultaba evidente que nuestros grupos no podían avanzar. Decidí esperar un día más. No podíamos alcanzar el Mosa hasta que nuestros panzers hubieran cruzado el Alto Venn, la meseta cercana a la frontera germano-belga.

Mientras tanto, envié a treinta hombres del comando especial a infiltrarse entre las líneas en el sector sur del frente. Cuando llegaron los primeros prisioneros estadounidenses, me puse a hablar con un teniente. Los habían pillado completamente desprevenidos. Los estadounidenses creían estar en un sector tranquilo. El mal tiempo y la niebla habían impedido la intervención de su fuerza aérea.

Hacia la medianoche me enteré de que el 1.º Regimiento Panzer de la Leibstandarte Adolf Hitler, comandado por Jochen Peiper, había pasado a la ofensiva y abierto una brecha para nuestros grupos de combate.

La mañana del 17 me dirigí al frente para inspeccionar las unidades de comando. Las carreteras estaban ya completamente atascadas. Era imposible llegar al I Cuerpo Panzer-SS en el frente. La mañana del 18 empezamos a sufrir escasez de combustible. Ya nadie hablaba de alcanzar los puentes del Mosa. Por ello, radié al general Jodl que ponía mi brigada a disposición del I Cuerpo Panzer.

El miércoles 20 de diciembre decidí atacar Malmédy con una docena de tanques a la mañana siguiente. Como había combate, nadie llevaba uniformes estadounidenses. El intenso fuego de artillería enemigo y una tremenda contraofensiva de tanques estadounidenses hicieron fracasar nuestro plan. El 23 se despejaron los cielos y el Cuerpo Aéreo del Ejército de los EE. UU. lanzó ataques masivos sobre Malmédy, que seguía en manos de las tropas estadounidenses.

Contra lo que yo creía, la ciudad no había sido evacuada. Aun así, mi unidad de comando, sin saber que estaba tras las líneas enemigas, actuó con serena eficacia. Pero nuestro ataque a Malmédy nos costó numerosas bajas, entre ellas Fölkersam, que apenas logró retirarse, y nos vimos obligados a permanecer a la defensiva. Poco después me alcanzaron. Sufrí una herida leve en la pierna, que no me preocupó, y otra más grave por encima del ojo derecho. Al principio temí perder el ojo. Los médicos del puesto de mando de la división querían enviarme a retaguardia, pero me negué.

Lo que nos faltaba eran armas pesadas. El 24 de diciembre recibimos por fin una batería de ocho morteros. Demasiado poco, demasiado tarde. Con los refuerzos, teníamos ahora 20 morteros. Para entonces habían destruido la mayoría de nuestros tanques, así que un nuevo ataque era imposible. Al día siguiente fui a buscar a Adrian Fölkersam, que había establecido su puesto de mando a solo cuatrocientos metros de la línea principal de resistencia.

Mientras estábamos allí, nos topamos con una patrulla estadounidense: media docena de soldados capturados que parecían bastante amistosos. El suboficial estadounidense al mando nos dejó escuchar por su walkie-talkie mientras uno de nuestros angloparlantes, haciéndose pasar por yanqui, entablaba conversación con la unidad estadounidense. La cosa tuvo su gracia hasta que nuestro hombre «se pasó de la raya» con sus relatos cada vez más disparatados e inverosímiles. Cuando finalmente anunció que una formación de submarinos voladores atacaría pronto las líneas estadounidenses, el oficial estadounidense gritó:

—¡Estás borracho! ¡Vuelve aquí inmediatamente, soldado! ¡Es una orden!

Me volví hacia el suboficial, sonreí y dije:

—No se preocupe. Nosotros también los tenemos en nuestras unidades.

El sargento, sorprendido, preguntó:

—¿Dónde aprendió esa jerga?

—No todos los alemanes somos estúpidos, ¿sabe? Un día, cuando acabe esta guerra, quizá descubra que no todos somos malos.

—¿Le importa si pregunto...?

—¿De dónde saqué la cicatriz? De un duelo. Esa *es* una de nuestras tradiciones alemanas. Por cierto, me llamo Otto Skorzeny.

—Jimmy Larsen.

—¿Sueco?

—Supongo. Hace mucho tiempo, de todos modos.

~//~

El 28 de diciembre nos relevó una unidad de infantería que cubría el flanco norte del I Cuerpo Panzer-SS. Nuestro ataque, y con él *Greif*, había fracasado. No habíamos alcanzado los puentes del Mosa. Solo ocho escuadras, cada una compuesta por cuatro falsos estadounidenses, se habían infiltrado tras las líneas enemigas: un total de 32 hombres. Veinticuatro regresaron. Ocho fueron dados por desaparecidos el 29 de diciembre de 1944. Ese día enviaron al resto de la 150.ª Brigada Panzer a Schlierbach, al este de St. Vith, a descansar. La brigada se disolvió poco después.

~//~

El 30 de diciembre me dediqué a pasear por la zona entre las dos poblaciones. La nieve, que llegaba hasta los tobillos en el centro de Schlierbach, me cubría las rodillas cuando alcancé las afueras. El paisaje era una mezcla de tierra bombardeada y cabañas campestres de entramado de madera intactas. Cuando el sol dio paso a un crepúsculo frío, una ráfaga repentina de viento, seguida de una breve lluvia cortante, me obligó a buscar refugio hasta que pasara el

vendaval. Me acerqué a una estructura parcialmente en ruinas que aún parecía conservar las cuatro paredes intactas.

Al llegar a la entrada, me conmovió profundamente el sonido de unas pocas voces masculinas cantando *Lili Marleen*, una canción de amor que Goebbels había prohibido, pero que se había extendido entre los soldados alemanes rasos mientras evocaban el hogar y a un ser querido, quizás perdido ya para siempre:

Vor der Kaserne, vor dem großen Tor
Stand eine Laterne und steht sie noch davor
So woll'n wir da uns wiedersehn
Bei der Laterne woll'n wir steh'n
Wie einst, Lili Marleen
Wie einst, Lili Marleen

Más conmovedor aún, a sus voces se sumaron las de otros hombres que cantaban en inglés. Desde que Marlene Dietrich, nacida en Alemania, la introdujera en Occidente un año o dos antes, se había convertido en un fenómeno mundial que, pese a sus orígenes, trascendía las diferencias de raza, nación y política, uniendo a los seres humanos de ambos bandos de la guerra con el hilo común del amor entre un hombre y una mujer.

Outside the barracks, by the corner light
I'll always stand and wait for you at night
We will create a world for two
I'll wait for you the whole night through
For you, Lili Marleen
For you, Lili Marleen

Corneta, esta noche no toques llamada a las armas
Quiero otra velada con sus encantos
Luego nos diremos adiós y nos separaremos
Siempre te llevaré en mi corazón
Conmigo, Lili Marleen
Conmigo, Lili Marleen

Dame una rosa para mostrar cuánto te importo
Ata al tallo un mechón de cabello dorado

Seguramente mañana te sentirás triste
Pero entonces llegará un amor nuevo
Para ti, Lili Marleen
Para ti, Lili Marleen

Entré en el edificio y me vi rodeado de seis jóvenes soldados. La mitad vestían guerreras del ejército alemán; los demás, chaquetas de campaña estadounidenses. Por sus insignias, supuse que todos eran soldados rasos, ninguno mayor de veinticinco años. Estaban sentados en torno a una fogata improvisada, compartiendo con camaradería raciones del ejército y dos botellas de vino peleón. Una atmósfera de nostalgia agridulce flotaba en la estancia. Al día siguiente, estos hombres estarían en bandos opuestos, intentando matarse entre sí, ¿y para qué? Esa noche eran hermanos, hijos del mismo Dios, el amante, el esposo, el hijo o el padre de alguien.

Nadie pareció reparar en que llevaba las charreteras de un Obersturmbahnführer de las Schutzstaffel, o, si lo hicieron, no pareció importarles. No era ni más ni menos que ellos, y los hombres me acogieron en su círculo, me pusieron una botella en la mano y me pasaron un plato de papel con algo de comer que jamás habría llegado al comedor de oficiales.

Como conocía tanto la letra inglesa como la alemana, mucho más sombría, me sumé a cada estribillo, experimentando algo que no había sentido en más de una década: la calidez y la suavidad envolvente de Lisbeth Hollander, que había muerto demasiado joven de cáncer en 1942, y que, pese a la diferencia de edad y los azares del destino que acabaron separándonos, era, y siempre sería, mi único amor.

No sé cuánto tiempo permanecí en aquel cálido capullo de camaradería, pero sé que, mientras recorría a pie los pocos kilómetros de vuelta a mi cuartel general, no era la oscuridad lo que tanto me impedía encontrar el camino. Eran las lágrimas.

~//~

Al atardecer del día siguiente, Nochevieja, con la esperanza de recuperar una vez más lo que había perdido y reencontrado la noche

anterior, volví caminando hacia la casa donde había estado. Al acercarme, algo no encajaba. Una fina voluta de humo negro se elevaba desde lo alto del edificio. Al acercarme más, vi horrorizado que el humo no provenía de un fuego: lo que había sido el tejado de la casa ya no existía. Una bomba, un proyectil de mortero, *algo* grande y mortífero había destruido lo que allí hubo.

No sabía cuándo había ocurrido, pero al entrar en lo que quedaba de la casa y ver los restos entremezclados de los cuerpos, la mezcla de uniformes estadounidenses y alemanes, la unión de enemigos en la definitiva igualdad de la muerte, supuse que debió de suceder la noche anterior. *Dios*, pensé, *esto podría haber ocurrido minutos después de que abandonara aquel grupo tan entrañable*. *Unos minutos más y uno de esos cuerpos podría haber sido el mío*.

Regresé muy despacio a mis aposentos. Dormí poco, si es que dormí, mientras 1944 daba paso a 1945.

~//~

En retrospectiva, *Unternehmen Wacht am Rhein* («Operación Guardia en el Rin»), la Ofensiva de las Ardenas, que se prolongó desde el 16 de diciembre de 1944 hasta el 25 de enero de 1945, fue nuestra última gran campaña ofensiva en el frente occidental durante la Segunda Guerra Mundial. Se lanzó atravesando la región densamente boscosa de las Ardenas de Valonia, en Bélgica, Francia y Luxemburgo. El ataque sorpresa pilló completamente desprevenidas a las fuerzas aliadas. Las fuerzas estadounidenses soportaron el grueso del ataque y sufrieron las mayores bajas de toda la guerra. La batalla también mermó gravemente nuestras fuerzas blindadas, que en gran medida no pudimos reponer.

La ofensiva alemana pretendía impedir que los aliados utilizaran el puerto belga de Amberes y dividir sus líneas, lo que nos permitiría rodear y destruir cuatro ejércitos aliados y obligar a los Aliados occidentales a negociar un tratado de paz favorable. Una vez logrado esto, podríamos concentrarnos por completo en los soviéticos del Frente Oriental.

De hecho, logramos una sorpresa total la mañana del 16 de

diciembre de 1944, gracias a una combinación de exceso de confianza aliado, la obsesión de los Aliados con sus propios planes ofensivos y un reconocimiento aéreo deficiente. Atacamos un sector poco defendido de la línea aliada, aprovechando el cielo encapotado que mantuvo en tierra a la muy superior aviación aliada.

Aunque el asedio de Bastogne suele considerarse el punto central donde se detuvo la ofensiva alemana, la batalla por la cresta de Elsenborn fue en realidad el componente decisivo, ya que frenó el avance de nuestras unidades blindadas mejor equipadas y las obligó a desviarse por rutas alternativas desfavorables que ralentizaron considerablemente su progreso.

La feroz resistencia en torno a la cresta de Elsenborn y, en el sur, en torno a Bastogne, nos bloqueó el acceso a carreteras clave hacia el noroeste y el oeste, vitales para el éxito de la operación. Las columnas de blindados e infantería que debían avanzar por rutas paralelas acabaron confluyendo en las mismas carreteras. Esto, sumado a un terreno que favorecía a los defensores, retrasó nuestro avance y permitió a los Aliados reforzar sus escasas tropas. La mejoría del tiempo permitió ataques aéreos contra nuestras fuerzas y líneas de suministro, lo que selló el fracaso de la ofensiva. Tras la derrota, muchas unidades veteranas quedaron gravemente mermadas en hombres y material, y los supervivientes se replegaron hacia las defensas de la Línea Sigfrido.

Nuestro ataque inicial contó con 406.000 hombres, 1.214 tanques, cazacarros y cañones de asalto, y 4.224 piezas de artillería. Estas fuerzas se reforzaron un par de semanas después, hasta alcanzar unos 450.000 soldados y 1.500 tanques y cañones de asalto. Entre 67.200 y 125.000 de nuestros hombres murieron, desaparecieron o resultaron heridos en combate. En el bando estadounidense, de los 610.000 soldados que participaron en la batalla, hubo 89.000 bajas. Fue la batalla más grande y sangrienta librada por Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial.

Nuestra tarea, por insignificante que pareciera en el contexto de lo que se conoció como «la Batalla de las Ardenas», consistía en infiltrarnos tras las líneas estadounidenses para cambiar las señales

de tráfico, desviar vehículos, sembrar el caos en general y apoderarnos de los puentes sobre el río Mosa. Aunque a la postre menos de 24 soldados participaron directamente en la Operación *Greif*, salvo en lo referente a la toma de los puentes del Mosa, el éxito fue sorprendente.

~//~

Regresé al cuartel general de Hitler en Ziegenberg el dos de enero. Cuando Der Führer me vio con la cabeza vendada, insistió en que sus médicos me examinaran antes de contarle nada sobre nuestra operación. Mi herida se había infectado y por fin recibí el tratamiento adecuado, cortesía del Dr. Stumpfegger. Hitler se mostró aliviado de que no hubiera perdido el ojo y hablamos durante media hora.

Lamentó que la ofensiva no hubiera alcanzado su objetivo. Nuestros panzers, atascados los dos primeros días mientras las fuerzas aéreas enemigas permanecían en tierra por el mal tiempo, no pudieron avanzar con la rapidez necesaria por aquellas carreteras imposibles. Las divisiones de infantería habían avanzado tan rápido como nuestras divisiones panzer. Aun así, el enemigo había sufrido grandes pérdidas y, en cualquier caso, nuestra ofensiva había asestado un duro golpe a la moral estadounidense y británica.

—Lo más importante —dijo— es que el soldado estadounidense o británico creía que aquello iba a ser un paseo militar. Sus comandantes se lo habían hecho creer. Pero entonces, el moribundo se levantó y atacó. No podíamos quedarnos esperando a que nos retorcieran el cuello. La única solución para Alemania es la victoria.

Por desgracia, yo opinaba que ninguno de los dos objetivos de *Greif* se había logrado. Cuando se lo dije al Líder, respondió:

—No tengo nada que reprocharte, Skorzeny. Tuviste que improvisar todo con medios limitados y tu brigada panzer no pudo cumplir su cometido en coordinación con el Sexto Ejército. Habrías tenido éxito si te hubiera puesto al frente del Quinto. Quizá habrías llegado a Brabante, y quién sabe qué habría podido derivarse de ello. En cuanto a tu unidad de comandos, tengo la impresión de que su efecto psicológico fue mucho mayor de lo que crees. Ya lo veremos.

Capítulo 19

A finales de enero de 1945, resultaba evidente para cualquiera con ojos, oídos o un mínimo de inteligencia —salvo quizá para quienes soñaban con las fantasías más optimistas y aquellos aduladores servilmente irreales que rodeaban y asesoraban al Líder— que el final era inminente. Ejemplos de la idiotez que envolvía aquel mundo de ensueño eran la inquebrantable e increíble creencia de que aún disponíamos de numerosas divisiones donde no existía ninguna, de aviones a reacción, tanques, combustible y armas inexistentes, y el nombramiento nada menos que del Reichsführer Himmler como comandante de campo del Grupo de Ejércitos Vístula.

Para cuando incluso el Führer se dio cuenta de que la Contraofensiva de las Ardenas había fracasado, los Ejércitos Soviéticos se encontraban a apenas sesenta millas aéreas de Berlín. Me asignaron la ingrata e imposible tarea de establecer una cabeza de puente al este de Schwedt-sobre-el-Óder. Por supuesto, eso significaba dilapidar una porción sustancial de los míseros y patéticos recursos que nos quedaban.

La noche del 29 de marzo de 1945, me convocaron al Cuartel General del Führer en Berlín. Friedenthal había sido bombardeado con dureza y la BBC había informado de que «el cuartel general del secuestrador de Mussolini, Skorzeny, ha sido completamente destruido». Sin embargo, mis oficinas más importantes ya habían sido trasladadas a Hof, en la frontera checoslovaca, en el noreste de Baviera.

El servicio de monitoreo me comunicó otra noticia de la BBC según la cual Hitler me había ascendido a General de División, me había asignado un puesto importante en la defensa de Berlín y yo ya había iniciado una purga. De hecho, el Líder me condecoró con la Cruz de Caballero con Hojas de Roble por la defensa de Schwedt y me felicitó personalmente.

Acababa de bajar las escaleras de la Cancillería del Reich cuando él salió de la sala de situación. Su aspecto me dejó consternado. Encorvado, con el pelo canoso, era la viva imagen de la desolación.

La fecha era 30 de marzo de 1945.

—Skorzeny —dijo—. Quiero agradecerle de nuevo sus logros en el Óder.

La cabeza de puente había sido abandonada el 3 de marzo, casi un mes antes.

—Nos veremos de nuevo, pronto —dijo. Pero nunca volvería a ver a Hitler con vida.

Durante aquel terrible mes, había acudido a menudo a la Cancillería del Reich por asuntos oficiales. Mi lesión en el ojo me dolía y el Dr. Stumpfegger quería examinarla. El examen tuvo lugar en la oficina de la secretaria de Hitler. En una de mis visitas me habían presentado a Eva Braun, quien, poco antes de morir, se convertiría en la esposa de Hitler. Era una mujer joven, muy sencilla y sumamente agradable, a la que no conocía de antes. Mantuvimos una larga conversación, durante la cual me invitó a cenar otro día. Nunca acepté su invitación porque el Dr. Stumpfegger me informó de que Fegelein, casado con la hermana de Eva Braun y con quien había tenido relaciones difíciles durante la Ofensiva de las Ardenas, siempre estaba presente en esas reuniones. No tenía el menor deseo de tratarlo más.

Pasé tres semanas de pesadilla en el Berlín devastado, una sombra de la ciudad que había conocido y que Hitler había planeado reconstruir por completo en 1940. Escritores y supervivientes de lo que estaba por venir han escrito páginas y páginas sobre los últimos días de la guerra en la capital de Alemania, y no tengo necesidad de añadir nada a sus relatos de miseria absoluta.

Una noche sonó la alerta de ataque aéreo. Cuando las bombas de 2000 kilos comenzaron a caer, huí al gran búnker cerca de los Jardines Zoológicos. Mientras estaba allí, visité a dos de mis hombres de Friedenthal que habían resultado heridos en Schwedt. También me encontré con Hanna Reitsch, que se hallaba muy afectada, y con mi camarada y amigo, el coronel de la Luftwaffe Hans-Ulrich Rudel, el famoso piloto de Stuka, al que acababan de amputarle una pierna. Rudel había volado más de 2530 misiones de combate, destruido 519 tanques y hundido el acorazado *Marat*, de

23 000 toneladas, en el puerto de Kronstadt de Leningrado. Hitler creó una condecoración especial para Rudel: la Cruz de Caballero en Oro con Hojas de Roble, Espadas y Diamantes. Pese a sus heridas y a la estricta prohibición del Führer, Rudel siguió volando hasta el 8 de mayo de 1945.

Ese día, Rudel y lo que quedaba de su escuadrón se rindieron voluntariamente al Cuerpo Aéreo del Ejército de los EE. UU. en el aeródromo de Kitzingen, en Baviera. Los pilotos destruyeron sus aviones tras aterrizar. Los condujeron al comedor de oficiales y a Rudel lo llevaron al hospital, donde le vendaron el muñón sangrante. Cuando regresó al comedor, sus hombres se pusieron en pie y lo saludaron con el saludo hitleriano. Un intérprete le comunicó a Rudel que el comandante estadounidense no quería más demostraciones de ese tipo y que aquel saludo no era de su agrado. El coronel Rudel respondió: —Se nos ha ordenado saludar de esta manera y, como somos soldados, obedeceremos esta orden, le guste a usted o no. Hemos aterrizado aquí, en territorio alemanes, porque no queremos quedarnos en la zona soviética. Somos prisioneros y no deseamos más discusiones. Nos gustaría asearnos, si es posible. Con el tiempo, el comandante estadounidense llegó a tener una relación muy cordial con Rudel.

En 1948, ayudé a Rudel a trasladarse a Argentina. A cambio, él me ayudó a conseguir un puesto junto al presidente Juan Perón. Algunos años más tarde, tras asesorar a Stroessner en Paraguay y a Pinochet en Chile, mi amigo regresó a Alemania Occidental, donde se presentó como candidato al Bundestag sin éxito.

~//~

El área en la que combatíamos se reducía día a día en ambos frentes. Poco después de mi reunión con Hitler, el OKW me ordenó trasladar mi cuartel general a la Fortaleza Alpina, donde estaba previsto instalar el principal Cuartel General del Führer. Se suponía que las últimas batallas de la guerra tendrían lugar en aquel reducto. Me aseguraron que la «Fortaleza» estaba completamente preparada para la defensa.

Radl y yo encontramos las montañas, los glaciares, los bosques y los torrentes salvajes en su sitio, pero no había ni rastro de preparación militar ni de fortificación alguna. Una vez más, tendríamos que improvisarlo todo. Sin embargo, mis unidades estaban diezmadas, en su mayor parte destruidas. En total, logré reunir 350 soldados.

La mañana del 10 de abril supe que los restos del Grupo de Batalla Danubio se habían visto obligados a abandonar Viena para defender la llamada Fortaleza Alpina. Viena era mi ciudad natal. Mi madre, mi esposa y mi hija debían de seguir allí. Quizá pudiera sacarlas de la zona de combate. Partí en dirección a la vieja Ciudad Imperial con mi ayudante, mi conductor y un operador de radio enviado por el OKW.

Antes de cruzar el puente Florisdorfer, presenciamos algo que me demostró que el final había llegado de verdad. Acabábamos de pasar un obstáculo antitanque. En las cunetas, a derecha e izquierda del puente, había heridos sentados. Nos topamos con un convoy de carros tirados por tiros de seis caballos. En el primer carro iba sentado un sargento gordo en compañía de una joven. Los seis carros rebosaban de muebles y ropa de cama. Intenté no perder la compostura y pedí al sargento que llevara a algunos de los heridos.

—No puedo —respondió—. Está todo lleno.

Todo sucedió muy deprisa a partir de entonces. Desarmamos al corpulento suboficial y a los demás conductores. Repartí armas entre los que tenían heridas leves. Descargamos los carros y subimos a los heridos. Los demás ocuparon el lugar de los que transportaban los muebles. Me dirigí a otro suboficial que tenía el brazo herido: —Conduzca hacia el oeste, al hospital más cercano, y lleve consigo a tantos heridos como pueda.

Luego me encaré con el gordo Feldwebel que pretendía salvar los muebles: —Cerdo asqueroso, lárguese de aquí con su gente. Si no piensa luchar, al menos intente ser menos codicioso y más caritativo en el futuro.

Llegamos a Viena al caer la noche. Oímos el fragor de los cañones y vimos casas quemadas aquí y allá. La ciudad parecía muerta.

Condujimos hasta el Stubenring, pasando ante el antiguo ministerio de guerra, que estaba vacío. Un centinela nos informó de que el puesto de mando se había trasladado al Hofburg, el palacio en el centro de la ciudad donde había vivido el Káiser cuando yo nací.

¿Dónde estaban nuestras tropas? ¿Quién defendía Viena? Finalmente llegué al cuartel general de la Unidad de Comando Sudeste. Los restos de la unidad se habían retirado esa tarde a la zona norte de Krems. La Unidad de Comando Danubio también había evacuado sus cuarteles en los Baños Diana. Cuando encontré a estos soldados de camino a la Fortaleza Alpina, les ordené que se dirigieran a Salzburgo.

En el sótano del antiguo palacio del Káiser, un oficial me informó de que los rusos ya se habían infiltrado en la ciudad y los combatían por todas partes. La respuesta a la pregunta «¿Por quién?» era un misterio. Quería saberlo con exactitud, así que seguí adelante.

Cuando llegué al distrito de Matzleindorf, ya había pasado la medianoche. Oí el fragor del combate a mi izquierda y enseguida llegué a una barricada. Al bajar del coche, aparecieron dos policías vieneses de edad avanzada.

—Estamos custodiando la barricada —me dijeron—. Si los rusos aparecen por aquí, los rodearemos y tendrán que rendirse.

En Viena siempre habían tenido sentido del humor, aunque fuera humor negro.

Conduje por las calles desiertas de vuelta al Hofburg y hablé brevemente con el ayudante del Gauleiter y antiguo líder de las Juventudes Nazis, Baldur von Schirach. Mis informes pusieron nervioso al ayudante, aunque se mostró escéptico.

—Los informes que tenemos indican lo contrario —dijo—. El frente se ha estabilizado. ¿Por qué no habla usted mismo con el Gauleiter?

Cuando me llevaron al «cuartel general» de von Schirach, resultó ser una única habitación iluminada con velas. En el suelo había magníficas alfombras. De las paredes colgaban pinturas de batallas y retratos de generales del siglo XVIII. La antesala se usaba para comer, beber y celebrar fiestas. Le expliqué al Gauleiter que no había visto ni un solo soldado alemán en la ciudad y que las barricadas

estaban desguarnecidas. Lo invité a acompañarme a inspeccionar la ciudad.

Rechazó la invitación y, mientras se inclinaba sobre un mapa, me explicó cómo salvarían Viena: dos divisiones de élite estaban listas para atacar, una desde el norte y la otra desde el oeste. El enemigo capitularía sin duda.

—El príncipe Starhemberg empleó una maniobra similar para levantar el asedio turco de Viena en 1683.

Seguir discutiendo era inútil. Me despedí. Schirach me miró.

—Skorzeny, mi deber se resume en tres palabras: «prevalecer o morir».

Sin duda quiso decir «prevalecer o retirarse», porque cinco horas después el comisario de defensa del distrito de Viena abandonó la ciudad a toda prisa.

Encontré la casa de mi madre medio en ruinas. Sin embargo, un vecino que salió arrastrándose de su sótano me aseguró que mi madre había abandonado Viena con mi esposa e hija el día anterior. Conduje hasta mi casa en Döbling. La casa estaba intacta. Recogí rápidamente varios rifles de caza y eché un último vistazo al hogar que estaba a punto de abandonar a merced del enemigo o de los saqueadores.

Salí de la ciudad por el puente Florisdorfer y me volví una última vez.

—*Auf Wiedersehen, Wien*.

Luego tomamos la carretera Waldviertler hacia la Alta Austria. En cumplimiento de la misión que me había encomendado el Generaloberst Jodl, envié el siguiente mensaje por radio: «Todo indica que Viena caerá hoy, 11 de abril de 1945».

Capítulo 20

Durante los últimos días de la guerra, Hitler destituyó a Hermann Göring como jefe de la Luftwaffe y nombró en su lugar al Generaloberst Robert Ritter von Greim. El 26 de abril, Greim y su amante, mi amiga Hanna Reitsch, volaron desde el aeropuerto de Gatow a Berlín en un diminuto Fieseler Storch, el mismo tipo de avión que nos había sacado sanos y salvos del Gran Sasso a Mussolini, al Hauptmann Gerlach y a mí. Dado que las tropas del Ejército Rojo ya se encontraban en el centro de Berlín, Reitsch aterrizó en una pista improvisada en el Tiergarten, cerca de la Puerta de Brandeburgo. Yo estaba en el reducto alpino en aquel momento, pero más tarde supe que, cuando se reunieron con nuestro líder en el Führerbunker al día siguiente, Hitler entregó a Reitsch dos viales de veneno: uno para ella y otro para von Greim.

La noche siguiente, Reitsch sacó a von Greim de Berlín en un Arado Ar 96 desde la misma pista improvisada. Las tropas del 3.º Ejército de Choque soviético, que se abrían paso por el Tiergarten desde el norte, intentaron derribar el avión temiendo que Hitler escapara en él, pero logró despegar. Fue el último avión en salir de Berlín.

Me enteré de que Hitler había muerto el 30 de abril. Tras el impacto inicial, pensé que la noticia no podía ser cierta, pues Der Führer debía dirigirse a la Fortaleza Alpina, donde aún había tropas dispuestas a combatir. Era imposible que estuviera muerto.

Sin embargo, al día siguiente, cuando escuchamos la 7.ª Sinfonía de Anton Bruckner en la radio alemana, supimos lo que había ocurrido. El 1 de mayo, el Grossadmiral Karl Dönitz, a quien Hitler había nombrado jefe de Estado antes de morir, se dirigió al pueblo alemán.

—Nuestro líder, Adolf Hitler, ha caído. Su vida estuvo consagrada al servicio de Alemania. Sus acciones en la lucha contra el bolchevismo redundaron también en beneficio de Europa y del mundo civilizado entero. El Führer me eligió como su sucesor. Mi primera tarea es salvar al pueblo alemán de la destrucción a manos del enemigo bolchevique que avanza. Mientras los británicos y los

estadounidenses obstaculicen este objetivo, también tendremos que defendernos de ellos y seguir luchando. Mantengan el orden y la disciplina en las ciudades y en el campo. Cada uno debe cumplir con su deber en su puesto.

Pese a la falta de preparación, la Fortaleza Alpina debía ofrecer refugio a muchas personas, y podía hacerlo. El ministro de Economía y el presidente del Reichsbank me enviaron a dos de sus ayudantes para pedirme que custodiara el tesoro del Reichsbank. Decliné cortésmente. Yo era un soldado, no un guardián de cajas fuertes. En teoría, la Fortaleza Alpina debería haberse convertido en un área fortificada de 350 kilómetros de largo y 80 de ancho, desde Bregenz en el oeste hasta Bad Aussee en el este, y desde Füssen-Salzburgo en el norte hasta Bolzano, Lienz y Cortina d'Ampezzo en el sur. Sin embargo, la frontera sur se replegó hasta el Paso del Brennero tras la rendición de las fuerzas armadas alemanas en Italia.

Al cabo de unos días, me di cuenta de que aquella fortaleza nunca había existido ni existiría jamás. El 1 de mayo de 1945, recibí mi última orden del Alto Mando Sur: organizar la defensa de los pasos del Tirol del Sur para que nuestras fuerzas restantes en Italia pudieran replegarse. Ante el caos reinante en la frontera italiana, mis hombres tuvieron el buen juicio de volver conmigo.

El 6 de mayo, el Grossadmiral Dönitz nos ordenó deponer las armas en todos los frentes a medianoche del 8 de mayo. Alemania había perdido la Segunda Guerra Mundial, pese al valor de sus soldados.

Podría haberme suicidado. Muchos de nuestros camaradas buscaron la muerte en las batallas finales o se quitaron la vida. También podría haber volado sin dificultad a un país neutral en un Ju-88, que tenía un alcance superior a los 2.250 kilómetros. Pero me negué a abandonar a mi país, a mi familia y a mis amigos en el momento en que más me necesitaban. Además, no tenía nada que ocultar. No había intentado, hecho ni ordenado nada que avergonzara a un verdadero soldado.

Decidí entregarme voluntariamente y envié dos mensajes al cuartel general de la división estadounidense en Salzburgo, proponiendo que los soldados del Cuerpo de Guardia Alpino entraran juntos en

cautiverio. No recibí respuesta. Lo que ignoraba era que me buscaban afanosamente y que la prensa y la radio aliadas me llamaban «el hombre más diabólicamente inteligente de Alemania». No tenía ni idea de la leyenda que ya rodeaba mi nombre.

~//~

El 20 de mayo de 1945, Radl, «Chinaman» Hunke, un intérprete y yo solicitamos que los estadounidenses enviaran un jeep a recogernos en un puente cerca de Annaberg. Cuando llegamos al puente, el jeep ya estaba allí para llevarnos a Salzburgo. Nuestro conductor, un tejano, mostró gran interés por nosotros. Por el camino, se detuvo en una posada. Bajé con él. Pidió una buena botella de vino, que pagué yo. Tras reanudar la marcha, se volvió hacia mí y preguntó:

—Dejando las tonterías a un lado, ¿de verdad eres Skorzeny?

—Por supuesto.

—Bueno, pues entonces bebe con tus muchachos, porque seguro que te cuelgan esta noche.

Bebí «por nuestra salud». Hacia el mediodía, cuando llegamos a Salzburgo, nuestro conductor nos dejó frente a un hotel, nos saludó cordialmente y desapareció. Varios oficiales de enlace alemanes nos miraron con asombro. Todavía llevábamos armas.

Por fin, un mayor estadounidense se tomó la molestia de escucharnos. Nos envió de vuelta a St. Johann-im-Pongau en otro jeep. Allí nos dijeron que recogiéramos camiones y otros vehículos para transportar al Cuerpo de Guardia Alpino desde la oficina alemana al campo de prisioneros de guerra. Después, un general alemán nos envió a un batallón estadounidense estacionado en Werfen. Ordené a Hunke que se quedara en St. Johann: si no regresábamos en tres horas, significaría que éramos prisioneros y cada cual tendría que arreglárselas solo.

Cuando llegamos a Werfen, me vi rodeado de tropas estadounidenses armadas con una docena de subfusiles. Me desnudaron para cachearme y me robaron el reloj de Mussolini. A Radl, al intérprete y a mí nos metieron en tres jeeps y nos llevaron a

Salzburgo esa noche. Al bajar del jeep, los policías militares nos agarraron por detrás y nos esposaron las manos a la espalda. Me empujaron a una habitación donde había unas quince personas, entre ellas periodistas y fotógrafos.

Cuando un oficial comenzó a interrogarme, respondí con calma que no diría una palabra hasta que nos quitaran las esposas a mí y a mis compañeros. Después me senté frente al mayor y dije:

—Ahora estoy dispuesto a responder a sus preguntas.

—Tenías un plan para asesinar al general Eisenhower, ¿verdad?

—No.

—Si no tenías intención de matarlo, ¿planeabas secuestrarlo?

—No.

Las preguntas se volvieron cada vez más absurdas y repetitivas. «¿Por qué las fuerzas italianas en el Gran Sasso no te dispararon? ¿Qué hacías en Berlín a finales de abril de 1945? ¿Adónde llevaste a Hitler? Sabemos por una fuente fiable que volaste con Hitler en un avión a primera hora de la mañana del 30 de abril. Sabes pilotar, ¿no? Tú pilotaste el avión y Hitler iba sentado a tu lado en la cabina. ¿Dónde se esconde? ¿Cómo sabes que Hitler se suicidó en Berlín si no estabas allí?». Y así sucesivamente.

Al cabo de varios días, logré convencer a la inteligencia estadounidense: si hubiera llevado a Hitler a un lugar seguro, ¿por qué no me habría quedado allí en vez de entregarme con mis tropas a los estadounidenses? Pero la prensa no se creía lo que decía. Necesitaban un supervillano, un personaje mitológico capaz de cualquier cosa, y yo parecía el candidato perfecto.

Pero con el tiempo, los estadounidenses y los británicos llegaron a la conclusión de que nunca había existido un complot serio para secuestrar o matar a Eisenhower, a Montgomery ni a ninguno de los principales generales aliados, y de que la propaganda alemana los había engañado.

A partir de entonces, me trasladaron de una prisión a otra. El 29 de mayo de 1945, me metieron en una cabaña de madera junto con mi primer mentor y valedor, Ernst Kaltenbrunner. El barracón estaba plagado de micrófonos, algo que descubrimos a los pocos minutos

de quedarnos solos. Hablamos de nuestros tiempos de estudiantes y de trivialidades sin importancia. El servicio de escucha debió de quedarse muy decepcionado.

En uno de los campos, me permitieron compartir celda con mi ayudante y amigo Karl Radl. Pero el 10 de septiembre de 1945, volvieron a esposarme, me subieron a un avión junto con el Grossadmiral Dönitz, el mariscal de campo Keitel, el general de división Jodl, el coronel general Guderian, el Dr. Ley y Baldur von Schirach, el Gauleiter de Viena, y nos trasladaron a Núremberg.

Cuando llegamos a la prisión de Núremberg, conocí al comandante, el coronel estadounidense Andrus, lituano de nacimiento, que guardaba un parecido asombroso con Heinrich Himmler, incluidos los pretenciosos quevedos. Aquel funcionario remilgado casi sufrió un ataque de apoplejía al descubrir que el almirante Dönitz y yo aún llevábamos el uniforme completo con las insignias de rango. Andrus declaró que los uniformes estaban prohibidos y que llevarlos constituía una provocación deliberada. Pero cuando se presentó a sancionarnos oficialmente, descubrió que nos habíamos quitado mutuamente las insignias, de modo que no tenía ningún cargo que imputarnos.

La prisión de Núremberg era un edificio grande con forma de estrella de cinco puntas. Nos custodiaba un gran número de soldados negros. Nuestro carcelero, el coronel estadounidense Andrus, pretendía humillarnos de esta manera. Pero siempre me llevé bien con los negros, que resultaron ser mucho más humanos y considerados que los blancos. Un joven enorme, un sargento negro, se hizo amigo mío y más de una vez me pasó a escondidas cigarrillos y chocolate.

Durante las primeras semanas estuvimos bastante bien alimentados. Los prisioneros alemanes de más edad, soldados asignados al servicio de cocina, hacían cuanto podían por nosotros, lo que irritaba sobremanera al coronel estadounidense Andrus. Como se había nacionalizado estadounidense hacía poco, odiaba todo lo alemán. Un día nos dijo:

—Os llaman «Krauts» porque os encanta el chucrut. Así que

comeréis un poco todos los días.

Se encargó de que la comida fuera insípida y de pésima calidad. Pero el personal de cocina siguió procurando que yo recibiera Knödel y otras delicias alemanes.

Al principio me asignaron al ala de los «acusados». Justo antes de la Navidad de 1945, me trasladaron al ala de los «testigos». Nuestras celdas permanecían cerradas por la noche y abiertas durante el día. Fue entonces cuando Andrus dictó un decreto absurdo, dictado por pura malicia: cada vez que apareciera, todo prisionero debía colocarse en el umbral de su celda y saludarlo quince pasos antes de que pasara y doce pasos después. Yo me las arreglaba para escabullirme a la celda más cercana siempre que aquel «ilustre» personaje se acercaba. Andrus se dio cuenta y me espetó:

—Vaya, Skorzeny, ¿se niega a saludarme?

Respondí:

—Mi nombre es *coronel* Skorzeny. Lo saludaré cuando se nos trate como a soldados prisioneros de guerra. Me niego a hacerle reverencias serviles. Soy un oficial del mismo rango que usted, no su lacayo.

—¡Puedo castigarlo por desobediencia con un mes de aislamiento!

—Haga lo que le dé la maldita gana.

Creo que los oficiales estadounidenses a las órdenes de Andrus lo odiaban más de lo que él nos odiaba a nosotros. Años después tuve ocasión de encontrarme con uno de ellos. Me reconoció y me confesó que mi actitud hacia Andrus había despertado la admiración de él y de sus compañeros.

Lo más desmoralizante para mí era la atmósfera opresiva de la prisión: el espionaje constante, los tratos que intentaban cerrar con los prisioneros más cobardes y maleables, el recurso a los informantes, las delaciones, las acusaciones falsas, el servilismo de ciertos acusados y testigos que esperaban salir del trance con la reputación intacta o incluso reforzada; todo aquello que yo consideraba contrario al carácter alemán esencial.

Mientras tanto, los periodistas andaban ávidos de noticias

sensacionales. Algunos me pidieron textos «listos para imprimir» a cambio de sumas generosas. Me negué. Muchos prisioneros, sin embargo, pasaban días enteros tecleando, ya fuera para la prensa o para la fiscalía, a menudo para ambas. El comercio de autógrafos estaba en pleno auge. Yo, sin el menor reparo, exigía un paquete de cigarrillos por cada firma. Cuanto más «peligroso» era uno, más alta la tarifa. Conocí a más de un prisionero que se hacía pasar por un criminal muy peligroso para sacar mayor provecho de su estancia.

Estuve encarcelado en la prisión de Núremberg en tres ocasiones: de octubre de 1945 a mayo de 1946, en julio y agosto de 1946, y en febrero y marzo de 1948. Debo reconocer que entre nosotros y los guardias negros, los parias, existía una auténtica solidaridad. Las autoridades cometieron un grave error al ponernos bajo la custodia de negros que se negaron a tratarnos como animales y que, con ello, dieron al coronel estadounidense Andrus una lección de humanidad.

En mayo de 1946 me trasladaron al antiguo campo de concentración de Dachau. Poco después fui a parar a un campo en Darmstadt, después de vuelta a Núremberg y de nuevo a Dachau, donde inicié una huelga de hambre para protestar contra mi aislamiento y contra el trato dispensado a los prisioneros alemanes en general.

El tribunal me asignó tres oficiales del ejército estadounidense como abogados defensores: el teniente coronel Robert Durst, de Springfield, Misuri; el teniente coronel Donald McClure, de Oakland, California; y el comandante Lewis I. Horowitz, de Nueva York. Quiero subrayar que este último era de confesión judía. Además, media docena de abogados alemanes, sin esperanza alguna de cobrar honorarios, se ofrecieron voluntarios para representar mis intereses. El 5 de agosto de 1947 comenzó en Dachau el juicio contra mí, que se prolongó durante más de un mes.

~//~

Antes de que comenzara el juicio, el teniente coronel Durst me interrogó durante tres días enteros, provisto de los expedientes

facilitados por el fiscal, el teniente coronel Rosenfeld.

—Quiero que sepa que solo asumiré su defensa si conozco hasta el último detalle de su vida antes y durante la guerra.

No tenía nada que ocultar, y al final del tercer día me tendió la mano por primera vez y dijo:

—Ahora estoy convencido de que es completamente inocente y lo defenderé como a un hermano. Sin embargo, no puedo garantizarle un resultado favorable a menos que la dirección de la defensa recaiga en un único abogado, no en un equipo: es decir, en mí. Me parece fundamental que solo usted hable en nombre de la defensa, tanto en su propio nombre como en el de sus coacusados.

No me quedó más remedio que aceptar. Era un abogado estadounidense que aplicaba la ley estadounidense en un tribunal estadounidense.

Al juez presidente, el coronel Gardner, lo apodaban «Gardner el Ahorcador», pues hasta entonces solo había dictado sentencias de muerte en la horca. Sin embargo, el coronel Durst logró que cinco de los nueve miembros del tribunal militar, todos coroneles, fueran sustituidos por otros cinco oficiales, veteranos de combate acreditados.

A mitad del juicio, el fiscal Rosenfeld tuvo que retirar la acusación de asesinato contra nosotros. Solo le quedaba un cargo: haber vestido el uniforme enemigo durante el combate. El teniente coronel Durst no presentó pruebas de que ingleses y estadounidenses hubieran usado uniformes alemanes. Pero ya era vox populi que el comandante del levantamiento polaco había llevado uniforme alemán. Se sabía que los estadounidenses habían combatido en Aquisgrán vistiendo uniformes alemanes. El general Bradley envió al tribunal una carta en la que aseguraba a los jueces que nunca había tenido conocimiento de tales hechos, pero los hechos eran innegables.

Entonces llegó el punto de inflexión del juicio. El comandante de ala de la RAF Forest Yeo-Thomas, uno de los agentes de inteligencia más brillantes y dignos de crédito de Gran Bretaña, subió al estrado. No hacía falta presentarlo al tribunal. Los combatientes de la

Resistencia franceses lo conocían como «el Conejo Blanco».

El coronel Rosenfeld quedó completamente desconcertado ante la aparición de comandante Yeo-Thomas. Eugen Kogon, autor de *El Estado de las SS*, había afirmado que los alemanes habían matado a comandante Yeo-Thomas en Buchenwald. Cuando el teniente coronel Durst inició el interrogatorio, el comandante de ala comandante Yeo-Thomas, sentado muy erguido, con el porte del oficial inglés que años después del juicio interpretaría Sir Alec Guinness en la película *El puente sobre el río Kwai*, respondió a las preguntas con laconismo y sin rodeos.

—¿Miembros de su propia unidad de comandos usaron uniformes alemanes?

—Sí, señor.

—¿Su unidad usó vehículos alemanes?

—Afirmativo.

—¿Existían circunstancias en las que sus comandos «no tomaban prisioneros»?

—Sí, señor.

—¿Sus fuerzas se vieron obligadas en ocasiones a requisar y usar los documentos de prisioneros de guerra alemanes?

—Por supuesto, coronel Durst. Un prisionero no debería llevar documentos encima, y si los lleva, peor para él.

—¿Conoce las acciones del coronel Skorzeny?

—Sí, coronel Durst. Como jefe de las unidades de comandos británicas, estudié a fondo las acciones del coronel Skorzeny y sus unidades. Puedo asegurar sin reservas a este tribunal que el coronel, sus oficiales y sus soldados se comportaron siempre de forma intachable y como auténticos caballeros.

Por un momento, pareció que el fiscal Rosenfeld estaba sufriendo un infarto o un derrame cerebral. Por supuesto, no se me permitió estrechar la mano de Yeo-Thomas, pero cuando se levantó para abandonar el estrado, mis camaradas se pusieron en pie al unísono, en homenaje a aquel hombre veraz y noble. Tras la declaración de Yeo-Thomas, el teniente coronel Durst dijo que no necesitaba interrogar a los tres oficiales estadounidenses que se habían puesto

a disposición de la defensa; su testimonio resultaría redundante y superfluo.

El juez presidente me pidió que explicara lo sucedido. Con ayuda de un mapa, expuse la historia de la forma más sencilla posible, incluyendo las acciones durante la Operación *Greif*. El coronel Rosenfeld me formuló algunas preguntas más en su papel de fiscal, pero se mostró mucho más cortés que al inicio del juicio. Eso no le impidió solicitar la pena de muerte en sus alegatos finales, pese a no haber podido demostrar nuestra culpabilidad.

El teniente coronel Durst presentó un alegato final bien documentado, exhaustivo y convincente, y expresó su sorpresa de que la fiscalía siguiera pidiendo *algún* castigo tras haber fracasado en aportar pruebas convincentes de nuestra culpabilidad.

El 9 de septiembre de 1947, el tribunal anunció su veredicto ante una sala abarrotada: No culpable.

Cuando estaba a punto de dar las gracias a mis defensores, el coronel Rosenfeld se me acercó con la mano tendida. Aunque no le guardaba rencor y de buena gana habría estrechado la mano de mi acusador, no me fiaba de sus intenciones. Él sabía perfectamente que no habíamos golpeado ni asesinado a estadounidenses ni a otros soldados, y que no teníamos planes de atacar el cuartel general de Eisenhower para liquidarlo a él o a cualquier otro general. Sin embargo, había intentado vincular las acciones de la 150.ª Brigada Panzer con la «masacre probada» de Malmédy. También había presentado declaraciones falsas sobre el supuesto uso de balas de cianuro por parte de mi unidad durante la ofensiva de las Ardenas. La fiscalía incluso había citado a Karl Radl y al «Chino» Hunke como testigos de cargo. El tribunal les permitió declarar pese a la enérgica objeción del teniente coronel Durst. Por fortuna, Radl se mostró poco colaborador y respondió con monosílabos, mientras que Hunke se mantuvo obstinadamente en silencio.

Pero sin los titánicos esfuerzos de nuestros abogados defensores, sin las generosas y honorables declaraciones del comandante Yeo-Thomas, nos habrían condenado a muerte.

Fuimos absueltos, pero aún no éramos libres. Los de las Waffen-SS

estábamos sujetos al decreto de «arresto automático» del enemigo. El 11 de septiembre de 1947, dos días después de nuestra absolución, la prensa mundial publicó unas declaraciones del fiscal Rosenfeld: «Skorzeny es el hombre más peligroso de Europa». Al día siguiente, me enteré de que Dinamarca y Checoslovaquia habían solicitado mi extradición. Dos semanas después, reconocieron que había sido un error. Aun así, me enviaron de vuelta a Núremberg y luego a Darmstadt para la «desnazificación».

Aunque el tribunal nunca me permitió cruzar unas palabras con el coronel Yeo-Thomas para darle las gracias, lo hice por carta. Recibí una nota suya: «Hiciste un trabajo magnífico durante la guerra. Si necesitas un sitio donde alojarte, tengo una casa en París... ¡Escápate!».

Esa era también mi intención. Tres años y dos meses eran más que suficientes. Advertí al comandante estadounidense del campo de Darmstadt que había decidido fugarme. No me creyó. Pero dos horas más tarde, el 27 de julio de 1948, me metí como pude en el maletero de su coche. El conductor alemán, que iba a hacer compras para el comandante del campo, me llevó sin saberlo a través de todos los puestos de control. Cuando se detuvo frente al primer almacén y entró por la puerta principal, abrí el maletero con un alambre que había colocado previamente, salí del coche, cerré el maletero despacio y en silencio, y me alejé caminando: hacia la libertad, por fin.

Segunda parte

Capítulo 21

A lo largo de los años, tantas personas que «sabían de primera mano» fabricaron las leyendas más escandalosas sobre mí que perdí la cuenta. Es imposible citar siquiera una fracción de las invenciones que se han publicado sobre mis supuestas actividades. En los años sesenta dediqué cierta atención a este tipo de periodismo. Llegué a guardar varios miles de recortes de periódicos y revistas dedicados a mis aventuras ficticias. Para entonces, aquellos cuentos de hadas ya me aburrían.

Aun así, mirando hacia atrás, me resulta entretenido repasar mis supuestas actividades desde 1950, cinco años después de terminada la guerra.

Dos años antes de pisar Argentina, yo era el «comandante en jefe del ejército de la república», mientras que el general Galland y el Oberst Rudel comandaban allí las fuerzas aéreas. Tras mi estancia de dos semanas en El Cairo en 1954, el *Daily Sketch* me acusó de haber instruido durante años a comandos especiales egipcios en el arte de matar oficiales y soldados británicos. Aquello ya era demasiado, incluso para mí. Demandé al *Daily Sketch* en Londres y me concedieron 10.000 libras más las costas. Entregué 5.000 libras a la Cruz Roja para los grandes inválidos de guerra británicos y doné el resto al fondo para los mutilados de guerra alemanes.

En 1950, el semanario *Wochendend* afirmó que desde 1944 yo tenía un doble, casi tan alto como yo, cuyo nombre real o ficticio era Vohwinkel. Un médico le había hecho las cicatrices en la mejilla, de modo que era imposible distinguirnos. El autor del artículo quería localizar una foto de «Vohwinkel» y de mí juntos. Por desgracia, no pudo encontrar ninguna. Lo absurdo era que *Wochenend* ya no sabía cuál de los dos andaba viajando por el mundo.

Con el tiempo, la prensa mundial descubrió que yo «preparaba unas cuantas revoluciones aquí y allá» y que también organizaba la «Internacional Nazi», una mafia misteriosa siempre involucrada en actividades criminales y subversivas. A finales de 1950, *Reynolds News* y *Münchener Illustrierte* escribieron que los cabecillas de la

«Araña» (pues así llamaban a la organización) no eran otros que Serrano Suñer en España, el príncipe Junio-Valero Borghese en Italia, el Gran Muftí de Jerusalén, Strasser en Canadá, Sir Oswald Mosley en Gran Bretaña, el Oberst Rudel en Argentina, el general De Gaulle en Francia, Martin Bormann y yo mismo. Solo en 1972 concluyó el Ministerio del Interior de Alemania Occidental que «la Araña» jamás había existido.

No solo había hundido el «Tesoro de las SS», sino que lo había reflotado varias veces: del lago Wahl, del lago Tirpitz, del lago Hinter, e incluso del lago Constanza y del Neusiedler See. Y los periodistas hasta afirmaban haberlo visto. También encontré la correspondencia secreta entre Mussolini y el primer ministro británico Winston Churchill, puesto que el Duce había «confiado en mí». Por desgracia, ignoro en qué asunto confió en mí.

En agosto de 1953, el gobierno francés depuso al sultán de Marruecos, Mohammed Ben Jussuf, y lo deportó junto con su familia a Córcega. Al poco tiempo, las autoridades francesas descubrieron que allí no estaba a salvo. Numerosos periódicos franceses y suizos afirmaron que la Liga Árabe me había contratado para secuestrar al sultán y a su familia. Según sus fuentes fidedignas, me habían pagado un millón de dólares por la operación. Así que trasladaron al monarca primero a Fort Lamy y luego a Madagascar. El gobierno decretó la alerta máxima. No había motivo para semejantes titulares alarmistas, pues no solo jamás albergué la menor intención de liberar a aquel noble prisionero, sino que ni siquiera habría tenido tiempo de hacerlo. Mohammed V regresó triunfante a Rabat en 1955. Dos años después fue proclamado rey de Marruecos.

También niego, por supuesto, haber tenido jamás la intención de secuestrar a Ben Bella de Argelia o a Fidel Castro de Cuba. Sin embargo, antes de que el líder del Movimiento Revolucionario «27 de Julio» tomara el poder en febrero, ciertos periódicos estadounidenses proclamaron a los cuatro vientos que yo era el asesor de Castro en la guerra de guerrillas contra Batista.

Durante la década de 1950, el *Sunday Graphic* no cometió los mismos errores que el *Daily Sketch*. Aquel periódico puso a seguirme

a dos supuestos oficiales del servicio de inteligencia, el mayor Stanley Moss y el capitán Michael Luke. Su misión era localizarme, lo cual no resultaba fácil porque yo «me movía como un rayo», y luego entrevistarme sobre mis aventuras. Moss y Luke disponían de un avión. «Dieron con mi rastro» en Suecia, Baviera, Francia, Italia, Egipto, Bagdad, etcétera, pero en cada ocasión yo me enteraba «por pura chiripa» de que venían, varias horas antes de que llegaran al lugar en cuestión. Lo atribuyeron a que la infame «Araña» me avisaba a tiempo.

Seguí mis supuestas aventuras desde mi escritorio en Madrid con sumo interés, y estoy convencido de que Ian Fleming también las leyó. Vivía en los palacios más extraordinarios del mundo, rodeado de rubias núbiles siempre dispuestas o de misteriosas morenas eternamente apasionadas, que ponían sus encantos al servicio de mis peligrosas actividades.

En cierta ocasión me enteré de que yo era el comandante en jefe de un ejército secreto con cuartel general «cerca de Mursuk», en el desierto libio, «a ocho mil kilómetros de cualquier civilización», sobre una meseta rocosa «donde muchos picos superaban los tres mil metros de altura». El 13 de octubre de 1956, el semanario *Samstag* publicó el relato de un viejo misionero jesuita, monseñor Jean Baptiste de la Gravaires. Como conocía el Sáhara «como la palma de su mano», en el transcurso de sus exploraciones el Buen Padre fue huésped de una ciudad misteriosa en el desierto. La ciudad era la capital de un imperio militar y yo era su líder.

«Monsieur de la Gravaires» admitió que yo lo había tratado bien. Tenía bajo mi mando unidades residuales del Afrika Korps, unas diez mil tropas en total. Disponía de tanques y aviones que bajaban en picado del cielo y podían aterrizar en la más mínima superficie de aquella zona escarpada. Mi capital estaba protegida por el sistema de alarma más sofisticado. La única razón de que permaneciera oculta era que las mujeres tenían terminantemente prohibida la entrada.

En 1959, varios periódicos revelaron que supuestamente yo había secuestrado al duque y la duquesa de Windsor, que se encontraban

en Portugal en julio de 1940. Al buscar más información, los periódicos descubrieron que en 1940 los de la División *Das Reich* estábamos planeando la ocupación de las Islas Británicas. Por desgracia, aquella «invasión» nunca tuvo lugar, salvo en algunas imaginaciones hiperactivas.

Al parecer, yo estaba en comunicación constante con Martin Bormann. Me reuní con él en un bosque de la frontera checoslovaco-bávara, o quizás fue en el Amazonas, o tal vez incluso en Israel, lo cual resulta, al menos, más original. Como es natural, vivía a lo grande: poseía varios castillos, una villa en la Riviera, un yate y coches veloces.

Por desgracia, solo eran castillos en el aire. Cuando sonaba el teléfono en mi oficina de Madrid, mis clientes, como siempre, pedían tubos soldados en espiral, chapa metálica, cemento, presupuestos para máquinas herramienta y cosas por el estilo.

Aun así, en 1962, para el *American Weekly* resultaba obvio que yo tenía intención de asaltar la prisión de Spandau y liberar a Rudolf Hess. Al año siguiente, el 8 de agosto, tuvo lugar el «atraco del siglo». Detuvieron el tren Glasgow-Londres. Robaron el vagón de correos y los ladrones se llevaron más de 2.500.000 libras. Una «mente brillante» había preparado el golpe hasta el más mínimo detalle y lo había ejecutado a la perfección. «¿Quién más podría ser esa mente —preguntó el semanario francés *Noir et Blanc*— sino Otto Skorzeny?». ¡Estaba clarísimo! Debo reconocer que la revista publicó todas las cartas de protesta que les envié.

De 1957 a 1960, organicé simultáneamente un ejército en la India y otro en el Congo, proporcioné suministros y asesoramiento al FLN argelino, a la OAS francesa y, en Irlanda, al IRA. Pero la información más extraña y exagerada de todas la publicó el periódico polaco *Glos Robotniczy*, y un periódico de Alemania Oriental se hizo eco de inmediato: el general israelí Moshe Dayan y Otto Skorzeny eran, en realidad, la misma persona.

Estas «noticias», que juro que se publicaron de verdad —guardé recortes de todas ellas—, solo demuestran que la estupidez humana no tiene límites.

~//~

De vez en cuando, unas pocas personas —muy pocas— entraron brevemente en mi vida, personas que parecían conformarse con conocer «la auténtica verdad» sobre mí de mi propia boca. Recuerdo en particular a Charles Foley, un inglés nacido en la India un año después que yo, que había desarrollado una carrera respetable en el *New York Herald Tribune* antes de pasar al *Daily Express* inglés como jefe de la sección internacional en 1940. Me «localizó» en Madrid en 1954, cosa nada difícil, ya que la mayor parte de la comunidad alemana expatriada sabía que cualquier día podía encontrarme en el Restaurante Horcher con mi viejo amigo y futuro tío político, el Dr. Hjalmar Schacht.

Me impresionó la aparente sinceridad de Foley, y me cautivó su franqueza al presentarse diciendo:

—Quiero conocerle, pero no quiero saberlo todo. Hay cosas que es mejor dejar en la intimidad. Le aseguro que no me interesa nada que usted no quiera contarme. Especular puede cualquiera, y no es eso lo que busco.

—¿Así que no se considera un «periodista de investigación»? —respondí.

—No —dijo—. No me considero un chismoso como el *Daily Sketch*. Si quiere comprobar mis referencias antes de hablar conmigo, adelante. No tengo nada que ocultar.

—Yo tampoco. No tengo ningún problema en mirar a los ojos a nadie, sea amigo o antiguo enemigo.

Esa fue nuestra presentación mutua. Durante los días siguientes nos reunimos, generalmente en mi apartamento o en la habitación de Foley en un hotel cercano. Yo hablaba, él escuchaba. Nunca hurgó ni presionó. Me abrí a él en la medida que consideré prudente y le ofrecí un relato bastante fiel de mis primeros años, omitiendo algunos asuntos privados, como mi relación con Lisbeth Hollander, hasta llegar al momento de mi fuga tras el juicio en Dachau. Nunca pidió nada más allá de ese período, y yo no ofrecí nada posterior.

Cuando poco después la editorial inglesa Longman-Green publicó su libro, *Commando Extraordinary*, me sentí complacido, aunque

algo avergonzado por lo laudatorio de su tono. Al año siguiente se trasladó a Chipre y se hizo cargo del periódico *Cyprus Times*. Mantuvimos el contacto, aunque esporádicamente, pues ambos habíamos tomado rumbos distintos. Creo que nos respetábamos mutuamente, incluida nuestra respectiva intimidad.

Veinte años más tarde, cuando estaba bastante enfermo, la venerable editorial francesa *Éditions Albin Michel* se puso en contacto conmigo para pedirme que escribiera una autobiografía sobre mis aventuras como comando. Una vez más, acepté escribir porque la casa parisina accedió a mis condiciones: nada concreto posterior a mi fuga en 1948. Aludí a las especulaciones descabelladas que se habían hecho sobre mis supuestas «carreras», pero los hechos posteriores a 1948 quedaron ocultos hasta ahora.

Sin embargo, llegado este punto de mi vida, es hora de revelar mi *verdadera* vida de posguerra, despojada de hipocresías santurronas y encubrimientos, para que la una o dos personas que aún recuerden mi nombre sepan que existió un patriota alemán impenitente, leal hasta el final, y que reconoció que los soldados, sea cual sea el gobierno al que sirvan, son, por lo general, los hombres más honorables.

Capítulo 22

Unos amigos fuera del campo se habían encargado de que una maleta y unos billetes me aguardaran en una pequeña parada, ni siquiera una estación, a dieciséis kilómetros de Darmstadt. Me quité el mono de prisionero y me cambié de ropa en un bosque cercano; después tomé el tren a Stuttgart. Al día siguiente llegué a Berchtesgaden, en las altas montañas que habrían sido el último reducto de Hitler.

Durante algún tiempo me pregunté cómo se tomarían mi fuga. Estoy seguro de que las autoridades alemanas se sintieron aliviadas de haberse quitado el problema de encima y de no tener que pronunciarse sobre mi futuro. Si bien no tenían nada contra mí, la liberación del «hombre más peligroso de Europa» podría afectar negativamente el flujo de bienes aliados hacia la República Federal de Alemania. Opté por mantenerme «fuera de la vista» hasta que pasara el revuelo y mis compatriotas quedaran libres de la obligación de volver a arrestarme.

Aun así, me negué a esconderme. Una botella de agua oxigenada fue la solución. Las instantáneas que me tomaron en aquella época muestran a un gigante rubio abrazando a su hija, que había venido a Berchtesgaden a visitarlo. Pasé meses tomando el sol, escalando en los Alpes, navegando y talando árboles. Estaba relajado y contento, recuperándome de tensiones que me había negado a reconocer.

En marzo de 1949 estaba listo para ampliar horizontes, pues para entonces mi fuga había caído prácticamente en el olvido. Conduje abiertamente por toda Alemania Occidental en busca de mis camaradas de guerra. La magia que había existido entre Emmi y yo antes de la guerra se había evaporado, y aunque todavía nos respetábamos y nos esforzábamos por ser los mejores padres posibles para Waltraut, la perspectiva de seguir viviendo juntos como marido y mujer no nos atraía a ninguno de los dos. Nos separamos amigablemente en mayo.

Si bien se ha hablado mucho en la prensa sobre *Das Organization der Ehemaligen SS-Angehörigen*, ODESSA, la llamada Organización

de antiguos miembros de las SS —una supuesta organización clandestina nazi internacional que facilitaba rutas de escape secretas, «líneas de ratas», para que los miembros de las SS huyeran a Argentina, Brasil o Medio Oriente bajo nombres falsos—, nadie ha podido aportar pruebas concretas de que tal red existiera. Aunque puedo confirmar que dicha organización existió de hecho, nunca funcionó realmente bajo ese nombre. Del mismo modo que toda organización del crimen organizado era conocida colectivamente como «la mafia» —aunque las familias que operaban bajo su paraguas nunca la llamaron así—, el nombre «ODESSA» era una palabra clave utilizada para enmascarar la verdadera identidad y el funcionamiento de quienes ayudaron a nuestros antiguos camaradas a escapar hacia nuevas vidas.

Otro seudónimo muy utilizado para una organización que ayudé a fundar, y en la que permanecí activo durante varios años, fue *Die Spinne* —La Araña—, cuyo verdadero nombre ahora carece de importancia. Este grupo, que operaba de forma independiente pero dentro de la organización paraguas, dio una segunda oportunidad a más de seiscientos antiguos miembros de las Waffen-SS tras el colapso del Tercer Reich.

El 15 de junio de 1949 me reuní con Reinhard Gehlen, el antiguo jefe de inteligencia de Hitler, en Gmunden, un balneario de hipnótica belleza en la Alta Austria, a medio camino entre Salzburgo y Linz. Cada uno abordó el ferry del Traunsee por separado, nos saludamos con un leve gesto de cabeza y nos dirigimos a los asientos interiores, pues hacía viento y bastante frío en el gran lago. No había más de media docena de pasajeros rumbo a Ebensee, en el extremo sur del lago.

Tras asegurarse de que ninguno de los pasajeros pudiera oírnos, Gehlen, que llevaba un sombrero alpino y *kniebundhosen*, *lederhosen* hasta la rodilla, se me acercó. En cualquier otra persona, semejante atuendo habría resultado ridículo. Pero Reinhard Gehlen parecía tan *del montón*, tan discreto, que podría haber llevado el atuendo más estrafalario y diez segundos después de conocerlo uno lo habría olvidado. Era capaz de «fundirse con la pared».

—Disculpe —dijo—. ¿Es usted por casualidad Otto Steinbauer?

—No, señor, me temo que se equivoca. Mi nombre es Steinbacher, Robert Steinbacher —respondí con evasivas. Gehlen sabía perfectamente que yo usaba esos dos nombres indistintamente cuando andaba en mis asuntos.

—Ya que somos tan pocos en este delicioso viaje, ¿le importa si me siento a su lado? El trayecto es largo y me vendría bien alguien con quien hablar.

—Como guste. —Y añadí en voz más baja—: Vaya salto profesional que has dado, amigo mío. ¿Qué tal te va con tus nuevos jefes?

—No dan crédito a su buena suerte. Ahora que el oso y el águila son adversarios en la guerra fría, los estadounidenses creen haber dado con una auténtica joya desde que les di acceso a mi red antibolchevique. Mejor que la cárcel, desde luego —añadió.

Encendí un cigarrillo Phillip Morris americano, le ofrecí uno, que aceptó, y me quedé mirando por la ventana el lago de un azul intenso.

—No me extraña. Siempre has ido dos pasos por delante. Fue idea tuya convocar la reunión e invitarme a asistir.

—Ah, sí, hace casi cinco años —dijo el maestro de espías—. El 10 de agosto de 1944, el hotel *Maison Rouge* en Estrasburgo. Emil Kirdorf, el magnate del carbón, Georg von Schnitzler de I.G. Farben, Gustav Krupp von Bohlen und Halbach, Fritz Thyssen, Kurt von Schroeder, tú y yo. Para mí no era ningún secreto que los activos de Alemania caerían en manos del enemigo si no se transferían y ocultaban. Ya te había puesto al corriente de la idea unos días antes, cuando te recluté para el *Deutsche Hilfsverein*.

—Que ha pasado por muchos cambios de nombre desde entonces. No puedo decir que la idea no me intrigara, pues pensaba que el colapso llegaría en cuestión de meses, como mucho. ¿Cómo se te ocurrió que yo sería quien «prestaría» grandes sumas a los industriales alemanes para que pudieran montar operaciones secretas de posguerra en el extranjero?

—Sencillo, Otto. Eras tan visible, con la operación del Gran Sasso, Friedenthal, Horthy y todo lo demás, que serías el último de quien

alguien sospecharía para hacer trabajo discreto.

—Y a cambio, los poderes fácticos exigieron que la «garantía» de tales préstamos quedara disponible en el extranjero para financiar a antiguos miembros del Partido y soldados de las Waffen-SS en su búsqueda de una nueva vida.

Gehlen cambió bruscamente de tema.

—¿A cuántos ayudaste a escapar?

—Trescientos ochenta y siete, más o menos. Desde Memmingen, en Baviera, pasando por Austria y Suiza, hasta Italia, desde donde se dispersaron hacia España, Argentina, Paraguay, Chile y Oriente Medio.

—¿Te importa contarme cómo lo organizaste? No es que los detalles importen ya a estas alturas.

—En absoluto. Utilizamos conductores alemanes que habían sido contratados para llevar camiones del Ejército estadounidense por la autopista entre Múnich y Salzburgo para el *Stars and Stripes*, el periódico del Ejército americano. Habían solicitado los puestos con nombres falsos, y los americanos de Múnich no se molestaron en comprobarlos a fondo, porque cumplían los dos requisitos más importantes: baratos y eficientes. Establecimos puntos de escala a lo largo de toda la frontera austro-alemana y una empresa de importación y exportación en Lindau, con representantes en El Cairo y Damasco.

El agua se encrespó y el rugido de los motores del ferry aumentó mientras la embarcación luchaba por abrirse paso entre las aguas turbulentas.

—Interesante elección de cuartel general, Gmunden, Ebensee…

—En realidad, bastante lógico, *Generalmajor* —respondí, usando su antiguo rango militar del Reich—. Los Aliados ni sospechaban que los prisioneros del campo de concentración, a quienes exterminaban a base de trabajos forzados, estaban construyendo túneles para almacenar armamento, piezas de V-2 y… otras cosas.

—Ochocientos millones de dólares, que desde entonces se han trasladado a otros lugares —dijo el antiguo jefe de inteligencia—. Y esa es, precisamente, la razón por la que quería reunirme contigo.

—Te escucho —dije con interés.

—Ya has terminado prácticamente la mayor parte del traslado de nuestros amigos a sus nuevos hogares. Es hora de que te dediques a otras empresas en un nuevo escenario. ¿Qué tal conoces a Ilse Lühtje?

—¿La condesa von Finckenstein? Otra de las «sobrinas» de Hjalmar Schacht. Acabo de separarme de otra de esas damas. He coincidido con ella una o dos veces en eventos a los que asistimos Emmi y yo.

—Buena mujer. Inteligente —respondió Gehlen—. Treinta y dos años, una década más joven que tú, anteriormente casada con el Graf Adolf Finck von Finckenstein, y desde luego bastante atractiva. Sería prudente, además de placentero, que pasaras un par de meses en su villa.

—¿Mientras planeas mi próximo movimiento?

—Sí. Las familias Finckenstein y Schacht mantienen estrechos vínculos con Alfried Krupp, cuya empresa controló 138 campos de concentración privados bajo el Tercer Reich. Creemos que sería una jugada inteligente que Krupp A.G. te nombrara representante en sus negocios industriales en Argentina. No debería llevar más de sesenta días arreglar las cosas. Mientras te relajas, quizás quieras ponerte al día sobre los Perón.

En ese momento, la bocina del ferry sonó para anunciar que nos acercábamos al muelle de Ebensee. —Ah, me temo que debo dejarlo aquí, Herr Steinbacher. Fue un placer conocerlo. Quizás algún día volvamos a encontrarnos. *Auf Wiedersehen.*

~//~

En efecto, Ilse Lühtje, condesa von Finckenstein, era una anfitriona encantadora y amable. El primer marido de Ilse, el Graf Adolf, había sido varios años mayor que ella y, como me demostró de sobra durante nuestro tiempo juntos, disfrutaba estando con un hombre al que consideraba en la plenitud de la vida. Desde luego, así me hizo sentir. Por mi parte, aunque mis recuerdos de Lisbeth Hollander nunca llegaron a desvanecerse del todo, y los últimos años con Emmi habían distado mucho de ser apasionados, tal como Reinhard

Gehlen había previsto con acierto, Ilse supuso una distracción sumamente placentera de mis actividades previas de posguerra.

Capítulo 23

El 14 de febrero de 1950, Emmi y yo solicitamos un divorcio amistoso de mutuo acuerdo. Al día siguiente, volé de Múnich a Madrid. Tardé cinco días más y cuatro escalas —Nuakchot, Monrovia, Natal y Río de Janeiro— antes de llegar al Aeropuerto Internacional Ministro Pistarini en Buenos Aires, tras 32 horas incómodas en aviones DC-4 sin presurizar de Iberia y Aerolíneas Argentinas.

Johann Mehrholz, el representante de Krupp, me recibió en el aeropuerto. Al ver mi palidez tras el vuelo y mi evidente agotamiento, había tenido el detalle de contratar una limusina para llevarme directamente al Hotel Alvear Palace, en el elegante barrio de Recoleta. Pasé las siguientes doce horas durmiendo un sueño bien merecido y muy necesario. Tras un magnífico desayuno bufé con mi anfitrión de la noche anterior, me sentí en forma y listo para asumir mis funciones como agente de Krupp en Argentina.

—¿Cuáles serán exactamente mis funciones? —le pregunté al hombre de Krupp, que era algo mayor que yo, atlético, con el pelo ralo—. Supongo que ya no hay demanda de armas hoy en día, ¿no?

Mi anfitrión me miró de reojo.

—Siempre habrá mercado en todo el mundo para las armas Krupp. Son tan necesarias como la comida, la ropa y el techo. ¿Nunca le han informado de la verdadera razón por la que está aquí, Herr Skorzeny?

—Exactamente por eso pregunto, Doktor Mehrholz —respondí.

Habíamos salido del hotel y subido a un Chevrolet Styleline bicolor marrón y negro, impresionante pero que no llamaba la atención en la amplia calle junto a mi alojamiento.

—No tiene nada que ver con el acero —respondió.

—Eso supuse.

—¿Sabe que Perón retiene ochocientos millones de dólares estadounidenses como «garantía» por los diez mil pasaportes argentinos en blanco que emitió para nuestra gente en Barcelona y Madrid?

—¿*Nuestra* gente? Supongo que usted es de ODESSA y que su

nombre no es Mehrholz.

—*Natürlich*. Pero basta para nuestros propósitos.

—¿Que son?

—Recuperar el dinero que Krupp y otros han «prestado» al general Perón para ayudarle con sus maravillosos programas progresistas.

—Reelección —comenté con sarcasmo.

En ese momento abrí los ojos de par en par al girar hacia la avenida más ancha que había visto en mi vida.

—Avenida 9 de Julio —dijo Mehrholz—. La avenida más ancha del mundo. El doble de ancha que la mayor autobahn.

Momentos después, señaló una enorme torre que calculé en más de sesenta metros de altura.

—El *Obelisco de Buenos Aires*, construido por un buen conglomerado alemán, Siemens Bauunion - Grün & Bilfinger. Algo que usted, como ingeniero, sabrá apreciar.

—Veo que se ha informado sobre mí.

—¿Quién no? Es difícil que pase desapercibido. He notado que su *schmiss* se ha suavizado desde la guerra.

—Solo la edad y —dije, dándome palmaditas en el estómago— la buena y contundente comida alemana.

—No tendrá ocasión de echarla de menos aquí, Obersturmbahnführer.

—Gehlen me dijo que hay cien restaurantes alemanes en Buenos Aires.

—Más que eso, Herr Skorzeny. Pero tenemos otro destino en mente. Dentro de diez días, debemos reunirnos con El Presidente en Bariloche, a más de mil seiscientos kilómetros al suroeste de aquí. Creo que la ciudad le gustará mucho.

~//~

La afirmación de Mehrholz de que me gustaría Bariloche resultó quedarse corta. Situada en las estribaciones de los Andes, en medio de una cadena de lagos que se extiende ciento veinte kilómetros hasta la frontera con Chile, me recordaba tanto al Salzkammergut que habría jurado que el lugar había sido trasplantado íntegramente

desde Austria. Con su arquitectura de estilo alpino, la ciudad de tamaño medio, con sus instalaciones cercanas de esquí, senderismo y montañismo, me evocaba tanto a Salzburgo que por un momento me convencí de que estaba de vuelta en casa.

El doctor Mehrholz me dijo que tenía que ultimar los preparativos para nuestra reunión con el presidente Perón a la mañana siguiente y que debería aprovechar las próximas dos horas para familiarizarme con la ciudad antes de reunirme con él en Villa Huinid Lodge.

—La Avenida General San Martín es probablemente tan buena calle comercial como cualquier otra, y está bastante cerca del hotel para ir dando un paseo. Además, estará cerca del Río Negro y podrá disfrutar de una agradable brisa del lago.

Nunca me ha entusiasmado mucho ir de compras. Tras veinte minutos caminando, después de pasar tienda tras tienda y ver una sucesión interminable de escaparates llenos de chocolate o gnomos peculiares de todos los tamaños —que se vendían en casi todas las tiendas del centro—, me había aburrido. Al sobrevolar el Aeropuerto de San Carlos de Bariloche, me había asombrado la extraordinaria belleza de los lagos y los Andes, no tan distantes. Pensé que sería más interesante escapar del laberinto de calles comerciales y quizás encontrar un café junto al muelle para pasar el rato.

No había caminado mucho ni muy lejos cuando sentí, más que vi, una presencia junto a mí. Mis experiencias como comando me habían enseñado a mantener la calma y estar alerta a los matices visuales y de otro tipo. Así, sin girar la cabeza ni cruzar la mirada con nadie, pude ver lo suficiente del hombre a través de los escaparates para deducir con cierta precisión quién caminaba a mi lado. Era unos diez años mayor y diez centímetros más bajo que yo.

—¿Acaso detecto al director de orquesta estadounidense Louis Prima? —dije con despreocupación, sin alterar el paso ni mirar a mi derecha.

El otro hombre me sorprendió con su propia respuesta astuta. En perfecto alemán, dijo:

—Al menos yo no me gané un *schmiss* tan feo cuando me atreví con el *mensur*.

Seguimos tanteándonos sin mirarnos ni una sola vez.

—Puede que haya sido el campeón de esgrima de su unidad de infantería, pero dudo que alguna vez haya participado en un *mensur*, Coronel —dije, dirigiéndome a él por su rango militar y no por su cargo.

—Quizás no —respondió—, pero le invito a un café en un lugar mucho más acogedor que Gran Sasso o Bélgica, si le apetece acompañarme a donde podamos sentarnos a una mesa y conocernos cara a cara.

—*Touché*, Señor Presidente.

—Juan.

—Otto.

—Encantado de conocerte, Otto.

—El privilegio es mío, Señor Presidente.

Y así fue como conocí al presidente Juan Domingo Perón.

Durante la hora siguiente, más o menos, hablamos con cautela, pero con optimismo, de muchas cosas, desde la admiración de Perón por el fascismo y las políticas nacionalsocialistas de Der Führer hasta su acogida deliberada de la mayor comunidad judía de Sudamérica. Creía que Argentina sobreviviría y prosperaría mejor siguiendo una vía intermedia entre el socialismo y el capitalismo, sin inmiscuirse en la política de ninguna nación.

—¿Pero ese planteamiento no acabará enemistándole con todo el mundo? —pregunté en un momento dado.

—Podría ser, pero por el momento mi país goza de la economía más fuerte de la región, quizás solo superada en las Américas por Estados Unidos. Hace tres años implantamos la sanidad universal. Desde el año pasado, todos los argentinos de clase trabajadora están cubiertos por la seguridad social.

—Todo eso está muy bien, Presidente, pero Estados Unidos no está muy contento con usted, y son conocidos por entrometerse en lo que llaman política de «repúblicas bananeras». Seguro que sabe cómo la United Fruit convirtió Centroamérica en su títere durante años.

Fue entonces cuando nuestra conversación derivó hacia la

seguridad.

—No desconozco sus métodos de Friedenthal, Obersturmbahnführer. Me han dicho que una vez asesoró al mismísimo Hitler sobre cómo cualquier operación con suficiente determinación podría burlar la seguridad de la Guarida del Lobo.

—Cualquiera con la motivación suficiente puede vulnerar la seguridad de cualquier instalación.

—Esa es una de las razones por las que quería conocerle en persona y, francamente, antes de nuestra reunión formal de mañana con Rheingold y nuestro actual jefe de seguridad.

—¿Rheingold?

—Ah, lo olvidaba. Probablemente lo conoce como Mehrholz; oficialmente trabaja para su gran empresa siderúrgica, Krupp.

—Parece que me lleva un paso de ventaja, Señor Presidente.

—No estoy diciendo que nuestras propias agencias de seguridad sean deficientes, coronel Skorzeny. Lo que digo es que en política, como en muchos aspectos de la vida, siempre hay un *quid pro quo*.

Capté de inmediato lo que el astuto Perón quería decir.

—¿Dejamos a un lado la palabrería política, Presidente?

—Estaré encantado de escuchar sus teorías, Otto Skorzeny, aunque ya sabe que no necesariamente voy a enseñar mis cartas.

—Muy bien. Usted tiene algo que queremos: ochocientos millones de dólares de nuestro capital inicial en depósitos bancarios, 2500 kilogramos de oro, 90 kilogramos de platino y 4600 quilates de diamantes y otras piedras preciosas, que tiene guardados en bancos de Buenos Aires a nombre de su esposa. Nosotros tenemos algo que usted quiere. Como cualquier dictador latinoamericano —y me complace llamar al pan, pan y al vino, vino— sabe que la continuidad de su posición depende de la mejor *seguridad* que su gobierno pueda ofrecer. Usted conoce mi historial, yo conozco el suyo. Ochocientos millones no es un precio particularmente elevado por un «seguro», sobre todo cuando el tesoro de Bormann era nuestro desde el principio.

El hombre se acarició la barbilla pensativo durante unos momentos, sopesando lo que había dicho. Finalmente habló.

—*Cojones* —dijo—, eso hay que reconocérselo.

—Gracias —respondí de buen humor—. Pero ya tengo un par de los míos.

Sonrió. Como un lobo, pensé.

—Se olvida usted, Herr Skorzeny, de los diez mil pasaportes en blanco. Poner el tesoro bajo nuestra custodia durante un tiempo es sin duda una ganga a cambio de salvar las vidas de diez mil fugitivos de las Waffen-SS que huyen de la «justicia» estadounidense, inglesa y francesa, por no hablar de la soviética.

—Entonces, Juan Domingo, ¿cree que podemos llegar a un acuerdo?

—Creo que sí, amigo mío. Y ahora es hora de que vuelva con el «Doktor Mehrholz», a tiempo para que ambos estemos frescos cuando nos veamos por primera vez mañana.

Y así fue como acabé trabajando para los Perón durante el año siguiente.

~//~

Durante mi etapa con los Perón, asistí a varias reuniones con compatriotas de Austria y Alemania, ahora residentes en la capital argentina. Generalmente las organizaban clérigos afines, los obispos Caggiano y Barrère, y varios notables católicos, sobre todo el cardenal Tisserant, el padre Krunoslav Draganović —que había organizado las primeras rutas de escape mientras los Ustaše todavía estaban en el poder en Croacia— y el inimitable obispo Alois Hudal, el mayor defensor del nacionalsocialismo en Alemania y Austria, que a menudo volaban a Buenos Aires para tratar la situación de mis compatriotas, que habían encontrado nuevas vidas en los refugios sudamericanos. En una de esas ocasiones, acudí a una reunión ultrasecreta en una pequeña cervecería alemana en las remotas colinas, a dieciséis kilómetros de los límites de la ciudad, con el jefe de inteligencia de Juan Perón, Ludwig Freude.

Me asombró ver cuántas luminarias de las SS estaban presentes sin ocultarse: Adolf Eichmann, que para entonces había cambiado su nombre por Ricardo Klement; Erich Priebke, Eduard Roschmann y

Ante Pavelić, que se habían mudado a la Patagonia y conservado sus nombres originales; y Josef Mengele, que había obtenido un pasaporte del Comité Internacional de la Cruz Roja que lo identificaba como Helmut Gregor.

Después de un espectacular festín de *Rouladen*, *Sauerbraten*, col lombarda y patatas salteadas caseras, acompañado de varios Rieslings ligeros, terminamos la comida festiva con tarta Selva Negra, antes de pasar a las jarras de pilsner y los cantos bulliciosos.

A medida que avanzaba la noche, las lenguas se soltaban. Freude y yo, que bebíamos de nuestras enormes jarras a sorbitos en lugar de rellenarlas, pudimos tomar notas a escondidas o grabar en la memoria mucha información sobre nuestras comunidades «expatriadas» en Argentina, Chile, Paraguay y Brasil.

—Las rutas de escape se están deshilachando —dijo Ludwig en voz baja, refiriéndose a las vías de salida que habían utilizado nuestros *landsmen* para escapar de las redadas de las autoridades aliadas en los primeros años de posguerra—. Hasta ahora han escapado nueve mil.

—Ya no hace falta escapar —dije—. Muchos nacionalsocialistas se han convertido en miembros respetados de la sociedad de Alemania Occidental, ahora que estadounidenses, británicos e incluso franceses por fin han comprendido que los comunistas son el verdadero enemigo. Si se hubieran dado cuenta antes...

—Muchos de nosotros nos hemos acomodado bastante bien aquí. Mira lo alto que hemos llegado en tan poco tiempo, Skorzeny. ¿Piensas quedarte definitivamente?

—Aún no lo sé —respondí sin comprometerme—. Depende de lo arraigado que esté nuestro empleador en el poder y de cuánto dure su devoción por todo lo alemán.

—Hay muchos judíos en esta ciudad —comentó mi socio.

—Las polillas siempre acuden a la llama. No olvides que, hasta que llegó la administración nacionalsocialista, ningún país de Europa les había dado a sus judíos una vida tan buena. Quién sabe cuánto tiempo querrán quedarse aquí ahora que tienen un lugar propio.

—No sé qué decirte, Otto. Por ahora, yo soy el tipo encargado de

saber todo lo que pasa, y tú eres el «contratista independiente» que se asegura de que El Presidente siga bien asentado en el poder y conserve la cabeza sobre los hombros.

~//~

Mientras volvíamos a casa de madrugada, bastante más sobrios que la mayoría de los asistentes, cotejamos mentalmente los últimos refugios seguros para nuestros hermanos: Bariloche y Buenos Aires, por supuesto. Más de la mitad de los recién llegados a Sudamérica residían en territorio de Perón. Unos mil habían llegado a Brasil y otros tantos a Chile; el resto había encontrado refugio en la nación sudamericana más rica, Uruguay, en la más pobre, el Paraguay de Alfredo Stroessner, y en Bolivia.

—Lo que más me asombra, Ludwig, es que tantos de los nuestros no se molesten en esconderse ni en mirar por encima del hombro, cuando tiene que haber espías, diplomáticos, incluso matones por todas partes que sin duda querrían acabar con ellos.

—¿Por qué te sorprende? —dijo mi socio—. Es lo mismo en todas partes, en cada generación. El último escándalo resulta delicioso y emocionante durante sesenta, quizá noventa días como mucho, y luego esperamos a que estalle uno nuevo que nos entretenga. Acéptalo, Otto, cada hombre solo se interesa de verdad por lo que afecta a su propia vida. Dicen que millones de judíos fueron asesinados durante el Régimen, y los ingleses y los estadounidenses armaron un gran revuelo en su momento. Pero después de la Guerra, ¿cuánto hicieron exactamente los británicos para que los judíos supervivientes pudieran entrar en Israel?

—No mucho. Gran Bretaña hizo todo lo posible por congraciarse con los jeques del petróleo, y en cuanto los supervivientes de los campos machacaron a los moros que habían vivido en esa tierra durante siglos, de repente estos se convirtieron en «nuestros pobres hermanos árabes oprimidos».

Freude encendió dos cigarrillos y me pasó uno. —¿Qué porcentaje de emigrantes del Reich caído crees que sigue usando su nombre real?

Fumé satisfecho unos momentos antes de arriesgarme a responder. —¿Diez, quizá veinte por ciento?

—Más cerca del setenta —dijo—. No olvides que soy el jefe de inteligencia. Me pagan por saber estas cosas. Por cierto, los mismos porcentajes valen para Deutschland, al menos en la RFA.

—¿Y en la RDA no?

—De allí no tengo cifras.

—Vamos, Ludwig, vosotros los de inteligencia sois todos hermanos del gremio.

—Puede, pero la Stasi está totalmente controlada por el Tío Joe.

Mientras entrábamos en el camino de acceso a mi casa, Freude añadió: —Mientras a nuestros *kameraden* les vaya tan bien como parece, eso es lo único que importa, ¿no?

Capítulo 24

Juan Perón y yo congeniamos de maravilla desde el principio, supongo que porque en el fondo éramos de la misma calaña: oportunistas, amantes del riesgo y aventureros. Una vez que saqué a colación el tema del tesoro de Bormann, ninguno de los dos volvió a mencionar aquel cuantioso botín. El presidente Perón aceptó encantado mi ofrecimiento de ayudar a mantener el orden en el país. Fruto de mi colaboración fue la apertura de una «academia» privada en las afueras de la capital, una especie de operación Friedenthal especializada, donde mis alumnos, un cuerpo de élite de oficiales de policía, seguridad e inteligencia argentinos, llegaron a dominar los métodos nacionalsocialistas de «persuasión» e interrogatorio. Al poco tiempo, la mayoría de las turbas revoltosas y los disidentes escandalosos de Buenos Aires se habían vuelto dóciles y cumplidores de la ley.

La primera dama, María Eva Duarte, veinticuatro años más joven que su marido, era harina de otro costal: había escapado de la vida monótona de Los Toldos, un pueblo en la Pampa. La menor de cinco hijos, se había mudado a Buenos Aires en 1934, cuando tenía quince años, para convertirse en actriz. Conoció a su amante viudo, entonces coronel del Ejército, diez años después. Desde el principio, él quiso hacer de ella algo más que su amante. Perón se casó con ella un año después y al siguiente, 1946, mientras yo languidecía en una prisión alemana a la espera de un juicio que parecía no iba a celebrarse nunca, él ascendió a la presidencia.

Pese a sus pretensiones de erigirse en campeona de los pobres, en ángel de la misericordia, mi primera impresión de Evita fue que era una arribista, aunque, a sus 30 años, de lo más atractiva. Pese a la *bonhomie* de su marido, intuí que ella era el cerebro de la familia. Aunque nunca había sido más que cortés conmigo, era consciente de que tendría que ganarme su confianza, pues era ella quien guardaba las llaves del tesoro que mis compatriotas tanto codiciaban.

En julio de 1949 se me presentó la oportunidad. Uno de mis

informantes bien situados en el Ministerio de Defensa me comunicó que dos oficiales de la Armada argentina, recientemente destituidos, planeaban secuestrar y asesinar a la primera dama.

Aunque este informante nunca me había fallado, me resistía a fiarme de una sola fuente. Mis «Friedenthalers argentinos» incluían expertos en vigilancia y las últimas técnicas de escucha, así como interrogadores y psicólogos criminales. A lo largo de las dos semanas siguientes, mi minúsculo ejército de expertos confirmó lo que mi hombre en el Ministerio me había contado. Unas noches después, encabecé una redada policial discreta en el apartamento de aquellos hombres, donde encontré armas, municiones y los detalles del atentado.

A primera hora de la mañana siguiente, conseguí una audiencia con la esposa del presidente, que no era menos popular en Argentina que la casi santificada Eleanor Roosevelt en Estados Unidos.

—Señora Perón, gracias por recibirme tan temprano. Como asesor de seguridad de su marido, no la habría molestado con asuntos triviales mientras el presidente está de viaje, pero esto le concierne directamente.

—¿Le apetece café? ¿Té?

—Café, por favor.

Unos instantes después, sin duda tras pulsar ella un timbre que yo sabía instalado bajo el tablero del escritorio, una mujer de mediana edad con uniforme blanco impecable y planchado entró empujando un carrito con dos cafeteras Meissen, una jarrita para la leche, tazas y platillos, platos y un surtido de pastas. La mujer nos sirvió café a ambos.

—Puede proceder, señor Skorzeny —dijo con frialdad y, pensé, cierta altivez.

Pasé por alto su altanería y proseguí con respeto.

—Señora, mis... colaboradores... han descubierto un complot grave para secuestrarla y causarle graves daños.

—Le escucho.

Proseguí detallando lo que había descubierto y cómo me había enterado del crimen que planeaban.

—¿Detuvo a los culpables? —preguntó, arqueando levemente sus cejas perfectas.

—Nuestros inspectores los están buscando en este mismo momento, señora presidenta. Por desgracia, debieron de ver a mis agentes rodeando su bloque de pisos y no volvieron a su residencia. Pero estoy convencido de que es cuestión de horas que los encontremos.

—Ya veo.

Cogió un cigarrillo de una pitillera de cristal que había sobre el escritorio. Saqué mi mechero y me incliné para encendérselo.

—Sabe, por supuesto, que mi marido y yo oímos hablar de complots así varias veces al mes, ¿verdad?

—Lo sé, señora. Como asesor de seguridad de su marido, mi trabajo consiste en enterarme de estas cosas y estar preparado para combatirlas.

—¿Cuánto mide usted, señor Skorzeny?

—Un metro noventa y tres.

La pregunta no me incomodó en absoluto. Me preguntaban por mi estatura desde los diecisiete años. Aunque Eva Duarte Perón era una mujer muy atractiva, no sentí nada de la electricidad que había sentido veinte años antes, cuando Lisbeth Hollander y yo iniciamos nuestra relación. No veía a la esposa del presidente como un ser superior, digna de ser puesta en un pedestal. El hecho de que hubiera logrado casarse con mi empleador, que casualmente estaba en posición de influir en las vidas de varios millones de personas, entre ellas miles que habían servido conmigo a las órdenes de Adolf Hitler, no la hacía ni mejor ni peor que yo.

—Pero divago, señor Skorzeny —continuó.

Reparé en que se había dirigido a mí primero como Herr Skorzeny, luego como Mister, después en español más familiar, sin reconocer en ningún momento mi rango militar, similar al de su marido.

—¿Cree que está cerca de capturar a esas... personas?

—Así es.

—Entonces, ¿a qué ha venido a verme esta mañana? ¿Por qué no capturarlos sin más y asunto resuelto?

La miré a los ojos.

—Sencillamente porque su seguridad es importante para su marido y, por tanto, para mí. Y porque esos hombres, que supongo inteligentes y peligrosos, siguen sueltos.

—Muy bien, acepto lo que dice. Aunque no me parece que corra un peligro mucho mayor que cualquier otro día de mi vida, tengo previsto visitar el Hogar de Ancianas de las Hermanitas de la Caridad dentro de una hora. Quizá ambos nos sintiéramos más tranquilos si me acompañara, ¿no le parece?

—Como usted desee, señora Perón.

Poco después, un factótum de aspecto oficial llamó con energía a la puerta de su despacho para anunciar que la limusina aguardaba abajo. Diez minutos más tarde, íbamos de camino a un *barrio* más pobre.

Al aproximarnos a nuestro destino, vi tres coches patrulla dirigiéndose hacia un edificio anodino de tres plantas. Cuando nuestra limusina se acercó más, indiqué al chófer que aminorase la marcha y después que se detuviera.

—¿Ocurre algo? —preguntó la pasajera.

—Probablemente no, señora —respondí—. Pero he participado en muchas operaciones de comando y a veces tengo una especie de sexto sentido que...

En ese momento, estalló el inconfundible sonido de disparos. Abrí de un empujón la puerta trasera derecha de la limusina, salté del coche y dije, con el tono de voz que había usado tantas veces para calmar a mis tropas:

—Señora, voy a cerrar esta puerta. Por favor, échele el cerrojo de inmediato, luego túmbese y cúbrase para que nadie la vea.

—Herr Skorzeny, ¿esto es una broma? —preguntó con calma—. Porque si lo es...

Un ruido mucho más cercano y fuerte la interrumpió a media frase: una bala atravesó el guardabarros delantero derecho, seguida de un *siseo* al perforar otra el neumático trasero. Mientras Evita Perón obedecía mis instrucciones, corrí hacia los coches patrulla, desenfundé mi arma y entré en el edificio.

Todo terminó en cuestión de segundos. Salí del edificio momentos después, encañonando a dos hombres. A una señal mía, la policía rodeó a mis cautivos, los metió a empujones en un coche patrulla y abandonó la zona con las sirenas aullando. Ni siquiera jadeaba. Regresé a la limusina, llamé suavemente a la ventanilla y no dejé entrever que sabía que la Primera Dama, con los ojos desorbitados, había estado observando toda la escena.

Cuando llegó una falange del personal del Presidente con una limusina de repuesto, continuamos nuestro camino. La visita de la Primera Dama a su obra benéfica transcurrió sin más contratiempos, y después pidió a su marido que me asignara además el cargo de guardaespaldas personal.

Me pareció prudente no mencionar que todo había sido un montaje. Los dos asaltantes habían sido capturados y colocados en el edificio varias horas antes por antiguos camaradas de las SS, la «policía», a quienes había despachado discretamente tras la «redada». Pero la farsa mereció la pena, pues ahora había ganado su confianza de forma irreversible.

~//~

—Admítelo, puede que seas un tipo grande, pero ni de lejos eres el semental más guapo del establo.

—Como si eso te importara. La mujer más santa del mundo y necesitas follar tanto como cualquier verdulera.

Le di una palmada suave y juguetona en el voluptuoso trasero.

—¿Le dirías algo así a la Primera Dama de Argentina?

—Pues claro, y sabes que te encanta.

Lo mejor de la relación, una vez que nos hicimos amantes, fue que también nos hicimos *amigos*. No había conversaciones sobre fidelidad eterna, ni protestas de amor, ni necesidad de poseernos o controlarnos mutuamente, y ningún cambio externo en nuestras vidas. Su matrimonio con Juan Perón, contrariamente a la imagen de afecto que mostraban a su adorado público, era político: el poder de uno aumentaba la influencia del otro.

—¿Cuánto tiempo crees que te quedarás en Argentina? —preguntó

con seriedad.

—Ludwig Freude me hizo la misma pregunta hace unos meses. ¿Parezco de los que se impacientan por quedarse en un solo lugar?

—Pues sí. Conoces la respuesta tan bien como yo. Te echaré de menos, ¿sabes?

—Ni que decir tiene que sentiré lo mismo cuando llegue el momento. Eres una mujer excepcional, Eva, y estoy seguro de que te lo han dicho muchas veces. Siempre habrá alguien que te adore, ya sea un hombre o un país entero. Eres mucho más que un buen polvo, y lo digo de corazón. Si estaremos juntos un día más o veinte años más, quién sabe. Lo más probable es que tú sigas por aquí mucho más tiempo que yo, pero solo Dios lo sabe.

—Eres todo un filósofo, Obersturmbahnführer Skorzeny —dijo, revolviéndome el vello del pecho.

—¿Has pensado en lo que te pedí la semana pasada?

—Ahh, ahora vamos al grano. No me digas que me buscas por mi dinero —dijo entre risas.

—Pues verás...

—Lo sé, lo sé. Tu gente afirma que es *su* dinero, pero estoy segura de que en este mundo político tan revuelto, el gobierno actual de la RFA, y desde luego los del paraíso de los trabajadores, discreparían rotundamente. No me mires así, amante, no pienso entregar ni un céntimo a ninguno de ellos, pero mi marido y yo también tenemos que vivir. No es que nuestro adorado pueblo vaya a imaginar jamás un momento en que Juan no sea el Padre de la Patria, pero por si acaso...

—¿Cincuenta-cincuenta, Evita? ¿Cuatrocientos millones ahora, el resto en diez años?

—Yo pensaba más bien en cien millones ahora y trescientos durante los próximos veinte años. Considera los otros cuatrocientos millones un *quid pro quo* por un cargamento, perdona el juego de palabras, de pasaportes argentinos y españoles, o llámalo una donación deducible a largo plazo a la Fundación Eva Perón. Me da igual cómo lo llames, pero has visto tan bien como yo lo bien que les va a tus compatriotas alemanes, y no eres tonto, Otto. Sabes perfectamente

por qué.

Lo sabía. Mis compatriotas ocupaban puestos de poder e influencia. Cuando Estados Unidos se enfrió con las exportaciones argentinas, las empresas alemanes habían cubierto el hueco, y el comercio era notablemente activo entre la República Federal y lo que entonces era el país más rico de Sudamérica. Aun así...

—Doscientos ahora, el resto en 1955, sin intereses. Quedaos con los intereses que os pague el banco.

—Trato hecho —dijo. Se apretó los magníficos pechos, abrió las largas y torneadas piernas y extendió la mano hacia mí con lascivia —. ¿Lo sellamos?

—No veo por qué no —dije, endureciéndome bajo su caricia.

Y lo hicimos.

~//~

En dos semanas, pude informar a Gehlen de que doscientos millones de dólares habían sido transferidos a una cuenta numerada en el Union Bank of Switzerland, que por entonces aún respetaba escrupulosamente las leyes de secreto bancario suizo, para tranquilidad de sus depositantes y, más aún, para beneficio de sus accionistas.

Durante los nueve meses siguientes, «Robert Steinbacher» u «Otto Steinbauer», con «pasaportes Nansen» españoles emitidos por el gobierno de Francia a «personas apátridas» que habían sido «desnazificadas», viajó varias veces entre Madrid y Buenos Aires para atender los intereses comerciales internacionales de Krupp, I.G. Farben y empresas alemanes similares, así como la seguridad del gobierno de Perón.

Por desgracia, mi comentario casual de que ella estaría por aquí mucho más tiempo que yo resultó trágicamente erróneo. Menos de cuatro meses después de que hiciéramos el amor por última vez, Evita se desmayó en público y fue operada tres días después. Aunque se informó de que se había sometido a una apendicectomía, le diagnosticaron cáncer de cuello uterino avanzado. Para mi horror, sus desmayos continuaron durante 1950. Me confió que se sentía

extremadamente débil y sufría graves hemorragias vaginales. En 1951, ya era evidente que su salud se deterioraba con rapidez. Aunque Juan y yo le ocultamos lo que sabíamos que era su verdadero estado, ella no era tonta y sabía que no estaba bien.

A principios de 1952, Evita se sometió a una histerectomía radical secreta, practicada por un cirujano estadounidense, con la esperanza de erradicar su cáncer de cuello uterino avanzado. Por desgracia, el cáncer había hecho metástasis y reapareció con rapidez. Fue la primera argentina en recibir un tratamiento experimental nuevo: la quimioterapia. Sin embargo, a pesar de todos los tratamientos, cuando la vi por última vez, el 4 de junio de 1952, mientras acompañaba a su marido en el desfile que celebraba su reelección como presidente de Argentina, Evita pesaba apenas treinta y seis kilos. Lo sé porque yo misma la había ayudado a vestirse para la ocasión. Para entonces estaba tan enferma que no podía sostenerse en pie sin ayuda. Debajo de su enorme abrigo de piel, su ayudante de vestuario y yo le habíamos colocado un armazón de yeso y alambre que la mantenía erguida. Antes del desfile le administré una dosis triple del analgésico más potente después de la morfina, y le di otras dos dosis cuando volvió a casa.

El 26 de julio de 1952, dos meses y diecinueve días después de cumplir treinta y tres años, Eva Duarte de Perón, la eterna Primera Dama de Argentina, que había sido, aunque por tan poco tiempo, mi amante y mi amiga, murió a las 8:25 de la tarde. Las emisoras de radio de todo el país interrumpieron su programación para anunciar que «La Secretaría de Prensa de la Presidencia de la Nación cumple con su muy triste deber de informar al pueblo de la República que la señora Eva Perón, Jefa Espiritual de la Nación, ha fallecido».

Más de tres millones de personas acudieron a su funeral y colapsaron las calles en diez manzanas a la redonda. Durante el tiempo que pasamos juntas, descubrí que ella encarnaba todo —lo bueno y lo no tan bueno— de lo que puede estar hecho un ser humano extraordinario. Sí, era la trepadora social por excelencia, y una vez que ascendió desde el arroyo hasta las estrellas, adoptó los aires y modales propios de su posición. Era astuta, inmensamente

sagaz y dueña de sí misma. Pero, al mismo tiempo, era una de las mujeres más bondadosas y extraordinarias que he conocido en mi vida —y, sí, estaba tremendamente buena. Y desde aquel día la eché de menos, añorando los momentos que compartimos, buenos y malos.

Capítulo 25

El jueves 2 de julio de 1952, Reinhard Gehlen me citó en Gmunden. Era uno de esos días que el Departamento de Turismo de Austria adora fotografiar para sus carteles: un cielo tan azul que competía con el Traunsee, suaves crestas de espuma que reflejaban las nubecillas algodonosas que corrían hacia los Alpes, y esa luz que solo se encuentra en el Salzkammergut en pleno verano.

Ya no necesitábamos usar nombres falsos. Los recuerdos de la Segunda Guerra Mundial se desvanecían rápidamente a medida que la Guerra Fría acaparaba el protagonismo en la política mundial. El antiguo Jefe de Inteligencia del Reich, el General de División Gehlen, ocupaba ahora un alto cargo en la CIA estadounidense, y la Organización Gehlen, conocida simplemente como la «Org», era los ojos y oídos de Estados Unidos en Europa del Este.

—Gracias por venir con tan poca antelación —comenzó—. No hace falta que te diga cuánto te agradecí que recuperaras doscientos millones de dólares de Eva Perón. No solo ayudó a nuestros emigrados, sino que ahora que nuestros camaradas están haciendo fortuna en América Latina, ya no hace falta financiarlos. De hecho, podemos empezar a devolver el dinero a nuestros patrocinadores, lo que aumenta nuestra credibilidad para… otros proyectos.

—Se está muriendo, Reinhard.

—Lo sé. Lo siento. No quería mencionar eso en este momento. ¿La amabas?

—Amor es una palabra muy elástica en nuestro tipo de vidas, Generalmajor. Digamos simplemente que, en la medida en que la gente de nuestra calaña puede hacerlo, me importaba mucho. Pero estoy seguro de que no me convocaste aquí para condolerte conmigo por Evita ni para mejorar tu reputación como hombre de las finanzas. Mencionaste «otros proyectos».

—Así es, Otto. ¿Qué sabes de Farouk bin Fuad, por la gracia de Dios, Rey de Egipto y Sudán, Soberano de Nubia, de Kordofán y de Darfur?

—Ha logrado sobrevivir en el trono dieciséis años, pero no sé

cuánto durará, sobre todo después de su comentario impertinente del año pasado: «El mundo entero está en revuelta. Pronto solo quedarán cinco Reyes: el Rey de Inglaterra, el Rey de Espadas, el Rey de Tréboles, el Rey de Corazones y el Rey de Diamantes».

—Bastante mierda como gobernante —respondió Gehlen.

—Sabes algo. De lo contrario, no me habrías invitado a este tranquilo y encantador paseo por el Traunsee. ¿Cuánto falta para que…?

—Tres semanas.

—¿Naguib, Nasser y los Oficiales Libres?

—Ajá.

Como el viento soplaba desde babor, protegí el encendedor con la mano de la brisa mientras encendía un cigarrillo.

—Así que quieres que canalice parte de los doscientos millones hacia ellos, ¿no?

—No. Te necesitamos en un papel diferente.

—¿Nosotros?

—El Gobierno Federal.

—¿*Qué* Gobierno Federal?

—Ambos. Los británicos son impopulares en Egipto, lo que da cierto prestigio a los alemanes. Los egipcios sospechan que los estadounidenses están en el bolsillo de Israel, así que tampoco les tienen cariño. Eres algo así como una leyenda, pero nadie te ve leal a ningún bando. De hecho, se dice que eres una puta.

—Qué amable —dije.

—Piensa en ti mismo como un *Rechtsanwalt*.

—¿Un abogado? Prefiero ser una mujer que se abre de piernas.

—Venga ya, Skorzeny. ¿Crees que tu mierda no apesta? ¿Crees que nuestros *kameraden* en el Este no piensan que me he vendido a nuestros antiguos enemigos? Me pagan bien y no he pasado ni un solo día en ninguna cárcel o campo de mala muerte esperando a que me llegara el turno.

—De acuerdo. Digamos que me trago tu historia, Reinhard. Por cierto, te sienta bastante bien tu nuevo vestuario. La ropa de civil estadounidense es sin duda preferible a los *lederhosen*.

Soltó una carcajada.

—¿Para quién abro las piernas, cuándo quieres que vaya y me joden o jodo yo?

—Seis meses, tal vez un poco más. Naguib. Haces lo que mejor se te da.

—¿Entrenamiento?

—Como diría el cómico estadounidense Groucho Marx: «Denle un puro al hombre». ¿Sabes algo sobre los Oficiales Libres?

—No puedo decir que sí.

—Jóvenes trabajadores de clase media, funcionarios del gobierno, oficiales subalternos. En cuanto a soldados entrenados, no valen un saco de *dreck* en su estado actual. Mohammed Naguib, el presidente títere del Comité, se formó como abogado, pero siguió en el ejército y fue ascendiendo hasta convertirse en General de División y en una especie de héroe, aunque los árabes no consiguieron arrojar al llamado Estado judío al mar.

—¿Algo así como el General de División del Reich que se pasó al otro bando? —comenté con humor, aunque no exento de sarcasmo.

—Oye, los dos sobrevivimos —comentó Gehlen, esquivando mi pulla—. Como dije, Naguib es al menos general, pero les faltan tropas de combate entrenadas. Lo mejor que tienen son dos Tenientes Coroneles: Nasser, que es el verdadero líder, y un tipo llamado Anwar Sadat, que vive bastante a la sombra de Nasser.

—¿Y mi trabajo es ponerlos en forma?

—Exactamente. Serás el asesor militar de Naguib y nuestro hombre sobre el terreno en la tierra de los Faraones.

~//~

Mi primera tarea fue reclutar oficiales que conocía y en los que confiaba de mis días en las Waffen-SS. Mi selección inicial de personal para la tercera encarnación de Friedenthal incluyó al General de la Wehrmacht Wilhelm Fahrmbacher, un General de Artillería muy condecorado que había comandado varios cuerpos y había recibido la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro; al General de División de la Wehrmacht Oskar Munzel, a quien había conocido

mientras ambos estábamos detenidos a la espera de juicio en Dachau, y con quien había forjado una estrecha relación; al antiguo Coronel Standartenführer de las SS Leopold Gleim, jefe del Departamento de la Gestapo para Asuntos Judíos en Polonia; y a Joachim Daemling, antiguo jefe de la Gestapo en Düsseldorf, que se había convertido en consultor del sistema penitenciario egipcio y era miembro activo de Radio El Cairo.

Aunque mis candidatos preferidos habrían sido, por supuesto, Radl, von Fölkersam y Hunke, estaban muertos o ya no estaban a mi alcance. Quizá hubiera habido mejores opciones que los cuatro con los que acabé, pero me atuve al viejo adagio: «Donde fueres, haz lo que vieres».

El mundo, incluidos los soviéticos y especialmente los de Alemania Occidental, había acabado por aceptar, e incluso promover, el Estado de Israel. Pero los egipcios, de quienes el mundo árabe dependía en gran medida, habían sido humillados durante la Guerra de 1948 que aseguró la existencia de Israel. El odio hacia los judíos en general y hacia el estado «inexistente» de Israel era tan desenfrenado bajo Naguib y Nasser que los nuevos dirigentes se encargaron de que abundantes copias de *Mein Kampf* y *Los Protocolos de los Sabios de Sion* fueran prácticamente lectura obligatoria.

Así pues, de cara a mis nuevos empleadores, me vi obligado a reclutar a personas con experiencia en el trato con judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Gleim encajaba a la perfección. Tras la guerra, se había convertido al islam y adoptado el nombre de Ali al-Nahar. Cuando empecé a buscar personal adecuado, Gleim ya llevaba tres años trabajando para los servicios estatales egipcios.

Munzel había sido un Generalmajor muy condecorado en la Wehrmacht durante la Segunda Guerra Mundial y había comandado varias divisiones. Al igual que Fahrmbacher, había recibido la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro en reconocimiento a su extraordinaria valentía en combate y su exitoso liderazgo militar. Oskar Munzel no era ni de lejos tan virulento como Gleim. Como yo, había servido en el frente ruso en 1941 y en el Frente Occidental hacia el final de la guerra, y había estado encarcelado hasta 1947. Lo que más me

interesaba de él era que ya había servido un año en Egipto, de modo que conocía la cultura en la que estaba a punto de adentrarme.

Mi siguiente tarea consistió en estudiar exhaustivamente la guerra de 1948: su estrategia, sus tácticas y hasta qué punto la guerra de comandos había resultado eficaz.

El 29 de noviembre de 1947, la Asamblea General de las Naciones Unidas había adoptado un Plan de Partición que entraría en vigor al concluir el Mandato Británico en mayo del año siguiente: Palestina se dividiría en tres zonas: un estado árabe, un estado judío y el Régimen Internacional Especial para las ciudades de Jerusalén y Belén.

Las comunidades judías recibieron la resolución de la Asamblea General sobre la Partición con inmensa alegría, mientras que en el mundo árabe provocó una indignación generalizada. En Palestina, la violencia estalló casi de inmediato, alimentando una espiral de represalias y contrarepresalias. Los británicos se abstuvieron de intervenir mientras las tensiones se desbordaban en un conflicto de baja intensidad que pronto degeneró en una guerra civil a gran escala.

El Mandato Británico terminó el 14 de mayo de 1948. Ese mismo día, el Primer Ministro Ben-Gurion proclamó el establecimiento del Estado Judío. Al día siguiente, una invasión conjunta de Egipto, Jordania y Siria, junto con fuerzas expedicionarias de Irak, penetró en Palestina. Las fuerzas invasoras tomaron el control de las zonas árabes y atacaron de inmediato a las fuerzas israelíes y a los asentamientos judíos.

Cuando estalló la Guerra, Egipto contaba con una población de 19.500.000 habitantes. Los judíos en Israel sumaban poco más de 800.000. Había casi veinticinco egipcios por cada judío. Con semejante desproporción, me resultaba absolutamente incomprensible que los israelíes hubieran «ganado» la guerra. Durante las dos semanas siguientes, dos preguntas me rondaron la cabeza: «¿Por qué?» y «¿Cómo?». Ni siquiera mis comandos habrían podido superar esas probabilidades, razón por la cual operábamos como fuerzas guerrilleras. Pero la experiencia judía de 1948 no

carecía de precedente. Había ocurrido dos mil años antes, cuando una fuerza macabea de 7.000 hombres derrotó a 60.000 tropas persas.

Por más que busqué, no logré encontrar un solo egipcio, ni un solo combatiente árabe, que diera la talla como luchador de comandos. Me dirigí a Munzel en uno de mis viajes a El Cairo previos a la asignación.

—*Generalmajor* —comencé—, ¿qué sabe usted de la guerra de comandos durante *al-Nakba*?

—Ah, Otto, veo que ya has aprendido la jerga. Por supuesto, nuestros empleadores solo usan las palabras «la catástrofe» para referirse a la administración anterior o en privado. Los egipcios cargan con miles de años de orgullo a sus espaldas y jamás admitirían ser otra cosa que los hijos de los faraones. La pura y simple verdad es que los israelíes usaron la cabeza, su capacidad para apelar a la culpa del mundo por la Guerra y «tácticas Skorzeny» para exprimir hasta la última gota de pasta de dientes del tubo.

—¿«Tácticas Skorzeny»? —dije sonriendo—. Me halaga.

—Emplearon muchas de las mismas tácticas que usaste en la Operación *Greif*.

—Parece que tienen bastantes Otto Skorzenys —dijo el general Munzel—. Hay uno en particular que me viene a la mente.

—¿Quién?

—Un tipo llamado Moshe Dayan.

—Nunca he oído hablar de él.

—Hay muchos hombres como él de los que nunca has oído hablar. Pero por su forma de operar, me recuerda mucho a ti. Parece que le gustan las apuestas arriesgadas. Como tú, parece creer que no importa el tamaño del perro en la pelea, sino las ganas de pelear que tenga el perro.

Sonreí ante aquel comentario.

—¿Puede darme un ejemplo?

—Hombre, eres un monstruo espantoso cuando sonríes así —comentó Munzel, aunque me quedó claro que no lo decía como insulto—. El mejor ejemplo que puedo darte es la batalla por una

ciudad llamada Hebrón.

—Eso está en Jordania —respondí.

—Hoy sí, tras el armisticio. Durante la guerra árabe-israelí estuvo en manos unas veces de los egipcios y otras de los israelíes. Pero no es eso lo que importa. En la batalla de la que te hablo, allá por el 48, los judíos tenían cinco tanques y unos pocos cientos de hombres. Los árabes, diez veces más. Una gran colina se interponía entre las fuerzas israelíes y la ciudad.

—Moshe Dayan, que por cierto tiene unos diez años menos que tú, envió los cinco tanques hacia la ciudad, pero muy espaciados, de modo que un tanque desaparecía por el lado sur de la colina justo cuando otro aparecía por una carretera distinta rodeando el lado norte. Los tanques nunca entraron directamente en la ciudad, sino que siguieron dando vueltas y más vueltas alrededor de la colina. Los árabes dieron por sentado que los judíos estaban concentrando un gran número de tanques en el lado sur y que lanzarían un ataque total contra Hebrón.

—Varios partidarios de la causa judía hablaban con fluidez el dialecto árabe local. Difundieron el rumor por todo el mercado: los judíos habían enviado cientos de tanques y diez mil soldados para atacar Hebrón. A los árabes nunca se les ocurrió subir la colina a mirar, aunque tampoco habrían tenido muchas oportunidades de hacerlo, ya que toda la fuerza de unos pocos cientos de judíos había formado una cadena de un extremo a otro de la cumbre. Así que los egipcios y sus aliados se limitaron a observar mientras los tanques israelíes seguían llegando durante dos horas. Las fuerzas árabes se rindieron sin que se disparara un solo tiro.

—¿Esto es un cuento chino?

—En absoluto —dijo Munzel—. ¿Te suena de algo?

—Como dijiste, Operación *Greif*. Pero has estado trabajando para los egipcios, no para los israelíes. ¿Cómo supiste lo de ese tal Dayan?

—Muchos de nuestros *kameraden* se han integrado sin problemas en el ejército de la RFA. Tu amigo Gehlen trabaja codo con codo con la CIA estadounidense. Los alemanes siempre hemos sido lo

bastante listos como para jugar a dos bandas en la política internacional, con los ojos y los oídos bien abiertos.

—Pero ¿por qué iba a confiar un judío en ningún alemán después de lo que pasó en...?

—La misma historia de siempre —respondió el general Munzel—. El enemigo de mi enemigo es mi amigo, cuando hace falta. Y como se dice en todas partes: «Poderoso caballero es don Dinero». ¿Quiénes crees que son los mayores partidarios de Israel?

—Estados Unidos, por supuesto —dije.

—Alemania Occidental no le anda a la zaga. Nuestros compatriotas han reconocido lo que sucedió y el Bundestag Federal ha votado lo que probablemente acabarán siendo miles de millones de marcos en «reparaciones». Así que compartimos inteligencia con todos los aliados de conveniencia, y si podemos quedar bien, eso no nos perjudica a ojos del mundo. No olvides cómo el Reich utilizó tu operación del Gran Sasso y la exprimió para conseguir titulares en todo el mundo cuando los Aliados nos daban por muertos y enterrados.

—¿Estos tipos son de verdad mejores que los que supuestamente debemos entrenar?

—Sinceramente, sí. Por lo que he visto del ejército egipcio, su lema es «Tú ve a luchar y yo me quedo en retaguardia apoyándote», mientras que en Israel los oficiales van en cabeza y más te vale estar ahí luchando a su lado, no porque te vayan a formar consejo de guerra ni nada parecido, sino porque tienen el sentimiento de «Solo nos tenemos los unos a los otros». En Egipto, mueren mil hombres y es una cifra lamentablemente alta. En el nuevo estado israelí, cada soldado es un ser humano valioso, el padre, el hijo, el marido, el hermano de alguien, su familia. Esos judíos creen que si pierdes a un hombre, pierdes el universo; si salvas a un hombre, salvas el universo.

—General, parece que los apoya.

—Francamente, Otto, podemos entrenar a las fuerzas egipcias con todo lo que hemos aprendido, y aun así apostaría a que, si estallara una guerra, los israelíes encontrarían la manera de ganarla.

—Si son tan buenos como dices, ¿por qué tantos de ellos... ya sabes...?

—Época diferente, condiciones diferentes, quizá incluso un tipo diferente de judío. Estos sobrevivieron y ya van pregonando su lema: «¡Nunca más!».

—Entonces, ¿qué hacemos trabajando con los de este bando?

—Sencillo, Obersturmbahnführer. Los israelíes aceptarán todo el dinero que nuestro gobierno de Alemania Occidental esté dispuesto a darles, pero en cuanto a personal, no aceptan ayuda de nadie. Y, por si no te habías dado cuenta, Egipto no solo es un refugio seguro para alemanes como nosotros, sino que pagan muy bien por lo que podemos ofrecerles.

Capítulo 26

Una vez que me familiaricé a fondo con la situación política de Egipto, comencé a diseñar mi academia de entrenamiento y lo que consideraba necesario para modernizar a las jóvenes y entusiastas fuerzas militares del régimen, poniéndolas a la altura de mediados del siglo XX. Para lograrlo, comprendí que tendría que lidiar con tropas cuya trayectoria había sido de aletargamiento bajo el calor del desierto egipcio.

El general Naguib me había dado carta blanca para elegir dónde establecer mi academia. La elección no fue difícil. Friedenthal, mi operación más exitosa hasta la fecha, había estado ubicada en un suburbio de Berlín, cerca de carreteras y aeródromos. Pero el clima político de la Alemania nacionalsocialista era muy distinto al del Gobierno Revolucionario de Naguib y Gamal Abdel Nasser. Imaginaba un pequeño cuadro de fuerzas especiales altamente entrenadas, completamente desvinculadas del ejército hipertrofiado que había custodiado al rey Farouk. El lugar tendría que estar lo bastante lejos de El Cairo y Alejandría como para poder actuar con total independencia.

De niño, había leído obras de teatro y relatos antiguos ambientados en Tebas, que siempre había creído un lugar imaginario. Me sorprendió descubrir que existía una Tebas real, la actual Luxor, que se ajustaba perfectamente a mis propósitos. Aunque es uno de los lugares más calurosos y áridos del planeta, se asienta a ambas orillas del Nilo, lo que permite sustentar a más de 150.000 habitantes. Estaba a más de seiscientos kilómetros al sur de El Cairo, lo bastante lejos de la capital como para darme la libertad de movimiento que necesitaba, y contaba con suficientes yacimientos históricos para atraer a alemanes apasionados por las antigüedades, que habían acudido allí durante más de un siglo. Esto me resultaría muy valioso, pues contaba con que los alemanes, en particular los nacionalsocialistas, me ayudasen a mantener la disciplina y el orden tan propios del carácter alemán. Al poco tiempo, muchos antiguos soldados del Reich acudieron en masa a *Friedenthal III Marfiq*

Altadrib Aleaskarii, mi instalación de entrenamiento militar de nombre tan imaginativo.

El día de la inauguración, me dirigí a mis cincuenta reclutas cuidadosamente seleccionados:

—Caballeros, soldados, ¡bienvenidos al infierno!

Media docena de soldados soltaron risitas levemente sarcásticas. Me asaltaron serias dudas sobre mi nuevo encargo cuando recorrí con la mirada las cinco filas de diez hombres cada una. Estos me habían sido entregados como «lo mejor de lo mejor». Aquello iba para largo, y recordé la valoración del general Munzel sobre estos hombres en comparación con las fuerzas del norte y del este. Sin embargo, seguí adelante.

—No me refiero solo al clima, hombres. Me refiero al entrenamiento que van a recibir aquí. Mi nombre es Otto Skorzeny, *coronel* Skorzeny para ustedes, y más les vale no olvidarlo. Tengo cuarenta y cuatro años y no parece que esté en condiciones de enfrentarme a ninguno de ustedes. No se dejen engañar por mi apariencia. Si alguno de ustedes —*alguno de ustedes*— se pasa de la raya o se comporta mal de cualquier manera, o desobedece una sola orden mía o de cualquiera de mi personal, o no me llama *señor* en cualquier conversación que tengamos, no habrá segunda oportunidad. Usted y yo iremos al patio a la vista de todos los demás en esta unidad. Usted elige si luchamos a puño limpio, con espadas o con cuchillos. Será *mensur*, lo que significa que permanece donde está y ninguno de los dos puede huir, porque cada hombre de *Friedenthal III Marfiq Altadrib Aleaskarii* formará un muro humano; y si alguno permite que cualquiera de nosotros escape, ese hombre será el siguiente en la arena. ¿Está claro?

—Sí —respondieron con desgana quizás la mitad de los reclutas.

—¿Perdón? —gruñí.

—¡Sí, *señor*!

—¡No puedo oírlos, *ras alqarf*!

—¡SÍ, *SEÑOR*!

Esto último fue mucho más enfático, pues una docena de mis colaboradores animaban a los soldados golpeándoles las nalgas con

porras.

—Ahora bien, caballeros, unas palabras sobre lo que estamos haciendo aquí en *Friedenthal III*. Los israelíes les dieron una paliza tremenda durante la última guerra. Confío en que ninguno de ustedes sirvió en ese conflicto, ¿verdad?

Dos manos se levantaron.

—No es porque fueran cobardes o menos valientes o menos ingeniosos que el enemigo. Simplemente no estaban entrenados en la guerra de comandos moderna. Estaban acostumbrados a cómo se han librado las guerras desde los tiempos de los faraones: regimientos uniformados de soldados combatiendo entre sí en un campo de batalla bien definido. Eso ya no funciona. Aunque nosotros, los alemanes, no ganamos la última gran guerra —y ustedes la conocen bien, pues acogieron tanto a Montgomery como a Rommel—, nos defendimos bastante bien hasta que simplemente nos superaron en número.

—El curso en *Friedenthal III Marfiq Altadrib Aleaskarii* durará seis meses. Si dan la talla, serán las tropas mejor entrenadas de todo el mundo árabe, y podrán esperar más ascensos y más mujeres de lo que jamás soñaron. Si fracasan, cuenten con que los reasignarán como guardias de prisión en el peor agujero que podamos encontrar. ¿Entendido?

—¡SÍ, SEÑOR!

—Lo que aprenderán aquí es confianza absoluta en sus compañeros y confianza absoluta en ustedes mismos. En lugar de ejércitos organizados, tendremos pequeñas bandas itinerantes de guerrilleros que atacarán esporádicamente distintos objetivos prioritarios para luego desvanecerse entre la población. Contra este tipo de guerra es casi imposible defenderse, porque no llevarán uniforme militar tradicional ni tendrán una mentalidad convencional. Nada de entornos estructurados.

En ese momento, me vinieron a la cabeza las palabras del general Gehlen: *«¡Tú, Otto Skorzeny, eres una puta!»*. *«No es cierto»*, replicó mi mente. Simplemente soy un consultor de guerra de guerrillas que se alquila a quien quiera aprender mis ideas tácticas y

creativas, incluidas las Fuerzas Especiales de los Estados Unidos.

Un joven muy bajo, de aspecto extremadamente desaliñado, unos veinte años menor que yo, interrumpió mi ensoñación.

—¡*SEÑOR*! —ladró con sequedad militar—. ¿Una pregunta, SEÑOR?

—Proceda, señor...

—¡Abu Ammar, SEÑOR!

—¿No es egipcio?

—¡Palestino, SEÑOR!

—Proceda, Ammar.

—¿Cuál es nuestro enfoque, *coronel*? ¿Nuestras tácticas?

—Buena pregunta. El enfoque básico de la guerra de comandos es una unidad o célula pequeña y bien organizada que inflige todo el daño y el caos que puede, y luego se diluye de nuevo en la sociedad. No se centra en habilidades militares tradicionales, sino en flexibilidad, adaptabilidad, creatividad y destrezas tecnológicas para identificar un objetivo, planificar un ataque bien coordinado y desmoralizar al enemigo. Las unidades pequeñas pueden infligir un daño enorme. La guerra de comandos no consiste en establecer un patrón de ataque, sino todo lo contrario. Un ataque bien planificado no significa mover regimientos y coordinar cientos de vehículos. Puede reducirse a coordinar dos o tres individuos que creen un evento o una secuencia de eventos que se retroalimenten. El objetivo es desarrollar estrategias con múltiples blancos que fluyan hacia el siguiente para maximizar el impacto de una pequeña unidad insurgente en una sola misión. Muchas veces, puede que solo haya un único objetivo.

—¿Un ejemplo, señor? —insistió Ammar.

—Un comando hace estallar un edificio del centro. Esto siembra el caos y obliga a los supervivientes a huir de la zona. Cuando acuden en masa a la estación de tren, esta se convierte en el siguiente objetivo. Volar parte de la estación causa más víctimas. O pensemos en un camión cargado de explosivos que atropella a una serie de peatones en una acera concurrida. Cuando se detiene, el conductor escapa entre la multitud. La policía rodea el camión. Cuando empiezan a registrarlo, el camión explota e hiere a otras veinte

personas. Cunde el pánico. La devastación y el impacto residual no se deben a una gran fuerza de ataque. Una sola persona motivada puede lograr mucho.

Observé con atención cómo las miradas de mis estudiantes pasaban de la apatía al miedo, y de ahí al respeto. Durante los días siguientes, noté los primeros indicios de lo que más deseaba ver: cohesión. Pero persistía la desunión que Munzel había mencionado. Este tal Abu Ammar mostraba mayor iniciativa que los demás, pero era obvio que los reclutas egipcios mantenían las distancias con él hasta el punto de desdeñarlo.

A Ammar no parecía importarle. Había siete u ocho compatriotas palestinos suyos, y ellos parecían brindarle todo el respeto que necesitaba. Durante el entrenamiento, aunque distaba mucho de ser el más grande, fuerte o atlético de los inscritos, no me cabía duda de que trabajaba más duro y demostraba mayor iniciativa que cualquier otro.

Me encontré ante un dilema. Parte de mi trabajo consistía en identificar a quienes mostraban potencial de liderazgo y ascenderlos a puestos de mayor responsabilidad. Aunque Abu Ammar, que era casi medio metro más bajo que yo y siempre parecía una especie de «cama sin hacer», era sin duda un candidato tan ideal como cualquiera de este grupo, resultaba igualmente obvio que ningún *Friedenthaler* egipcio le daría la hora, y mucho menos se sometería a sus órdenes.

Un día, dos meses después de su llegada al centro de entrenamiento, le pedí que se reuniera conmigo en mi despacho para un almuerzo ligero y una charla. Cuando entró se mostró debidamente deferente, dadas nuestras respectivas posiciones dentro del complejo, pero sin caer en el servilismo.

—¿Solicitó que me reuniera con usted, señor?

—Así es, cadete Ammar. No necesita permanecer en posición de firmes. Puede sentarse, joven.

—Gracias, señor. Pero dada su posición en esta academia, usted debe sentarse primero.

Así lo hice. Al cabo de unos instantes, un camarero filipino trajo un

almuerzo bien preparado, aunque sin excesos, acompañado de té de menta dulce.

—Su *kunya* es Abu Ammar. ¿Puedo preguntarle su nombre de pila?

—Por supuesto, señor. Mohammed Yasser Abdel Rahman Abdel Raouf Arafat al-Qudwa, a su servicio.

—¿Le importaría darme una versión abreviada? —pregunté, sin poder evitar una sonrisa—. ¿O prefiere su *nom de guerre*?

—Como usted desee. Veo que habla francés, señor —comentó en un francés fluido.

—¿Debo suponer que tiene más formación de la que aparenta?

—Si se refiere a si soy más que un sucio palestino harapiento, la respuesta es sí —dijo, sin rencor ni amargura—. Ambos somos ingenieros civiles titulados —continuó—. Y Obersturmbahnführer Skorzeny, no tiene por qué mirarme como si hubiera evolucionado de simio a hombre culto. Es evidente que he estudiado su expediente, del mismo modo que estoy seguro de que usted conoce el mío.

—En realidad no —comenté, estupefacto ante la evidente envergadura intelectual del hombre.

—Lástima, entonces. Nací en Egipto, crecí en El Cairo, me licencié en la Universidad King Fuad, y fui uno de los dos hombres que levantaron la mano cuando usted preguntó quién de nosotros había participado en *al-Nakba*. Sin embargo, no pertenecía a los fedayines palestinos. Aunque luché junto a la Hermandad Musulmana, nunca me uní a ningún ejército organizado. Estaba en Gaza, como un rebelde, algo parecido a usted, coronel Skorzeny. ¿Hay algo más que desee saber, señor?

—¿Su nombre común? ¿La forma abreviada?

—Entre mis amigos, me conocen como Yasser Arafat.

Siempre me han atraído la inteligencia y la sensibilidad. Siempre he creído que podía detectar signos de liderazgo, ya fuera en mí mismo o en otros, y, dado el abismo que separaba al joven Arafat del resto de los reclutas, acabé conversando con frecuencia con él, sobre todo fuera del campamento, en el propio Luxor.

No me sorprendió demasiado cuando Arafat me contó que, de niño, había visitado con frecuencia el barrio judío de El Cairo y asistido a

oficios religiosos. —Mi madre murió cuando yo tenía cuatro años. Mi hermana Inam y yo vivimos con nuestro padre durante algunos años. Ya fuera porque había siete hijos en la familia o porque estaba frustrado de que, como palestino de Gaza, nunca había triunfado en Egipto, se desquitaba con nosotros. Cuando descubrió que iba a la sinagoga, me dio una paliza tremenda. Cuando nuestro padre regresó a Gaza, los siete nos fuimos a vivir con la familia de nuestra madre en el barrio de Marruecos, junto al barrio judío. Yo seguía asistiendo a los oficios judíos.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Por qué los judíos emigraron a Sudamérica después de la guerra, sabiendo que había tantos nazis dispuestos a matarlos sin pensárselo dos veces? ¿Por qué la polilla se siente atraída por la llama? En mi caso, quería estudiar la mentalidad judía. ¿Cómo era posible que este pequeño resto de un pueblo, un tercio del cual había sido asesinado en los hornos de Hitler, hubiera logrado ocupar una tierra —*nuestra* tierra— y derrotar a los árabes contra todo pronóstico?

—Me fijo en que no has dicho «nuestros» árabes. Naciste en Egipto, y más árabe no se puede ser.

—Muy cierto, coronel Skorzeny. Pero los judíos que vivían en Alemania no eran considerados alemanes «de verdad» por los *alemanes*, del mismo modo que la mayoría de los blancos en Estados Unidos no consideran a los negros *estadounidenses* «de verdad». Que yo haya nacido en Egipto no cambia nada. Para ellos soy palestino. Lo admitan o no, los palestinos somos los *negros* del mundo árabe. ¿Le sorprende, Obersturmbahnführer?

—En realidad no, Yasser. Tú y yo parecemos ver las cosas del mismo modo. Ambos hemos visto cómo la mayoría de los egipcios en Friedenthal III te ignoran. Tus pocos amigos son palestinos.

—Recuerde bien lo que le digo, coronel —dijo—. Estamos destinados a estar en guerra con los israelíes durante diez, cincuenta, cien, quizá mil años. El resto del mundo árabe nos vitoreará, llamándonos sus pobres, oprimidos y valientes hermanos. Nos darán millones de dólares y nos utilizarán para promover su

propia agenda en las Naciones Unidas. Pero lo único que puedo garantizarle es que no enviarán ni a uno solo de sus soldados a Palestina para ayudarnos a recuperar *nuestra* tierra. Intentarán arrancar pequeños pedazos de Palestina y anexionarlos a Egipto, Jordania, Siria y Líbano. Pero no están más dispuestos a crear un país para *nosotros* que los israelíes.

Mientras nos deteníamos en un quiosco cercano a pedir falafel envuelto en pan de pita, mi joven conocido continuó, con un tono más optimista que amargo. —Los israelíes ganarán todas las guerras contra los árabes, incluidos los palestinos. Pero como los musulmanes del mundo acabarán siendo mayoría en las Naciones Unidas por pura fuerza numérica, y como los israelíes con su paranoia del «Nunca más» jamás cederán ni un centímetro en las negociaciones, los judíos perderán siempre en la paz.

—¿Crees que algún día tendréis un estado propio, Abu Ammar?

Arafat esbozó una sonrisa sardónica. —Solo si conseguimos negociarlo con los judíos —dijo—. La paz entre los palestinos y el Estado de Israel es lo último que quieren los árabes. Es igual que con la Alemania nazi. ¿A quién habrían culpado los nazis de sus problemas si hubieran aniquilado a todos los judíos de Europa?

~//~

—¿Seguiste tratando con judíos después de graduarte en la Universidad King Fuad? —Habían pasado dos semanas y habíamos decidido salir a darnos un festín de comida de Oriente Medio. Él insistió en pagar a medias.

—Por supuesto, coronel. Debatía con ellos, iba a conciertos cuando los soviéticos enviaban a Oistrakh, Piatigorsky y Horowitz. Leí libros de todos los sionistas destacados: Theodor Herzl, Ze'ev Jabotinsky, Babel, Schneerson, Trotsky...

—¿Conoces mis ideas políticas?

—Ah, sí, casi lo olvido. Usted es la antítesis de los bolcheviques. Alá no permita que me envenene con ninguna de sus ideas, ¿eh? Por supuesto, los de Stalin liquidaron a Trotsky con un piolet. Menuda forma de morir, si me permite decirlo. ¿Un té de menta? La comida

me está sentando fatal.

—¿No vas a quedarte en Egipto cuando termines aquí?

—¿Cómo lo sabes?

—Llámalo como quieras. Intuición. Haber recorrido buena parte del mundo. Eres un poco como yo: un oportunista a la espera de que llegue la oportunidad adecuada.

—De acuerdo, profeta alemanes. ¿Qué ves?

—Tarde o temprano habrá otra guerra entre los árabes y los israelíes. Viendo a los tipos que llevo entrenando estos últimos meses...

—¿Los mejores de los mejores...?

—Una panda de malditos cabreros cabezas de trapo que echarán a correr a la primera señal de peligro.

—Vaya forma de hablar para alguien a quien le pagan muy bien por entrenarlos —dijo Arafat con una sonrisa.

—Sí. En Alemania tenemos un dicho: «No se puede sacar brillo a una mierda». De todos modos, el hecho de que sean lo que son podría beneficiarte, Yasser.

—¿Qué quieres decir?

—La próxima vez, los israelíes les darán una paliza a los árabes. Más dura todavía. Luego podría haber otra guerra, y para entonces el resto de los árabes empezarán a decir: «¿Quién coño necesita esta mierda? ¿Por qué no les damos la tierra a los negros del mundo árabe y que se las apañen ellos con los hebreos?». Para entonces estarás bien entrado en la treintena, quizás cerca de los cuarenta, la edad perfecta para convertirte en líder nacional.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Se han visto cosas más raras, amigo mío.

~//~

Para el otoño de 1953, sentí que mi utilidad tocaba a su fin. Además de entrenar al ejército, había adiestrado a voluntarios árabes en tácticas de comandos para un posible uso contra las tropas británicas estacionadas en la zona del Canal de Suez. Aunque seguiría siendo asesor a sueldo de Nasser después de que Naguib se

retirara, ya no tenía sentido que permaneciera en la Tierra de los Faraones. Además, quizás había llegado el momento de asentarme y llevar una vida Europa «respetable» durante una temporada.

Capítulo 27

Algunos años antes, Ilse Lühtje, la condesa von Finckenstein, había demostrado su naturaleza generosa, tanto al darme cobijo como un lecho matrimonial en el que disfrutábamos de otras formas de compañía. Cuando volvimos a encontrarnos, yo vivía en una villa de lujo en el corazón de Madrid y obtenía ingresos muy sustanciosos de lo que parecía ser mi exitosa empresa de ingeniería, a pesar de que jamás había trabajado en ningún proyecto de construcción para el gobierno de *El Caudillo*. El presidente y dictador Francia, sin embargo, conocía la verdadera fuente de mi holgado tren de vida y hacía la vista gorda ante mis actividades, ya que yo ingresaba en su cuenta numerada del Union Bank of Switzerland el tres por ciento de los beneficios netos el primer día de cada mes.

Eran tiempos en que las revoluciones cambiaban la faz de gran parte del mundo conocido: la revuelta Mau Mau contra la Gran Bretaña colonial; los disturbios en Haití y el ascenso de François «Papa Doc» Duvalier; el Movimiento de Independencia en Argelia; y el surgimiento de revolucionarios por toda Asia, África, América Latina e Irlanda. Por fortuna para mi negocio, estos levantamientos no se libraban con palos y piedras.

Algunos de mis antiguos empleadores, como Krupp, estaban ansiosos por obtener divisas muy necesarias y no tenían reparos en fabricar armas pequeñas y no tan pequeñas sin placa identificativa, aunque fueran copias de armas patentadas por otros fabricantes. Otros, incluidos mis amigos más recientes en Egipto, estaban más que dispuestos a desprenderse de divisas a cambio de los medios más eficaces para mantenerse en el poder. Pero, por supuesto, los tratos directos entre las partes en tales situaciones simplemente «no se hacían». Cada bando necesitaba un intermediario, y yo ofrecía un servicio privado muy discreto, a menudo a las dos partes de un conflicto a la vez, y a proveedores que no tenían escrúpulos en suministrar a ambos bandos muchas de las mismas armas. Como resultado, a mediados de 1953, mi fortuna personal ascendía a cientos de miles, de dólares, no de marcos alemanes.

Ilse tenía treinta y cinco años aquel año, solo un par de años menos que Lisbeth cuando nos conocimos. Cuando la vi en Madrid, me di cuenta por primera vez de que su parecido con mi gran amor vienés era tan asombroso que sentí una punzada aguda que me transportó casi un cuarto de siglo atrás. ¡Dios mío, ya tenía cuarenta y cinco años en una época en que al europeo medio solo le quedaban veinte años de vida! Sin embargo, desde luego no me consideraba «de mediana edad» ni por asomo.

Tras renovar nuestra intimidad aquella noche, nos pusimos al día de lo sucedido durante el último lustro. Cuando Ilse hablaba con tanta sabiduría mundana y sofisticación, me asaltó un recuerdo vívido de lo que el señor Schreiber, mi primer empleador, había dicho el día que me entrevisté con él por primera vez: «Los Hollander hablaron muy bien de ti. Respeto el juicio de Friedrich. *Te aseguro que Frau Hollander es mucho más inteligente que la mayoría de las mujeres de Viena. De hecho, aunque nunca lo pensarías ahora, Lisbeth Rausch fue una de las grandes bellezas de Viena en su día*»…

—Otto, querido muchacho, estoy segura de que has sido bastante travieso durante tu ausencia de esta vieja mujer. Quizá ha llegado el momento de que encuentres una esposa adecuada. *Casi las mismas palabras que Lisbeth había usado diecinueve años antes*. Tuve que convencerme de que esta no era Lisbeth Hollander, que había sido dieciocho años mayor que yo. Aunque ya no estaba en la flor de la juventud, y desde luego no era la seductora sirena que había sido Emilie Linhart cuando la conocí, Ilse Lühtje, la condesa von Finckenstein, poseía un tipo de atractivo muy diferente. Poseía buena parte de la misma sensualidad serena que la difunta Frau Hollander, pero era sin duda una mujer con la que uno se sentiría a gusto *hablando* o sentado en un coche, o en un salón, *después* de hacer el amor. En resumen, una esposa perfecta.

—¿Por qué sugieres algo así, Ilse? Conoces mi historia.

—Conozco tu historia *matrimonial*, Otto. Gretl era una simple chica de campo, apenas salida de la adolescencia, y Emmi y tú os visteis obligados por las circunstancias a vivir separados durante meses seguidos, así que nunca tuvisteis realmente la oportunidad de

conoceros. Un poco como Adolf y yo —suspiró—. Él era dieciocho años mayor que yo. Desde que nos divorciamos, el viejo verde se casó con Judith Trömer, que es tres años más joven que yo, ¿te lo puedes creer?

Ilse no parecía en absoluto amargada al decir esto.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —pregunté, solo a medias en broma.

—Podrías hacerlo peor, Otto. Y yo también, ya puestos. Los dos tenemos más o menos la misma edad. Desde luego somos compatibles en *ese* aspecto. Y después de eso, tenemos cosas parecidas de las que hablar. Llámalo amistad amorosa. Yo nunca he tenido eso, ¿y tú?

No sé cómo, pero me sentí tan a gusto con Ilse que pude abrirme, *realmente* abrirme a ella.

—Hubo una mujer una vez. Como tú y el conde, solo que ella era dieciocho años *mayor* que yo y estaba casada…

~//~

Fue Ilse quien sugirió que nos fuéramos de vacaciones en coche juntos para ver si éramos realmente tan compatibles como ella pensaba.

—No tienes nada mejor que hacer durante tres semanas y yo tampoco. Así podrás conocerme en mi peor momento, durante esos días del mes, cuando llevo dos días sin bañarme, cuando mis medias sucias cuelgan del lavabo. Y yo veré cómo es vivir contigo cuando haces esas cosas que hacen los hombres y que no resultan tan atractivas.

—Pero ¿no hicimos eso hace cinco años?

—Otra época, otras circunstancias —respondió ella—. Los tiempos cambian, y las actitudes y costumbres de la gente también.

No me pareció mala idea. Si el viaje no salía bien, habríamos perdido tres semanas de nuestras vidas, y si salía como esperábamos…

Cuando Ilse me dijo adónde pensaba que deberíamos ir, me pareció bastante atractivo, sobre todo después de mis años de posguerra en

Dachau, Argentina y, más recientemente, el caluroso desierto del sur de Egipto.

—La Patria siempre sabe sacar provecho de casi todo —dijo ella—. Después de la guerra, Alemania, que se había convertido en un paria, quería desesperadamente reconstruir una industria turística, y no solo por el dinero que traería. Al Ministerio de Turismo se le ocurrió la idea de «la Ruta Romántica» en 1950, justo después de que terminara la ocupación militar.

—Nunca he oído hablar de ella —respondí afablemente.

—Claro que no, querido muchacho. Tú andabas vagabundeando por el mundo, mientras yo me quedaba por aquí. Por supuesto, eres libre de sugerir cualquier otro lugar al que quieras ir.

—No, no, la idea fue tuya. Veamos adónde nos lleva.

~//~

Volamos al Rhein-Main Flughaven, el aeropuerto internacional de Fráncfort, alquilamos un Mercedes 220 descapotable y viajamos dos horas hasta Wurzburgo antes de registrarnos en el Würzburger Hof, donde la condesa había reservado una amplia suite para nosotros. No tardé más de un día en darme cuenta de que Ilse era una seductora inteligente que, como todas las mujeres desde Eva, sabía exactamente cómo manipular a un hombre para que se enamorase de ella.

Durante los días siguientes, las tensiones acumuladas en los dos últimos años de mi vida se desvanecieron. Disfruté del placer relajado de pasar el tiempo en compañía de una mujer hermosa e inteligente, y prácticamente nadie más, desde que despertábamos por la mañana hasta el final de cada noche, a veces tras hacer el amor apasionadamente, pero más a menudo tras hablar sin más hasta quedarnos dormidos.

Y vaya si hablábamos, de todo y de nada, mientras conducíamos hacia el sur atravesando el exuberante paisaje del valle del Tauber. De vez en cuando, cuando nos apetecía, buscábamos un claro escondido en algún lugar apartado de la carretera, donde nos besábamos y acariciábamos un buen rato antes de reanudar el viaje.

A veces, Ilse se encargaba de conducir y yo me contentaba con recostarme en el reposacabezas y dormitar una hora o dos. Su amenaza de que la conocería en su peor momento resultó ser en gran medida pura ficción. Nuestra amistad se fue afianzando mientras caminábamos de la mano por las calles y callejones hechos para el amor, y después, sobre la muralla que rodea Rothenburg-ob-der-Tauber. Había oído hablar de esta ciudad, la más famosa y romántica de las ciudades medievales alemanas —¿quién no?—, pero nunca había estado allí.

Dos horas al sur de Rothenburg, Ilse sugirió que nos desviáramos de la Ruta Romántica y viajáramos hacia el oeste, en dirección a Ulm. Cuando le pregunté por qué, dijo:

—Hay un castillo que quiero que veas.

—Neuschwanstein, por supuesto —dije. No iba a delatar mi ignorancia sobre la zona, ya que pocos alemanes, por no decir ninguno, desconocían el monumento más famoso de Baviera, que había aparecido en carteles turísticos incluso en tiempos del nacionalsocialismo.

—No, no exactamente —respondió Ilse.

—¿Cuál entonces?

—Otro castillo. He usado todas mis conexiones como antigua esposa del Graf Adolf Fincke von Finckenstein, yo que todavía tengo derecho a usar el título de condesa, para reservar una habitación en este castillo por una sola noche.

—¡Ajá! Quieres seguir seduciéndome en un antiguo castillo medieval —dije, y le pellizqué el brazo con picardía.

—Yo no lo llamaría así —dijo ella—. Este tiene menos de cien años.

—¿No teníais el conde y tú un castillo ancestral propio?

—A la ruina del Schloss Finckenstein en Carintia difícilmente la llamaría yo castillo.

—¿Carintia, como en Austria?

—Así es.

—Pero pensaba que...

—Adolf era austriaco, pero yo, querido mío, soy prusiana oriental. El extremo menos noble del espectro alemán.

Tres horas más tarde comprendí por qué Ilse había planeado esta sorpresa para mí. El castillo de Hohenzollern, en la provincia de Baden-Wurtemberg, a 50 kilómetros al sur de Stuttgart, se alza sobre un pequeño promontorio, a 850 metros sobre el valle circundante. Para mí, mucho más espectacular que su primo más famoso, Neuschwanstein, este era el tercer castillo construido en aquel lugar.

Mi amiga y compañera de cama me sacó de mi asombrada ensoñación al decir:

—Este castillo se construyó en realidad como monumento conmemorativo. Ningún miembro de la familia Hohenzollern vivió nunca mucho tiempo en este *schloss*. El príncipe heredero Wilhelm, hijo del último monarca Hohenzollern, se alojó en el castillo muy brevemente en 1945. Y esta noche, querido muchacho, es todo nuestro. ¡Así que imagínate durmiendo con una reina!

—Eso no requiere imaginación, cariño. Llevo durmiendo con una las últimas dos semanas.

—¿Has pensado en que ese arreglo sea permanente? —preguntó ella con seriedad.

—No estoy del todo seguro de que sea mala idea.

Y lo decía en serio.

~//~

Mi determinación de casarme con esta mujer increíble se afianzó durante el resto de nuestro viaje. Y más aún durante los seis meses siguientes, que ella pasó en mi villa de Madrid.

Ilse se aseguró de que yo entendiera que nos casaríamos como iguales, ambos económicamente independientes y libres en nuestra independencia.

—No intentaré retenerte cautivo ni negarte la libertad de hacer lo que quieras, con quien quieras, cuando quieras y donde quieras. Y doy por sentado que no tienes intención de encadenarme de manera similar.

Aunque esto significaba lo que hoy se llama un «matrimonio abierto», sentí que, dada mi intensa actividad comercial y militar, la

amistad y los sabios consejos de Ilse, y mi atracción hacia ella en tantos otros aspectos, no era probable que sintiera la necesidad de buscar aventuras con demasiada frecuencia.

~//~

En febrero de 1954, en la cima del Berg Hohenzollern, la condesa Finck von Finkenstein cambió su nombre por el de Frau Otto Skorzeny. Y yo me convertí en esposo por tercera y última vez.

Capítulo 28

Ya en 1953, me resultaba evidente que Gamal Abdel Nasser había abierto una brecha con el general Naguib e intentaría destituirlo. Lo veía con recelo porque, dijera lo que se dijera de Muhammad Naguib, era un general legítimo, mientras que Nasser me parecía de esos dispuestos a sonreír con jovial camaradería a todo el mundo mientras tramaba apuñalar por la espalda a cualquiera que se interpusiera en su camino. Ese año asistí a mítines donde lo vi decir una cosa con evidente sinceridad a una facción, para al día siguiente decir exactamente lo contrario ante una multitud del bando opuesto.

El 25 de febrero de 1954, Naguib anunció su dimisión. En menos de veinticuatro horas, Nasser la aceptó, puso a Naguib bajo arresto domiciliario, y el Consejo del Mando Revolucionario lo proclamó presidente del CMR y primer ministro. Tal como Naguib pretendía, estalló de inmediato un motín que exigía su restitución y la disolución del CMR. Cuando Nasser visitó a los oficiales amotinados en el Cuartel General Militar para pedir el fin del motín, lo intimidaron hasta hacerle aceptar sus demandas. Sin embargo, el 27 de febrero, los partidarios de Nasser en el ejército asaltaron el Cuartel General y sofocaron el motín. Esa misma tarde, cientos de miles de manifestantes, en su mayoría de la Hermandad Musulmana, reclamaron el regreso de Naguib y el encarcelamiento de Nasser. Un grupo considerable dentro del CMR exigió la liberación de Naguib y su vuelta a la presidencia. Durante los meses siguientes, la lucha de poder entre ambos continuó hasta octubre de ese año, cuando Naguib quedó efectivamente neutralizado y Nasser se hizo con el poder absoluto en Egipto.

Durante ese período, tanto Naguib como Nasser solicitaron mi consejo, pero yo andaba tan ocupado con Ilse y con mi negocio de «importación-exportación» que pude mantenerme elegantemente al margen de su disputa alegando con toda honestidad la presión del trabajo.

Eso no me impidió recurrir al Generalmajor Gehlen, quien parecía tener información privilegiada de todos los actores. Fue a través de

Reinhard como me enteré, a finales de 1954, de que Nasser había establecido contactos secretos con Israel. Gehlen me dijo que aquellos tanteos estaban condenados al fracaso, ya que los israelíes, no sin razón, desconfiaban de los árabes como de la peste.

El último día de febrero del año siguiente, las tropas israelíes atacaron la Franja de Gaza, bajo control egipcio, con el objetivo declarado de eliminar las incursiones de los fedayines palestinos. A instancias mías, Nasser, que coincidía conmigo en que el ejército egipcio no estaba preparado para una confrontación, no tomó represalias. En cambio, medio año después, el hombre fuerte de Egipto ordenó endurecer el bloqueo al transporte marítimo israelí a través del Estrecho de Tirán y restringió el uso israelí del espacio aéreo sobre el Golfo de Aqaba.

Mientras tanto, Nasser tenía asuntos más importantes que atender que el molesto y diminuto Israel. Cuando los aliados regionales de Gran Bretaña en Oriente Medio formaron el Pacto de Bagdad, Nasser lo consideró una amenaza tanto a sus esfuerzos por eliminar la influencia militar británica en Oriente Medio como a su objetivo de convertirse en el *primus inter pares* de la zona. Al mismo tiempo que se formaba ese Pacto, Nasser comprendió que si quería mantener la posición de liderazgo regional de Egipto necesitaba adquirir armamento moderno para equipar a su ejército. Cuando le quedó claro que Occidente no iba a suministrar armas a Egipto, Nasser recurrió al Bloque Soviético y firmó un acuerdo de armamento de 320.000.000 de dólares con Checoslovaquia. El equilibrio de poder entre Egipto e Israel quedaba ahora más o menos igualado, y Nasser aparecía mucho más fuerte ante los suyos.

Por muy pródigo que fuera el régimen a la hora de pagarme con regularidad y generosidad, Egipto era mucho más pobre de lo que Nasser hacía creer a sus subordinados. Aunque no siempre era un hombre sabio —más bien todo lo contrario—, era extremadamente orgulloso. Su sueño era construir la Presa de Asuán, un proyecto que convertiría a su país no solo en autosuficiente en la producción de alimentos, sino también en la potencia dominante de la región. No podía hacerlo solo, así que en diciembre de 1955, mientras

enfrentaba al Este con el Oeste en su búsqueda de armas avanzadas, convenció a Estados Unidos y al Reino Unido de comprometer 70 millones de dólares para ayudar a Egipto a financiar aquel proyecto colosal.

Siete meses después, apenas se había secado la tinta del acuerdo de armas entre Egipto y Checoslovaquia cuando, el 19 de julio de 1956, el secretario de Estado estadounidense, John Foster Dulles, anunció que «debido a la preocupación de Estados Unidos por que la envergadura del proyecto desbordara la economía egipcia», Estados Unidos y Gran Bretaña retiraban con pesar su oferta de financiar la construcción de la Presa de Asuán.

Aunque nunca me he considerado un pensador estratégico, no hacía falta más que un mínimo de inteligencia para comprender que se estaba gestando un enorme desastre en todos los frentes, y que los únicos que saldrían bien parados de aquella catástrofe serían los soviéticos y sus aliados. Así fue como el miércoles 25 de julio telefonée al presidente Nasser, hacia quien sentía que tenía una deuda de lealtad, para instarle en los términos más enérgicos a no tomar ninguna medida que pudiera agravar aún más la crisis inminente.

En lugar de comunicarme con mi antiguo empleador, un ministro de esto o aquello me dijo que el Presidente estaba en conversaciones privadas con líderes árabes de toda la región y no podía ser molestado. ¿Quizás si volviera a llamar mañana...? Furioso ante aquel desaire, me contuve y dije cortésmente que volvería a intentarlo al día siguiente.

Mi siguiente llamada fue a Reinhard Gehlen, a su número privado en la CIA estadounidense. Por el tono de su voz noté que Gehlen estaba profundamente alterado. Me preguntó si podía devolverme la llamada por una línea segura en el plazo de una hora, cosa que hizo tal como había prometido.

—¿Ocurre algo, Generalmajor?

—Ya lo creo. La cosa está a punto de estallar, Otto. Como dicen en la jerga estadounidense, Estados Unidos puede haberse metido en un buen lío con esto. Los británicos están que trinan, Francia

considera que Estados Unidos ha empujado a Egipto a los brazos de los comunistas. Nasser está a punto de hacer un anuncio que supondrá un desafío en toda regla. Los israelíes les están haciendo la pelota a los franceses y a los ingleses, y el Oso Ruso se relame de gusto.

—Intenté contactar con Nasser, pero esa puerta estaba cerrada.

—No me sorprende. No sabe hacia dónde se va a decantar la RFA en esto. Está arriesgando su posición en el mundo árabe, y si no demuestra que tiene un par de cojones tan grandes como su bocaza, podrían echarlo del trono en cuestión de horas.

—¿Crees que...?

—Las grandes potencias siempre han especulado con que una guerra nuclear empezaría en Oriente Medio. Pero creo que lo mejor es dejar que las cosas sigan su curso.

~//~

El 1 de abril de 1956, el Gobierno de Estados Unidos y la CIA transfirieron formalmente la Organización Gehlen a la autoridad de la República Federal de Alemania, bajo el canciller Konrad Adenauer. A raíz de aquel acontecimiento, mi amigo Reinhard Gehlen dejó la CIA y su Organización se convirtió en el núcleo del *Bundesnachrichtendienst*, el Servicio Federal de Inteligencia alemán, que, como tantas operaciones de espionaje de la Guerra Fría, pasó a conocerse por su acrónimo: el BND. Como jefe de espías de la Organización Gehlen, Gehlen se convirtió en presidente del BND, cargo en el que permaneció hasta 1968.

~//~

El 26 de julio de 1956, durante un discurso transmitido desde Alejandría, Nasser anunció que había promulgado un decreto presidencial que nacionalizaba la Compañía del Canal de Suez con efecto inmediato, y que mientras hablaba, funcionarios egipcios estaban asumiendo la administración y gestión de la Compañía. Antes de este anuncio, Nasser hizo un largo repaso de los «esfuerzos imperialistas para frustrar la independencia egipcia».

Condenó en particular las acciones británicas del pasado y la negativa de Estados Unidos a financiar la Presa Alta de Asuán. Proclamó que los ingresos obtenidos de la nacionalización permitirían a Egipto construir la Presa Alta sin ayuda estadounidense.

Como no estaba en condiciones de influir en lo que sucediera, no me quedó más remedio que sentarme a especular sobre qué pasaría cuando el mundo árabe y Europa Occidental chocaran. Pero aunque Europa Occidental dependía del Canal de Suez, de 193 kilómetros de longitud, para más de dos tercios del petróleo que transitaba por aquella vía fluvial estratégicamente vital que conectaba el Mediterráneo con el mar Rojo, esa no era mi preocupación inmediata.

Mi negocio de «ingeniería / importación-exportación» estaba en pleno auge, pues las potencias europeas habían empezado a abandonar el continente africano. Mientras los franceses preparaban sus colonias para una transición relativamente fluida hacia la independencia —excepto, por supuesto, Argelia—, otro tanto no podía decirse de Bélgica, Inglaterra o Portugal, que mantenía su férreo control sobre Mozambique y Angola, ni siquiera de Alemania, que para entonces solo conservaba una presencia vestigial en el África Oriental Alemana, el África Occidental Alemana y el África Sudoccidental Alemana.

Como mi cuenta bancaria suiza había acumulado ya, para entonces, siete cifras, no dejaba de acordarme de los helvecios, los suizos, que en tiempos antiguos habían sido un pueblo belicoso hasta que descubrieron, más o menos cuando los antiguos romanos llegaron al poder, que era mucho más rentable quedarse al margen, abastecer de víveres a ambos combatientes y cosechar los munícficos beneficios. Hasta el día de hoy, los suizos han hecho un arte de la neutralidad. Sé con certeza que varios *miles de millones* en Reichsmarks, o su equivalente funcional actual en francos suizos, siguen depositados en cuentas numeradas en una docena de paradigmas de virtud, bajo la atenta mirada de los gnomos de Zúrich.

Pero divago. Francia, que se oponía tanto al apoyo de Nasser a los

rebeldes en su colonia de Argelia como a la incautación del canal, e Israel, que había librado batallas esporádicas con Egipto a lo largo de su frontera común, se unieron a Gran Bretaña en una invasión tripartita que comenzó el 29 de octubre de 1956, cuando las fuerzas armadas israelíes atacaron la península del Sinaí. Dos días después, bajo el pretexto de proteger el canal, las fuerzas anglo-francesas empezaron a bombardear objetivos egipcios. El 5 de noviembre, paracaidistas y marines británicos y franceses comenzaron a ocupar posiciones estratégicas en la zona del canal.

Las Naciones Unidas aprobaron rápidamente una resolución en la que se pedía un alto el fuego. Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética presionaron a Gran Bretaña, Francia e Israel para que se retiraran. La Unión Soviética, que había suministrado armas y dinero a Egipto, profirió amenazas ambiguas —y siniestras— sobre el uso de armas nucleares para ayudar a su aliado, mientras que Estados Unidos ejercía su poder económico. Furioso por no haber sido informado del ataque con antelación y temeroso de que estallara una guerra más amplia en Oriente Medio, el presidente Eisenhower amenazó con sanciones a los aliados estadounidenses de la OTAN y a Israel si no retiraban sus fuerzas. Las tropas británicas y francesas abandonaron Egipto en diciembre de 1956. Unas semanas más tarde, el primer ministro inglés Anthony Eden, humillado por el aparente fiasco, dimitió.

Solo Israel permaneció en la península del Sinaí hasta marzo de 1957, cuando, conforme al acuerdo de alto el fuego, se retiró y Egipto reabrió el canal al tráfico comercial, incluida la entrada y salida del Estado sionista. La crisis de Suez dejó claro que las antiguas potencias coloniales, Gran Bretaña y Francia, habían sido suplantadas como las fuerzas geopolíticas preeminentes del mundo por Estados Unidos y la Unión Soviética.

~//~

En junio de 1957, visité Irlanda por primera vez como invitado del hotel Portmarnock Country Club en el condado de Dublín. Sabía que durante la Segunda Guerra Mundial, los irlandeses —ciertamente los

que vivían en Éire— se habían mantenido decididamente neutrales, tanto por su simpatía hacia lo alemán como por la tormentosa historia entre Gran Bretaña y la República de Irlanda. Por aquel entonces, todavía disfrutaba de mi notoriedad y me deleitaba con la adulación que recibía en un salón de baile repleto de representantes de diversas sociedades, profesionales y varios miembros del Dáil Éireann, el Parlamento irlandés. Me sentí particularmente atraído por un joven irlandés, franco y algo fanfarrón, Charles Haughey, que había sido elegido recientemente para ese órgano de gobierno tras tres campañas infructuosas.

Cuando conversamos esa noche, Haughey me contó que había oído hablar por primera vez de mi operación del Gran Sasso cuando tenía dieciocho años, dos años después de haberse unido a la Fuerza de Defensa Local.

—No éramos precisamente los mejores amigos de Inglaterra por aquel entonces, como tampoco lo somos ahora. Aunque los británicos más o menos nos obligaron a seguirles el juego, mis compañeros y yo soltamos un pequeño hurra cuando nos enteramos de que le habías dado a Winnie una buena patada en el culo.

—No sabía que tenía admiradores al oeste del Rin en aquel entonces, señor Haughey.

—Charles, por favor, y sí, los tenías. Tampoco es muy conocido que el día de la victoria en Europa un grupo de nosotros, estudiantes del University College Dublin, quemamos la Union Jack en College Green, frente al Trinity College, porque los británicos ignoraron la bandera irlandesa cuando intentamos izarla para celebrar la victoria aliada. Volviendo al presente, sé que has vivido en muchas partes del mundo, principalmente en la España de Franco, pero ¿alguna vez has pensado en mudarte a nuestro hermoso rincón del mundo?

—No puedo decir que lo haya hecho, señor... Charles.

—Fuera del Norte, muy tranquilo, muy relajante. Aunque tengo entendido que eres un tipo bastante rico, también es muy barato. Podrías vivir como un rey, podrías.

—¿De verdad? —dije, fingiendo solo en parte mi interés.

—Sí, señor —respondió mi joven amigo—. Hay unas tierras

encantadoras cerca, en el condado de Kildare, al suroeste de Dublín. Principalmente turberas elevadas. Perfectas para el cultivo de patatas, la cría de caballos y demás. Algo diferente de tu estilo de vida anterior, seguro, pero piénsatelo, ¿por qué no?

~//~

Lo hice, y durante los dos años siguientes visité Irlanda cada vez con más frecuencia. Haughey tenía razón. Glendalough, en las montañas de Wicklow, era un rincón de la historia irlandesa magnéticamente encantador. Mi única reserva a la hora de considerar establecerme en Irlanda era que el gobierno no me concedía la residencia permanente, sino que solo me permitía permanecer en la República seis semanas cada vez, y nunca me dejaba poner un pie en la propia Gran Bretaña. Me sentía insultado, pues la guerra había terminado hacía más de doce años. Llegué a creer que lo que pasaba por justicia inglesa no era más que venganza a largo plazo.

Aun así, en 1959, Haughey me animó a comprar Martinstown House, una parcela de 65 hectáreas con mansión en Ballysax, el Curragh, condado de Kildare. La casa principal era un antiguo pabellón de caza de la década de 1830 reconvertido. La casa de campo de estilo gótico de fresa se asentaba en un entorno tranquilo dentro de su propio parque, con numerosos árboles añosos y hermosos y un precioso jardín amurallado. Al contemplar la propiedad por primera vez, pensé: «¿Quién podría pedir más?».

Mis necesidades eran sencillas. Aunque siempre me había considerado en buena forma, me sorprendió descubrir que mi peso había ido aumentando con los años hasta alcanzar los 120 kilos. Durante los dos años siguientes, mantuve mi peso a raya trabajando la granja de patatas a mano y cuidando de los ocho caballos y cuatro burros de la finca.

Por desgracia, no todo era un camino de rosas. Aunque mis vecinos, el más cercano de los cuales vivía a más de kilómetro y medio, eran por lo general amables aunque reservados, nunca fui invitado a sus casas, ni invité a nadie a la mía. Prefería recorrer los

estrechos caminos rurales del distrito en mi distintivo y enorme sedán Mercedes. Que quisiera tranquilidad y sencillez no significaba que tuviera que privarme de los distintivos propios de mi posición.

No tardé en verme envuelto en controversias y disputas entre el Departamento de Justicia irlandés y el Departamento de Asuntos Exteriores. El Departamento de Justicia estaba, por aquel entonces, casi paranoico con la incursión del comunismo, la «Amenaza Roja». Por otro lado, Asuntos Exteriores creía que, al dejar entrar a ex nazis en el país prácticamente sin control, la cura era peor que la enfermedad. Eso parecía explicar por qué el gobierno me concedía visados temporales de forma continua, pero insistía en que solo mi pasaporte Nansen, otorgado a «personas apátridas», me proporcionaba tránsito legítimo entre países.

Charles Haughey hizo todo lo que estuvo en su mano para ayudarme, pero el Dáil se negó a concederme la ciudadanía irlandesa. Así fue como mantuve mi residencia permanente en Madrid, aunque Franco, tan complaciente como era con mis compatriotas, no podía —o no quería— concederme la ciudadanía española.

El Dáil estaba convencido, no sé cómo, de que yo había participado en las ratlines, las rutas por las que se sacaba a los nazis hacia Sudamérica, Oriente Medio y España. Si bien confieso que su creencia se fundaba convincentemente en los hechos, su acusación de que yo era antisemita y había participado en el exterminio masivo de judíos no era cierta.

Durante los años siguientes, regresaría periódicamente a mi finca en el condado de Kildare. No sentía necesidad de confrontación, así que nunca insistí en el asunto de la ciudadanía irlandesa y aproveché el tiempo para entregarme al duro trabajo físico y a la contemplación en soledad.

Capítulo 29

A las 7:30 de la mañana del 22 de mayo de 1960, recibí una llamada urgente de mi amigo, el Generalmajor Reinhard Gehlen.

—Otto, necesito verte esta mañana. Sí, así de urgente es. Pasaré a recogerte a tu villa en una hora. Esto afecta a nuestras operaciones en Sudamérica y a ti personalmente. Lo único que puedo decirte por teléfono es que esta noche saldrá en todos los periódicos del mundo.

Reinhard Gehlen no era nada alarmista, así que cuando oí el tono de su voz, esperaba algo trascendental, pero lo que me contó durante las dos horas siguientes me dejó completamente desconcertado, nervioso, preocupado y bastante asustado.

Comenzó sin preámbulos.

—Los israelíes han capturado a Adolf Eichmann.

—No es el primer nacionalsocialista que atrapan —dije—. Admito que es un pez gordo, pero ya nos hemos enfrentado a esto en los tribunales argentinos. Por lo general, hemos conseguido untar a quien había que untar o alargar los procesos durante años mientras nuestros compatriotas disfrutan de un «arresto domiciliario» de lo más cómodo y permisivo.

—Esta vez no, amigo mío. Lo han secuestrado, y según mis informantes, en este mismo momento está a bordo de un vuelo especial de El Al, un turbohélice Bristol Britannia, camino de Buenos Aires al aeropuerto de Lod.

—Pero no hay vuelos programados entre Israel y Argentina —dije, con menos convicción.

—Cierto, pero Argentina organizó una celebración internacional para conmemorar el 150.º aniversario de su independencia el 19 de mayo, e Israel fue invitado a enviar representantes al gran evento. El Mossad se las arregló, a través del Ministerio de Asuntos Exteriores, para que la delegación volara a Buenos Aires en un avión de El Al fletado expresamente.

—Te escucho, Reinhard. Continúa.

—Uno de los grandes mitos de la posguerra era que los agentes

israelíes rastreaban constantemente escondites por todo el mundo, persiguiendo sin descanso a los criminales de guerra nazis. Nada más lejos de la realidad. El Mossad estaba hasta el cuello vigilando a los judíos que llegaban de Europa del Este y la Unión Soviética.

—El Kremlin se había alineado firmemente con los árabes contra Israel. Cuando la KGB o sus afiliados tras el Telón de Acero recibían informes de sus agentes infiltrados en Israel, compartían de inmediato esa información con los vecinos árabes de Israel. El nuevo Estado necesitaba desesperadamente más colonos, pero también identificar a quienes trabajaban para otros. La prioridad era detectar espías, no capturar nazis.

Encendí un cigarrillo y le ofrecí uno a Gehlen, mientras continuaba.

—Rafi Eitan, el coordinador de relaciones entre el *Mossad* y el *Shin Bet* de Israel, dirigió la operación Eichmann. En los primeros años de existencia de Israel, sencillamente no había tiempo, energía ni ganas de cazar nazis. La lucha por la supervivencia de Israel en una región plagada de enemigos lo eclipsaba todo. Sin embargo, a finales de los cincuenta, el primer ministro David Ben-Gurion empezó a plantearse seriamente una gran operación para capturar a un notorio criminal de guerra nazi.

—En 1957, Fritz Bauer, fiscal general de Hesse, organizó una reunión secreta con Felix Shinar, el jefe de la misión de reparaciones de Israel en Alemania Occidental. Según Isser Harel, el director del Mossad, Bauer le dijo a Shinar que habían localizado a Eichmann en Argentina, pero que no se fiaba del poder judicial alemán, y mucho menos del personal de la embajada alemana en Buenos Aires.

—Eso es muy comprensible —dije—. Tú y yo lo sabemos por experiencia propia.

—Shinar presentó un informe detallado al Ministerio de Asuntos Exteriores. Cuando Walter Eytan, el director general del ministerio, se reunió con Isser Harel para transmitirle la noticia, Harel prometió investigar a fondo. Al hacerlo, concluyó que Eichmann movía los hilos de casi todo lo relacionado con el exterminio de judíos a manos del Reich. Aun así, pasaron más de dos años antes de que pusiera en marcha la Operación Eichmann.

—Harel encargó a Shaul Darom que contactara con Bauer en Colonia. Darom y Bauer se reunieron allí el 6 de noviembre de 1957. Bauer explicó que su fuente era un alemán medio judío en Argentina, que había escrito a las autoridades alemanas tras leer en los periódicos que Eichmann había desaparecido. Bauer le contó a Darom que la esposa de Eichmann, Vera, y sus tres hijos habían abandonado Alemania, supuestamente para irse a vivir con un segundo marido. El informante de Bauer facilitó la dirección del hombre que creía que era Eichmann: calle Chacabuco 4261 en Olivos, un suburbio de Buenos Aires.

—Bauer fue franco sobre por qué había recurrido a los israelíes en lugar de a las autoridades alemanas. «Los procedimientos de extradición podrían alertar a Eichmann y permitirle escapar de nuevo. No me opondré a que lo lleven a Israel a su manera». Esas palabras no dejaban lugar a dudas. Como representante de la ley en Alemania Occidental, Bauer estaba, de hecho, instando a los israelíes a idear una solución práctica que ignorara los procedimientos legales habituales.

~//~

Sin embargo, los primeros intentos de Harel de verificar las pistas de Bauer acabaron en aparente fracaso. En enero de 1958, envió a Yael Goren, un agente que había pasado bastante tiempo en Sudamérica, a Buenos Aires, con instrucciones estrictas de no hacer nada que pudiera llamar la atención. Acompañado por un israelí que estaba investigando en Argentina, Goren comprobó la dirección que Bauer había facilitado y el vecindario. Enseguida concluyeron que algo no cuadraba. Era una zona empobrecida, la calle no estaba asfaltada y, como dijo Harel, «la miserable casita no encajaba en absoluto con la imagen que teníamos de la vida de un oficial de las SS del rango de Eichmann». En aquel momento, se daba por sentado que los fugitivos nazis prominentes habían logrado sacar de contrabando grandes riquezas, la mayor parte confiscadas a sus víctimas de guerra.

A los dos hombres también les desconcertó la mujer europea de

aspecto desaliñado que vieron en el patio. Eichmann era conocido por mujeriego, y no podían creer que aquella fuera su esposa. La conclusión obvia fue que la información de Bauer carecía de fundamento. Pero Harel discrepaba.

Así pues, dio el siguiente paso lógico: pidió a Darom que se reuniera de nuevo con Bauer, esta vez insistiendo en que necesitaban conocer el nombre de su fuente para verificar su historia a fondo. El 21 de enero de 1958 se reunieron en Fráncfort. Bauer le facilitó a Darom el nombre de Lothar Hermann y una dirección en Coronel Suárez, una ciudad a más de 480 kilómetros de Buenos Aires. También le entregó una carta de presentación para quien Harel decidiera enviar a entrevistarse con Hermann.

—¿Cómo sé que está diciendo la verdad? —preguntó.

Ese alguien fue Efraim Hofstäter, un investigador policial de primer nivel que estaba de camino a Sudamérica por otro caso. Harel le pidió que comprobara lo de Hermann una vez que hubiera terminado con su otro asunto, y le entregó la carta de presentación de Bauer. Cuando Hermann rechazó la petición del investigador de reunirse en Buenos Aires, Hofstäter viajó en tren nocturno a Coronel Suárez. Cuando el viajero llamó a la puerta de Hermann, este lo invitó a pasar, pero enseguida le pidió garantías de que realmente representaba a las autoridades alemanas, que era la tapadera que Hofstäter y Harel habían acordado.

Hofstäter le habló de la carta de presentación de Bauer y se la tendió. Pero su anfitrión ignoró la mano extendida. En ese momento, Hermann llamó a su esposa y le pidió que leyera la carta en voz alta. Solo entonces se dio cuenta Hofstäter de que Hermann era ciego. La esposa leyó la carta y dijo:

—La firma es del doctor Bauer.

Hermann se relajó visiblemente y empezó a contar su historia. Sus padres habían muerto a manos de los nazis, y él había estado en los campos de concentración. —Tengo sangre judía en mis venas, pero mi esposa es alemana y nuestra hija se ha criado según las tradiciones de su madre. —Su única motivación para dar caza a Eichmann era —ajustar cuentas con los criminales nazis que nos

causaron a mí y a mi familia tanta angustia y sufrimiento.

Los Hermann habían vivido en Olivos, un suburbio de Buenos Aires, hasta dieciocho meses antes, donde eran «aceptados como alemanes en todos los sentidos». Sylvia, su hija, empezó a salir con un joven llamado Nicholas Eichmann, que no tenía ni idea de que ella era medio judía. Visitó la casa de los Hermann en varias ocasiones, y una vez comentó que habría sido mejor que los alemanes hubieran completado el exterminio de los judíos. Explicó que no tenía un acento regional marcado porque su padre había servido en muchos lugares distintos durante la guerra.

A raíz de un reportaje sobre un juicio por crímenes de guerra en el que se mencionaba a Eichmann, Hermann llegó a la conclusión de que Nicholas era hijo de Eichmann. En aquella época, muchos nazis se sentían tan a gusto en Argentina que apenas tomaban precauciones. Aunque Adolf vivía bajo un apellido falso, sus hijos nunca se molestaron en cambiar el suyo. Pero Nicholas sí tomó una precaución cuando empezó a salir con Sylvia: procuró no revelar nunca su dirección. Cuando Nicholas y Sylvia se escribían después de que ella se mudara, él le pidió que enviara las cartas a la dirección de un amigo. Pero eso no hizo sino reforzar las sospechas de Hermann, que pronto empezó a cartearse con Bauer.

En ese momento, Sylvia, una mujer atractiva de veinte años, entró en la habitación. Estaba claro que, fuera lo que fuese lo que hubiera sentido por Nicholas, había decidido ayudar a su padre a confirmar su teoría. Cuando Bauer le pidió a Hermann que fuera a Buenos Aires a investigar más a fondo, el hombre ciego se llevó a su hija, no solo para que le sirviera de ojos, sino también para aprovechar sus vínculos con Nicholas. Con la ayuda de un amigo, ella localizó la casa y llamó a la puerta sin más.

Cuando una mujer abrió la puerta, Sylvia preguntó si aquella era la casa de la familia Eichmann. «Su respuesta no llegó de inmediato. Durante la pausa, un hombre de mediana edad con gafas apareció y se colocó junto a ella. Cuando le preguntó si Nick estaba en casa, él le dijo que estaba haciendo horas extras. Entonces preguntó si era el señor Eichmann. Al ver que dudaba en responder, Sylvia le preguntó

si era el padre de Nick. Él dijo que sí».

Sylvia relató al investigador que la familia tenía cinco hijos: tres habían nacido en Alemania y dos en Argentina. Aunque las edades de los hijos nacidos en Alemania coincidían con lo que Bauer ya sabía sobre Eichmann, el inspector Hofstäter se mostró cauteloso. —Lo que dice parece bastante convincente, pero no constituye una identificación concluyente —dijo. Y añadió que Vera podría haberse vuelto a casar permitiendo que sus tres primeros hijos conservaran el apellido de su primer marido.

Lothar Hermann insistió en que no había duda de que el hombre con quien ella vivía era Eichmann. El israelí, tras prometer cubrir sus gastos, le dijo a Hermann que necesitaba que consiguiera más información sobre el sospechoso: qué nombre usaba, dónde trabajaba, alguna fotografía oficial o documento personal, y huellas dactilares. A su regreso a Tel Aviv, informó al director del Mossad, Harel, de que había encontrado a Hermann «impetuoso y demasiado seguro de sí mismo», lo que indicaba que tenía dudas sobre su historia. Pero Sylvia le había causado buena impresión, y recomendó actuar con rapidez, ya que ella tenía previsto viajar al extranjero pronto.

Harel aprobó fondos adicionales para que Hermann pudiera continuar sus investigaciones en Buenos Aires, pero no obtuvo los resultados esperados. Lothar y Sylvia Hermann averiguaron a través del registro de la propiedad que el dueño de la casa de la calle Chacabuco era un Austria llamado Francisco Schmidt, y que la vivienda tenía dos apartamentos con contadores de luz independientes, uno a nombre de alguien llamado Dagoto y el otro a nombre de alguien llamado Klement. Hermann concluyó que Schmidt debía de ser Eichmann y que se había sometido a cirugía plástica para cambiar de aspecto.

Pero cuando el investigador israelí en Argentina que había trabajado anteriormente en el caso retomó las pesquisas, descubrió que Schmidt no podía ser Eichmann: su situación familiar era distinta, y ni siquiera vivía en la casa de su propiedad. Estos hallazgos minaron la credibilidad de Hermann. En agosto de 1958,

Harel dio instrucciones de ir dejando que el contacto con Hermann se diluyera poco a poco.

~//~

—Ese fue el año en que Alemania Occidental abrió la Oficina Central para la Investigación de Crímenes Nazis en Ludwigsburg —continuó Gehlen—. En agosto de 1959, Tuvia Friedman, un cazador de nazis que había colaborado con Simon Wiesenthal, afirmó haber recibido una carta de Erwin Schüle, jefe de la oficina de Ludwigsburg, en la que se mencionaba que Eichmann posiblemente estaba en Kuwait. Friedman acudió a Asher Ben-Natan, su antiguo contacto israelí de Viena, que ahora trabajaba en el Ministerio de Defensa. Ben-Natan le dio largas, así que Friedman llegó a la conclusión de que aquellos funcionarios ya no estaban interesados en dar caza a Eichmann, y recurrió a la prensa israelí para dar publicidad a la supuesta presencia del fugitivo en Kuwait.

~//~

Para Bauer, la falta de seguimiento del Mossad con Hermann, combinada con la repentina publicidad sobre Kuwait, resultó sumamente frustrante; le preocupaba cada vez más que Eichmann se enterara de los esfuerzos por localizarlo y volviera a huir. En diciembre de 1959, Bauer viajó a Israel con más información. Informó a Harel de que, según una nueva fuente, Eichmann había viajado a Argentina bajo el nombre de Ricardo Klement. Esto coincidía con el nombre de uno de los contadores de luz de la casa de la calle Chacabuco, del que Hermann llevaba hablando desde el principio.

Como señaló Harel, Hermann había dado por sentado erróneamente que Eichmann era el propietario de la casa, y no uno de sus inquilinos. Al darse cuenta de lo que había ocurrido, el jefe del Mossad encargó a un nuevo agente, Zvi Aharoni, que continuara con la investigación. De repente, la pista de Hermann volvía a parecer prometedora, pero nadie sabía si Eichmann seguía allí.

Cuando Bauer se reunió con Harel, Aharoni y el fiscal general de

Israel, Chaim Cohen, en Jerusalén, no ocultó su indignación. —¡Esto es sencillamente increíble! —declaró, señalando que Hermann ya había mencionado el nombre de Klement mucho antes, y ahora lo confirmaba la nueva fuente—. Cualquier policía de tres al cuarto sería capaz de seguir una pista así. Vayan y pregunten al carnicero o al verdulero de la esquina y se enterarán de todo lo que hay que saber sobre Klement.

Harel informó a Ben-Gurion del posible avance. El primer ministro le dijo que, si la pista daba resultado, quería que trajeran a Eichmann para juzgarlo en Israel. Creía que un juicio así tendría una trascendencia moral e histórica enorme.

Esta vez, Harel envió a Aharoni a Argentina para comprobar si podían identificar y localizar a Eichmann en la dirección original que Hermann les había facilitado. El jefe del Mossad consideraba a Aharoni uno de los mejores investigadores de Israel; nacido en Alemania, había escapado a Palestina en 1938 y más tarde había servido en el Ejército Británico, donde interrogó a prisioneros de guerra alemanes.

Aharoni tuvo que terminar antes otro encargo, lo que supuso un retraso adicional de dos meses, pero durante ese tiempo se preparó para su misión estudiando los antecedentes del caso y reuniéndose con Bauer. El 1 de marzo de 1960 aterrizó por fin en Buenos Aires, provisto de un pasaporte diplomático israelí con nombre falso. Su tapadera era que trabajaba en el departamento de contabilidad del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Acompañado de un estudiante local que había accedido a ayudar, Aharoni fue en un coche alquilado hasta la calle Chacabuco, en Olivos, el 3 de marzo. Pero cuando llegaron a la casa bifamiliar que buscaban y el estudiante se acercó fingiendo buscar a otra persona, resultó que no había inquilinos en ninguno de los dos apartamentos. Las ventanas estaban sin cortinas y había pintores trabajando dentro. Aharoni comprendió que Eichmann y su familia, si es que habían vivido allí, debían de haberse mudado.

Al día siguiente, Aharoni improvisó un plan para averiguar más. Como recordaba del expediente de Eichmann que Klaus, el hijo

mayor, cumplía años el 3 de marzo, encargó a un joven voluntario local llamado Juan que volviera a la casa vacía con un regalo y una tarjeta para él. La historia de cobertura era que un amigo suyo, que trabajaba de botones en uno de los grandes hoteles de Buenos Aires, le había pedido que entregara el paquete, que venía de parte de una joven. Si le presionaban, podía sostener que no sabía nada más sobre su procedencia.

Como no encontró a nadie en la parte delantera de la casa, Juan dio la vuelta hasta la parte trasera. Allí vio a un hombre hablando con una mujer que limpiaba algo cerca de una cabaña. —Disculpe, ¿sabe si el señor Klement vive aquí? —preguntó. Ambos asintieron de inmediato, y el hombre respondió: —¿Se refiere a los alemanes?

Para no levantar sospechas, Juan dijo que no sabía nada de su nacionalidad. El hombre añadió: —¿Se refiere al que tiene tres hijos mayores y uno pequeño?

Juan volvió a fingir ignorancia, diciendo que solo estaba allí para entregarle un paquete pequeño. El hombre le contó que la familia se había mudado dos o tres semanas antes, pero no sabía adónde.

Aquello podría haber sido una noticia devastadora, pues sugería que si Aharoni hubiera llegado un poco antes los habría encontrado en la casa. Pero el hombre se tragó la tapadera de Juan sin problemas y lo llevó con uno de los pintores que trabajaba en una habitación del fondo. El pintor se mostró igual de colaborador. Les dijo que los Klement se habían mudado a San Fernando, otro suburbio de Buenos Aires. No conocía la dirección, pero sugirió que podían hablar con uno de los hijos de Klement, que trabajaba en un taller mecánico cercano.

Vestido de mecánico, el joven alemán confirmó que era uno de los hijos de Klement. Juan oyó que otros lo llamaban con algo que sonaba a Tito o Dito. Aharoni concluyó que debía de ser Dieter, el tercer hijo de Eichmann. Dieter era más desconfiado que los trabajadores argentinos. Interrogó a Juan sobre su historia y le preguntó quién había enviado el paquete. Cuando Juan repitió su versión, Dieter le dijo que la calle donde vivía ahora la familia no tenía nombre ni números. Al darse cuenta de que no iba a averiguar

nada más de forma directa, y para evitar más preguntas, Juan le entregó el paquete a Dieter y le pidió que se lo diera a su hermano.

Apostados frente al taller mecánico, Aharoni y su pequeño equipo decidieron seguir los movimientos de Dieter después del trabajo. La primera noche no lo vieron salir. Más tarde, vieron a dos personas en un ciclomotor y supusieron que el pasajero de atrás era Dieter. El ciclomotor se dirigió hacia San Fernando, y el conductor dejó al pasajero cerca de un quiosco. Resultó que estaba a unos cien metros de una casita recién construida en la calle Garibaldi, que pronto descubrirían era el nuevo hogar de la familia Eichmann.

Aharoni estaba convencido de que «Klement» era en realidad Eichmann, pero seguía buscando más confirmación. Envió a Juan de vuelta al taller mecánico para que le dijera al hijo de Eichmann que el remitente del paquete se había quejado de que nunca lo había recibido. Dieter insistió en que había entregado el paquete y además reveló que debería haberse enviado a nombre de Nicholas «Aitchmann», no de «Klement». Juan pensó que aquello era una mala noticia, señal de que no habían encontrado a su hombre. Pero Aharoni, que no quería revelarle a quién buscaban realmente, le aseguró que había hecho «un trabajo fantástico».

Aharoni viajó varias veces a San Fernando, al principio para hablar con los vecinos bajo distintos pretextos. Confirmó que la familia alemana se había mudado hacía poco. Un arquitecto consiguió el documento que demostraba que la parcela 14 de la calle Garibaldi, donde se encontraba la nueva casa, estaba registrada a nombre de Veronica Catarina Liebl de Eichmann, con su apellido de soltera y el de casada. Tras pasar varias veces frente a la casa para observarla, Aharoni vislumbró por primera vez a un hombre de complexión media, de unos 50 años, con la frente alta y medio calvo, el 19 de marzo. El hombre recogió la ropa del tendedero y volvió a entrar en la casa.

Aharoni cablegrafió a sus superiores para informarles de que había visto a un hombre en la casa de Vera Eichmann que sin duda se parecía a Eichmann, y que ya no cabía duda alguna sobre su identidad. También recomendó regresar a Israel de inmediato para

ayudar a planificar la operación de secuestro. Pero antes de marcharse, estaba empeñado en conseguir una foto de su presa.

Sentado en la parte trasera de una pequeña furgoneta cubierta con una lona, Aharoni hizo que el conductor aparcara junto al quiosco y fuera a comer algo. Mientras tanto, observó la casa y apuntó una cámara a través de un agujero en la lona. Fotografió la casa y los alrededores. Pero tuvo que encargar a otro colaborador local, hispanohablante nativo, la tarea de fotografiar a Eichmann con una cámara oculta en un maletín. El colaborador abordó a Eichmann y a su hijo Dieter cuando estaban fuera y entabló una breve conversación con ellos, el tiempo justo para disparar la cámara.

Aharoni salió de Argentina el 9 de abril. Harel se reunió con él en el vuelo de París a Tel Aviv. —¿Estás completamente seguro de que es nuestro hombre? —preguntó. Aharoni le mostró la foto tomada con la cámara del maletín. —No tengo la menor duda —respondió.

~//~

—No solo el hecho de que Vera Eichmann usara su nombre real en el registro de la propiedad indicaba que la familia se sentía cada vez más segura —dijo Gehlen—. Simon Wiesenthal, que seguía vigilando al resto de la familia Eichmann en Austria, había detectado otras pruebas reveladoras de que la supuesta viuda vivía con su infame marido fugitivo. La madrastra de Eichmann había muerto, y una esquela en el *Oberösterreichische Nachtrichten*, el diario de Linz, aparecía firmada por Vera Eichmann con su apellido de casada. También firmó otra esquela similar en el mismo periódico cuando murió el padre de Eichmann, en febrero de 1960. La lealtad familiar de los Eichmann los cegaba ante el peligro.

~//~

Wiesenthal también informó a los agentes del Mossad de que había contratado a dos fotógrafos equipados con teleobjetivos para fotografiar a los asistentes al funeral del padre. Entre ellos estaban los hermanos de Eichmann. Uno de ellos, Otto, guardaba un parecido asombroso con Adolf. Wiesenthal afirmó que eso explicaba

los repetidos avistamientos de Adolf en Europa a lo largo de los años. Entregó las fotos a dos agentes israelíes y les dijo: —Cualquiera que tenga en sus manos la fotografía de Otto Eichmann será capaz de identificar a Adolf Eichmann, aunque ahora se haga llamar Ricardo Klement.

Ya no cabía duda de que los israelíes iban por buen camino y se acercaban a su objetivo. Pero Harel y Rafi Eitan, el hombre que Harel había designado para dirigir la operación sobre el terreno, sabían que antes de secuestrar a Eichmann tenían que decidir cómo sacarlo del país. Eso implicaba preparar un piso franco donde retener al prisionero y luego organizar el transporte a Israel.

Harel se encargó de organizar la opción preferida: sacar a Eichmann por avión. Pero El Al, la aerolínea israelí, no tenía vuelos a Argentina en aquel momento, así que necesitaban un pretexto para enviar un avión especial. Por fortuna, Argentina iba a conmemorar el 150.º aniversario de su independencia a finales de mayo, e Israel había sido invitado a enviar representantes a las celebraciones. Harel sugirió al Ministerio de Asuntos Exteriores que la delegación volara a Buenos Aires en un avión especial. Trabajó directamente con los directivos de El Al para asegurarse la plena cooperación de la aerolínea. Incluso le permitieron aprobar personalmente a la tripulación seleccionada para el vuelo.

Mientras Harel se ocupaba de los preparativos del vuelo, Eitan exploró un plan alternativo: la opción mucho menos deseable de un largo viaje por mar. Se puso en contacto con el presidente de Zim, la naviera israelí. Zim disponía entonces de dos barcos frigoríficos que transportaban carne kosher de Argentina a Israel. En colaboración con el capitán de uno de esos barcos, Eitan organizó la preparación de un compartimento especial que habría servido de prisión temporal flotante para Eichmann si el vuelo fallaba por cualquier motivo. Lo habrían sacado de contrabando junto con un cargamento normal de carne kosher.

Tras dos semanas en Israel, mientras Harel preparaba a los miembros del equipo que pronto partirían hacia Argentina con distintos pasaportes y tapaderas, Aharoni aterrizó de nuevo en

Buenos Aires el 24 de abril. Ya no se hacía pasar por diplomático israelí, sino por empresario alemán, con un pasaporte nuevo, un bigote nuevo y ropa nueva. Uno de los primeros en seguir a Aharoni fue Avraham Shalom, el segundo de Eitan en la operación. Harel le dijo a Shalom que quería que se reuniera con Aharoni, comprobara todo lo relativo a los supuestos avistamientos de Eichmann y su familia en la calle Garibaldi, y enviara una señal en clave si tenía la certeza de que habían localizado al hombre que buscaban.

Shalom era un agente experimentado, pero estuvo a punto de delatarse en un par de ocasiones. Tras llegar a París en la primera etapa de su viaje, recogió un pasaporte alemán con documentos de identidad nuevos. Durante la escala en Lisboa, él y otros pasajeros tuvieron que entregar sus pasaportes y reclamarlos después, cuando estuvieran listos para embarcar en el siguiente vuelo; en su caso, el vuelo a Buenos Aires. Shalom olvidó su nombre falso y tuvo que alargar el brazo por detrás de un funcionario del aeropuerto, que lo miró sorprendido, para señalar el pasaporte, que solo reconoció por el color. Cuando por fin llegó a su hotel en Buenos Aires y tuvo que registrarse en recepción, volvió a quedarse en blanco. Pero no importó: al final, Shalom estaba a salvo en Argentina.

Cuando Aharoni llevó a Shalom a ver la calle Garibaldi, este descubrió que no era una calle propiamente dicha, sino un camino sin asfaltar por el que apenas pasaban coches: un lugar ideal para una operación, sin electricidad, con poca gente. La única iluminación provenía de algún coche que pasaba de vez en cuando. A esas alturas, a los israelíes ya no les sorprendía que el otrora poderoso Eichmann viviera en un entorno tan humilde. Cuando llegaron más miembros del equipo, Aharoni confirmó que seguían la pista del hombre correcto. También observaron su rutina diaria desde una distancia segura. Lo vieron caminar hasta una parada de autobús, ir a una fábrica de Mercedes cada mañana y volver en autobús a la parada de la esquina de su calle, siempre a la misma hora por la tarde. Desde allí, Eichmann apenas tenía que caminar unos pasos hasta su casa.

A Zvi «Peter» Malkin, un miembro del equipo especialmente

corpulento, le asignaron la tarea de atrapar a Eichmann primero. Eitan, uno de los últimos en llegar, coincidió con Shalom en que las condiciones eran prometedoras. Sin embargo, sabía que siempre existía la posibilidad de que algo saliera mal. En Buenos Aires era difícil conseguir coches buenos, y los vehículos destartalados que había alquilado el equipo se averiaban con frecuencia. También cabía la posibilidad de que algún desliz de uno de los israelíes despertara sospechas.

Harel, que también había volado a Argentina pero se quedó en el centro de Buenos Aires para supervisar la operación desde cerca, le había dado a Eitan unas esposas abiertas y se había quedado con la llave. Si la policía argentina los atrapaba después de capturar a Eichmann, Eitan debía esposarse a él. Luego le diría a la policía que los llevara a ambos ante el embajador israelí.

La noche del 10 de mayo, víspera de la operación prevista, Harel reunió a todo el equipo para darles las últimas instrucciones. A esas alturas, todos sabían cuál era su cometido. Habían preparado un total de siete pisos francos y apartamentos, principalmente para tener alternativas donde retener al cautivo hasta poder sacarlo del país clandestinamente, pero también para alojar a los miembros del equipo. Algunos de los que se habían alojado en hoteles ya se habían marchado y trasladado a uno de los pisos francos, pero el jefe del Mossad no quería que todos abandonaran los hoteles el día del secuestro, lo que podría poner a la policía sobre su pista. Después, Harel les hizo la advertencia inevitable: si los atrapaban, debían admitir que eran israelíes, pero también afirmar que habían actuado por iniciativa propia. No debían reconocer que se trataba de una operación oficial israelí.

Cuando uno de los agentes preguntó sin rodeos:

—¿Cuánto tiempo cree que tendremos que estar en prisión si nos atrapan?

El jefe del Mossad respondió:

—Bastantes años.

El equipo utilizó dos coches para la operación, programada para interceptar a Eichmann a la hora en que solía bajarse del autobús

del trabajo: las 7:40 de la tarde. Aharoni conducía el primer coche. Eitan y Malkin iban con él. Harel había advertido específicamente a Malkin que Eichmann no debía sufrir daños corporales. «Ni un rasguño».

Shalom, el adjunto de Eitan, iba en el segundo coche con otros agentes. Estaban aparcados a unos treinta metros, con el capó levantado como si estuvieran reparando algo. En cuanto vieran a Eichmann, debían encender las luces largas para deslumbrarlo e impedir que viera el primer coche, aparcado justo delante.

Eichmann normalmente seguía la misma rutina todos los días, pero esa tarde no se bajó del autobús de las 7:40. A las ocho, cuando todavía no había llegado, Aharoni susurró a Eitan:

—¿Nos vamos o seguimos esperando?

Eitan respondió que debían esperar, pero él también calculaba que no podían hacerlo mucho más. Aunque estaba oscuro, los dos coches aparcados corrían el riesgo de llamar la atención.

A las 8:03, Shalom divisó a Eichmann entre las sombras de la noche. Corrió hacia el coche. Otro agente cerró el capó de golpe y Shalom encendió los faros. En el primer coche, Aharoni vio a Eichmann con claridad a través de los prismáticos. Asomándose por la ventanilla, advirtió a Malkin, que esperaba:

—Tiene una mano en el bolsillo. Puede que lleve un arma.

Cuando Eichmann dobló la esquina desde la parada de autobús y pasó junto al coche, Malkin se volvió y le cortó el paso.

—*Un momentito, Señor* —dijo, usando la frase que había estado practicando durante semanas.

Eichmann se detuvo en seco. Malkin aprovechó ese instante para abalanzarse sobre él. El problema fue que, por la advertencia de Aharoni, le agarró la mano derecha en lugar de la garganta, y los dos cayeron a una zanja.

Eichmann empezó a gritar. Aquello convirtió una operación bien planificada y ensayada a conciencia en un caos absoluto. Aharoni aceleró el motor para ahogar los gritos mientras Eitan y otro agente saltaban del coche para ayudar. Malkin agarró a Eichmann por las piernas mientras los otros dos lo cogían por los brazos y lo metían

rápidamente en el coche por la puerta trasera. Lo tumbaron en el suelo, entre los asientos delanteros y traseros, donde habían colocado mantas tanto para que no se hiciera daño como para taparlo. La cabeza de Eichmann quedó apretada contra las rodillas de Eitan, y Malkin se sentó al otro lado. El cautivo no llevaba ningún arma.

Aharoni dio una orden tajante a Eichmann en alemán:

—Si no se queda quieto, le dispararán.

Malkin aún tenía la mano sobre su boca, debajo de la manta, pero cuando Eichmann asintió en señal de que había entendido, la retiró. Luego condujeron en silencio. Eitan y Malkin se estrecharon la mano. Eichmann, al que le habían puesto unas gafas opacas para que no pudiera ver nada, permaneció completamente inmóvil.

De camino al piso franco principal, se detuvieron para cambiar las matrículas. Perdieron de vista brevemente el segundo coche, que debía acompañarlos, pero pronto reapareció y los siguió hasta la villa designada, donde otros miembros del equipo esperaban con ansiedad. Los israelíes llevaron a Eichmann a la pequeña habitación del segundo piso que habían preparado para él y lo tumbaron en una cama de hierro, encadenándole una pierna al pesado armazón. Lo desnudaron y un miembro del equipo, que era médico, le examinó la boca para asegurarse de que no llevara veneno. El prisionero protestó diciendo que, después de tanto tiempo viviendo como hombre libre, no había tomado ese tipo de precauciones, pero el médico le quitó igualmente la dentadura postiza para asegurarse y luego le inspeccionó el resto del cuerpo.

Eitan, Shalom, Malkin y Aharoni estaban en la habitación, observando cómo el médico le revisaba la axila, donde los oficiales de las SS solían llevar tatuado su grupo sanguíneo. Pero Eichmann solo tenía una pequeña cicatriz, que más tarde admitió haberse hecho al quemarse el tatuaje con un cigarrillo cuando lo detuvieron los estadounidenses al final de la guerra. Sus captores no habían descubierto su verdadera identidad en aquel momento.

Dada su experiencia como interrogador en el Ejército Británico, a Aharoni le encargaron conseguir que el prisionero admitiera su

verdadera identidad esta vez. Aharoni había estudiado el expediente de Eichmann, que Fritz Bauer había compartido con los israelíes, y estaba dispuesto a hacer tantas preguntas como hiciera falta para arrancarle una confesión. Su estilo habitual era formularlas despacio y de forma reiterada.

Pero resultó que Eichmann se vino abajo mucho antes de lo que nadie esperaba, lo que hizo innecesario aquel procedimiento. Cuando Aharoni le preguntó su nombre, respondió:

—Ricardo Klement.

Pero cuando le preguntó la altura, el número de pie y la talla de ropa, todas sus respuestas coincidían con las del expediente. Luego Aharoni le preguntó el número de afiliación al Partido Nazi, y dio la respuesta correcta. Lo mismo sucedió cuando le preguntó por sus números de las SS. También dio correctamente su fecha y lugar de nacimiento: 19 de marzo de 1906, en Solingen, Alemania.

Entonces Aharoni preguntó:

—¿Con qué nombre nació?

—Adolf Eichmann —respondió.

En ese momento, la tensión acumulada durante aquella larga y difícil operación se disipó.

~//~

El vuelo especial de El Al aterrizó en Buenos Aires poco antes de las seis de la tarde del 19 de mayo. La delegación la encabezaba Abba Eban, ministro sin cartera que había sido embajador de Israel en Estados Unidos y en las Naciones Unidas. El primer ministro Ben-Gurion le había revelado con anterioridad que la verdadera misión del vuelo era llevar a Eichmann de vuelta a Israel. Solo unos pocos de los demás pasajeros conocían esa información. Sin embargo, la presencia de tres hombres desconocidos con uniformes de El Al, que ni siquiera fingían desempeñar funciones de vuelo, hizo sospechar a la mayor parte de la tripulación que algo se tramaba.

De vuelta en la casa de seguridad, Aharoni y Malkin siguieron interrogando a Eichmann mientras esperaban el avión. Eichmann afirmaba que nunca había sido antisemita.

—Debe creerme, no tenía nada contra los judíos —insistió.

Pero Hitler era «infalible», y él había prestado juramento como oficial de las SS, lo que significaba que no le quedaba más remedio que obedecer órdenes.

—Había un trabajo que hacer y lo hice.

Como prisionero, Eichmann era más que obediente. Al principio estaba aterrorizado ante la idea de que sus captores lo ejecutaran o le envenenaran la comida. Pareció casi aliviado al enterarse de que planeaban llevarlo a juicio. Intentó convencer a sus captores de que debía ser juzgado en Alemania, Argentina o Austria, pero cuando Aharoni le dijo que eso no era ni remotamente posible, accedió a firmar una declaración en la que expresaba su voluntad de ser juzgado en Israel.

Durante todo ese período, el equipo israelí no dejó de vigilar los periódicos, temiendo encontrar cualquier indicio de que las autoridades argentinas hubieran descubierto el secuestro de Eichmann. La tarea principal del equipo era conseguir que Eichmann subiera al vuelo de El Al. Con anterioridad, Shalom había ido repetidas veces al aeropuerto en coche para familiarizarse con la ruta y hacerse conocer entre los guardias.

Cuando el avión estaba estacionado en el área de mantenimiento, podía entrar y salir sin que lo detuvieran. El 20 de mayo, día de la partida prevista, Shalom realizó una inspección final de la aeronave y envió un mensajero a Harel para comunicarle que estaba abierta y era segura. Ese mismo día, unas horas antes, otro miembro de su equipo había avisado a miembros clave de la tripulación de que el avión transportaría a un pasajero con uniforme de El Al que parecería enfermo. No les revelaron su identidad, pero la naturaleza de la misión quedaba ya clara.

De vuelta en la casa de seguridad, Eichmann cooperó plenamente mientras lo bañaban, lo afeitaban y lo vestían con el uniforme de la aerolínea. Cuando el médico del equipo sacó una inyección para sedarlo, el prisionero le aseguró que no hacía falta, que se quedaría callado. Pero los israelíes no estaban dispuestos a correr ese riesgo. Al ver que estaban decididos a seguir adelante con el plan,

Eichmann volvió a cooperar sin reservas. Cuando los agentes estuvieron listos para sacarlo de la casa, la droga ya empezaba a hacer efecto, pero Eichmann aún estaba lo bastante alerta como para señalar que se habían olvidado de la chaqueta, y les pidió que se la pusieran para parecer exactamente igual que los demás miembros de la tripulación.

Eichmann dormitaba mientras lo llevaban al aeropuerto en un convoy de tres coches. Al ver que todos los ocupantes del primer coche llevaban uniformes de El Al, el guardia abrió la puerta y los dejó pasar. Una vez junto al avión, los agentes rodearon a Eichmann y lo sostuvieron mientras lo subían por la escalerilla. Lo depositaron en la cabina de primera clase, cerca de otros miembros de la «tripulación» que también fingían dormir. La tapadera era que todos formaban parte de la tripulación de relevo y necesitaban descansar antes de tomar el mando. Justo después de medianoche, ya oficialmente el 21 de mayo, el avión despegó. Cuando salió del espacio aéreo argentino, la «tripulación» de la cabina de primera clase se levantó para abrazarse y celebrar el éxito. El resto de la tripulación real conoció por fin la identidad de su misterioso pasajero.

Harel iba a bordo, pero la mayoría de los demás agentes que habían llevado a cabo la operación, entre ellos Eitan, Shalom y Malkin, no estaban en el vuelo. Tendrían que salir de Argentina por separado y regresar a Israel días más tarde.

~//~

—Aterrador, *nicht wahr*? —concluyó Gehlen.

—No es precisamente algo que te deje dormir tranquilo por las noches —respondí—. Pero ¿por qué me cuentas esto ahora?

—Porque, amigo mío, según lo que he averiguado a través de mis contactos israelíes, podrías ser el próximo objetivo. ¿Te gustaría sentarte en el banquillo junto a Eichmann?

Capítulo 30

El juicio de Eichmann dio comienzo en el Tribunal de Distrito de Jerusalén el 11 de abril de 1961. Las sesiones concluyeron el 14 de agosto. El veredicto se leyó el 12 de diciembre de 1961. Eichmann fue declarado culpable de crímenes contra la humanidad, crímenes de guerra y crímenes contra el pueblo polaco, esloveno y gitano. También fue declarado culpable de pertenecer a tres organizaciones consideradas criminales en los juicios de Núremberg: la Gestapo, el SD y las SS. Al deliberar sobre la sentencia, los jueces concluyeron que Eichmann no se había limitado a obedecer órdenes, sino que creía fervientemente en la causa nazi y había sido uno de los principales artífices del genocidio. El 15 de diciembre de 1961, Eichmann fue condenado a morir en la horca.

Su abogado apeló el veredicto de inmediato, basándose principalmente en argumentos legales sobre la jurisdicción de Israel y la legalidad de las leyes con las que se le había acusado. El 29 de mayo, el Tribunal Supremo israelí rechazó la apelación y ratificó el fallo del Tribunal de Distrito en todos los cargos. A las 20:00 del 31 de mayo, comunicaron a Eichmann que su última apelación había sido denegada. Su última comida fue el rancho habitual de la prisión: queso, pan, aceitunas y té, junto con media botella de vino.

Horas después, Eichmann fue ahorcado en una prisión de Ramla. A la ejecución asistieron un pequeño grupo de funcionarios, cuatro periodistas y el clérigo canadiense que había sido su consejero espiritual durante su encarcelamiento. Sus últimas palabras fueron: «¡Viva Alemania! ¡Viva Argentina! ¡Viva Austria! Son los tres países que jamás olvidaré. Saludo a mi esposa, a mi familia y a mis amigos. Estoy preparado. Volveremos a vernos pronto, pues tal es el destino de todos los hombres. Muero creyendo en Dios».

En cuestión de horas, incineraron el cuerpo de Eichmann y una patrullera de la Armada israelí esparció sus cenizas en el mar Mediterráneo, fuera de aguas territoriales israelíes.

~//~

A principios de agosto de 1962, mi propio bienestar me preocupaba seriamente. Aunque seguía proporcionando información periódica a mis antiguos empleadores egipcios, descubrí que, sin hacer ruido y sin ninguna epifanía repentina, mis opiniones sobre el pueblo judío en general, y sobre el Estado de Israel en particular, habían experimentado un cambio radical.

Aunque era, y lo sería hasta el día de mi muerte, un nacionalsocialista acérrimo —de hecho, seguía siendo leal al precepto de la ahora inactiva ODESSA, cuya única preocupación era ofrecer la protección posible frente a los cada vez más fructíferos esfuerzos de cazanazis como Simon Wiesenthal, Tuvia Friedman y las agencias de inteligencia israelíes—, albergaba un sentimiento ocasional, pero persistente, de culpa por lo que había hecho a los *judíos* durante los años de Hitler.

Quizá no estuve *directamente* involucrado en el funcionamiento de los campos, particularmente los de «el Este», ya que mi trabajo había sido el de soldado de línea y no el de administrador, pero mi conciencia jamás me permitiría olvidar que *sabía* lo que estaba ocurriendo, y ni una sola vez había alzado siquiera una tímida protesta. Tras la operación de Gran Sasso de 1943, mi prestigio ante Der Führer había crecido hasta el punto de que podría haber marcado alguna diferencia. Entonces, ¿por qué no había dicho ni una palabra?

A veces, cuando me despertaba en mitad de la noche, la lacerante verdad atravesaba mi fachada santurrona: no había dicho ni una palabra *porque disfrutaba de la adoración que Hitler sentía por mí; porque yo, a mi vez, adoraba a Der Führer; y porque me agasajaban y celebraban y estaba embriagado por el aura de poder que me envolvía*.

Seis millones habían perecido bajo los nazis. Aunque, que yo supiera, no había matado directamente a un solo judío, tampoco había *salvado* a ninguno. Y *hubo* unos pocos en altas esferas que arriesgaron sus vidas y su fortuna para hacerlo. Aunque pocos lo recuerdan hoy, el propio hermano del Reichsmarschall Göring, Albert, salvó a cientos, quizá miles, de judíos, y logró sabotear la

producción militar en Checoslovaquia, mientras su hermano lo protegía de ser procesado por la Gestapo. Tras la guerra, Albert no pudo encontrar trabajo, simplemente por su apellido y por su parentesco con el desacreditado número dos del Reich.

Wilhelm Furtwängler, uno de los dos más grandes directores de orquesta del mundo, salvó a tantos compatriotas judíos como Albert Göring, pero por haber tenido el valor de permanecer en *Deutschland* dirigiendo la Filarmónica de Berlín, para mostrar al mundo que la civilización alemana aún florecía durante los años de Hitler, fue vilipendiado y se le negó la oportunidad de dirigir en Estados Unidos hasta el día de su muerte.

Hubo otros, por supuesto, pero yo no fui uno de ellos. Y tras la guerra, mi lealtad a mis *kameraden* de algún modo se impuso a los remordimientos por lo que nosotros —mi patria adoptiva— habíamos hecho en nombre de salvar a la civilización occidental de los comunistas, los comunistas *judíos*.

Nunca había temido represalias, ya fueran de los soviéticos, los estadounidenses, los británicos o los franceses. Pero ahora, por primera vez, sentí el aliento frío de la muerte cerniéndose sobre mí, encarnado en un diminuto estado y un hatajo de supervivientes judíos que habían hecho suya la consigna: «Nunca más».

Capítulo 31

El jueves por la noche, 12 de abril de 1962, llevaba diez minutos sentado en mi mesa favorita del *Restaurante-Bar Horcher* cuando Ilse se reunió conmigo. Charlábamos tranquilamente cuando el camarero se acercó acompañado de una mujer extraordinariamente guapa de veintitantos años y su acompañante, un hombre bien vestido de unos cuarenta.

—Herr und Frau Skorzeny —dijo el camarero—. Permítanme presentarles a dos compatriotas suyos que están de paso en Madrid. Parece que han sufrido un percance muy desagradable. Les atracaron a punta de pistola hace unos minutos y alguien les indicó que este lugar era un refugio para alemanes.

—Cuánto lo siento —dije compasivo—. Quizá les apetezca acompañarnos a tomar una copa para tranquilizarse. ¡Camarero! —llamé—. Bebidas para nuestros nuevos amigos.

—Gracias —dijo el hombre tras pedir para él y su acompañante—. Soy Hans-Dieter Dielmann. Esta es mi prometida, Anke.

Noté de inmediato que hablaba con acento vienés.

—Otto Skorzeny —dije mientras le tendía la mano y se la estrechaba—. Esta es mi esposa, Ilse. ¿No es usted originario de Alemania?

—*Wien* —respondió Dielmann—. Pero ¿cómo lo adivinó?

—Reconozco el *Wienere Deutsch*. Nací en Viena. Uno nunca pierde el acento.

—*Grüss Gott*!

Los cuatro alzamos las copas y brindamos.

Durante la siguiente media hora, charlamos animadamente. La prometida de Hans-Dieter, Anke, era bastante sensual, y saltaba a la vista que yo también le resultaba atractivo. Por su parte, Ilse disfrutaba de la atención que le dispensaba Hans-Dieter Dielmann. Desde el principio, nuestro matrimonio se había fundado en la franqueza. Éramos adultos maduros y sofisticados, y ninguno de los dos pedía cuentas al otro por algún desliz ocasional.

Siguieron las copas, luego un coqueteo algo descarado, y pronto

Ilse invitó a la joven pareja, que lo había perdido todo —dinero, pasaportes y equipaje—, a pasar la noche en nuestra villa. Había algo irresistible en los recién llegados. Entre los cuatro flotaba una tensión sexual palpable.

Una vez dentro de la casa, en el momento crucial en que el coqueteo juguetón parecía a punto de convertirse en algo más, un instinto me advirtió de que algo iba muy mal. No había sobrevivido en la jungla de mi existencia sin mantener una alerta constante ante el peligro. Metí la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, saqué una pistola y apunté a la joven pareja.

—Sé quiénes son y sé por qué están aquí. Son del Mossad y han venido a matarme.

La joven pareja ni se inmutó. El hombre dijo:

—Tiene razón a medias. Somos del Mossad, pero si hubiéramos venido a matarlo, ya estaría muerto desde hace semanas.

—O tal vez —repliqué— debería matarlos ahora mismo.

Anke intervino:

—Si nos mata, los que vengan después no se molestarán en tomar una copa con usted. Ni siquiera les verá la cara antes de que le vuelen los sesos. Queremos que nos ayude.

Tras un largo minuto, sin bajar la pistola, pregunté:

—¿Qué tipo de ayuda?

—Israel necesita información y el tipo de acción por el que usted es famoso. Le pagaremos generosamente —dijo el hombre que se había presentado como Hans-Dieter Dielmann.

—El dinero no me interesa. Tengo bastante, gracias —respondí.

—Entonces dígame qué quiere.

—Quiero que Wiesenthal elimine mi nombre de su lista.

—Eso puede hacerse y se hará. Nos encargaremos de ello.

Bajé el arma y nos estrechamos la mano.

~//~

—Herr Skorzeny, me llamo Yosef Raanan. «Joe», si lo prefiere. Como usted, nací en Viena, donde me llamaban Kurt Weisman. A diferencia de usted, perdí a la mayor parte de mi familia en el

Holocausto. Ahora trabajo para el Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales —el Mossad— en mi país adoptivo, Israel.

—Continúe —dije con calma.

—Como le dijo Anke, podría haberlos matado en su residencia hace unas noches. De haberlo hecho, habrían encontrado partes de su cadáver en una cuneta a las afueras de la ciudad a la semana siguiente.

—Confío en que no sea un simple peón en su organización, ¿verdad?

—¿Me habrían asignado como su contacto si lo fuera? —dijo—. ¿Le gustaría otro trago de whisky?

—Mientras esté sirviendo Johnnie Walker Blue, ¿por qué no?

—Tiene un gusto exigente, Herr Skorzeny. No esperaba menos de usted.

—Pero usted no está bebiendo, señor Raanan.

—«Joe», si así se siente más cómodo. Y tiene razón. Algunos judíos centroeuropeos no podemos consumir alcohol sin sufrir efectos secundarios graves. Así que mi abstinencia no se basa en ninguna superioridad moral, sino en el bienestar de mi estómago. Para responder a su pregunta, mi cargo «oficial», si quiere llamarlo así, es el de oficial superior del Mossad en la República Federal. No hace falta que perdamos el tiempo ni que nos andemos con ceremonias. Usted conoce tan bien su reputación y su posición como yo.

—Si me permite la pregunta, ya que parece bastante joven para ser el jefe del Mossad en Alemania, ¿cuántos años tiene?

—Cuarenta. Catorce años menor que usted.

—¿Así que va a ser mi controlador? No se sorprenda de que conozca el término.

—No me sorprende. Somos hombres curtidos.

—¿Le importaría contarme algo de su pasado?

El hombre más joven sonrió.

—¿Está intentando ver quién controla a quién? Pero no, no me importa. Si vamos a trabajar juntos, tiene derecho a saberlo. Cuando los nazis tomaron el poder en 1938, yo tenía 16 años y me enviaron a Palestina, entonces bajo dominio británico. Mi madre y mi

hermano menor se quedaron en Europa y perecieron.

Permanecí impasible mientras continuaba. —Como muchos judíos en Palestina, me alisté en el ejército británico en busca de una oportunidad para devolver el golpe a Alemania. Serví en la Real Fuerza Aérea. Tras la creación de Israel en 1948, adopté mi nombre hebreo —se echó a reír—. Si vosotros no podíais matarme de una manera, lo intentabais de otra.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, más por curiosidad que por sentirme ofendido.

—Fui uno de los primeros pilotos de la fuerza aérea israelí. Alemania construyó uno de los mejores cazas que se hayan diseñado nunca, el Messerschmitt Bf-109. Los vuestros fabricaron casi 34.000 durante la guerra, y eran magníficos. Pero al terminar la guerra, dejaron un montón de piezas en Checoslovaquia, y los checos las usaron para construir una copia de mierda que llamaron Avia S-99. ¿A que no adivinas cuáles fueron los primeros 25 cazas de Israel?

—¿Problemas?

—Los checos se quedaron sin motores Daimler-Benz DB 605 del 109. Necesitaban un motor de repuesto si no querían vender esos cacharros como pisapapeles. Y de entre todas las ideas descabelladas posibles, decidieron usar el mismo motor y la misma hélice del bombardero Heinkel He-111. Una vez en el aire, iba de maravilla. El problema era despegar o aterrizar. El motor no tenía la capacidad de respuesta del Daimler-Benz, y el par que generaba aquella hélice enorme hacía el control casi imposible. Cuando combinabas el motor sustituto y la hélice sobredimensionada con el tren de aterrizaje de vía estrecha del 109, aquello se convertía en un ataúd volador. Fue un milagro que alguno volviera sano y salvo. No perdimos ni uno por fuego enemigo, pero perdimos más de la mitad de esos S-99 y a varios pilotos cuando intentaban aterrizar.

—Tú no fuiste una de esas bajas —observé.

—No después de que me pasaran a Spitfires *de verdad*. Luego fui comandante de base aérea y fui ascendiendo hasta llegar a jefe de inteligencia de la Fuerza Aérea. Isser Harel me reclutó para el Mossad hace cinco años y me envió a Alemania como Director de

Operaciones.

Le di un sorbo al Johnnie Walker de 21 años y observé fijamente a mi nuevo socio. —¿Y qué hay de la operación para atraparme?

—Vas al grano, ¿eh?

—Las poses no van con gente como nosotros.

—Hace unos cuatro meses reunimos un equipo que viajó a España para hacer reconocimiento previo. Te vigilaron a ti, tu casa, tu lugar de trabajo y tus rutinas diarias.

—¿Hans-Dieter? ¿Anke?

—Hans-Dieter no es su verdadero nombre, claro.

—Ya me lo imaginaba.

—Es del Mossad. Anke no es una agente profesional del Mossad, sino una «colaboradora», una «*saayanit*». Era como una extra, dispuesta a hacer el papel que hiciera falta. Guapa…

—Y que lo digas.

—Una *saayanit* suele hacerse pasar por la novia de un agente encubierto del Mossad. ¿Te suena el «timo del marido», Otto?

—No me suena.

—Se ha usado en distintas variantes a lo largo de la historia. Hoy en día se conoce como la trampa de la miel.

—El anzuelo —dije. Ahora hablaba de un juego que conocía bien—. Pones al tipo en una situación comprometida y, mientras se relame pensando en el mejor polvo de su vida, lo «atrapan» cuando aparece el «marido», el «prometido» o el jefe de espías.

—Contigo funcionó, ¿no?

—*Casi* funcionó. Por suerte, mi pistola salió antes que mi…

—Cierto. Pero respóndeme a una cosa.

—Adelante.

—¿Por qué aceptaste cambiar de bando? No es la primera vez que te amenazan. Toda tu carrera se ha basado en la seguridad.

—Si lo sabes todo sobre mí, sabrás que le dije a Hitler que la seguridad infalible al cien por cien no existe.

—Ahora te estás haciendo el tonto, Otto. No me creo ni por un momento que Anke y Hans-Dieter te asustaran. Ve al grano: ¿por qué cambiaste de bando?

Miré a mi alrededor, incapaz de formular una respuesta, tratando de ganar tiempo. —Déjame que lo piense un rato —dije al fin.

—Por supuesto, tómate el tiempo que necesites. Mientras tanto, me gustaría que me acompañaras a Israel la semana que viene. Un viaje corto, cinco o seis días como mucho.

~//~

El Fokker F-27, que el gobierno israelí había alquilado a corto plazo a la aerolínea turca *Türk Hava Yolları*, se aproximó al aeropuerto de Lod desde el Mediterráneo oriental y aterrizó suavemente en la pista 3. Me vino a la mente aquella vez que había sido el único pasajero en un Ju-52 que volaba de Berlín a la Guarida del Lobo en 1943. Joe Raanan me había dejado tranquilo durante el vuelo de Múnich a Tel Aviv. Había dormitado parte del tiempo, pero a medida que nos acercábamos al Estado judío, empecé a darle vueltas a la pregunta de mi contacto: exactamente, *¿por qué* había cambiado de bando?

¿Era simplemente el subidón de adrenalina de una nueva aventura con nuevos jefes y una nueva oportunidad? ¿O podría ser algo mucho más profundo? Les había dicho a Hans-Dieter, que no era su verdadero nombre, y a Anke, una joven sorprendentemente atractiva —aunque había cientos de jóvenes igual de guapas, o más, a las que fácilmente podría haber seducido para llevarlas a mi cama—, que no me interesaba el dinero, lo cual era cierto, pero que quería salir de la lista de Simon Wiesenthal.

¿Por qué *eso* me importaba lo más mínimo? Adolf Eichmann había sido responsable de la muerte de miles de judíos y era un enemigo muy conocido de ese pueblo, así que claramente era un objetivo prioritario. Por otro lado, Eichmann había sido SS Obersturmbahnführer, el mismo rango que yo. Mi perfil era tan alto como el suyo, aunque mi trabajo era muy distinto.

¿Por qué iba a temer a Simon Wiesenthal? A pesar de lo mucho que alardeaba de haber sido clave en la caza y captura de Eichmann, yo sabía que gran parte de aquello era pura fanfarronería, y que su verdadero papel había sido mucho menor de lo que él pretendía. Vaya, tenía cincuenta y cuatro años. Bastaba con

mirar una fotografía suya en cualquier periódico o revista para ver que era un *viejo*. ¿Qué tenía que temer de un viejo que operaba desde una pequeña y destartalada oficina en Viena?

Cincuenta y cuatro.

¡La misma edad que yo!

Cincuenta y cuatro.

Dios mío, ¿dónde se fue el tiempo?

Der Führer solo tenía dos años más que yo ahora cuando murió. Mi primer mentor, Ernst Kaltenbrunner, tenía cuarenta y tres cuando lo ahorcaron. Habría tenido 59, cinco años más que yo, de haber sobrevivido. Eichmann me llevaba dos años cuando lo ejecutaron a principios de año. El Generalmajor Gehlen, verdaderamente un «viejo», tenía sesenta. De acuerdo, mi esposa Ilse solo tenía cuarenta y cuatro, y estaba francamente atractiva, pero aun así…

Por muy coqueta que hubiera sido la joven Anke conmigo, estaba claro que me había visto como… ¿como qué?… ¿como un *viejo*? ¿Un viejo tonto que caería tan fácilmente en su celada?

~//~

Al bajar del avión, no pude evitar notar que, a diferencia de la mayoría de los aeropuertos que había visto en Europa, Sudamérica e incluso Egipto, el aeropuerto de Lod estaba plagado de guardias de seguridad en prácticamente cada rincón. En un momento dado, vi que alguien había dejado un maletín abandonado cerca de una fila de asientos junto a una de las puertas de embarque. Menos de sesenta segundos después, dos guardias se acercaron con metralletas y acribillaron el maletín con dos ráfagas mortíferas. Esperaron otros dos minutos antes de llamar a un tercer hombre para que retirara la masa carbonizada de metal y cuero. Joe Raanan parecía aceptar aquello como algo cotidiano.

Tras una comida deplorable, seguida de una noche de descanso en un hotel de muchas plantas junto a una larga y hermosa playa de arena blanca en el paseo marítimo mediterráneo de Tel Aviv, me sentí listo para la acción cuando Joe me recogió a las ocho de la mañana siguiente.

—Hora de conocer al jefe —dijo.

Aunque nunca había conocido a Isser Harel, desde luego había oído hablar de él. El Director del Mossad había sido pieza clave en el secuestro y captura de Adolf Eichmann el año anterior.

Me sorprendió de veras, al conocerlo, lo absolutamente *ordinario* que parecía: cabello ralo, casi calvo por delante, orejas grandes y prominentes, y un rostro que no parecía particularmente inteligente. El tipo de persona que uno olvidaría momentos después de conocerla. El tipo que pasaría desapercibido en una habitación llena de gente.

Sin embargo, me había informado bien sobre él y sabía que las apariencias podían ser, y generalmente eran, engañosas. Aquel hombre de cincuenta años, cuatro años *menor* que yo, había nacido como Isser Halperin, hijo de un rico concesionario de vinagre del zar cuya propiedad fue confiscada cuando los soviéticos llegaron al poder. Dejó su Vitebsk natal en Rusia Blanca, emigró a Letonia y posteriormente a la Palestina bajo mandato británico en 1930, cuando tenía dieciocho años. Cuando Israel declaró su independencia, Harel fundó el *shin bet*, la agencia de seguridad interna de Israel, y se convirtió en su primer director. Tres años después, añadió la dirección del Mossad a su historial.

—No es un hombre de aspecto muy impresionante —le susurré a Raanan, justo antes de que me presentaran a Harel.

—No te dejes engañar por las apariencias, Otto. Uno de los secretos de su éxito es que tanta gente, incluidos los israelíes, lo confunden con un burócrata menor. Menos de uno entre diez mil puede identificarlo a simple vista. Buenos días, Isser.

—Joe —reconoció el Director con un gesto de cabeza. Volviéndose hacia mí, dijo—: ¿Otto Skorzeny, supongo? ¿El hombre más peligroso de Europa? Desde luego tienes pinta. —Extendió la mano. Al estrechársela, noté que su apretón era firme y fuerte. Sonrió—. Francamente, me quedé asombrado de que te pasaras al bando de los buenos, dada tu historia. No voy a fingir que no conozco tus antecedentes, del mismo modo que estoy seguro de que tú has estudiado los míos.

—Correcto —dije, con lo que pensé que era una sonrisa igualmente desarmante.

—Si no te importa que lo diga, esa es una *schmiss* muy fea. Debes haber sido un espadachín formidable. Como mínimo, uno muy valiente.

—Supongo que debería decir «gracias». Por cierto, ¿cómo debería llamarte? ¿Director? ¿Jefe? ¿Señor Harel?

—Con Isser basta. Aquí no nos andamos con ceremonias ni rangos. Todo el mundo vale tanto como cualquier otro. Si perdemos aunque sea a uno, perdemos un universo. A diferencia de tus antiguos empleadores musulmanes, eso incluye a las mujeres.

—¿Sabes que entrené a Arafat?

—Por supuesto. Puedo soltarte el mismo discurso que le damos a todo el mundo en público. En privado, lo he conocido. Esa apariencia sucia y desaliñada de moro harapiento es el disfraz perfecto en esta parte del mundo para una mente condenadamente buena, por no hablar de un buen hombre. Veo que te sorprende oírme decir eso.

—No voy a decir que no lo estoy.

—Estoy igualmente seguro de que has estado esperando que te pregunte por qué cambiaste de bando. Otra sorpresa, Otto, si puedo llamarte así.

—Por supuesto.

—Intento no hurgar en los pensamientos más íntimos de un hombre. Podrías *decirme* lo que quieras. Podría ser verdad o no, y no me importaría lo más mínimo. Quién eres o qué eres es asunto tuyo.

Harel tenía razón. Estaba asombrado. Aquel hombrecillo de modales suaves, tan corriente en su aspecto y su forma de hablar, era alguien a quien había que observar con atención. Quizás emular. ¿*Emular*? ¿A un judío? ¿Por qué debería sorprenderme eso? ¿Acaso Erhard Milch, un judío, no había sido Mariscal de Campo en la Alemania nacionalsocialista? ¿No había sido él el *verdadero* cerebro detrás de la Luftwaffe cuando Göring no era más que un fanfarrón pomposo y fatuo? Había algo único y especial en esta gente. *Aquí no nos andamos con ceremonias ni rangos. Todo el mundo vale tanto*

como cualquier otro. Si perdemos aunque sea a uno, perdemos un universo. Aquello ponía patas arriba la filosofía alemana.

~//~

—Caballeros, propongo que demos un breve paseo en coche para que nuestro recluta más reciente pueda ver un poco de *Eretz Israel* —dijo Raanan, irrumpiendo por la puerta sin llamar, después de que Harel y yo hubiéramos pasado casi una hora charlando de trivialidades que, para mí, fueron mucho más significativas que una simple «charla trivial».

—¡Bienvenido a Israel! —comentó el Director con sorna—. La gente más valiente y solidaria del mundo, pero sin duda la más maleducada.

Iba a escuchar, y sobre todo a *ver*, esta actitud manifestada a lo largo de mi estancia en Tierra Santa. No era de extrañar que Arafat me hubiera confesado que el Estado judío ganaría todas las guerras pero perdería todas las paces. Especiales podían ser, pero terribles lo eran sin duda.

—¿Adónde? —preguntó Harel con paciencia.

—Probablemente al lugar donde nuestro invitado aprenderá más sobre *por qué* somos como somos. Os veo en la entrada en cinco minutos.

Si ya me había sorprendido antes, quedé verdaderamente atónito cuando Raanan apareció al volante de un Mercedes 220 relativamente nuevo.

Raanan respondió a mi pregunta tácita con naturalidad.

—No pongas esa cara, Otto. Hacemos mucho comercio con la República Federal. Seguro que has oído que después de lo que pasó en la Segunda Guerra Mundial ningún judío sería visto ni muerto conduciendo un «coche de Hitler». Te cagarías en los pantalones si supieras que el mayor concesionario de Mercedes del mundo está en Tel Aviv.

Con Joe al volante, yo en el asiento del copiloto e Isser Harel sentado atrás, el gran coche aceleró suavemente mientras la carretera ascendía desde la costera Tel Aviv hacia las colinas de

Jerusalén. Al oeste de la Ciudad Santa, subimos la ladera del Monte Herzl, que, con sus 804 metros sobre el nivel del mar, apenas merecía el nombre de «montaña». A pesar de ser pleno verano, que me habían dicho era brutal en Israel, el clima aquí arriba resultaba sorprendentemente tolerable. Una brisa suave mecía los árboles raquíticos que poblaban aquel escuálido «bosque». Raanan detuvo el coche justo a la entrada.

—Herr Skorzeny —dijo Harel. Era la primera vez que se dirigía a mí con formalidad—. Este recorrido es mejor hacerlo a solas —continuó con suavidad—. ¿Le importaría que le dejáramos avanzar a su propio ritmo?

Me encogí de hombros.

—¿Acaso tengo elección?

—Por supuesto, amigo mío —respondió—. Siempre podemos elegir. La vida es dinámica. A los ojos de Dios, todos cometemos errores. La vida es un viaje en el que cada uno aprende a su propio ritmo. Este no es un lugar para juzgar. Es un lugar para recordar, y recordando, trascender lo que una vez fuimos.

Así conocí *Yad Vashem*, el memorial de Israel a las víctimas del Holocausto, y no solo a los judíos.

En la entrada, leí una pequeña placa de arenisca: «Este lugar está dedicado a preservar la memoria de los muertos; a honrar a quienes, de cualquier raza o religión, lucharon contra sus opresores; a reconocer a los gentiles que ayudaron desinteresadamente a los judíos necesitados; y a investigar el Holocausto en particular y el genocidio en general, para que nadie olvide jamás».

No sé por qué mis nuevos compañeros sugirieron que explorara *Yad Vashem* a solas, como tampoco sé si, después de casi dos horas caminando, deteniéndome, agachándome, sentándome y, sí, llorando, ante la simplicidad horripilante y edificante del lugar, había cambiado o aprendido algo.

Cuando por fin salí de *Yad Vashem* y crucé un pequeño campo hacia donde estaba aparcado el Mercedes, me abordó un hombre de unos sesenta y tantos años. Me señaló con el dedo y gritó:

—¡Le conozco! Usted es el Obersturmbahnführer Skorzeny, un

criminal de guerra. ¡Hay que llevarlo ante la justicia ahora mismo!

Sin pestañear, Joe Raanan se bajó del coche, cruzó el campo y le dijo al hombre en voz baja pero firme:

—No, se equivoca, amigo mío. Es pariente mío, y él mismo es un superviviente del Holocausto.

No volvió a mencionar el incidente durante el viaje de regreso a Tel Aviv.

Capítulo 32

Durante los días siguientes, me informaron exhaustivamente sobre por qué los israelíes querían mi ayuda y qué esperaban que hiciera.

El manual de operaciones del Mossad para proteger a Israel y al pueblo judío no tenía reglas ni límites preestablecidos. Los espías de la agencia habían burlado los sistemas legales de numerosos países para liquidar a los enemigos de Israel: para llegar a lugares inesperados en estas misiones improbables, el Mossad a veces acababa colaborando con socios poco recomendables. Cuando las alianzas a corto plazo podían resultar útiles, los israelíes estaban dispuestos a bailar con el diablo si era necesario.

Durante mi sesión informativa, Joe Raanan me dijo:

—Hace seis meses, Nasser anunció cuatro ensayos satisfactorios de misiles capaces de alcanzar cualquier punto «al sur de Beirut». Eso significaba cualquier lugar de Israel. Cundió el pánico entre los funcionarios israelíes. El Mossad nunca había imaginado que Nasser estuviera desarrollando los medios para destruir «la entidad sionista», como había prometido en repetidas ocasiones.

—Pronto descubrimos que Egipto había construido una instalación secreta en el desierto, conocida como Fábrica 333, donde trabajaban científicos alemanes, los mismos que habían construido los cohetes V-1 y V-2 que devastaron Londres. Incluso el jefe de seguridad del proyecto era un veterano de las SS de Hitler. El plan de los egipcios era construir novecientos misiles, todos dirigidos contra Israel.

—Desde el principio, un equipo de planificación del Mossad se puso a estudiar dónde sería mejor encontrarte y matarte. Isser tenía un plan más audaz: en lugar de matarte, reclutarte. Sabíamos desde hacía tiempo que, para atrapar a los científicos alemanes, necesitábamos a alguien infiltrado. Necesitábamos un nazi.

—¿Pero cómo podíais confiar en mí? —pregunté.

—No te engañes, Otto. Sabíamos que nunca encontraríamos un nazi en quien pudiéramos confiar, pero vimos en ti a alguien con quien podíamos contar, alguien con un historial de éxitos ejecutando planes innovadores y con talento para guardar secretos.

—Conocéis, por supuesto, el motivo por el que me pasé a vuestro bando.

—Por supuesto. Un seguro de vida.

—¿Creéis que mis antiguos empleadores no podrían haberme protegido?

Raanan arqueó las cejas un buen rato antes de responder.

—No, y tú tampoco lo crees.

—Suponiendo que así sea, ¿por qué crees *tú* que acepté trabajar para los israelíes?

—No me lo preguntes a mí, Otto. Durante la Segunda Guerra Mundial, me dediqué a la guerra psicológica para los británicos, pero eso no significa que sea psicólogo titulado, ni siquiera aficionado a esas chorradas pseudocientíficas. Eso es algo que debes preguntarte a ti mismo.

—Entendido. Joe, has sido justo y honesto conmigo. Hoy por ti, mañana por mí. A pesar del sermón de Isser sobre «Todos somos iguales ante los ojos de Dios», eres uno de los altos mandos de la Organización. Dudo mucho que te hayan asignado como mi contacto principal. Seamos realistas, tienes asuntos más importantes entre manos. Estás en planificación estratégica. Yo soy un táctico.

—Tienes razón, por supuesto. Seguiré siendo el director del proyecto para toda la operación de los científicos alemanes. Pero te equivocas cuando dices que eres un mero táctico. Tú, amigo mío, eres la pieza clave, fundamental para toda la operación. Por eso, en su mayor parte, serás un contratista independiente y llevarás tu operación igual que llevaste Friedenthal. Pero cuando necesites puntos de contacto, y todos los necesitamos, te asigno a dos de los mejores agentes del Mossad: Rafi Eitan y Avraham Ahituv.

~//~

Eitan era uno de los personajes más asombrosos de la inteligencia israelí. Se había ganado el apodo de «Sr. Secuestro» por su papel en el secuestro de Eichmann y otros hombres buscados por las agencias de seguridad israelíes. Eitan también había ayudado a Israel a conseguir materiales para su programa nuclear secreto.

Ahituv, nacido en Alemania en 1930, había participado igualmente en numerosas operaciones clandestinas israelíes por todo el mundo.

Más tarde, descubrí que los agentes del Mossad habían intentado convencer a Wiesenthal de que me eliminara de su lista de criminales de guerra, pero el cazador de nazis se negó. El Mossad, con su típica audacia, falsificó una carta supuestamente de Wiesenthal dirigida a mí, en la que declaraba que mi nombre había quedado limpio.

La clave para entender la historia es que el Mossad había convertido en una de sus máximas prioridades detener a los científicos alemanes que entonces trabajaban en el programa de cohetes de Egipto. Tras el impactante anuncio de Nasser sobre los exitosos lanzamientos de cohetes egipcios, los agentes del Mossad empezaron a enviar mensajes amenazantes a los ingenieros alemanes empleados en el programa armamentístico de Egipto. Cuando viajaban a Alemania, recibían llamadas telefónicas en plena noche para que abandonaran el programa egipcio. Cuando estaban en Egipto, algunos recibían cartas bomba. Varias personas resultaron heridas por las explosiones.

Heinz Krug, gerente de cuarenta y nueve años de Munich Intra Trading Company, uno de los principales proveedores de piezas de cohetes para el programa egipcio, ocupaba los primeros puestos en la lista de objetivos del Mossad. Cuando terminó la guerra, diecisiete años antes, Krug formaba parte de un equipo estelar en Peenemuende, donde los mejores científicos alemanes habían trabajado al servicio del Tercer Reich. El equipo, dirigido por Wernher von Braun, había diseñado los cohetes del Blitz que casi derrotaron a Inglaterra. Sus ambiciones iban más allá: misiles que pudieran volar mucho más lejos, con mayor precisión y más poder destructivo.

Según la investigación del Mossad, una década después de terminada la guerra, von Braun invitó a Krug y a otros antiguos colegas a unirse a él en Estados Unidos. Von Braun dirigía en ese momento un programa de desarrollo de misiles para Estados Unidos. Krug eligió otra vía, aparentemente más lucrativa: unirse a otros

científicos de Peenemuende, liderados por el profesor Wolfgang Pilz, en Egipto, donde establecieron un programa secreto de misiles estratégicos para aquel país.

Desde el punto de vista de los israelíes, Krug tenía que saber que Israel, el país donde tantos supervivientes del Holocausto habían encontrado refugio, era el blanco del arsenal militar de sus nuevos amos. Un nazi convencido vería aquello como una oportunidad para continuar la misión de exterminar al pueblo judío.

Mientras tanto, demostré ser no solo absolutamente fiable, sino que desplegué la misma iniciativa que me había granjeado el favor de mis señores nazis diecinueve años antes. Volé a Egipto por mi cuenta y riesgo y elaboré una lista detallada de científicos alemanes con sus direcciones. También proporcioné los nombres de muchas empresas «pantalla» en Europa que adquirían y enviaban componentes a Egipto para sus proyectos militares. Durante otro viaje a Egipto, envié paquetes explosivos. Una bomba de fabricación israelí mató a cinco egipcios en las instalaciones de cohetes militares de la Fábrica 333, donde trabajaban científicos alemanes. Después obtuve información crucial sobre la empresa de Heinz Krug, Munich Intra Trading Company.

~//~

Las notas amenazantes y las llamadas telefónicas estaban volviendo loco a Krug. Él y sus colegas sabían que las amenazas venían de los israelíes, eso era obvio. Era razonable que Krug sintiera que el Mossad le estaba echando la soga al cuello. Por eso pidió ayuda: un héroe nazi considerado el mejor de los mejores en el apogeo de Hitler.

~//~

Una noche, a principios de septiembre, mientras atendía mi negocio de tráfico de armas en Madrid, recibí una llamada desde Múnich. Cuando descolgué, un hombre con acento de Baviera, cuya voz transmitía miedo incluso a través de la línea, preguntó:

—¿Obersturmbahnführer Skorzeny?

—*Wer ist das?* ¿Quién es? —pregunté.

—Heinz Krug. —Aunque me habían puesto al corriente de la identidad de Krug y había investigado a fondo tanto sus actividades en Egipto como su vinculación con Munich Intra, fingí ignorancia.

—Lo siento, Herr Krug, el nombre no me dice nada.

—Nos conocimos una vez en Peenemünde. —Habló atropelladamente, con voz nerviosa—. Tengo entendido que usted fue decisivo para ayudar a muchos de nuestros *kameraden* a empezar una nueva vida en Sudamérica.

—¿Sí? —respondí con voz neutra.

—Dicen que trabajó en Egipto hace algunos años, instruyendo a las legiones del coronel Nasser en Luxor.

—Cierto, Herr Krug.

—Necesito urgentemente sus servicios, *Obersturmbahnführer*. Mi vida corre peligro inminente. El dinero no es problema. ¿Hay algún lugar donde podamos reunirnos?

Aunque el corazón me latía acelerado, ya que uno de los objetivos principales de Israel me estaba cayendo literalmente en las manos, no dije nada.

El hombre continuó:

—Cien mil marcos, o francos suizos si lo prefiere.

—Le escucho, Herr Krug. ¿Dónde propone que nos reunamos?

—¿Le vendría bien Múnich?

—No me viene mal —respondí, percibiendo la urgencia en su voz—. Hay un vuelo de Lufthansa que sale de Barajas mañana a las 7:35. Llega al aeropuerto de Múnich-Riem dos horas y media después. ¿Cuánto tiempo necesitaremos?

—Una hora, dos como máximo. Podría tomar el vuelo de las 15:20 de vuelta y llegar a casa a tiempo para cenar. —Percibí el alivio en su voz—. Enviaré un chófer de Intra a recogerlo al aeropuerto.

—Muy bien, Herr Krug. Le veré mañana por la mañana.

Mi siguiente llamada fue a un número privado en Fráncfort.

—Skorzeny al habla. … Bien, gracias, e Ilse también. ¿Sigue buscando grandes jarras de tempranillo de Rioja a buen precio? — Aunque confiaba en que la línea de Raanan estuviera cifrada, no

había necesidad de correr riesgos innecesarios. Habíamos acordado usar «jarra», la traducción inglesa de Krug.

El hombre de mayor rango del Mossad en Alemania pilló la indirecta enseguida.

—Tendré que consultarlo con nuestros distribuidores de vino, Malkin e Hijos. ¿De cuántas cajas hablamos y cuándo necesitaría saberlo?

—Viajo a Múnich mañana. Tengo una cita para intravistar a un cliente potencial mañana a las diez y media.

—¿*Intravistar*? ¿Está seguro de que su inglés es tan bueno como parece creer, *amigo*? Incluso los alemanes como yo sabemos que el término es *entrevistar*.

—¿He dicho eso? Tantos viajes internacionales deben de estar afectándome el cerebro. Si tiene tiempo, podría reunirme con usted y el representante de Malkin para almorzar sobre la una. Mi vuelo de vuelta no sale hasta las 15:20.

—No veo razón para hacerle llegar tarde a su vuelo. Hay un restaurante muy agradable y tranquilo, Café Icarus, en Maria-Montessori Strasse, bastante cerca del aeropuerto.

—Muy bien. Le veré entonces.

~//~

—¿Está seguro de que esta amenaza es real, Herr Krug? Hay todo tipo de cartas de chiflados hoy en día. Tiene matasellos de Würzburg. Nada sospechoso en eso.

La oficina del gerente era espaciosa pero fundamentalmente funcional. El único toque de elegancia era la porcelana de Meissen y la cubertería de Bruckmann & Söhne con la que nos sirvieron café y pasteles.

—Lo estoy, Herr Skorzeny. Estas cartas y llamadas empezaron tres meses después de que me involucrara en el proyecto. La carta que le he mostrado es solo la última. Esta tiene matasellos de Würzburg. Ha habido una docena más: Basilea, Hallstatt, Znojmo, de toda Europa. Y luego están las llamadas. A veces a las tres de la madrugada. Siempre inesperadas, siempre aterradoras. Una frase o dos y cuelgan. Tienen mi número de casa.

—¿Está seguro de que no es el único que ha recibido estas amenazas?

—Absolutamente. Mis colegas en la Fábrica 333 han recibido cartas bomba. Cinco murieron hace dos semanas.

—¿Tiene alguna sospecha sobre quién haría esto y por qué?

—Por supuesto. Solo hay un sospechoso posible. La entidad sionista. Seguro que estará de acuerdo en que deberíamos haberlos exterminado a todos durante la última guerra. Si no te deshaces de todas las liendres, acabas con la casa llena de piojos.

—Me parece que estaría a salvo en Egipto, o desde luego aquí.

—No lo entiende, o quizás sí, *Obersturmbahnführer*, ya que vivió aquellos tiempos. Estos *Juden* están en todas partes. Para ellos no existen las fronteras. Me han dicho que hoy en día se ha puesto de moda operarse para quitarse esas narices ganchudas.

Me sorprendió darme cuenta de que solo unos meses atrás podría haber sido yo quien dijera eso. Ahora, por alguna razón, esa clase de discurso me dejaba frío. Sin embargo, me convenía ganarme la confianza de aquel hombre.

—Puedo entender perfectamente su miedo, Herr Krug. ¿Qué querría que hiciera?

—Necesito seguridad. Dada mi posición, puedo permitirme lo mejor y solo quiero lo mejor. Conocerá su propia reputación, ¿no?

—La conozco.

—Entonces sabe por qué acudí a usted antes que a nadie. El régimen para el que trabajo solo tenía elogios para su trabajo en el Alto Egipto.

—¿Conoce mis honorarios?

—Lo sé. Por eso se lo ofrecí sin ponerme a regatear. Si ahorro unos marcos pero pierdo la vida, ¿de qué me sirve el dinero?

Pasamos la siguiente media hora discutiendo detalles y estrategias. Le dije que parecía un trabajo que podía realizarse con un mínimo de complicaciones, con expertos de confianza que ya habían trabajado juntos. Había tenido mucho éxito en Argentina con esas mismas tácticas para proteger a Perón.

—Deberíamos asignar seis agentes como guardaespaldas. Como

este trabajo exige máxima alerta, lo ideal sería que no trabajaran turnos de más de cuatro horas. Lo seguirían en distintos vehículos y con ropa variada, desde uniforme militar hasta *lederhosen*. Intervendremos sus teléfonos, tanto aquí como en casa. Está casado, supongo.

—Sí —dijo, y giró con orgullo hacia mí una fotografía de su esposa, una mujer de aspecto corriente con ropa anodina.

—Por supuesto, debería tener un número de teléfono local al que pueda llamar a cualquier hora del día o de la noche, y que lo ponga en contacto con el guardia de turno en ese momento.

—Bien, bien —dijo, sonriendo y relajándose por primera vez en toda la mañana—. Ya me siento más seguro. ¿Cuándo querría poner en marcha esta protección?

—Me llevará poco tiempo organizarlo todo. Digamos que nos vemos aquí el martes 11 a la misma hora. Podemos ir en coche a un lugar más discreto donde pueda conocer a los guardias que le asigne.

—Eso suena maravilloso, *Obersturmbahnführer*. Esperaré con impaciencia.

—No quiero preocuparlo indebidamente, Herr Krug, pero a partir de mañana habrá al menos uno de mis agentes vigilándolo a diario hasta que nos reunamos. Aunque no lo verá, puede estar tranquilo sabiendo que lo estará protegiendo.

—Gracias de nuevo, Herr Skorzeny. Ahora, sobre el dinero...

—Estoy dispuesto a confiar en su palabra de nacionalsocialista, Herr Krug. Hablaremos de eso también el 11 de septiembre.

~//~

Cuando nos reunimos en el Café Icarus, Raanan estaba acompañado por dos hombres: «Peter» Malkin, a quien había conocido en Tel Aviv, y un hombre muy bajo y de aspecto combativo que rondaría los cincuenta años, Malchiel Shemer. Malkin era un hombre grande y corpulento que, sin embargo, parecía un osito de peluche bonachón. Shemer, en cambio, me recordaba a un perro muy pequeño y muy agresivo al que uno no se acercaría sin un buen palo, o mejor aún, una pistola para protegerse.

—Estos serán tus dos perros guardianes —dijo Joe.

—¿Qué hay de Rafi y Avraham?

—Ellos vigilarán a los perros guardianes. Los cuatro estarán en contacto directo contigo en todo momento.

—¿Y tú?

—Otto, soy un hombre ocupado —dijo con fingida arrogancia—. ¿Crees que tengo tiempo que perder con peces pequeños como tú? —Me guiñó un ojo para recordarme que este juego mortal también tenía su lado humorístico—. Estaré al menos a cuatrocientos metros. ¿El once, dices?

—Sí.

—Peter y Malchiel te seguirán en un Mercedes blanco.

—¿Cómo sabrán cuándo interceptarme?

—¿Quién ha dicho nada de interceptar? Estarán esperando enfrente, al otro lado de la calle de la puerta principal de Intra. Si hay algún problema, uno de los nuestros estará en el mostrador de seguridad, justo dentro de la puerta. Tendrá contacto por radio con el Mercedes.

Cuando el camarero se acercó a tomarles nota, Raanan dijo con naturalidad:

—Ah, sí, tengo bastante hambre esta tarde. Creo que tomaré la liebre estofada.

Capítulo 33

—Qué alivio que haya llegado puntual, Herr Skorzeny.

—Tuve suerte, Herr Krug —respondí—. El avión despegó diez minutos antes de lo previsto y el viento de cola nos favoreció. Por seguridad, alquilé un coche a nombre de Ron Pren, un holandés residente en Rotterdam. ¿Ha recibido más llamadas o cartas desde nuestro encuentro?

—Afortunadamente, no. Tenía razón, nunca vi a los guardias que contrató para protegerme, aunque, para serle sincero, ordené a la seguridad interna de Intra que los buscara.

—Me alegro de que lo hiciera, porque eso le demuestra lo protegido que estará cuando el programa se ponga en marcha. Le sugiero que esperemos a estar en el coche para seguir hablando.

Al entrar en el aparcamiento subterráneo de Intra, Krug se dirigió hacia el coche de la empresa, un Mercedes Benz blanco de último modelo.

—Creo que sería mejor ir a nuestro destino en mi coche de alquiler. Si alguien tiene información suficiente para hacer llamadas anónimas y enviarle correo, seguro que ha vigilado sus movimientos diarios y probablemente conoce su coche. Deberíamos usar el mío, que es mucho menos llamativo.

—Sí, *Obersturmbahnführer* —dijo—. Ha sido muy prudente.

Mientras me seguía hasta mi coche, pareció satisfecho al ver que el automóvil que había alquilado, un Opel Rekord beige, tenía un aspecto tan corriente.

—Mejor no llamar la atención —comenté—. Cuando salgamos del garaje, nos acompañará un Mercedes blanco, del mismo modelo que el suyo, que nos seguirá hasta nuestro destino. Aunque los israelíes crean que es su vehículo, cambiarán de opinión en cuanto vean a dos hombres dentro. Esté pendiente de verlos.

—Gracias por contármelo, Herr Skorzeny. Así me quedo más tranquilo.

Al salir del garaje, encendí y apagué los faros tres veces, la señal convenida, y giré a la izquierda. Asentí satisfecho al comprobar por

el retrovisor que el Mercedes se había incorporado al tráfico justo detrás de mí.

Nos dirigimos al norte por la autopista 301, rumbo a Mainburg. Al llegar a la carretera provincial 2049, giramos a la derecha y nos adentramos en una zona muy boscosa al oeste de Landshut.

Krug se puso nervioso cuando tomamos un camino de tierra que terminaba en un claro.

—Tranquilo —dije—. El coche de escolta viene justo detrás. Este sitio es perfecto para asegurarnos de que nadie pueda oír nuestros planes. Recuerde que estos hombres no conocen mi verdadero nombre. Por seguridad, para ellos soy solo Ron Pren.

El hombre no parecía del todo convencido, pero respondió:

—Ah, sí, el holandés que alquiló el coche. Usted es mi protector. Seguro que sabe lo que hace.

Malkin salió del Mercedes y se acercó a nosotros. Krug y yo bajamos del Opel.

—Buenos días, Herr Krug —dijo Malkin, tendiéndole su enorme mano—. Supongo que el señor Pren le habrá dicho que nos encargaremos de la operación. Soy Peter. Mi compañero, el grandullón, es Herr Shemer. Como puede ver, él aporta la fuerza bruta al equipo.

Krug sonrió ante aquel humor tan alemán cuando vio al diminuto Shemer salir por la puerta del pasajero del Mercedes. Este se volvió hacia la parte trasera del coche, hizo una mueca y se acercó a nosotros.

—¿Algún problema, Dietrich? —preguntó Malkin en voz alta.

—Por desgracia, al llegar al final de este supuesto camino, la rueda trasera derecha debió de chocar con una piedra afilada y se ha pinchado. Enseguida me uno a ustedes, caballeros, en cuanto abra el maletero y saque la de repuesto.

Cuando los tres nos acercamos al automóvil más grande, vimos que Shemer ya había sacado la rueda de repuesto y el gato del maletero. Justo acababa de coger la llave de ruedas cuando se volvió hacia nosotros.

—Soy Dietrich Shemer —le dijo a nuestro pasajero—. Usted debe

de ser Heinz Krug, el famoso científico.

De repente, Shemer se dobló como si le doliera algo y empezó a gemir. Krug, que era el más cercano, se acercó para ayudar al hombre.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Krug solícito.

Fueron las últimas palabras que pronunció. Shemer se irguió cuan alto era, que no era mucho, y asestó a Krug un golpe en la cabeza con la llave de ruedas. El gerente de Intra cayó al suelo, inconsciente. Un instante después, desenfundé la pistola y le disparé a Krug entre los ojos, matándolo en el acto.

Acto seguido, Shemer sacó del maletero del Mercedes una botella grande de ácido, mientras Malkin y yo volvíamos al Opel a por dos palas y cavábamos una zanja poco profunda a unos nueve metros de donde terminaba el camino de tierra. Entre los tres cogimos el cuerpo de Krug, lo llevamos hasta la tumba improvisada y vertimos ácido sobre él. Aguardamos mientras el ácido le desfiguraba el rostro y después enterramos lo que quedaba. Cubrimos la fosa con cal para que ni los perros rastreadores ni los animales salvajes detectaran el olor de restos humanos.

Mientras seguíamos allí, un Auto Union 1000 de modelo antiguo y aspecto anodino se acercó y aparcó detrás del Mercedes.

—Llegas un poco tarde, Joe —dije cuando el hombre se acercaba —. Pesaba como un muerto, el hijo de puta. Nos habría venido bien ayuda.

—No esperarías que alguien en mi posición se ensuciara las manos con algo así —respondió Raanan—. Además, estaba a menos de cuatrocientos metros, por si tenía que rescataros. Por cierto, Malchiel, muy buen detalle el que has añadido.

—Sabía que te gustaría —dijo Shemer.

Los miré sin entender.

Malkin me lo explicó:

—Llámalo sacrificio ritual. Una matanza kosher. Según la ley judía, para que la carne, ya sea de vacuno o de cordero, sea kosher, el animal debe sacrificarse de la forma más humanitaria posible. Tradicionalmente, cuando se mata un buey, el carnicero le golpea en

la cabeza para dejarlo inconsciente antes de sacrificarlo. Así, lo único que percibe el animal es que en un momento está de pie y al siguiente se duerme. No siente nada y ni siquiera sabe que ha muerto.

—Eso mismo ha pasado aquí. El señor Krug venía tan asustado a reunirse con nosotros que, una vez que lo tranquilizamos, lo último que esperaba era que lo dejaran inconsciente. Murió sin miedo y sin dolor, e Israel está más seguro gracias a ello.

—¿Y qué pasará cuando la agencia de alquiler descubra que han desaparecido el coche y el cliente?

—De eso también nos encargamos —añadió Raanan—. Desde el principio llegamos a un acuerdo con la agencia de alquiler, que pertenece a un amigo, para disponer de un local y un empleado, uno de los nuestros, cuando «Ron Pren» apareciera. El Opel es nuestro. Esta noche estará en algún pueblecito de Moravia, con matrículas checoslovacas perfectamente válidas, igual que el contrato de alquiler de «Ron Pren». Y usted, señor Pren, tomará un vuelo a Barcelona y de ahí otro a Madrid.

~//~

La campaña de intimidación resultó un éxito rotundo. Al mes siguiente, solo quedaban en Egipto unos pocos alemanes de bajo rango. Sin embargo, Israel puso fin a la violencia y las amenazas cuando detuvieron a un equipo en Suiza mientras coaccionaba a la familia de un científico. Un agente del Mossad y un científico austriaco que trabajaban para Israel fueron llevados a juicio. Por fortuna, el juez suizo comprendía el temor de Israel ante el programa de cohetes egipcio. Declararon culpables a los dos hombres por proferir amenazas, pero los pusieron en libertad de inmediato.

El primer ministro Ben-Gurión, sin embargo, llegó a la conclusión de que toda aquella publicidad era desastrosa para la imagen de Israel y bien podría echar por tierra un acuerdo que había negociado con Alemania Occidental para la venta de armas a Israel. Isser Harel presentó su carta de dimisión y, para su sorpresa, Ben-Gurión la

aceptó. El nuevo director del Mossad, el general Meir Amit, comandante de inteligencia militar, apartó a la agencia de la persecución e intimidación de nazis.

~//~

A finales de 1962, estaba harto de tanta emoción y de vivir la «leyenda» en que me había convertido. Como tantas «celebridades» cuya fama se desvanece al cabo de unos años, ansiaba el anonimato que desea la mayoría de los adultos maduros, salvo los políticos o los adictos a ese tipo de vida. Con el tiempo uno acaba comprendiendo que demostrar lo que vale es necesario de joven, pero que la paz cobra mayor importancia a medida que envejecemos.

Seguí asesorando a varios «clientes» sobre instrucción y tácticas militares, pero viajé poco y gestioné todos mis negocios desde Madrid. A mediados de 1966, recibí una breve carta con matasellos de Usingen, un pueblecito a 32 kilómetros al norte de Fráncfort del Meno. Al abrir el sobre, me sorprendió gratamente descubrir que era de mi colaborador más cercano durante los años de la guerra, Karl Radl.

«Mi querido comandante:

»¿Es posible que hayan pasado casi quince años desde la última vez que nos vimos? Tenemos tanto de qué ponernos al día y tanto que recordar. Lo último que supe fue que escapaste en el 48 y te convertiste en colaborador cercano del Generalmajor Gehlen.

»En mi caso, yo también fui absuelto por las autoridades estadounidenses, pero el gobierno alemán me volvió a juzgar en 1949 y me condenó a dos años en un campo de trabajo. Tras mi liberación en 1952, conocí a Trude Ochsner y me casé con ella. Tenemos dos hijos encantadores. Por la gracia de Dios, me he convertido en un comerciante próspero. Sigo viajando a diario a Fráncfort en la línea RB-15.

»De vez en cuando puede que nuestros caminos se hayan cruzado. ¿Cómo es que nunca hemos coincidido? Espero que me escribas y podamos pasar una o dos noches juntos hablando de los viejos

tiempos. Con cariño, Karl»

Me apresuré a contestar y, en una semana, me reuní con mi querido amigo en Usingen.

Su casa, aunque nada suntuosa, era espaciosa, como su cintura. Su esposa era una mujer bajita y algo robusta, aunque Karl tampoco era un hombre alto. Sus hijos, Hans y Eva, de ocho y seis años, eran pilluelos de mejillas sonrosadas que parecían sacados de un grabado de un cuento de los hermanos Grimm: rubios, de ojos azules e inconfundiblemente alemanes.

Los tres días que pasamos juntos se nos hicieron tres horas mientras revivíamos el pasado, cantando las viejas canciones de guerra y *lieder* vieneses. Aunque nunca podría decir que envidiaba a mi antiguo ayudante, celebré su vida, que había tomado un rumbo diferente al mío tras la guerra. Karl se había casado pasados los treinta: *una* sola esposa, y parecían muy contentos el uno con el otro. Trude Ochsner Radl no era lo que nadie llamaría una mujer hermosa o glamurosa, pero ¿acaso depende la felicidad de lo que el mundo opine de nuestra pareja? Yo me había casado tres veces: la primera con una muchacha que no sabía nada de la vida; la segunda con una belleza que anunció su embarazo de un hijo al que había visto dos veces en los últimos diez años; y la tercera con una atractiva excondesa. Mi matrimonio con Ilse era bastante apacible, pero se trataba más de un matrimonio de conveniencia para ambos que de una verdadera unión por amor.

Yo era millonario. Me gustara o no, mis servicios seguían siendo muy solicitados para mercancías con las que un hombre podía matar a otro. Me habían llamado «el hombre más peligroso de Europa» más veces de las que quisiera recordar, pero aquel apelativo conllevaba saber que mi propia vida siempre corría peligro. Por otro lado, la mayor preocupación de Karl Radl, cuya fortuna era una vigésima parte de la mía, era perder el tren de la línea RB-15 de ida o vuelta a Fráncfort del Meno y retrasarse una hora o dos. Yo conducía un Mercedes grande y de último modelo allá donde fuera, ya fuera Madrid, Dublín, Buenos Aires o Viena. Karl Radl ni siquiera tenía coche. Y sin embargo, no pude evitar preguntarme: ¿quién

llevaba una vida más feliz? ¿Cuál de los dos estaba más contento?

~//~

A principios de abril de 1967, recibí una llamada de Joe Raanan para que me reuniera con él en Múnich. Como seguíamos siendo amigos y yo continuaba haciendo trabajos de asesoría ocasionales para el Mossad, no tuve dificultad en aceptar. Nos vimos dos días después en el Café Icarus, donde nos habíamos encontrado por última vez más de cuatro años atrás.

Raanan, tan directo como siempre, fue al grano de inmediato.

—Otto, tenemos un problema muy delicado, de índole diplomática, no una operación de sicario.

—Te escucho.

—Nasser amenaza con cerrar el estrecho de Tirán. Ha exigido que la Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas se retire de Sharm el-Sheij.

—¿No aprendieron la lección en el 56?

—Está claro que llevan deseando el tercer asalto desde 1948.

—¿Tienen idea de que Israel ha aumentado su fuerza y preparación desde entonces?

—Deben de tenerla, Otto, pero a Nasser parece no importarle.

No ignoraba que el único puerto israelí en el mar Rojo, Eilat, se encontraba en la cabecera del golfo de Áqaba. El estrecho de Tirán conectaba el golfo de Áqaba con el mar Rojo. El noventa por ciento del petróleo de Israel pasaba por el estrecho, lo que lo convertía en un punto estratégico tanto para Israel como para Egipto.

—¿Qué dice U Thant al respecto?

—El secretario general de la ONU dice que es todo o nada. La UNEF se queda en Sharm el-Sheij o se marchan de toda la región. U Thant y Nasser están en un punto muerto.

—Si pretendes que medie en la disputa entre el presidente Nasser y el secretario general Thant, me parece un encargo que me viene grande.

—No lo sé —dijo mi superior del Mossad, sonriendo—. A veces son los pequeños, los encuentros cara a cara, los que pueden marcar la

diferencia.

—¿Qué quieres decir?

—Tú y Yasser Arafat os conocéis desde hace mucho —dijo—. Lo conoces y él confía en ti. Él y el general Dayan han mantenido conversaciones periféricas a lo largo de los años. Nos hemos acercado a ambos, de forma indirecta, por supuesto. Aunque sea palestino y nuestro enemigo declarado, puede que tenga cierta influencia sobre Nasser. A pesar de su imagen pública, no tiene un pelo de tonto. Sabe que si pudiera ser visto como un pacificador, o incluso como alguien que evita la guerra, su posición en el mundo árabe mejoraría considerablemente, y quizá conseguiría un trozo de tierra para los palestinos.

—¿Vuestra gente se ha puesto en contacto con Abu Ammar sobre esto?

—A través de un intermediario.

—¿Y?

—No tiene muchas esperanzas, pero está dispuesto a hablar.

—¿Dónde?

—Yo habría sugerido Turquía, ya que es un país musulmán, pero tiene relaciones con Israel y, a pesar de sus protestas de hermandad eterna, entre El Cairo y Ankara no se profesan ningún cariño. Los turcos no son árabes, pero se ven a sí mismos como la potencia dominante en la región. El tiempo podría ser muy justo.

—¿Qué tal Chipre?

—Probablemente el lugar más seguro, Otto.

~//~

Aunque Chipre está nominalmente alineada con Grecia, ha habido problemas profundamente arraigados entre sus poblaciones griega y turca desde antes de la independencia en 1960. Kyrenia, que los turcochipriotas llaman Girne, está situada en el norte. Las áridas elevaciones del Troodos dan paso a regañadientes a una costa mediterránea espectacular y profundamente recortada. En un punto elevado con vistas al mar hay una villa prácticamente oculta. Fue allí donde me reencontré con mi amigo Abu Ammar, más conocido en el

mundo como Yasser Arafat. Tras un emotivo saludo entre nosotros, endulzado con té de menta y baklava, abordamos el problema que enfrentaban ambas partes.

—¿Qué tenemos que ganar, Otto? —comenzó—. Si ganan los israelíes, nos tratan como a mierda, y si prevalecen los árabes, seguimos siendo los «negros» del mundo árabe. Gane quien gane, los palestinos perdemos.

Reflexioné largo y tendido sobre su incisivo comentario antes de responder.

—Tienes razón cuando dices que perdéis de todas formas. Pero ¿qué tenéis exactamente ahora?

—Nada.

—¿Acaso algo no es mejor que nada?

—¿Más vale malo conocido que bueno por conocer?

—¿Con qué diablo estás bailando exactamente ahora? Gaza es una jaula. Una jaula bastante grande, pero una jaula al fin y al cabo.

—¿Qué tiene que ofrecer Moshe?

—El potencial para la paz. El potencial para el desarrollo económico.

—Sí, pero dentro del Estado sionista. Nadie ha dicho una palabra sobre una patria palestina.

—Al menos podemos plantearle estas preguntas.

—¿Cuándo llega mi «enemigo declarado»?

—Mañana por la mañana. Por tierra desde Nicosia en lugar de por mar desde Girne, para que no resulte sospechoso a nadie que pueda estar espiando, es decir, todos los países de la región, más Estados Unidos y la Unión Soviética de propina.

~//~

El saludo entre Moshe Dayan y Yasser Arafat no fue ni de lejos tan tenso como yo esperaba. Los dos hombres se fundieron en los tradicionales abrazos y besos de esta parte del mundo sin preámbulos. Mi participación consistió principalmente en escuchar su diálogo, que, aunque franco, no era prometedor.

Por su parte, Dayan solo pudo ofrecer que una tregua tensa era

mejor para los de Gaza que una guerra total, que solo podía resultar en una destrucción masiva dentro del diminuto enclave palestino.

—Sí, pero no conseguimos territorio propio. Al menos si ganan los árabes, aunque no nos den algo, obtenemos reconocimiento y voz en las Naciones Unidas.

—Ojalá tuviera algo diferente que decirte, Abu —dijo Dayan—. Pero los palestinos y los árabes saben que siempre he sido sincero. Quizá en los años venideros, bajo una administración diferente, las cosas cambien. Por nuestra parte, ¿podría tu gente siquiera plantearse el reconocimiento de Israel como Estado?

—Soy como tú, Moshe, con una diferencia. Si tú dices algo positivo sobre nosotros, pierdes tu escaño en la Knéset, pero conservas tu hombría. Si yo digo algo positivo sobre la presencia sionista, no conservo mi papel de líder *ni* mis testículos.

—Caballeros —sugerí con suavidad—, ¿podría alguno de vosotros hablar con Nasser o su ministro de Asuntos Exteriores? ¿Quizá el representante palestino en la Liga Árabe? Moshe, sé que Israel tiene líneas de comunicación abiertas con los saudíes, y Hussein bin Talal depende de Estados Unidos para muchas cosas.

—Desafortunadamente, Jordania es un Estado débil que sigue la corriente —respondió Dayan—. Egipto ve a Arabia Saudí como una cartera. En cuanto a la capacidad de Nasser para guardar un secreto, es como el viejo chiste: ¿Cómo te aseguras de que todo el mundo se entere? Teléfono, telégrafo y cuéntaselo a Nasser.

—¿Y si Jordania e Israel pudieran llegar a un acuerdo con el Frente de Liberación de Palestina? —insistí—. Digamos que Jordania e Israel dan a los palestinos una porción de Cisjordania del doble de tamaño que Gaza, y Palestina intercambia la Franja de Gaza con Israel por el territorio de Cisjordania.

—En teoría suena bien —respondió Arafat—, pero entonces mi país no tendría acceso al mar.

—¿Una unión aduanera que otorgue irrevocablemente a Palestina un puerto marítimo y acceso a él?

—Israel nunca aceptaría eso a menos que los palestinos reconocieran la legitimidad de Israel.

—Otto, Moshe, desafortunadamente, aunque los tres estamos de acuerdo, en el tablero de ajedrez de Oriente Medio somos menos que peones —dijo Arafat con tristeza—. Lo único que ha valido la pena de esta reunión es que he podido volver a ver a dos viejos amigos.

—¿Alguien quiere apostar quién gana si árabes e israelíes disputan el tercer asalto? —pregunté.

Nadie quiso pronunciarse.

~//~

En mayo de 1967, el primer ministro israelí Levi Eshkol declaró que el cierre del estrecho de Tirán constituiría un acto de guerra. Egipto recogió el guante de inmediato y bloqueó el estrecho el 22 de mayo de 1967. Los petroleros que debían atravesarlo estaban obligados a presentar documentos que garantizaran que su carga no iba destinada a un puerto israelí. En aquel momento, Israel consideraba vital el estrecho de Tirán, pues a través de él recibía importaciones esenciales, sobre todo petróleo iraní. Un bloqueo amenazaba su capacidad para desarrollar el Néguev. Con la retirada de las fuerzas de la UNEF, quedaba allanado el camino hacia la tercera guerra desde la creación del Estado israelí.

~//~

El 5 de junio de 1967, Israel lanzó una serie de ataques aéreos preventivos contra aeródromos egipcios. Los egipcios fueron pillados por sorpresa. Casi toda su fuerza aérea quedó destruida con escasas bajas israelíes, lo que otorgó a Israel la superioridad aérea. Simultáneamente, los israelíes lanzaron una ofensiva terrestre en la Franja de Gaza y el Sinaí, que volvió a pillar desprevenidos a los egipcios. Tras una resistencia inicial, Nasser ordenó la evacuación del Sinaí. Las fuerzas israelíes avanzaron hacia el oeste en persecución del enemigo, le infligieron cuantiosas pérdidas y conquistaron la península del Sinaí.

Nasser afirmó inicialmente que Egipto había repelido el ataque aéreo israelí. Los contraataques israelíes permitieron la toma de

Jerusalén Este y Cisjordania a los jordanos, mientras que las represalias contra Siria desembocaron en la ocupación de los Altos del Golán.

El 11 de junio se firmó un alto el fuego. Las bajas árabes fueron muy superiores a las israelíes: menos de mil muertos frente a más de 20.000 en las fuerzas árabes. El éxito militar de Israel se atribuyó al factor sorpresa, a un plan de batalla innovador y bien ejecutado, y a la deficiente calidad y el pobre liderazgo de las fuerzas árabes.

Israel se hizo con el control de la Franja de Gaza y la península del Sinaí, arrebatadas a Egipto; Cisjordania y Jerusalén Este, a Jordania; y los Altos del Golán, a Siria. La moral israelí y su prestigio internacional se dispararon tras la victoria. El territorio bajo control israelí se triplicó. 300.000 palestinos huyeron de Cisjordania y 100.000 sirios abandonaron el Golán, engrosando las filas de los refugiados. En todo el mundo árabe, las comunidades judías fueron expulsadas, y sus miembros se dirigieron a Israel o Europa.

Capítulo 34

Durante el resto de la década de 1960, me dediqué a establecer el Grupo Paladín en Albufera, cerca de Alicante. La organización se especializaba en armar y entrenar guerrilleros. En un principio, concebí el Grupo Paladín como el brazo militar de la lucha anticomunista durante la Guerra Fría. Bajo la apariencia de una oficina legítima de consultoría de seguridad, nuestro verdadero propósito era reclutar mercenarios y ponerlos al servicio de regímenes conservadores de todo el mundo.

Además de reclutar a muchos antiguos miembros de las SS, el Grupo también captó efectivos de la OAS nacionalista francesa, el SAC y la «Légion étrangère», idealizada como la Legión Extranjera Francesa. Contraté al Dr. Gerhard Hartmut von Schubert, que había trabajado en el Ministerio de Propaganda de Josef Goebbels y había entrenado personal de seguridad en Argentina y Egipto tras la guerra, como mi director de operaciones. Bajo su dirección, Paladín prestó apoyo al FPLP, dirigido por Wadie Haddad; a la Oficina de Seguridad del Estado de Sudáfrica; al coronel Muammar al-Gaddafi de Libia; a la junta militar griega de 1967; y a la Dirección General de Seguridad española, que reclutó operativos de Paladín para librar una guerra clandestina contra ETA. También colaboramos con Salazar en sus últimos años como dictador de Portugal.

Era la cuarta encarnación de mis operaciones Friedenthal. Pero al mirarme en el espejo, resultaba difícil negar que estaba envejeciendo, y no precisamente con gracia. Cada día terminaba más exhausto que el anterior.

Ilse y yo seguimos viéndonos de vez en cuando. Siempre habíamos mantenido una relación muy cordial. Por desgracia, ni siquiera me invitaron a la boda de mi hija en Viena, aunque tampoco me había esforzado nunca por ser el padre que ella merecía.

Cuando 1969 dio paso a 1970, el constante desgaste físico de mis viajes a Irlanda, sumado a la obstinación del gobierno británico y de los propios irlandeses en negarme la ciudadanía, me agotó de tal manera que, por muy hermoso que fuera mi refugio en el condado

de Kildare, decidí vender la finca —eso sí, con una ganancia muy considerable— y abandoné la verde isla para siempre. Rondaba ya los sesenta y dos años, y no había día en que no me despertara con los dolores y achaques provocados por el tremendo castigo físico de mi vida anterior.

~//~

A medida que avanzaba el año, noté cambios en mi cuerpo. La zona lumbar se me había ido agarrotando, sobre todo al acostarme por la noche y después de estar sentado más de media hora seguida. Estos síntomas no me preocupaban demasiado. En mis visitas ocasionales a Karl Radl, él me contaba que padecía muchos de los mismos síntomas. Yo también sufría los problemas urinarios que, según dicen, son tan frecuentes cuando los hombres envejecemos. Las constantes ganas de orinar por la noche, a menudo sin éxito completo, alteraban mi sueño.

Aun así, conseguí mantener a raya los peores síntomas con un riguroso régimen de largas caminatas y ejercicios en la piscina climatizada que había instalado en un cobertizo junto a mi villa de Madrid. Siguiendo las indicaciones del médico, perdí cinco kilos; no era mucho, pero según él reduciría la carga sobre mi esqueleto.

Al acercarse mi cumpleaños número sesenta y dos, acudí a mi revisión médica anual. Me pareció que el médico dedicó bastante más tiempo que el año anterior y que prestó mucha más atención de lo habitual a la zona lumbar. Noté que al palpar ciertas partes de mi columna sentía una molestia mayor, aunque no necesariamente aguda.

Cuando nos sentamos tras el examen, el médico me hizo numerosas preguntas: ¿Había notado más calambres en las extremidades? ¿Ocurrían con más frecuencia de noche o de día? ¿Había tenido dificultades para evacuar? Mientras yo respondía a estas y otras preguntas, él asentía con gesto grave y tomaba notas en un bloc.

Al final de la sesión, pregunté en tono ligero:

—Bueno, doctor, ¿estoy envejeciendo más deprisa de lo normal?

—No sabría decirle, señor Skorzeny, pero me gustaría hacerle algunas pruebas más.

Sus palabras me alarmaron, como estoy seguro de que alarman a cualquiera que las oiga. A lo largo de mi vida había descubierto que el mayor miedo es el miedo a lo desconocido. Aunque todos fingimos estoicismo y valentía, yo, por mi parte, jamás he acudido a una revisión médica con la certeza absoluta de que no me pasaba nada, por mucho que intuyera que todo estaba «normal». Los humanos venimos a este mundo por un tiempo limitado. Todos lo sabemos, pero lo sabemos como algo que les ocurre a *los demás*. Por mucho que envejezcamos, por mucho que sacerdotes, pastores y demás clérigos nos hablen de una vida mejor más allá de nuestra existencia terrenal, nos aferramos a la vida con obstinación, con irracionalidad, incluso cuando el dolor, la enfermedad y la vejez la vuelven casi insoportable.

Pero ¿por qué me asaltaban de pronto estos pensamientos sombríos? El médico no había dicho que me pasara nada especialmente *grave*. Su respuesta, como aprendería después, era la forma cautelosa en que los médicos suelen eludir una pregunta que no saben —o quizá no *quieren*— contestar. *No sabría decirle. Me gustaría hacerle algunas pruebas más.*

—¿Qué tipo de pruebas, doctor? ¿Análisis de sangre? ¿Pruebas de esfuerzo?

—No, Herr Skorzeny. Esas pruebas rutinarias ya se las hemos hecho. Me gustaría examinarle la columna mediante una técnica diagnóstica experimental muy reciente llamada tomografía por emisión de positrones, o escáner PET, para abreviar. Por desgracia, en España no disponemos de ese aparato. El más cercano está en Hamburgo.

—O sea, que no sabe si tengo algo grave, pero me sugiere que viaje a Hamburgo.

—Sí. El Centro Médico Universitario Hamburgo-Eppendorf es una de las grandes instituciones oncológicas del mundo.

El miedo se volvió entonces palpable. Notaba que respiraba de forma superficial y acelerada. Pedí una silla y apenas logré sentarme

sin desvanecerme. El médico, un hombre amable al que llevaba acudiendo seis años, se apresuró a coger un frasco de sales de amoníaco. Tardé casi diez minutos en recuperar el equilibrio.

—¿Se refiere a un hospital oncológico?

—Sí.

—Dígame, doctor, ¿me acaba de dictar sentencia de muerte?

—Creo que esa pregunta es un poco prematura, señor Skorzeny. Sin duda, salvo contadas excepciones, el cáncer es la enfermedad más temible que conoce el ser humano. Llevamos cientos, quizá miles de años identificándolo. Existen innumerables tipos, y ninguno se comporta exactamente igual que otro.

—Doctor, usted conoce mi historial.

—Así es.

—Le pido que me diga qué cree que tengo, con toda la franqueza posible.

—Muy bien —dijo mientras encendía un cigarrillo—. ¿Quiere uno? —preguntó, tendiéndome el paquete.

—¿No es eso una de las principales causas del cáncer?

—Algunos tipos. Cáncer de pulmón, desde luego. Pero sus pulmones se ven bien para su edad, y no creo que a los sesenta y dos un cigarrillo vaya a causarle un daño irreparable. ¿Por qué no pasa a mi despacho y le explico lo que creo haber encontrado?

Cuando nos sentamos frente a frente, separados por su escritorio, pulsó un botón del teléfono. —Mariela, ¿podría traerme las radiografías de la zona lumbar del señor Skorzeny que le hicimos hoy? Gracias.

Cuando trajeron las grandes placas negras de plástico, el doctor las colgó en un negatoscopio. Señaló ciertos puntos brillantes en la radiografía.

—Parece haber un tumor de tamaño considerable justo a la izquierda del centro de su columna —dijo—, y otro más pequeño por encima, hacia la derecha. No tengo ni idea de si son cancerosos. Podría tratarse de un quiste benigno, pero con los medios diagnósticos de que dispongo aquí, la única forma de saberlo con certeza es operando. Si estos crecimientos son cancerosos, creo que

tendremos muchas más posibilidades de tratarlos de forma agresiva si logramos un diagnóstico temprano más preciso.

—¿Mencionó algo sobre la tomografía por emisión de positrones?

—Sí. Aunque esto pueda sonar a ciencia ficción para el ciudadano de a pie, sus propias experiencias en Alemania durante la última guerra demostraron los tremendos avances científicos logrados en Europa y Estados Unidos. Parece que cuanto más descubrimos, más rápido avanza la ciencia. Ya hemos examinado su columna mediante rayos X. El siguiente paso sería el TAC, que utiliza combinaciones de múltiples mediciones de rayos X tomadas desde distintos ángulos, procesadas por ordenador, para producir imágenes transversales de zonas específicas del cuerpo, lo que permite ver el interior sin necesidad de abrir. ¿Me sigue?

—Creo que sí. Todo esto es muy nuevo... y me asusta mucho.

—Es una reacción natural, señor Skorzeny. El PET funciona de manera diferente a la resonancia magnética y la superposición de rayos X del TAC. La forma más sencilla de explicarlo es que se le inyecta una sustancia radiactiva. No es peligrosa y se elimina rápidamente del organismo. Esa sustancia «ilumina» las células cancerosas para que podamos evaluar con mayor precisión dónde están, hasta dónde han crecido, ese tipo de cosas.

—¿Y luego qué? —No me sentía más tranquilo, pero el instinto de supervivencia se había apoderado de mí, y ahora quería saber todo lo posible sobre aquel elemento extraño —o al menos eso me parecía— que había invadido mi cuerpo.

El doctor pasó a explicarme los numerosos procedimientos a seguir si —y enfatizó la palabra *si*— los crecimientos en mi cuerpo eran cancerosos. También supe que, ante la más mínima sospecha de cáncer, la reacción del mundo médico era comparable a toda una batería de sirenas antiaéreas durante los últimos días de la Segunda Guerra Mundial. Mientras que uno podía esperar una semana o más si se rompía una cadera o había que extirpar las amígdalas, en cuanto se pronunciaba la palabra «cáncer», el paciente podía contar con un diagnóstico instantáneo y, en el peor de los casos, tratamiento inmediato. A los pacientes con cáncer se los trataba

como si cada momento fuera vital para salvarles la vida.

Así fue como, apenas tres días después de que mi médico anunciara sus sospechas, me encontré en el UKE, el Hospital Universitario de Hamburgo. Y menos mal que fue tan rápido, porque los oncólogos determinaron que los dos tumores que se habían desarrollado en mi columna eran, efectivamente, malignos.

Dos días más tarde me operaron para extirpar las lesiones. Cuando desperté, vi por el calendario que había permanecido inconsciente o semiconsciente durante tres días. Curiosamente, no sentía dolor. De hecho, no sentía *nada*, y eso me aterró. Pero seguía vivo, y ahora estaba plenamente consciente.

—La buena noticia, Herr Skorzeny —anunció el cirujano, un hombre apuesto de mediana edad con aspecto competente—, es que parece que hemos erradicado los tumores. No parecen haberse extendido, y son lo que llamamos primarios. Sin embargo, hay malas noticias.

—Pero *estoy* vivo, ¿no? ¿Y puedo esperar seguir estándolo por el momento?

—La respuesta a ambas preguntas es sí. Aunque eso conlleva malas noticias —miré directamente el nombre bordado en el pecho de su bata quirúrgica azul: «Michael Stuntz, M.D.».

—¿Y cuáles son, doctor Stuntz?

—Es muy probable que quede paralizado de cintura para abajo el resto de su vida.

~//~

La noticia fue tan impactante, tan aterradora, que contemplé seriamente el suicidio. Había varias formas de lograrlo. La más rápida e indolora, por supuesto, era la que tantos nacionalsocialistas habían elegido para quitarse la vida cuando el reinado de Hitler terminó en el infierno de Berlín. Durante la Segunda Guerra Mundial, me habían dado una de esas píldoras durante la Operación Greif. Era una cápsula ovalada, aproximadamente del tamaño de un guisante, consistente en una ampolla de vidrio de paredes finas recubierta de goma marrón para evitar roturas accidentales, llena de una solución concentrada de cianuro de potasio. Podía llevarse en la boca, con

forma de diente postizo; si se tragaba por accidente, atravesaba el cuerpo sin causar daño. Me habían enseñado a morder la píldora, aplastando la ampolla para liberar el veneno de acción rápida. Desde el final de la guerra, el cianuro de potasio había sido un medio para evitar la tortura física, que habría dado lugar a confesiones extremadamente perjudiciales para la propia causa.

Sin embargo, a medida que pasaban los días y recuperaba más o menos mi equilibrio mental y emocional, llegué a la conclusión de que, mientras siguiera vivo y mi mente funcionara con la misma agudeza de siempre, planificaría y tramaría, idearía y trabajaría incansablemente para superar este obstáculo de cualquier manera posible.

Durante las primeras diez semanas tras la cirugía, me sometí a radioterapia, en la que partículas radiactivas altamente concentradas bombardeaban zonas específicas de mi cuerpo cercanas al área operada. Me sorprendió, quizás incluso me asombró, que los tratamientos de radiación no fueran horriblemente dolorosos durante la primera mitad. Durante la segunda mitad, sufrí quemaduras por radiación, que resultaban tolerables siempre que el personal sanitario se asegurara de hidratar bien mi piel después de cada sesión. El dolor no era peor que el de una quemadura solar muy grave, y Dios sabe que había experimentado cosas peores durante mis días en el frente ruso, y más tarde en Luxor.

Fue al darme cuenta de que estaba sobreviviendo a aquellos tratamientos cuando concebí la primera esperanza —el sueño imposible— de que algún día podría volver a caminar, aunque fuera con la ayuda de un bastón.

~//~

Fue decisión mía soportar seis meses de puro infierno: un dolor como jamás había conocido en mi vida. Caídas constantes en momentos inesperados. Rodillas que cedían, tobillos que se torcían, golpes estrepitosos de espaldas y de bruces. Horas e incontables horas más fortaleciendo los brazos para soportar mi peso cuando —si— llegara alguna vez a usar muletas.

Semanas de baños de asiento diarios, calientes y fríos, para estimular la regeneración de nervios casi totalmente pinzados y atrofiados. Masajes interminables, que resultaban agradables hasta que venían seguidos de ejercicios de flexión y estiramiento tan dolorosos que me desmayé varias veces antes que soportarlos.

Éxitos exultantes y, con más frecuencia, reveses agonizantes y debilitantes.

Permanecí en el hospital o en su recinto durante los seis meses enteros de fisioterapia, que hicieron que toda mi carrera en los cuatro Friedenthals pareciera un juego de niños. De no ser por el doctor Stuntz, jamás habría sobrevivido emocionalmente.

—¿Para qué hago esto? —le pregunté en tantas ocasiones que seguramente acabó harto de este cascarón quejumbroso que envolvía lo que una vez había sido un cuerpo hercúleo—. Me dijiste que nunca volvería a caminar, así que ¿por qué someterme a este esfuerzo demencial?

—*No* te dije que nunca volverías a caminar —respondió con paciencia infinita, sin alzar jamás la voz, sin perder lo que parecía ser su sonrisa perpetua y su buen humor contagioso—. Te dije: «Es *muy probable* que quedes paralizado de cintura para abajo el resto de tu vida». *Muy probable no* significa absoluta y rotundamente seguro. Y me alienta lo que veo. Debiste de ser todo un hombre en tus tiempos.

—¿*En mi época*, cachorro insolente? —Por primera vez desde que me habían diagnosticado la temida enfermedad, me sentí con fuerzas suficientes, mental y emocionalmente, para soltar una respuesta impertinente—. Para que lo sepas, hace menos de cinco años entrenaba a comandos capaces de rebanarte las pelotas en un abrir y cerrar de ojos.

—Ah, sí, bravucón —replicó, entrando en el juego—. Pues demuéstrame que me equivoco. Deja de quejarte de lo difícil que es, de lo doloroso que es, de lo imposible que es, y mueve tu gordo trasero de vuelta al gimnasio para demostrarme que me equivoco. Y ya que estás, si consigues llegar con muletas hasta esa mesa, hay un paquete de Gauloises y un litro de Mouton Cadet esperándote.

~//~

El 4 de abril de 1971, salí del Hospital UKE por mi propio pie hasta el coche donde me esperaban mi ayudante y amigo más cercano, Karl Radl, y, para mi sorpresa, mi adorable hija Waltraut, ya una mujer casada de treinta y un años. El doctor Stuntz había organizado que algunos de mis viejos *kameraden*, la mayoría convertidos en prósperos pilares de la sociedad de Alemania Occidental, estuvieran presentes en mi «graduación». No es que pudiera saltar, brincar, correr ni siquiera caminar *completamente* solo, sin la ayuda de un bastón robusto. Pero una vez más había desafiado los pronósticos, y tuviera mucho o poco dolor, gracias a la medicina moderna y a un cirujano de la vieja escuela, humano, que nunca me permitió rendirme, caminé erguido y con la cabeza bien alta hacia el sol matutino de la primavera de Hamburgo.

Capítulo 35

En 1938, el compositor judío alemán Kurt Weill, que había huido de Alemania con la llegada de los nacionalsocialistas en 1933, compuso una canción para un musical de Broadway que sigue siendo popular hoy en día. El cantante estadounidense Frank Sinatra grabó la obra, *September Song*, en tres ocasiones, la última en 1965. Al pasar de 1974 a 1975, el cáncer había regresado. Esta vez no era cáncer de columna, sino de pulmón. Con este cáncer no padecí aquel dolor imposible y debilitante. Tampoco quedé lisiado hasta el punto de no volver a caminar jamás. Pero la inmutabilidad del Ángel de la Muerte se cernía sobre mis hombros.

Cada vez más me contentaba con sentarme sin más en una cómoda mecedora que habían construido especialmente para mí, o, con mayor frecuencia aún, con tumbarme en la cama, recostado tan cómodamente como mi estado me lo permitía, y escuchar la música de tiempos pasados: *El vals del emperador, Die Fledermaus*, incluso *Lili Marleen*.

Y la letra de *September Song* cobraba para mí un sentido más rico y profundo, ahora que comprendía su mensaje con mayor claridad.

«Oh, es mucho, mucho tiempo de mayo a diciembre
Pero los días se acortan cuando llegas a septiembre
Cuando el clima otoñal convierte las hojas en llamas
Ya no hay tiempo para esperar.
Oh, los días menguan hasta quedar unos pocos preciosos
Septiembre, noviembre
Y estos pocos días preciosos los pasaré contigo
Estos días preciosos los pasaré contigo».

Epílogo

Otto Skorzeny murió apaciblemente en su cama, víctima de un cáncer de pulmón, el 5 de julio de 1975 en Madrid. Tenía 67 años. Nunca en su vida renunció al nazismo.

Se celebró una misa fúnebre católica en Madrid el 7 de agosto de 1975. Su ataúd estaba cubierto con la bandera nazi. Posteriormente incineraron su cuerpo, y sus cenizas fueron trasladadas a Viena para ser enterradas en el panteón familiar de los Skorzeny en el Döblinger Friedhof. Al funeral asistieron docenas de veteranos militares alemanes y sus esposas, que no dudaron en hacer el saludo nazi con el brazo en alto.

Un hombre que asistió al funeral, y permaneció discretamente en segundo plano, no era otro que Yosef Raanan, un compatriota de Austria que había perdido a la mayor parte de su familia en el Holocausto. Viajó desde Israel costeándose el billete de su propio bolsillo para rendir homenaje a su antiguo agente, el coronel de las SS Otto Skorzeny.

Fin

Hugo N. Gerstl Collection

Do not miss them on your shelf!

PANGÆA

Visit www.HugoGerstl.com

